

# REINO DE TINIEBLAS

Dean Koontz

*Para Gerda.  
Eternamente.*

*¡Oh, lo que puede el hombre esconder en su interior,  
aunque por fuera sea un ángel!*

WILLIAM SHAKESPEARE

Primera parte

A POCOS SEGUNDOS  
DE UNA LIMPIA ESCAPADA

*La vida es un don prestado que hay que devolver,  
y en su posesión debería estar su goce.  
Es un hecho que dura muy poco.  
Aunque difícil de aceptar, esta procesión terrenal,  
hasta la oscuridad final, es un viaje acabado,  
un círculo completo, una obra de arte sublime,  
un dulce ritmo melódico, una batalla ganada.*

*EL LIBRO DE LAS LAMENTACIONES*

## CAPITULO 1

Más allá de las oscuras laderas de las montañas bullía y se agitaba un mundo entero, aunque a Lindsey Harrison la noche le parecía vacía, tan vacía como las cavidades huecas de un corazón frío y exangüe. Tiritando, se acurrucó en el asiento de al lado del conductor del Honda.

Los viejos árboles de hoja perenne se alejaban en apretadas hileras por las laderas que flanqueaban la carretera, separándose de vez en cuando para cobijar a algunos arces maltratados por el invierno y a algunos abedules cuyas ramas negras y desiguales buscaban el cielo. Sin embargo, aquel inmenso bosque y las imponentes formaciones rocosas que lo sostenían no mermaban la vaciedad de la gélida noche de marzo. A medida que el Honda descendía la sinuosa bajada por la calzada de asfalto los árboles y los afloramientos rocosos parecían quedar flotando a su paso, como imágenes de sueño sin sustancia real. Una nieve fina y seca, azotada por la ventisca, atravesaba oblicuamente los haces luminosos de los faros. Pero la tormenta tampoco podía llenar el vacío.

El vacío que experimentaba Lindsey era interior, no exterior. La noche estaba saturada, como siempre, por el caos de la creación. Su propia alma era lo único que estaba vacío.

Miró a Hatch, que iba inclinado hacia delante, algo encorvado sobre el volante del coche, atento a la carretera, con una expresión en el rostro que podía resultar cerrada e inescrutable para cualquiera menos para Lindsey, que tras doce años de matrimonio, la interpretaba con facilidad. Hatch, un excelente conductor, no se arredraba por las malas condiciones de la carretera. Sus pensamientos, como los de ella, estaban indudablemente en el largo fin de semana que acababan de pasar en Big Bear Lake.

Habían intentado una vez más recuperar la mutua felicidad que en otro tiempo habían conocido. Y habían fracasado otra vez.

Las cadenas del pasado todavía les atenazaban.

La muerte de un hijo de cinco años tenía un incalculable peso emocional y oprimía sus mentes destruyendo al instante cualquier momento de optimismo, aplastando cualquier nuevo brote de gozo. Jimmy llevaba muerto más de cuatro años y medio, casi tanto como había vivido y, sin embargo, su muerte pesaba todavía tanto sobre ellos como el día en que le perdieron, como una luna colosal asomando en baja órbita sobre sus cabezas.

Bizqueando por el parabrisas empañado, que recorrían las escobillas apelmazadas por la nieve, rascando el cristal, Hatch suspiró ligeramente. Miró a Lindsey y dejó escapar una sonrisa. Fue una sonrisa pálida, no más que un destello de sonrisa verdadera, sin regocijo, cansada y melancólica. Pareció querer decir algo pero cambió de idea y volvió a dedicar su atención a la carretera.

Los tres carriles de asfalto —uno descendente y dos ascendentes—desaparecían progresivamente bajo un movedizo sudario de nieve. La calzada se deslizaba hasta el fondo de la pendiente y entraba en un corto tramo que conducía a una amplia curva sin

visibilidad. A pesar de lo liso de aquel tramo de calzada, todavía no habían salido de las montañas de San Bernardino. La carretera nacional describió un pronunciado descenso una vez más. Mientras seguían la curva el terreno cambió a su alrededor: la bajada que tenían a la derecha describía un giro ascendente más abrupto que antes, mientras que al otro lado de la carretera abría sus fauces un oscuro barranco. Unos blancos pretils metálicos marcaban el precipicio, pero apenas resultaban visibles bajo el manto de la nieve.

Un segundo o dos antes de que salieran de la curva, una premonición de peligro asaltó a Lindsey.

—Hatch... —dijo.

Tal vez Hatch la sintiera también, pues mientras Lindsey hablaba aplicó el pie al freno y redujo ligeramente la velocidad. Tras la curva surgió un tramo descendente y en él, un gigantesco camión distribuidor de cerveza, cruzado sobre dos carriles sólo a unos veinte metros delante de ellos. Lindsey intentó decir ¡Oh, Dios mio! pero la voz no le salió.

El camionero efectuaba el reparto de una de las estaciones de esquí de la zona, cuando había sido evidentemente sorprendido por la ventisca, que se había levantado hacía poco tiempo, pero se había anticipado medio día a las previsiones meteorológicas. Sin la ayuda de las cadenas antinieva, las ruedas del gigantesco camión resbalaban irremediabilmente sobre el pavimento helado, mientras el conductor se esforzaba desesperadamente por dominar el vehículo y seguir adelante.

Renegando en voz baja pero al mismo tiempo tan controlado como siempre, Hatch pisó suavemente el pedal del freno, procurando no dejar clavado el coche en el suelo para no correr el riesgo de que empezara a girar como un trompo.

El camionero respondió al resplandor de los faros del Honda mirando por la ventanilla lateral. A través del pozo de noche y nieve que se aproximaba velozmente, Lindsey sólo vió de la cara del hombre un óvalo pálido, dos agujeros gemelos negros como el carbón donde debían haber estado los ojos, y una expresión fantasmal, como si tras el volante del vehículo hubiera un espíritu maligno. O la propia Muerte.

Hatch conducía por el carril exterior de los dos ascendentes, la única parte de la carretera que no estaba bloqueada, y Lindsey se preguntó si vendría otro coche en dirección opuesta, oculto para ellos por el camión. No sobrevivirían si chocaban frontalmente incluso a aquella reducida velocidad.

Pese a los muchos esfuerzos de Hatch, el Honda empezó a patinar. La parte trasera se deslizó hacia la izquierda y Lindsey observó que se desplazaban lejos del camión encallado. El movimiento suave, deslizante y descontrolado, semejaba la transición de las escenas durante un mal sueño. Las náuseas le revolvieron el estómago y aunque tenía los movimientos restringidos por el cinturón de seguridad, apretó instintivamente la mano derecha contra la puerta y la izquierda contra el tablero de instrumentos, sujetándose a sí misma.

—Agárrate bien —indicó Hatch, girando el volante hacia donde se deslizaba el coche, pues era la única esperanza de recobrar el control.

Pero el deslizamiento se hizo insoportablemente circular y el Honda describió un giro de trescientos sesenta grados, como si de un carrusel sin música se tratara: vueltas y

más vueltas, hasta que el camión empezó a aparecer ante su vista otra vez. Por un instante, mientras se deslizaban colina abajo todavía girando, Lindsey estuvo segura de que el automóvil seguiría deslizándose con seguridad hasta adelantar al otro vehículo. Ahora podía ver lo que había tras el gigantesco camión y la carretera estaba libre de tráfico.

El parachoques delantero del coche de Hatch tocó en aquel momento la parte posterior del camión y el metal, torturado, chirrió. El Honda se estremeció y pareció explotar, saliendo rebotado desde el punto de la colisión hasta golpear la parte trasera contra el pretil. Los dientes de Lindsey chocaron con tanta fuerza entre sí que unas chispas de dolor surgieron en su boca, subiéndole hasta las sienes y la mano que apoyaba en el tablero de instrumentos se le dobló penosamente por la muñeca. Al mismo tiempo, el cinturón, que le cruzaba diagonalmente el pecho desde el hombro derecho a la cadera izquierda, se tensó bruscamente tanto, que le cortó la respiración.

El coche rebotó contra el pretil. No lo hizo con la inercia suficiente para volver a chocar contra el camión, pero sí con una fuerza rotatoria que le obligó a virar otra vez trescientos sesenta grados. Mientras giraban como un trompo delante del camión, Hatch se esforzó por recuperar el control, pero el volante se movía tan erráticamente adelante y atrás, que le excoriaba las palmas de las manos haciéndole gritar.

De súbito, la moderada cuesta apareció sensiblemente empinada, lo mismo que si fuera el tobogán de un parque acuático. Lindsey habría gritado de haber tenido fuerzas para hacerlo, pero aunque se le había aflojado el cinturón de seguridad, el punzante dolor que seguía cruzándole diagonalmente el pecho le impedía inhalar aire. Entonces le sacudió la visión del Honda patinando, como en un largo tobogán hasta la siguiente curva de la carretera, estrellándose contra el pretil y saltando al vacío; y la imagen fue tan horrible como un golpe, que le devolvió el resuello dentro del cuerpo.

Cuando el Honda terminó de dar la segunda vuelta, todo el lado del conductor golpeó contra el pretil, y siguieron deslizándose por él a lo largo de diez o doce metros. Mientras patinaban, entre chirridos y rechinar de metal contra metal, unos penachos de chispas amarillas saltaban al aire mezclándose con la nieve, como enjambres de luciérnagas de verano que hubieran aparecido por una deformación del tiempo en una estación equivocada.

El coche vibró hasta detenerse y se escoró ligeramente sobre la parte delantera izquierda, sin duda enganchado en algún poste de la barrera de seguridad. El silencio que siguió fue tan profundo durante un momento, que aturdió a Lindsey; se recuperó mediante una explosiva exhalación de aire. Jamás había experimentado una sensación de alivio tan arrolladora.

Entonces el coche se movió otra vez y empezó a decantarse hacia la izquierda. El pretil estaba cediendo, tal vez debilitado por la corrosión o por la erosión del arcén.

—¡Salta! —gritó Hatch, buscando a tientas frenéticamente el botón liberador del cinturón de seguridad.

Lindsey no tuvo tiempo siquiera de soltar el suyo ni de echar mano a la manija de la puerta antes de que la barandilla del pretil se rompiera, dejando caer al Honda por el terraplén. Le costaba trabajo creer lo que estaba sucediendo. Su cerebro admitía la proximidad de la muerte, pero su corazón exigía obstinadamente la inmortalidad. Durante

casi cinco años no se había resignado a la muerte de Jimmy, de modo que tampoco iba a aceptar fácilmente la inminencia de su propia desaparición.

En medio de un infernal ruido de postes rotos y barandilla arrancada, el Honda empezó a deslizarse lateralmente por el barranco cubierto de una costra de hielo y luego dio una vuelta de campana al hacerse más escarpado el terraplén. Boqueando en busca de aire, latiéndole con fuerza el corazón y retorciéndose penosamente bajo su cinturón de seguridad, Lindsey esperó que hubiera algún árbol o roca salediza, algo que detuviera la caída del coche, pero el terraplén parecía libre. No estaba segura de cuántas vueltas había dado el coche —tal vez sólo dos—, pues había perdido toda noción de lo que era arriba y abajo, a la derecha o la izquierda. Se dio un golpe tan fuerte con la cabeza en el techo que le faltó poco para perder el sentido. No sabía si había sido proyectada hacia arriba o si el techo había sido aplastado hasta darle en la cabeza; así que trató de acurrucarse en el asiento, temiendo que en la siguiente vuelta de campana se hundiera más el techo y le aplastara el cráneo. Los faros acuchillaban la noche y de las heridas brotaban torrentes de nieve. Entonces estalló el parabrisas, rociándola de minúsculos fragmentos de vidrio y, repentinamente, quedó sumergida en una total oscuridad. Al parecer, se habían apagado los faros y las luces del tablero de instrumentos iluminaban ahora la cara de Hatch bañada de sudor. El coche rodó de nuevo sobre el techo y en esa posición invertida siguió deslizándose como un trineo por la pendiente del barranco, al parecer sin fondo, con un ruido espantoso, semejante a toneladas de carbón arrojadas por una tolva de acero.

La oscuridad era tenebrosa y absoluta, como si ella y Hatch, en vez de estar en el campo, se encontraran en la casa de las sorpresas, sin ventanas, deslizándose por la montaña rusa de un parque de atracciones. Incluso la nieve, generalmente de una luminiscencia natural, se había hecho de pronto invisible. Los helados copos de nieve le laceraban el rostro impulsados por la ventisca a través del marco vacío del parabrisas, pero ella no podía verlos a pesar de que le congelaban las pestañas. Luchando para dominar su pánico, se preguntó si la habrían dejado ciega los cristales del parabrisas al explotar.

¡Ciega!

Aquél era su mayor temor. Era una artista. Su talento se inspiraba en lo que sus ojos veían y la maravillosa destreza de sus manos cedían inspiración al arte, con el juicio crítico de aquellos ojos que las guiaban. ¿Qué podía pintar una pintora ciega? ¿Qué esperanzas creativas le quedaban si de repente se veía privada de aquel sentido en el que depositaba su mayor confianza?

Cuando estaba a punto de gritar, el coche tocó fondo y volvió a rodar sobre las ruedas, cayendo derecho y produciendo menos impacto del que había esperado. Se detuvo casi suavemente, como si hubiera caído sobre un inmenso almohadón.

—¿Hatch? —exclamó con voz áspera.

La cacofónica crepitación de su zambullida por el terraplén del barranco la había ensordecido. No estaba segura de si el preternatural silencio que la rodeaba era real o sólo imaginario.

—¿Hatch?

Miró a su izquierda, donde él debía estar, pero no pudo verle... ni a él ni a ninguna



otra cosa. ¡Estaba ciega!

—¡Oh, Dios, no! ¡Por favor!

También se sentía mareada. El coche parecía estar girando y revolcándose como una cometa que sube y baja arrastrada por las corrientes térmicas de un cielo estival.

—¡Hatch!

No obtuvo respuesta. Su mareo se incrementaba. El coche se mecía y se revolcaba peor que antes. Lindsey temió desmayarse. Si Hatch estaba herido podía morir desangrado mientras ella se encontraba inconsciente e incapaz de ayudarlo. Extendió la mano a ciegas y le encontró desplomado en el asiento del conductor. Tenía la cabeza dirigida hacia ella y reclinada sobre el hombro. Le tocó la cara y no se movió. Una sustancia caliente y viscosa le cubría la mejilla y la sien del lado derecho. Sangre. De una herida en la cabeza. Con dedos temblorosos le tocó la boca y suspiró aliviada al percibir la exhalación caliente del resuello que surgía por entre sus labios, ligeramente entreabiertos.

Estaba inconsciente, pero no muerto. Palpando con frustración el dispositivo de apertura del cinturón de seguridad, Lindsey escuchó unos nuevos sonidos que no sabía identificar. Era un chapoteo suave. Un golpeteo frenético. Un misterioso y extraño líquido que se reía. Durante un momento se quedó paralizada, esforzándose por identificar el origen de aquellos desconcertantes ruidos.

De pronto, sin previo aviso, el Honda se inclinó hacia delante y a través de su roto parabrisas dejó paso a una cascada de agua helada que cayó sobre el regazo de Lindsey. Sorprendida y boquiabierta, mientras el baño ártico le helaba hasta el tuétano de los huesos, se dio cuenta de que, en realidad no estaba mareada. El coche se iba moviendo. Estaba a flote. Habían caído en algún lago o río. Probablemente en un río. La plácida superficie de un lago no se mostraría tan activa.

La impresión del agua helada la paralizó momentáneamente y la hizo estremecerse de dolor, pero cuando volvió a abrir los ojos podía ver de nuevo. Los faros del Honda se habían apagado, pero los diales e indicadores del cuadro de instrumentos seguían encendidos. Debía haber sufrido una temporal ceguera histérica y no un auténtico daño físico.

No podía ver gran cosa, pero en el fondo de aquel barranco, en medio de la noche, tampoco había mucho que ver. Las astillas de vidrio del parabrisas roto formaban un tenue resplandor alrededor del marco. Fuera, las aguas oleaginosas eran reveladas sólo por una fosforescencia sinuosa y plateada que destacaba su rizada superficie y comunicaba un negro centelleo obsidiano a las joyas de hielo que flotaban encima, como collares sueltos. Las orillas se habrían perdido en la absoluta oscuridad de no ser por los fantásticos mantos de nieve que cubrían las desnudas rocas, tierras y arbustos. El Honda parecía navegar por el río. Las aguas se agolpaban sobre la mitad de la capota, antes de abrirse en uve por ambos costados, como si fuese la proa de un barco, y sumirse después por las ventanillas laterales. Estaban siendo arrastrados corriente abajo, hacia donde posiblemente las aguas se tornarían más turbulentas y les conducirían a rápidos, rocas o cosas peores. Lindsey advirtió rápidamente la gravedad de su situación, pero su alivio por la remisión de su ceguera era tan grande, que se sintió agradecida de poder ver lo que les rodeaba, incluyendo la seriedad del problema.

Tiritando, se deshizo del cinturón de seguridad y volvió a tocar a Hatch. Su rostro parecía cadavérico a la extraña luz que desprendían los instrumentos del tablero: los ojos hundidos, la piel cerúlea, los labios sin color y la sangre rezumando... aunque, a Dios gracias, no en abundancia del corte que tenía en el lado derecho de la cabeza. Le zarandeó suavemente y luego con algo más de fuerza, llamándole por su nombre.

No les iba a ser fácil salir del coche, si es que salían, mientras las aguas le arrastraran río abajo, especialmente ahora que empezaba a moverse con más velocidad. Pero al menos debían estar preparados para escapar de él si se atrancaba en alguna roca o se detenía un momento en alguna de las orillas. Si esta oportunidad se presentaba sería efímera.

No había manera de reanimar a Hatch. De pronto, el coche se inclinó peligrosamente por el morro y de nuevo entró a borbotones más agua helada por el roto parabrisas. Estaba tan fría, que le produjo el efecto de una descarga eléctrica, deteniendo los latidos de su corazón y bloqueando el movimiento de sus pulmones.

El morro del coche no se elevaba ahora en las corrientes, como hacía antes sino que cada vez se sumergía más, lo cual significaba que les quedaba menos fondo debajo para poder salir. El agua seguía penetrando y empezó a rebasar en seguida los tobillos y la pantorrilla de Lindsey. Se estaban hundiendo.

—¡Hatch! —gritó, agitándole con ímpetu, sin tener en cuenta que estaba herido.

El nivel del agua llegaba ya hasta el asiento y formaba una capa de espuma que reflejaba la luz ámbar del panel de instrumentos, configurando como guirnaldas doradas de un oropel navideño.

Lindsey sacó los pies fuera del agua, se arrodilló en el asiento y echó manotazos de agua al rostro de Hatch, en un desesperado intento de hacerle volver en sí. Pero él se hallaba sumido en unos niveles del subconsciente más hondos que los del sueño de la conmoción, tal vez en un coma tan profundo como una fosa oceánica.

El aluvión de agua alcanzaba ya la base del volante. Lindsey desgarró frenéticamente el cinturón de seguridad de Hatch, en un intento de dejarle libre, sin percibir apenas el agudo dolor que sintió al rasgarse un par de uñas.

—¡Hatch maldita sea!

El agua llegaba ya a la mitad del volante y el Honda ya casi no avanzaba. Ahora pesaba demasiado para que le impulsara desde atrás la insistente presión del río.

Hatch tenía una estatura de un metro setenta y cinco centímetros y setenta y dos kilos de peso, lo que era sólo una corpulencia mediana, pero parecía un gigante. Era un peso muerto, que resistía a los esfuerzos de ella y parecía virtualmente inamovible. Lindsey tiró de él y le empujó, retorciéndole y agarrándole desesperadamente para liberarle y cuando por fin consiguió desenredarle el cinturón, el agua llegaba por encima del panel de instrumentos y la cubría casi la mitad del pecho. Cubría incluso también el de Hatch, justo por debajo de la barbilla, puesto que se hallaba desplomado en el asiento.

El río estaba insoportablemente helado y Lindsey sintió que el calor se le escapaba del cuerpo como si se le fuera a chorros por una arteria seccionada. De la misma forma que salía de su cuerpo el calor, así entraba en él el frío y sus músculos comenzaron a dolerle.

Sin embargo, se alegraba de que el nivel del agua ascendiera, pues ello haría flotar a Hatch y, por lo tanto, resultaría más fácil sacarle de detrás del volante y salir con él por el

parabrisas roto. Esa era al menos su idea, pero cuando empezó a tirar de él parecía más pesado que antes y ahora el agua le llegaba a los labios.

—¡Vamos, vamos —decía, furiosa—, vas a ahogarte, maldita sea!

Finalmente, después de apartar su camión de la carretera, Bill Cooper, envió un mensaje de socorro por la frecuencia de la radio local. Le respondió otro camionero que iba equipado con una radio igual y que prometió pasar aviso a las autoridades cercanas a Big Bear.

Bill colgó el radiotransmisor local, sacó de debajo del asiento del conductor una vieja linterna de seis pilas y salió de la cabina. El viento helado traspasaba su chaqueta de dril forrada de mutón, pero el helor de la noche invernal no era ni la mitad de frío que su estómago, que se había contraído al ver al Honda girar como un trompo con sus ocupantes dentro y precipitarse al abismo por el borde de la carretera.

Echó a correr por el resbaladizo pavimento y se acercó a la parte rota del pretil. Tenía la esperanza de ver al Honda un poco más abajo, retenido por el tronco de algún árbol. Pero en aquel declive no había árboles; sólo un manto de nieve, de tormentas anteriores, surcado por el arrastre de un coche, que desaparecía más allá del alcance de su linterna.

Una sensación de culpabilidad casi paralizante se apoderó de él. Había estado bebiendo otra vez, aunque no mucho. Unos pocos latigazos del frasco que llevaba consigo. Cuando empezó a subir la montaña estaba seguro de encontrarse sobrio, pero ahora no lo estaba tanto. Se sentía... mareado. Y de pronto le pareció una estupidez haber iniciado aquel viaje con un tiempo que empeoraba tan rápidamente.

Debajo de él, el abismo parecía no tener fondo y su evidente y extrema profundidad generó en Bill el sentimiento de que estaba contemplando la condenación adonde iría a parar cuando acabara su vida. Se sentía paralizado por esa sensación de futilidad que a veces invade incluso a los mejores hombres..., aunque generalmente les ocurre cuando están solos en el dormitorio, mirando los insignificantes dibujos que forman las sombras en el techo, a las tres de la madrugada.

Entonces la cortina de nieve se abrió momentáneamente y vio el suelo del barranco a unos treinta o cuarenta metros más abajo, no tan hondo como había temido. Quiso pasar a través del pretil roto y bajar por la engañosa ladera para ayudar a los supervivientes, si es que había alguno, pero se quedó dudando ante la angosta franja de tierra plana al borde de la pendiente, mareado por el whisky pero también porque no veía dónde se había detenido el coche.

Una franja negra y sinuosa, como una cinta de satén, partía la nieve en dos allá abajo, cruzándose con el rastro que había dejado el coche. Bill la miró parpadeando, atónito, como si estuviera contemplando una pintura abstracta, hasta que recordó que un río discurría por el fondo del barranco. El coche había caído en aquella acuosa cinta de ébano.

Tras un invierno de intensas y caprichosas nevadas, el tiempo se había hecho bonancible durante un par de semanas, desencadenando un prematuro deshielo primaveral. Pero la situación había cambiado y el invierno había vuelto recientemente a encerrar el río en hielo otra vez. La temperatura del agua estaría sólo a pocos grados por encima de cero. Si los ocupantes del coche habían sobrevivido a los golpes del siniestro y no habían muerto por inmersión, peligrarían rápidamente por la exposición al frío.

«Si hubiera estado sobrio —pensó—, me habría vuelto atrás con este tiempo. Soy un patético hazmerreír, un borracho repartidor de cerveza que ni siquiera tiene la lealtad suficiente de emborracharse con cerveza. ¡Cristo!»

Un hazmerreír, pero la gente estaba muriendo por su culpa. Sintió un vómito en el fondo de la garganta, pero lo ahogó.

Escudriñó afanosamente el lóbrego barranco hasta que localizó un extraño resplandor, como una presencia extraterrestre que derivaba cual espectro por el río, a la derecha de él. Era de un suave color ámbar, que aparecía y desaparecía entre los copos de nieve. Pensó que debían ser las luces interiores del Honda, que estaría siendo arrastrado por la corriente.

Agachado para protegerse contra el mordaz viento, sujetándose al pretil para no resbalar y caer por el borde, Bill echó a correr por lo alto del precipicio en la misma dirección del río, tratando de no perder de vista el coche. Al principio, el Honda se deslizaba rápidamente, pero luego empezó a hacerlo cada vez con más lentitud. Finalmente, se detuvo por completo, tal vez atascado en las rocas del curso del río o en algún saliente de la orilla.

La luz se fue apagando poco a poco, como si la batería del coche se quedara sin líquido.

Aunque Hatch estaba ya liberado de su cinturón de seguridad, Lindsey no era capaz de moverle, quizá porque sus ropas estuvieran sujetas en algo que ella no podía ver, tal vez porque tuviera el pie enganchado en el pedal del freno o debajo del asiento. El agua rebasaba ya la nariz de Hatch. Lindsey no podía mantenerle la cabeza por encima y él, al respirar, estaba tragando agua del río. Le soltó, pensando que la falta de aire le obligaría finalmente a toser y a incorporarse en el asiento dando manotazos y escupiendo agua, pero también porque no tenía fuerza suficiente para seguir luchando con él. La intensa frialdad de las aguas minaba sus fuerzas y las piernas empezaban a entumecerse con espantosa rapidez. El aire que exhalaba al respirar era tan frío como el que entraba en sus pulmones, como si a su cuerpo no le quedara calor con que calentar el aire que aspiraba.

El coche había dejado de moverse. Descansaba en el fondo del río, completamente inundado y pesando más que el agua, a excepción de una burbuja de aire acumulado bajo la somera bóveda del techo. Lindsey metió allí la cabeza, esforzándose por respirar entre pequeños y horribles gemidos de terror, como balidos de una oveja. Intentó ahogarlos pero no pudo.

La singular luz del tablero de instrumentos, anegada de agua, empezó a cambiar de color, pasando del ámbar al amarillo terroso. Una parte de ella deseaba ceder, irse de aquel mundo hacia otro sitio mejor. Esa parte lanzaba su propia voz, débil y silenciosa: *No luches, no merece la pena que te esfuerces por seguir viviendo; Jimmy lleva muerto mucho tiempo, mucho tiempo, y Hatch ya está muerto o agonizando. Déjalo, ríndete, tal vez despiertes en el Cielo con ellos...* La voz poseía una atracción arrulladora e hipnótica.

El aire que quedaba duraría sólo unos minutos, con suerte, y ella moriría dentro del coche si no escapaba inmediatamente.

*Hatch está muerto, con los pulmones llenos de agua, a la espera sólo de convertirse en alimento de los peces; así que abandona, ríndete, ¿qué pretendes?, Hatch está muerto...*

El aire que respiraba adquiría rápidamente un gusto ácido y metálico y sólo podía aspirar pequeñas bocanadas, como si sus pulmones se hubieran apergaminado. Ya no sabía si le quedaba algo de calor en el cuerpo. Su estómago, en una reacción al frío, experimentó una contracción de náuseas e incluso el vómito que subió a su garganta era como el hielo; cada vez que volvía a tragárselo, sentía como si hubiera engullido una repugnante bocanada de nieve sucia.

*Hatch está muerto. Hatch está muerto...*

—No —replicó ella en un áspero y enojado susurro—. No. No.

La negación cruzó rabiosamente su ser con la furia de un huracán: Hatch no podía estar muerto. Era impensable. No Hatch, que nunca olvidaba un cumpleaños o aniversario, que compraba flores para ella por cualquier motivo, que nunca perdía los nervios y raras veces levantaba la voz. No Hatch, que siempre tenía tiempo para escuchar los problemas de los otros y ofrecerles su simpatía, que siempre tenía la cartera abierta para un amigo necesitado, cuyo mayor defecto consistía en dejarse convencer con excesiva facilidad. No podía estar, no debía estar, no estaría muerto. Corría ocho kilómetros diarios, seguía una dieta baja en grasas con muchas frutas y verduras, eludía la cafeína y los brebajes descafeinados. Maldita sea, ¿es que esto no contaba nada? Se untaba crema antisolar durante el verano, no fumaba, nunca bebía más de dos cervezas o vasos de vino en una sola noche y su carácter tranquilo le impedía desarrollar dolencias cardíacas debidas al estrés. ¿Es que no servían de nada la templanza y el dominio de sí mismo? ¿Tan retorcida era la creación que ya no había justicia? Está bien, de acuerdo; decían que los buenos mueren jóvenes, cosa seguramente cierta con Jimmy y Hatch todavía no había cumplido los cuarenta, joven por donde se mirase. De acuerdo, conforme, pero también decían que la virtud era su propia recompensa y aquí había mucha virtud, maldita sea, una burrada de virtud, que de algo tenía que valer, a menos que Dios no prestara atención, a no ser que a Él no le importase, a no ser que el mundo fuese un lugar más cruel aún de lo que ella había imaginado.

Se negó a aceptarlo. Hatch... no... estaba... muerto.

Aspiró todo el aire que pudo y, en el momento en que se apagaba la última luz dejándola ciega otra vez, se sumergió en el agua, pasó por encima del tablero de instrumentos y atravesando el parabrisas roto se colocó sobre la capota del coche.

Ahora no estaba solamente ciega, sino prácticamente privada de los cinco sentidos. Sólo podía oír el salvaje zumbido de su propio corazón, pues el agua amortiguaba casi todos los sonidos. Sólo podía oler y hablar ante el castigo de la muerte por inmersión. El anestesiante efecto del glacial río le restó casi todo el sentido del tacto y de ahí que se sintiera como un espíritu sin cuerpo material, suspendido en algún punto medio de un tranquilo Purgatorio, a la espera del Juicio Final.

Suponiendo que el río no sería mucho más profundo que la altura del coche y que no necesitaría contener demasiado tiempo la respiración para volver a la superficie, intentó de nuevo liberar a Hatch. Se tendió sobre la capota del coche agarrándose rápidamente al marco del parabrisas con su entumecida mano, y metió la mano, dejándose llevar por el peso flotante de su cuerpo, tocando a tientas en la oscuridad, hasta localizar el volante y luego a su marido.

El calor, al fin, volvió otra vez a ella, aunque no era un calor continuo y sus pulmones empezaban a arder por la necesidad de aire.

Agarró parte de la chaqueta de Hatch, tiró con todas sus fuerzas... y, para su sorpresa, él empezó a flotar en el asiento, sin estar ya inmovilizado, súbitamente libre de trabas. Estaba ligeramente asido al volante, pero se dejó sacar a trompicones por el parabrisas, mientras Lindsey retrocedía sobre la capota para hacerle sitio. Sintió que un dolor cálido y palpitante le invadía el pecho y la abrumó la necesidad de respirar, pero resistió.

Cuando logró sacar a Hatch, le agarró con los dos brazos y nadó con los pies hacia la superficie. Le asaltó de pronto la idea de que él se había ahogado y estaba abrazada a un cadáver, pero no sintió repulsión ante aquel macabro pensamiento. Si lograba llevarle hasta la orilla, le aplicaría la respiración artificial y, aunque las posibilidades de reanimarle eran muy escasas, al menos mantenía esa esperanza. Hasta que no se hubieran agotado todas las posibilidades, Hatch no estaba realmente muerto ni era un cadáver de verdad.

Al irrumpir en la superficie se encontró con un viento furioso que, en comparación, hacía parecer casi caliente el agua que le helaba hasta los tuétanos. Cuando aquel aire chocó con el interior de sus pulmones calientes hizo vacilar su corazón y le contrajo el pecho de dolor haciéndole la segunda aspiración más penosa que la primera.

Se dirigió hacia la orilla, abrazada a Hatch, tragando bocanadas de río a medida que éste salpicaba su rostro y escupiéndolo entre juramentos. La Naturaleza parecía estar viva como una bestia hostil y se sintió irracionalmente enojada con el río y con la tormenta, como si fueran entes racionales aliados voluntariamente contra ella. Trató de orientarse, pero ello no resultaba fácil en la oscuridad y con un viento aullador, sin terreno sólido donde apoyarse. Cuando vio la orilla, vagamente luminosa por el manto de la nieve que la cubría, intentó nadar hacia allí con un brazo, arrastrando a Hatch con la otra mano, pero la corriente era demasiado impetuosa para poder resistirla, incluso aunque hubiera podido nadar con los dos brazos. La corriente les arrastraba, unas veces bajo la superficie del agua por la resaca y otras devueltos al viento, recibiendo golpes de trozos de ramas de árbol o de fragmentos de hielo también a merced del agua, moviéndose de manera impotente e inexorable hacia alguna inesperada catarata o alguno de los mortales rápidos que jalonaban el descenso del río desde las montañas.

Había empezado a beber cuando le dejó Myra. Jamás podría arreglárselas sin una mujer. Sí, y a la hora del juicio, ¿no trataría con desprecio aquella excusa el Dios Todopoderoso? Sin dejar de asirse a la barandilla, Bill Cooper se agachó con indecisión al borde del precipicio para mirar atentamente el río. Más allá de la cortina que formaba la nieve al caer, habían dejado de verse las luces del Honda.

No se atrevía a apartar los ojos de la oscura escena que había abajo para mirar a la carretera a ver si llegaba la ambulancia. Tenía miedo de no recordar el punto exacto donde había desaparecido la luz cuando volviera a mirar al barranco y de enviar a la patrulla de rescate hacia un lugar equivocado de la orilla del río. El turbio paisaje en blanco y negro del barranco presentaba escasos puntos significativos de referencia.

—Vamos, a ver cuándo llegáis —musitó.

El viento, que aguijoneaba su rostro haciéndole los ojos agua y pegándole la nieve al

bigote era tan cortante y ruidoso que ahogó el ruido de las sirenas de los vehículos de socorro hasta que éstos hubieron rebasado la curva de la montaña, avivando la noche con sus faros y destellos. Bill se incorporó y agitó los brazos para atraer su atención, sin apartar la vista del río.

Se detuvieron al lado de la carretera, detrás de él. Como una de las sirenas enmudeció antes que la otra, supo que habían llegado dos vehículos, probablemente una ambulancia y un coche patrulla policial. A buen seguro olerían el whisky en su aliento. No, tal vez no con aquel viento y aquel frío. Pensaba que se merecía la muerte por lo que había hecho pero si no iba a morir, tampoco se merecía perder su trabajo. Aquéllos eran tiempos duros. La recesión. No resultaba fácil encontrar un buen trabajo.

Los reflejos que despedían las balizas de emergencia prestaban a la noche un carácter estroboscópico. La vida real se había transformado en un fotograma, fragmentado y técnicamente absurdo, de una secuencia congelada, en la que la nieve de color escarlata en forma de aspersión de sangre caía vacilantemente desde un cielo herido.

Antes de lo que Lindsey podía imaginar, el ímpetu de la corriente la impulsó a ella y a Hatch contra una formación de rocas erosionadas por el agua que se alzaba como una hilera de dientes lisos en medio del curso del río. Los dos quedaron aprisionados en un hueco lo suficientemente angosto como para impedir que fueran arrastrados río abajo. Las aguas formaban remolinos de espuma a su alrededor, pero gracias a las rocas que tenía detrás, ya no necesitaba luchar contra la resaca.

Se sentía desfallecida, con todos los músculos del cuerpo flácidos e insensibles. Apenas podía manejar la cabeza de Hatch para mantenerla fuera del agua, aunque ello exigía muy poco esfuerzo ahora que ya no debía luchar contra el río. Era incapaz de alejarse de Hatch, pero comprendía que mantener su cabeza fuera del agua era un trabajo inútil: se había ahogado. ¿Para qué engañarse a sí misma pensando que seguía vivo? Y cada minuto que pasaba reducía la posibilidad de reanimarle con la respiración artificial. Pero ella no cedería. No. Le asombraba su feroz negativa a abandonar la esperanza, pese a que, sólo momentos antes del accidente, la tenía perdida por completo.

El frío del agua había penetrado hasta los mismos huesos de Lindsey, paralizándola mental y físicamente. Cuando intentaba concentrarse para idear un plan que la permitiera salir del centro del río y alcanzar la orilla, era incapaz de ordenar sus pensamientos. Se sentía drogada. Sabía que la hipotermia iba acompañada de somnolencia y que el sopor daría paso a la pérdida de la consciencia y finalmente a la muerte, pero estaba determinada a mantenerse despierta y alerta a toda costa... De pronto, se percató de que había cerrado los ojos, cediendo a la tentación del sueño. El miedo la acosó. Pero en sus músculos se retorcieron renovadas energías.

Parpadeando febrilmente, con las pestañas escarchadas de una nieve que ya no se derretía con el calor de su cuerpo, miró con ojos de miope en torno a Hatch y a lo largo de la línea de rocas pulimentadas por el agua. La orilla estaba sólo a unos cinco metros de distancia. Si las piedras estaban tan juntas entre sí, tenía la posibilidad de remolcar a Hatch hasta la orilla sin riesgo de ser absorbidos por un hueco o arrastrados río abajo.

Su visión, empero, se había adaptado lo bastante a la oscuridad como para distinguir que los siglos de mansas corrientes habían labrado una abertura de metro y medio de

ancho en la piedra granítica donde estaba atrancada. La abertura se hallaba a mitad del camino entre ella y la margen del río. Reluciendo débilmente bajo la obra de encaje de un chal de hielo, las aguas de color ébano aceleraban su paso al ser canalizadas hacia el hueco; no había duda de que al salir por el otro lado explotarían con tremenda fuerza. Lindsey sabía que estaba demasiado debilitada para impulsarse a sí misma por aquella poderosa afluencia. Ella y Hatch serían absorbidos por la brecha y, finalmente, irían a una muerte cierta.

Justo cuando rendirse a un sueño interminable empezaba otra vez a parecerle más sugestivo que continuar una lucha inútil contra la fuerza hostil de la Naturaleza, divisó unas extrañas luces en lo alto del barranco, a unos doscientos metros río arriba. Estaba tan desorientada y tenía la mente tan anestesiada por el frío, que, durante un rato, el palpitante resplandor carmesí le pareció algo extraño, misterioso y sobrenatural, como si contemplara el maravilloso halo de una presencia divina suspendida en el cielo.

Gradualmente fue comprendiendo que lo que veía eran las luces destellantes de la Policía o las ambulancias en lo alto de la carretera, y luego vislumbró más cerca los focos de las linternas, que rasgaban la oscuridad como espadas de plata. Los equipos de rescate descendieron por la pared del barranco, tal vez a unos cien metros río arriba, donde se había hundido el coche.

Ella los llamó, pero su grito le salió como un susurro. Volvió a intentarlo, con más éxito, pero seguramente no la habrían oído, a causa del fuerte viento, pues las linternas continuaron escrutando arriba y abajo la misma parte de la orilla del río y las aguas turbulentas.

De repente se percató de que Hatch había escapado de su presa y tenía la cabeza debajo del agua. Con la rapidez con que actúa una corriente, el terror de Lindsey se convirtió otra vez en ira. Sintió enfado contra el camionero por haber sido sorprendido en las montañas por una tormenta de nieve, contra sí misma por ser tan débil, contra Hatch por motivos que no sabía definir, contra el frío y el río insistentes; y rabia contra Dios por la violencia e injusticia de Su universo.

Lindsey encontraba más coraje en la ira que en el terror. Flexionó sus semicongeladas manos, agarró mejor a Hatch, le sacó otra vez la cabeza fuera del agua y lanzó un grito de socorro más fuerte que el fúnebre gemido del viento. Las linternas que había río arriba empezaron a apuntar de pronto en dirección hacia ella.

La embarrancada pareja parecía estar ya muerta. Cuando les enfocaron con las linternas, sus rostros flotaban en las oscuras aguas más blancos que los de dos aparecidos; translúcidos, irreales, muertos. Lee Reedman, un ayudante del sheriff del condado de San Bernardino, entrenado para el rescate de emergencia, vadeó hacia la orilla tirando de ellos, apoyándose en un terraplén de guijarros movedizos que se extendía hasta la mitad del río. Iba atado con un cabo de nylon de centímetro y medio de espesor, hecho de tres cuerdas retorcidas y capaz de resistir mil ochocientos kilos de peso, que estaba asegurado al tronco de un robusto pino y sujeto por otros dos agentes.

Se había despojado del anorak, pero no del uniforme ni de las botas, pues en aquella feroz corriente era imposible nadar, así que no tenía que preocuparse de que le estorbaran las ropas. Y, aunque estuvieran empapadas, algo le protegerían contra los peores bocados



de las heladas aguas, reduciendo la cantidad de calor que sustraían a su cuerpo. Sin embargo, al medio minuto de haberse introducido en el río, cuando sólo estaba a mitad del camino de la pareja naufragada, Lee se sintió como si le hubieran inyectado un refrigerante por vía intravenosa. Creía que no habría sentido más frío de haberse sumergido desnudo en aquella corriente helada.

Hubiera preferido esperar a que llegara el equipo de rescate de invierno, que estaba ya en camino, formado por hombres experimentados en sacar esquiadores de avalanchas de nieve o seguros patinadores de hielos quebradizos. Ellos disponían de trajes isotérmicos impermeables y de todo el equipo adecuado. Pero la situación era demasiado desesperada para aguardar; los que estaban en el río no resistirían hasta que llegaran los especialistas.

Llegó a un orificio entre las rocas por donde las aguas fluían como succionadas por una gigantesca bomba aspirante y dio un traspie, pero los hombres de la orilla mantenían tensa la cuerda cediendo a medida que seguía la marcha, evitando así que fuera arrastrado por la corriente. Avanzó debatiéndose hacia donde se agitaban las aguas del río, tragando una bocanada tan horriblemente helada que el dolor le traspasó los dientes, pero consiguió asirse a la roca del lado opuesto del hueco y lo cruzó.

Un minuto después, boqueando en busca de aire y tiritando violentamente, Lee llegó hasta la pareja. El hombre se hallaba inconsciente, pero la mujer estaba alerta. Sus rostros aparecían y desaparecían bajo las luces, a veces coincidentes, que los enfocaban desde la orilla y los dos presentaban un aspecto espantoso. La carne de la mujer parecía haberse marchitado y haber perdido el color, de suerte que la natural fosforescencia de sus huesos brillaba como si tuviera luz interior, revelando el cráneo bajo la piel. Tenía los labios tan blancos como los dientes y, exceptuando su cabello negro, empapado, sólo sus ojos eran oscuros, tan hundidos como los de un cadáver e inexpresivos como los de un moribundo. En aquellas circunstancias, Lee no hubiera sabido decir, ni con un margen de error de quince años, la edad que tendría ni si sería fea o atractiva, pero sí advirtió en el acto que se encontraba en el límite de su resistencia, aferrándose a la vida sólo por pura fuerza de voluntad.

—Coja a mi esposo primero —dijo, empujando al hombre inconsciente a los brazos de Lee. Su estridente voz se quebraba con frecuencia—. Tiene una herida en la cabeza y necesita ayuda. ¡Vamos, dése prisa, maldito sea!

Su enojo no ofendió a Lee. Sabía que no iba dirigido contra él y que daba fuerzas a la mujer para resistir.

—Agárrese y continuaremos los tres juntos —dijo, alzando la voz por encima del murmullo del viento y del río embravecido—. No haga esfuerzos, no trate de agarrarse a las rocas ni de mantener los pies en el fondo. A ellos les será más fácil sacarnos tirando de la cuerda si nos limitamos a flotar como boyas.

Ella pareció comprender. Lee miró hacia la orilla y cuando una de las linternas le enfocó el rostro, gritó:

—¡Listos! ¡Ahora!

Los hombres de la ribera empezaron a recuperar cuerda, arrastrando a Lee, al hombre inconsciente y a la mujer exhausta.

Lindsey recuperaba y perdía alternativamente la consciencia cuando la sacaron del agua. Durante un rato, la vida pareció una cinta de vídeo movida rápidamente hacia delante, de una escena a otra elegida al azar, con trozos en blanco y negro entre medio. Estaba tendida sobre el suelo, jadeando, en la orilla del río, cuando se arrodilló a su lado un joven socorrista con una barba poblada de nieve y le enfocó los ojos con una linterna tipo lapicero para comprobar la dilatación irregular de sus pupilas.

— ¿Puede usted oírme? —le preguntó.

— Desde luego. ¿Dónde está Hatch?

— ¿Puede usted decirme cómo se llama?

— Él necesita reanimación cardiopulmonar.

— Nos estamos ocupando de él. Y, ahora, ¿puede decirme su nombre?

— Lindsey.

— Bien. ¿Tiene frío?

Parecía una pregunta estúpida, pero entonces comprendió que ya no se estaba congelando. De hecho, un calor ligeramente desagradable le había invadido las extremidades. No era el calor agudo y doloroso de las llamas, sino que sentía como si sus manos y sus pies se hubieran sumergido en un líquido cáustico que disolviera gradualmente y dejaba al descubierto en carne viva las terminaciones nerviosas. Sin necesidad de que se lo dijeran, supo que su insensibilidad al cortante viento de la noche era un síntoma de deterioro físico.

La cinta de video avanzaba rápidamente

Estaba siendo transportada en una camilla. La llevaban a lo largo de la orilla del río. Colocada con los pies hacia delante, podía girar la cabeza y ver al hombre que cargaba con la camilla por detrás. El terreno, cubierto de nieve, reflejaba los focos de las linternas, pero aquel tenue y extraño resplandor apenas alumbraba lo suficiente para revelar los contornos de la cara de aquel desconocido y añadir un inquietante vislumbre a sus aceros ojos.

Aquel momento y aquel lugar, tan incoloros como un dibujo al carbón, extrañamente silenciosos, plagados de movimiento y misterio, como un sueño nocturno, semejaban una pesadilla. Sintió que su corazón se aceleraba al volver la cabeza arriba y atrás y mirar bizqueando a aquel hombre casi sin rostro. La irracionalidad de lo onírico configuraba sus temores y súbitamente tuvo la certeza de que estaba muerta y de que los hombres que la transportaban en la camilla no eran hombres sino portadores de carroña que la conducían a la barca que la llevaría a la tierra de los muertos y los condenados atravesando la Laguna Estigia.

La cinta de video avanzaba rápidamente...

Atada ahora a la camilla y situada casi en posición vertical, estaba siendo izada por el escarpado terraplén del barranco cubierto de nieve por unos hombres invisibles que tiraban desde arriba con un par de cuerdas. Otros dos hombres la acompañaban, uno a cada lado de la camilla, hundiéndose penosamente en la nieve hasta las rodillas, guiándole para vigilar que no se diera la vuelta.

Empezaba a acercarse a los faros destellantes de emergencia. Cuando el resplandor carmesí la rodeó completamente, oyó sobre ella las voces apremiantes de los socorristas y

el chisporroteo de las radios en la frecuencia de la Policía. Al empezar a oler el humo picante de los tubos de escape de sus vehículos, supo que iba a sobrevivir.

«Una limpia escapada por segundos», pensó. Incluso estando en las garras de un delirio nacido del agotamiento, confusa y con la mente embotada, Lindsey se hallaba lo bastante consciente como para sentir cobardía por aquel pensamiento y por el subconsciente deseo que representaba. ¿Escapado sólo por segundos ? De lo único que había escapado era de la muerte. ¿Tan deprimida estaba aún por la pérdida de Jimmy que incluso después de cinco años consideraba su propia muerte como una liberación aceptable de la carga de sus penas? «¿Entonces, por qué no me rendí al río? —se preguntó—. ¿Por qué no me dejé llevar?». Hatch, por supuesto. Hatch la necesitaba. Ella estaba dispuesta para abandonar este mundo con la esperanza de pisar en otro mejor. Pero, pensando en Hatch, no había sido capaz de tomar semejante determinación, y rendir su vida en tales circunstancias hubiera significado rendir también la de él.

Tras un traqueteo y una sacudida, la camilla salvó el borde del precipicio y fue depositada horizontalmente en el arcén de la carretera de montaña, al lado de una ambulancia. La nieve roja se arremolinaba sobre su cara. Un socorrista de rostro curtido y bellos ojos azules se inclinó sobre ella.

—Se pondrá usted perfectamente bien.

—Yo no quería morir —dijo Lindsey.

En realidad no se dirigía al socorrista. Estaba arguyéndose a sí misma, tratando de negar que su desespero por la pérdida de su hijo se había convertido en una infección emocional tan crónica que, en secreto, deseaba unirse a él mediante la muerte. Pero la imagen que tenía de sí misma no incluía la palabra "suicida" y sufría una conmoción y un rechazo al descubrir, bajo el intenso estrés, que podía haber sentido un impulso así.

Una limpia escapada por segundos...

—¿Quería yo morir? —preguntó.

—No va usted a morir —le aseguró el socorrista mientras él y otro hombre desataban las cuerdas de los brazos de la camilla, como un acto preparatorio para cargarla en la ambulancia—. Lo peor ya ha pasado. Lo peor ha pasado.

## CAPITULO 2

Estaban aparcados en dos carriles de la carretera de montaña. Media docena de coches de Policía y de vehículos de Urgencias. El tráfico de subida y bajada se hacía por un tercer carril, regulado por agentes de uniforme. Lindsey se dio cuenta de que desde un Jeep Wagoneer unas personas la miraban estúpidamente, pero sus rostros se desvanecieron tras las cortinas de nieve y los recios penachos condensados de los tubos de escape.

El furgón-ambulancia podía acomodar a dos pacientes. Situaron a Lindsey sobre una camilla con ruedas, que se ajustó a la pared de la izquierda mediante dos abrazaderas de muelle para inmovilizarla mientras el vehículo estuviera en marcha. A Hatch le instalaron en otra camilla idéntica, a lo largo de la pared derecha. Dos socorristas saltaron dentro de la ambulancia y cerraron la puerta de atrás. A cada movimiento que hacían, sus blancos uniformes de nylon aislante producían un continuo sonido de roce, unos suaves silbidos que parecían electrónicamente amplificados en aquel reducido compartimento. La ambulancia lanzó un corto aullido de sirena y se puso en movimiento. Los socorristas se adaptaban con facilidad al balanceo y la experiencia les ayudaba a mantenerse firmemente de pie dentro del vehículo.

Uno junto al otro en el angosto pasillo que había entre las camillas, los dos hombres se volvieron hacia Lindsey. Llevaban los nombres bordados sobre los bolsillos de las chaquetas: David O'Malley y Jerry Epstein. Empleando una curiosa combinación de imparcialidad profesional y preocupado interés, se pusieron a trabajar con Lindsey, intercambiando entre ellos información médica con voz resuelta y carente de emociones, pero con tono suave, simpático y alentador cuando se dirigían a ella.

Este diferente comportamiento alarmaba más que tranquilizaba a Lindsey, pero se encontraba demasiado débil y desorientada para expresar su temor. Se sentía enloquecedoramente frágil e insegura. Le vino a la imaginación un cuadro surrealista, titulado *Este mundo y el próximo*, que había pintado el año antes, pues la figura central de aquella obra era un equilibrista de circo lleno de incertidumbre. Precisamente ahora, la conciencia era como un cable muy alto en el que se apoyaba en una precaria situación. Cualquier esfuerzo que hiciese para hablar con los socorristas, si se prolongaba por más de una o dos palabras, podía hacerla perder el equilibrio y precipitarla en una larga y oscura caída.

Aunque su mente estaba demasiado confusa para descubrir algún sentido en la mayor parte de lo que estaban diciendo los dos hombres, entendió lo suficiente para saber que sufría de hipotermia, posiblemente congelación, y que estaban preocupados por ella. Su presión sanguínea era demasiado baja. Los latidos de su corazón, lentos e irregulares. Respiración lenta y superficial.

Tal vez aquella limpia escapada fuera todavía posible. Si es que realmente la deseaba. Lindsey estaba indecisa. Si de veras había sentido en su subconsciente hambre de

morir desde el funeral de Jimmy, ahora no experimentaba una especial apetencia por ello..., aunque tampoco lo encontrara particularmente indeseable. Le daba igual lo que le sucediese y, en su actual condición, con sus emociones tan mermadas como sus cinco sentidos, le preocupaba poco su destino. La hipotermia anulaba su instinto de supervivencia con un paño narcotizante tan efectivo como el producido por una borrachera etílica.

Entonces, por entre los dos susurrantes enfermeros, vislumbró a Hatch tendido en la otra camilla y súbitamente preocupada por él experimentó una sacudida que la arrancó de su semitrance. Le veía muy pálido, aunque no exactamente blanco. Era otra clase de palidez, menos saludable, con mucha tonalidad gris. Su rostro —vuelto hacia ella, con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta— parecía como abrasado por un fogonazo, sin nada entre la piel y el hueso excepto las cenizas de la carne consumida.

—Por favor —dijo—, mi marido.

Le sorprendió el tono de su voz, que salió como un bajo y aspero graznido.

—Primero usted —replicó O'Malley.

—No. Hatch. Hatch... necesita... ayuda.

—Primero usted —repitió O'Malley.

La insistencia del socorrista la tranquilizó bastante. Por mal aspecto que mostrara Hatch, debía encontrarse bien, tenía que haber respondido a la reanimación cardiopulmonar; seguramente se encontraba en mejor estado que ella, pues de lo contrario, le habrían atendido primero. ¿Qué otra explicación podía haber? Sus pensamientos volvieron a obnubilarse y el sentido de urgencia que la había atenazado cedió. Cerró los ojos.

Más tarde...

En el letargo hipotérmico de Lindsey, el murmullo de voces que sentía sobre su cabeza le parecía tan rítmico, si no melódico, como una canción de cuna. Pero le mantenía despierta la punzante y cada vez más dolorosa sensación que le producía en las extremidades la enérgica manipulación de los médicos que apretaban pequeños objetos en forma de almohadas contra sus costados. Lo que estuviesen poniendo —almohadillas de calentamiento químico o eléctrico, conjeturó— irradiaba una agradable calor hacia sus pies y manos.

—Hatch también necesita calor —dijo, con voz espesa.

—Se encuentra bien, no se apure por él —repuso Epstein. El aliento le salía como en pequeñas nubes blancas cuando hablaba.

—Pero si está helado.

—Así debe de estar. Así es como queremos que esté.

—Pero no tan frío, Jerry —objetó O'Malley—. Nyebern no quiere un polo "Popsicle". Si se forman cristales de hielo en el tejido, dañarán el cerebro.

Epstein se volvió hacia la pequeña ventanilla semiabierta que separaba la parte trasera de la ambulancia del compartimento anterior y gritó al chófer:

Mike, tal vez debieras dar un poco más de calor.

Lindsey se preguntó quién sería Nyebern y se alarmó ante las palabras "dañarán el cerebro". Pero estaba demasiado agotada para poder concentrarse y sacar sentido a lo que

ellos decían.

Su mente derivaba hacia recuerdos de su niñez, pero eran tan distorsionados y extraños que debía haber cruzado la frontera de la conciencia y entrado en un semisueño donde su subconsciente podía operar espeluznantes engaños sobre su memoria.

...se vio a sí misma, cuando tenía cinco años, jugando en un prado de detrás de su casa. El terreno en declive tenía unos contornos que le eran familiares, pero alguna odiosa influencia se había metido reptando en su mente y había alterado algunos detalles, cambiando perversamente el color de la hierba por el negro de un vientre de araña. Los pétalos de las flores eran todavía más negros, y tenían unos estambres carmesíes que brillaban como gruesas gotas de sangre...

...se vio a sí misma, cuando tenía siete años, en el patio del colegio al atardecer, pero más sola de lo que había estado nunca en la vida real. En torno suyo había el usual despliegue de columpios, balancines, barras de ejercicios y toboganes, que proyectaban sombras quebradizas ante la peculiar luz anaranjada del ocaso. Aquellos aparatos de diversión parecían ahora curiosamente siniestros. Se asomaban con aire malévolo, como si de un momento a otro pudieran empezar a moverse produciendo abundantes chirridos metálicos, con el fuego azulado de San Telmo resplandeciendo en sus costados y miembros, cual vampiros robóticos de aluminio y acero que buscaran sangre para lubricarse...

Lindsey oía periódicamente un grito extraño y distante, el balido lúgubre de alguna grande y misteriosa fiera. Con el tiempo, incluso en su estado semidelirante se dio cuenta de que no era producido por su imaginación ni por la distancia, sino directamente sobre su cabeza. No era ninguna bestia, sólo la sirena de la ambulancia que precisaba dar algunos cortos rugidos para avisar al escaso tráfico de coches que en una tempestad de nieve se aventuraba a salir por las carreteras.

La ambulancia se detuvo antes de lo que ella había esperado, pero eso podía deberse solamente a que su sentido del tiempo estaba tan deteriorado como sus percepciones. Epstein abrió de par en par la puerta trasera mientras O'Malley soltaba las abrazaderas que inmovilizaban la camilla de Lindsey.

Cuando la sacaron del furgón, le sorprendió ver que no estaban en ningún hospital de San Bernardino, como había supuesto, sino en un aparcamiento situado delante de un pequeño centro comercial. A aquella avanzada hora se encontraba vacío de vehículos, a excepción de la propia ambulancia y, para su asombro, de un gigantesco helicóptero parado a un extremo, en el que aparecía grabada una cruz roja en un círculo blanco y las palabras SERVICIO DE AMBULANCIA AEREA.

La noche seguía siendo fría y el viento ululaba sobre el asfalto. Se encontraban ahora por debajo de la línea de nieve, aunque al mismo pie de las montañas y todavía lejos de San Bernardino. El terreno estaba pelado y las ruedas de la camilla rechinaron cuando Epstein y O'Malley corrieron para poner a Lindsey bajo los cuidados de los dos hombres que esperaban junto al helicóptero.

El motor de la ambulancia aérea funcionaba al ralentí y sus rotores giraban perezosamente. La mera presencia del aparato —y la sensación de extrema gravedad que ello representaba— fue como la luz de un rayo de sol que rasgó la densa niebla mental de

Lindsey. Comprendió que o ella o Hatch se encontraban en un estado más grave de lo que había supuesto, pues sólo un caso crítico podía justificar un medio de transporte tan poco convencional y tan costoso. Y, obviamente, iban a dirigirse a un hospital más alejado de San Bernardino, tal vez a algún centro estatal de tratamiento especializado en medicina traumatológica avanzada de un tipo u otro. Incluso cuando aquel rayo de comprensión la alcanzó, deseó al momento que volviera a extinguirse y quiso desesperadamente refugiarse otra vez en su obnubilación mental.

Cuando los médicos del helicóptero se hicieron cargo de ella y la subieron a bordo del aparato, uno de ellos gritó por encima del ruido del motor:

—Pero si está viva.

—Se encuentra en muy mal estado —repuso Epstein.

—Sí, de acuerdo, parece estar hecha polvo —dijo el médico del helicóptero—, pero continúa viva. Nyebern está esperando un fiambre.

—El fiambre es el otro —agregó O'Malley.

—Es su marido —dijo Epstein.

—Le traeremos —añadió O'Malley.

Lindsey se percató de que aquel intercambio de palabras contenía una monumental información pero su cabeza no estaba suficientemente despejada para comprender lo que aquello significaba. O, simplemente, tal vez no quería comprenderlo.

La introdujeron en el espacioso compartimento posterior del helicóptero, la trasladaron a una de las dos camillas y, atada al colchón cubierto de vinilo, Lindsey volvió a sumirse en los aterradores y viciados recuerdos de su niñez:

...tenía nueve años y estaba jugando con su perro Boo, lanzando lejos la pelota para que fuera a recogerla, pero cuando el juguetón terranova volvió con la pelota de goma roja y la dejó a sus pies, ya no era una pelota. Era un corazón palpitante, del que se arrastraban arterias y venas rotas. Palpitaban no porque estuviera vivo, sino porque dentro de sus putrefactas cavidades se revolvía una masa ingente de gusanos y ácaros de sarcófago...

El helicóptero empezó a elevarse. Sus vaivenes recordaban más a los de un barco meciéndose en una horrible marejada que a los de una máquina voladora. Las náuseas maltrataron el estómago de Lindsey. Un médico con el rostro enmascarado por las sombras se inclinó sobre ella y le auscultó el pecho con un estetoscopio. Al otro lado había otro médico gritando por unos microauriculares acoplados a su cabeza e inclinado sobre Hatch. No hablaba con la cabina del piloto, sino posiblemente con el médico de guardia que les esperaba en algún hospital. Sus palabras, que se percibían entrecortadas por el ruido de los rotores batiendo el aire, revoloteaban como si fuera un adolescente nervioso.

—...pequeña lesión en la cabeza... sin heridas mortales... causa aparente de la muerte... parece ser... inmersión.

Al otro extremo del helicóptero, junto a los pies de la camilla de Hatch, la puerta corredera estaba abierta unos centímetros y Lindsey se fijó en que la puerta de su lado tampoco estaba totalmente cerrada, lo que producía una glacial corriente de aire de través. Así se explicaba también que el viento rugiera tanto fuera y el ensordecedor chacoleo de los rotores. ¿Por qué querrían que hiciera tanto frío dentro?

El médico que atendía a Hatch continuaba hablando por la radio:

—...boca a boca... reanimador mecánico... CO2 sin resultados... la adrenalina ha sido ineficaz...

El mundo real se había convertido en demasiado real para Lindsey, incluso visto a través de su delirio. No le gustaba. Las distorsionadas escenas que percibía como en sueños, con todo su horror de mutación, le parecían más atractivas que el interior de la ambulancia aérea, tal vez debido a que, a un nivel subconsciente, ella podía ejercer al menos algún control sobre sus pesadillas, pero ninguno en absoluto sobre los acontecimientos reales.

...se encontraba en el salón del colegio el día de su graduación, bailando en los brazos de Joey Delvecchio, el muchacho con quien estaba saliendo formalmente aquellos días. Se hallaban debajo de un vasto dosel de flámulas hechas con papel de crespón. Ella aparecía salpicada de las lentejuelas azules, blancas y amarillas, que despedía la lámpara giratoria de cristal y espejos suspendida sobre la pista de baile. Era música de unos tiempos mejores, antes de que el rock'n'roll empezara a perder su alma, antes del disco, y de la Nueva Ola, y de la generación saltarina del hip-hop, por aquel entonces en que Elton John y los Eagles estaban en la cumbre, cuando los Isley Brothers todavía grababan; los Doobie Brothers, Stevie Wonder, Neil Sedaka, haciendo un triunfal retorno, la música aún viva, todo y todos tan vivos, el mundo lleno de esperanzas y posibilidades, ya perdidas desde tiempo atrás. Bailando muy lentamente en un tono razonablemente bien interpretado por una banda local, y ella se sentía inundada de felicidad y de sensación de bienestar, hasta que levantó la cabeza del hombro de Joey, miró hacia arriba y vio, no la cara de Joey, sino la expresión pútrida de un cadáver, sus dientes amarillos expuestos por entre sus labios negros y apergaminados, la carne pustulosa, ampollada y rezumando, los ojos inyectados en sangre, saltones y vertiendo un líquido asqueroso de lesiones putrefactas. Quiso gritar y huir de él, pero sólo conseguía seguir la danza, escuchando los compases sumamente dulces y románticos de "Antes de que caiga la próxima lágrima", consciente de que estaba viendo a Joey tal como estaría dentro de unos pocos años, después de morir por una explosión en los barracones del Cuerpo de Marines, en el Líbano. Sintió que la muerte pasaba, como una sanguijuela, de la carne fría de él a la suya propia y supo que debía arrancarse del abrazo de él antes de verse inundada por aquella letal marea. Pero cuando miró desesperadamente a su alrededor en busca de alguien que pudiera ayudarla, vio que Joey no era el único bailarín muerto. Sally Ontkeen, que ocho años después sucumbiría intoxicada por cocaína, pasaba deslizándose a su lado en un avanzado estado de descomposición en brazos de su novio, el cual bajaba la vista hacia ella sonriendo, como ajeno a la podredumbre de su carne. Jack Winslow, la estrella de fútbol del colegio, que encontraría la muerte antes de un año en un accidente de automóvil cuando conducía borracho, cruzó dando vueltas con su pareja por delante de ellos: tenía el rostro tumefacto, teñido de un púrpura verdoso, y su cráneo estaba aplastado por el lado izquierdo, tal como quedó después del siniestro. Habló a Lindsey y a Joey con una rasposa voz que no pertenecía a la de Jack Winslow, como una criatura venida con permiso del cementerio, con las cuerdas vocales marchitas y convertidas en tiras reseca: "¡Vaya noche! ¡Amigo, vaya noche!"



Lindsey se estremeció, no sólo a causa del viento gélido que aullaba a través de las puertas del helicóptero parcialmente abiertas. El médico, con el rostro todavía en la sombra, estaba tomándole la presión sanguínea. Lindsey ya no tenía el brazo izquierdo debajo de la manta. Le habían cortado las mangas del suéter y de la blusa y tenía la piel al descubierto. El manguito del esfigmomanómetro le rodeaba tensamente los bíceps, asegurado con tiras de velcro.

Sus escalofríos eran tan acusados que el médico creyó que podía tratarse de los espasmos musculares que acompañan a las convulsiones. Echó mano a una pequeña cuña de goma de una bandeja de utensilios al lado y se la introdujo en la boca para impedir que se mordiera o se tragara la lengua.

—Voy a morir —dijo ella, apartando la mano.

—No, no se encuentra tan mal. Está usted estupendamente; se va a poner bien —repuso él satisfecho de que no sufriera convulsiones.

El no entendía lo que quería decir ella.

—Vamos a morir todos —dijo Lindsey, impacientemente.

Aquél era el significado de sus recuerdos distorsionados por el sueño. La muerte había estado a su lado desde el día en que nació, como una permanente compañera, pero ella no lo había entendido hasta el día de la muerte de Jimmy, cinco años atrás, ni lo había aceptado hasta esta noche en que la muerte había arrancado de su lado a Hatch.

Tenía el corazón apretado dentro del pecho igual que un puño. La invadió un nuevo dolor, más profundo y distinto que todos los demás. A pesar del terror, el delirio y el agotamiento, que lo había usado como escudo contra la terrible insistencia de la realidad, la muerte acudía finalmente a ella dejándola tan desamparada que no podía hacer otra cosa sino aceptarla.

Hatch se había ahogado.

Hatch estaba muerto. La reanimación cardiopulmonar no había resultado.

Hatch se había ido para siempre.

...ella tenía ahora veinticinco años y se apoyaba sobre la almohada del hospital de St. Joseph. La enfermera le traía un pequeño envoltorio en una toquilla, su bebé, su hijo, James Eugene Harrison, a quien había llevado durante nueve meses y no conocía aún, a quien amaba con todo su corazón sin haberle visto. La sonriente enfermera depositó suavemente el bulto entre los brazos de Lindsey y ésta apartó con ternura a un lado el borde guarnecido de satén de la mantilla de algodón azul. Vio entonces que estaba acunando a un pequeño esqueleto con las cuencas de los ojos vacías, y que los diminutos huesos de sus dedos se retorcían con el gesto de desamparo de un infante. Jimmy había nacido con la muerte dentro, como todo el mundo, y en menos de cinco años el cáncer se lo llevó. La boca pequeña y huesuda del niño-esqueleto se abrió despacio, en un grito largo, lento y silencioso...

Lindsey podía oír las aspas del helicóptero cortando el aire nocturno, pero ya no se hallaba dentro del aparato. Estaba siendo transportada en una camilla de ruedas por un aparcamiento en dirección a un gran edificio con muchas ventanas encendidas. Creyó que debía conocer el sitio pero no podía pensar claramente y, de hecho, le importaba muy poco qué era aquello, a dónde la llevaban o por qué.

Ante ella se abrieron de par en par las dos hojas de una puerta, descubriendo un espacio calentado por una luz amarilla y poblado por varias siluetas de hombres y mujeres. Luego, Lindsey fue llevada apresuradamente hasta la luz y metida entre las siluetas... por un largo pasillo... una habitación que olía a alcohol y otros desinfectantes... las siluetas se convirtieron en personas con cara, luego aparecieron más rostros... voces bajas pero apremiantes... manos que la cogían, levantándola de la camilla de ruedas... hasta ponerla en una cama, un poco inclinada hacia atrás, con la cabeza más baja que el cuerpo... bips y clics que salían rítmicamente de un equipo electrónico de alguna clase...

Sólo deseaba que se fueran todos y que la dejaran sola, en paz. Que se fueran. Que apagaran las luces al salir. Que la dejaran sola en la oscuridad. Ansiaba silencio, quietud, paz.

La asaltó un desagradable olor, cortante como el amoníaco, que le quemaba las fosas nasales y la obligaba a abrir los ojos, llenos de agua. Un hombre con una chaqueta blanca sostenía algo debajo de su nariz y examinaba intensamente sus ojos. Cuando Lindsey empezó a sofocarse y a cerrar la boca para defenderse del mal olor, él apartó el objeto y se lo tendió a una morena con uniforme blanco. El olor punzante se desvaneció en seguida.

Lindsey tenía conciencia del movimiento que había a su alrededor, de los rostros que aparecían y desaparecían. Sabía que estaba siendo el centro de la atención, un objeto de urgente estudio, pero no le importaba... no podía evitarlo. Era todo muy semejante a un sueño, más de lo que habían sido sus verdaderos sueños. En torno suyo subía y bajaba una marea de voces, que se hinchaban rítmicamente como las suaves olas rompientes sobre una playa de arena.

—...acusada palidez cutánea... cianosis de labios, uñas, yemas de los dedos, lóbulos de las orejas...

—...pulso débil, muy rápido... respiración acelerada y superficial.

—...tiene la presión sanguínea tan condenadamente baja que no puedo tomar una lectura...

—¿No la han tratado de shock esos gilipollas?

—Seguro, todo el viaje.

—Mezcla de oxígeno, CO<sub>2</sub>. ¡Y rápido!

—Adrenalina.

—Sí, prepárela.

—¿Adrenalina? Pero ¿y si tiene lesiones internas? Si las hay, no se podrá ver la hemorragia.

—Al diablo con ello, tengo que arriesgarme.

Alguien pasó la mano por la cara de Lindsey, como si tratara de acariciarla. Sintió que le metían algo por la nariz y estuvo un instante sin poder respirar. Lo curioso era que no le importaba. El aire seco y fresco siseó después en su nariz y pareció forzar sus pulmones a dilatarse. Una rubia joven, completamente vestida de blanco, se inclinó sobre ella, le ajustó el inhalador y sonrió cariñosamente.

—Ya está, querida. Élo nota?

La mujer era bonita, etérea, tenía una voz singularmente musical y parecía aureolada por detrás con un resplandor dorado. Una aparición celestial. Un ángel.

—Mi marido está muerto —dijo Lindsey, con voz asmática.

—Todo irá bien, querida. Relájese, respire todo lo hondo que pueda. Todo se arreglará.

—No, él está muerto —insistió Lindsey—. Se ha ido, se ha ido para siempre. No me mienta usted. A los ángeles no les está permitido mentir.

Al otro lado de la cama, un hombre vestido de blanco limpiaba el codo de Lindsey con un algodón empapado en alcohol. Estaba más frío que el hielo.

—Muerto y se ha ido —repitió Lindsey, dirigiéndose al ángel.

El ángel asintió tristemente con la cabeza. Sus ojos estaban llenos de ternura, como debían de estar seguramente los ojos de los ángeles.

—Se ha ido, querida. Pero quizás esta vez no sea el final de todo.

La muerte era siempre el final. ¿Qué otra cosa podía ser la muerte?. Lindsey sintió en el brazo izquierdo el pinchazo de una aguja.

—Esta vez —dijo el ángel en voz baja— todavía queda una oportunidad. Aquí contamos con un programa especial, un verdadero...

Otra mujer irrumpió de pronto en la habitación y la interrumpió con excitación:

—¡Nyebern está en el hospital!

Un descomunal suspiro de alivio, casi como un grito de entusiasmo, recorrió a todos los que estaban en la habitación.

—Estaba en una cena en Marina del Rey cuando le localizaron. Debe haber conducido como un murciélago escapado del Infierno para llegar aquí tan pronto.

—Élo ve, querida? —dijo el ángel a Lindsey—. Queda una oportunidad. Todavía queda una oportunidad. Estaremos rezando.

Así ¿qué?, pensó amargamente Lindsey. Los rezos nunca me han dado resultado. No hay que esperar milagros. Los muertos, muertos están, y lo único que pueden esperar los vivos es ir a reunirse con ellos.

## CAPITULO 3

Siguiendo las instrucciones del doctor Jonas Nyebern que obraban en el archivo de la oficina del Proyecto sobre Medicina de Reanimación, el personal de urgencias del Hospital General del Condado de Orange había dispuesto una sala de operaciones para recibir el cuerpo de Hatchford Benjamin Harrison. Se habían movilizado desde el momento en que los socorristas de urgencia habían informado desde las Montañas de San Bernardino, por la frecuencia de radio de la Policía, que la víctima se había ahogado en aguas próximas al punto de congelación, habiendo sufrido en el accidente heridas de escasa importancia, lo cual lo convertía en un caso perfecto para Nyebern. Cuando la ambulancia aérea aterrizaba en el aparcamiento del hospital, los instrumentos y dispositivos habituales de la sala de operaciones habían sido complementados con una máquina de by-pass y otros aparatos requeridos por el equipo de reanimación.

El tratamiento no iba a efectuarse en la sala de urgencias acostumbrada. Aquella sala ofrecía insuficiente espacio para trabajar con Harrison, aparte de la normal afluencia que había de pacientes. Aunque Jonas Nyebern era cirujano cardiovascular y el equipo del proyecto poseía abundantes habilidades quirúrgicas, los procedimientos de reanimación raras veces empleaban la cirugía. Sólo el descubrimiento de alguna lesión interna grave les habría obligado a intervenir quirúrgicamente a Harrison, y el empleo de un quirófano se debía más a conveniencia que a necesidad.

Cuando Jonas entró en la antesala del quirófano después de prepararse en la sala de esterilización, los miembros de su equipo le estaban ya esperando. Como quiera que el destino le había privado de su esposa, hija e hijo, dejándole sin familia, y como su innata timidez le había impedido siempre hacer amistades más allá de los límites de su profesión, los miembros de su equipo no eran solamente sus colegas, sino también las únicas personas del mundo con las que se sentía enteramente a gusto y a quienes quería de verdad.

Helga Dorner se encontraba de pie junto a las consolas con el instrumental que había a la izquierda de Jonas, en la penumbra de la luz que enviaban las lámparas halógenas instaladas sobre la mesa de operaciones. Era una excelente enfermera especializada en aparato circulatorio, de rostro amplio y cuerpo robusto, que recordaba a una de las incontables atletas soviéticas saturadas de esteroides, pero sus ojos y manos eran más suaves que los de la *Madonna* de Rafael. Los pacientes primero la temían, pronto la respetaban y acababan adorándola. Con la solemnidad que caracterizaba a momentos como aquél Helga no sonrió, sino que dirigió a Jonas un signo levantando los pulgares.

Junto a la máquina de bypass estaba de pie Gina Delilo, de treinta años, enfermera titulada y especializada en cirugía, la cual prefería, por las razones que fuesen, ocultar su extraordinaria competencia y sentido de la responsabilidad tras una impertinente y corta cola de caballo que le confería la apariencia de haberse escapado de alguno de aquellos viejos "Gidgets" o películas de fiestas playeras que habían sido populares decenios antes. Gina, lo mismo que todos, llevaba una ropa de color verde hospital y un gorro de algodón,

sujeto con cintas, que ocultaba su cabello rubio, pero sus calcetines rosa brillante sobresalían por encima de las botas de paño con reborde elástico que cubrían sus zapatos.

Flanqueando la mesa de operaciones estaban los doctores Ken Nakamura y Dovell, dos médicos del hospital con una destacada práctica privada local. Ken era una rara amenaza doble, al poseer avanzados conocimientos de medicina interna y neurología. La cotidiana experiencia que vivían sobre la fragilidad de la fisiología humana impulsaba a algunos doctores a beber y obligaba a otros a endurecer sus corazones hasta aislarse emocionalmente de sus pacientes; la más saludable defensa de Ken consistía en un sentido del humor a veces retorcido, pero siempre psicológicamente terapéutico. Kari, una especialista de primera clase en medicina pediátrica, era diez centímetros más alta que Ken, que medía metro sesenta y siete; delgada como una caña, mientras que él era ligeramente mofletudo, pero de risa tan rápida como la del internista. A veces, no obstante, la profunda tristeza de sus ojos preocupaba a Jonas y le impulsaba a creer que en lo más hondo de ella yacía un quiste de soledad y que la amistad no podría nunca proporcionar un escalpelo para extirparlo, por largo y afilado que estuviese.

Jonas miró sucesivamente a cada uno de sus cuatro colegas, pero ninguno de ellos habló. La habitación, exenta de ventanas, guardaba un extraño silencio. La mayor parte del equipo tenía un aire curiosamente pasivo, como carente de interés por lo que estaba a punto de ocurrir. Pero sus ojos les traicionaban, pues eran los ojos de unos astronautas situados en la escotilla de salida de un transbordador orbital, preparados para darse un paseo por el espacio. Radiantes de excitación, de asombro, de sensación de aventura... y de un poco de miedo.

Otros hospitales disponían de personal de urgencia, suficientemente especializado también en medicina de reanimación como para dar a un paciente una buena oportunidad de recobrar la vida. Pero el hospital del Condado de Orange era uno de los tres centros de todo el sur de California que podía presumir de tener un proyecto vanguardista, financiado aparte, dirigido a potenciar los procedimientos de reanimación. Harrison hacía el paciente número cuarenta y cinco del proyecto desde los quince años de su fundación, pero las características de su muerte le convertían en el más interesante de todos. Inmersión, seguida de hipotermia rápidamente acaecida. La inmersión implicaba un daño físico relativamente pequeño y el factor frío frenaba de manera considerable el proceso del deterioro celular post-mortem.

El equipo de Jonas había tratado con harta frecuencia a víctimas de ataques fulminantes de apoplejía, paros cardíacos, asfixia debida a obstrucción traqueal o sobredosis de drogas. Tales pacientes habían sufrido al menos algún daño cerebral irreversible previo o durante el momento de la muerte, antes de ponerse bajo los cuidados del Proyecto de Reanimación, comprometiendo así sus posibilidades de volver a la vida en perfecto estado. Y de aquellos que habían muerto por violento traumatismo de una clase u otra, algunos quedaron muy severamente heridos para que pudieran salvarse incluso después de ser resucitados. Otros habían sido resucitados y estabilizados, sólo para sucumbir a las secundarias infecciones que rápidamente degenerarían en choque tóxico. Tres habían estado muertos hasta el extremo de que, una vez resucitados, las lesiones cerebrales eran demasiado graves para permitirles recuperar la conciencia o, en el caso de

que la recuperasen, demasiado extensas para permitirles llevar una vida digna de llamarse normal. Con repentina angustia y una sensación de culpa, Jonas recordó aquellos fracasos, aquella vida incompleta restaurada, aquellos pacientes en cuyos ojos había visto la torturada conciencia de sus patéticos estados...

—Esta vez será diferente —La voz de Kari Dovell era suave, sólo un susurro, pero hizo añicos el ensimismamiento de Jonas.

Éste asintió. Sentía un considerable afecto por aquellas personas. Más por ellas que por él mismo, deseaba que su equipo obtuviera un éxito resonante.

—Adelante —dijo.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando las dos hojas de la puerta de la sala de operaciones se abrieron de golpe y dos enfermeros de quirófano irrumpieron portando al hombre muerto sobre una camilla con ruedas. Con rapidez y diligencia, trasladaron el cuerpo sobre la mesa de operaciones, ligeramente inclinada, manejándolo con más cuidado y respeto del que podían haber empleado con un cadáver en otras circunstancias. A continuación, se fueron de allí.

El equipo se puso manos a la obra incluso antes de que los enfermeros abandonaran la habitación. Con celeridad y economía de movimientos, cortaron al muerto las ropas que le quedaban, dejándolo desnudo boca arriba, y le aplicaron los cables de un electrocardiograma, un electroencefalograma y un termómetro de parche cutáneo con lectura digital.

Los segundos eran de oro. Los minutos no tenían precio. Cuanto más tiempo continuara muerto el hombre, menos posibilidades tenían de resucitarle con algún grado de éxito. Kari Dovell ajustó los mandos del EEG y afinó el contraste. Para favorecer la grabación que estaban haciendo de la totalidad del procedimiento, empezó a repetir todo lo que ellos podían ver:

—Línea plana. Sin latido cardíaco.

—Sin alfa, sin beta —añadió Ken Nakamura, confirmando la ausencia de cualquier actividad eléctrica en el cerebro del paciente.

Después de enrollar el manguito del esfigmomanómetro en torno al brazo derecho del paciente, Helga informó de la lectura que ellos esperaban:

—Presión sanguínea inapreciable.

Gina estaba al lado de Jonas, supervisando la lectura del termómetro.

—Temperatura corporal, 7,8 grados centígrados.

—¡Demasiado baja! —exclamó Kari, abriendo con sorpresa y desmesuradamente sus ojos verdes cuando los bajó para mirar al cadáver—. Y su temperatura debe de haber subido por lo menos cinco grados y medio desde que lo sacaron del río. Aquí mantenemos un ambiente frío, pero no tanto.

El termostato fue entonces ajustado a 17,8 grados para equilibrar el confort del equipo de reanimación frente a la necesidad de impedir que la víctima se calentara con demasiada rapidez. Kari levantó los ojos del hombre muerto y miró a Jonas.

—El frío es bueno —dijo—, de acuerdo, y le queremos frío, pero no a una temperatura terriblemente baja. ¿Y si se le congelan los tejidos y sufre un daño masivo de las células cerebrales?

Jonas examinó los dedos de los pies y los de las manos del paciente, y se quedó casi desconcertado al escuchar su propia voz:

—No hay indicación de vesículas...

—Eso no prueba nada —rebatía Kari.

Jonas sabía que lo que ella decía era cierto. Todos lo sabían. No había habido tiempo de que se formaran vesículas en los tejidos muertos por congelación de las yemas de los dedos, antes de que el hombre hubiera realmente fallecido. Pero, maldita sea, Jonas no quería darse por vencido incluso antes de comenzar.

—Sin embargo —dijo—, no hay signos de necrosis en los tejidos...

—Porque todo el paciente está necrótico —agregó Kari, que no quería ceder. Kari, a veces, parecía tan desgarbada como un pájaro zanquivano que, aun siendo un maestro en el aire, en la tierra se hallaba fuera de su elemento. Pero otras veces, como ahora, se aprovechaba de su estatura, proyectando una sombra intimidante y bajando la vista hacia el adversario con una mirada que parecía decir "amigo, es mejor que me escuches porque podría sacarte los ojos a picotazos". Jonas era cinco centímetros más alto que Kari, de manera que, de hecho, ésta no podía bajar la vista para mirarle. Pero pocas mujeres eran capaces de mirarle a los ojos de igual a igual y el efecto era el mismo que si él hubiera medido uno sesenta de estatura.

Jonas miró a Ken en busca de apoyo, pero el neurólogo no podía ofrecérselo.

—Realmente, la temperatura del cuerpo puede haber descendido por debajo del punto de congelación después de la muerte y luego elevarse durante el viaje hasta aquí. Pero eso no podríamos conocerlo. Usted lo sabe, Jonas. Lo único que podemos afirmar es que este hombre está más muerto que Elvis lo ha estado nunca.

—Si ahora está a siete grados con ocho décimas... —dijo Kari.

Todas las células del cuerpo humano están compuestas principalmente de agua. El porcentaje de agua varía de las células de la sangre a las de los huesos y de las células de la piel a las del hígado, pero siempre hay en ellas más agua que ninguna otra cosa. Y el agua, cuando se congela, se expande. Si metemos una botella de soda en el congelador para que se enfríe pronto y la dejamos demasiado tiempo sólo encontraremos los fragmentos puntiagudos de vidrio causados por la explosión de su contenido. El agua congelada hace reventar las paredes de las células del cerebro —y de todas las células del cuerpo— de una forma similar.

Nadie del equipo deseaba rescatar a Harrison de la muerte si tuvieran seguridad de que iban a devolver la vida a una cosa dramáticamente inferior a una persona completa. Ningún buen médico, aparte de su pasión por curar enfermos, quería luchar y derrotar a la muerte sólo para conseguir a un paciente vivo con un masivo daño cerebral, o sólo sostenido "vivo" en coma profundo por la ayuda de las máquinas.

Jonas sabía que su mayor debilidad como médico radicaba en un odio extremo hacia la muerte. Era un odio que le acompañaba en toda ocasión. En momentos como aquel, su enojo podía convertirse en una furia silenciosa que llegaba a afectar a su juicio. La muerte de cada uno de sus pacientes le resultaba como una afrenta personal. Tendía a equivocarse a causa de su optimismo, al efectuar una resurrección que podía tener unas consecuencias

más trágicas si triunfaba que si fracasaba. Los otros cuatro miembros del equipo entendían su debilidad y le miraban con expectación.

Si la sala de operaciones había estado hasta ahora más callada que una tumba, a partir de este momento parecía tan silenciosa como el espacio vacío de cualquier solitario lugar entre las estrellas, donde Dios, si es que Él existía, dictaminaba sobre las desamparadas criaturas de Su creación.

Jonas era muy consciente de los preciosos segundos que estaban transcurriendo. El paciente llevaba sobre la mesa de operaciones menos de dos minutos, pero dos minutos podían ser decisivos.

Sobre la mesa, Harrison estaba tan muerto como lo habían estado antes muchos hombres. Su piel mostraba un enfermizo color grisáceo y los labios —además de ligeramente separados en una eterna exhalación—, así como las uñas de los pies y las manos, tenían un color azul cianótico. Su carne estaba totalmente desprovista de la tensión de la vida.

Sin embargo, aparte de un corte superficial de cinco centímetros de longitud en el lado derecho de la cabeza, una erosión en la mandíbula izquierda y excoriaciones en las palmas de las manos, aparentemente no tenía más lesiones. Para ser un hombre de treinta y ocho años había estado en excelentes condiciones físicas, con sólo un sobrepeso de unos tres kilos y medio encima, los huesos rectos y una musculatura bien definida. Prescindiendo de lo que pudiera haberle ocurrido a sus células cerebrales, parecía el candidato perfecto para la resurrección.

Diez años atrás, cualquier médico en la situación de Jonas se hubiera guiado por el "Límite de los Cinco Minutos", que era el tiempo máximo que se consideraba que resistía el cerebro humano sin recibir el oxígeno transportado por la sangre sin sufrir merma de las facultades mentales. Durante la década pasada, sin embargo, como quiera que la medicina de resucitación se había convertido en un excitante campo nuevo, el "Límite de los Cinco Minutos" había sido rebasado con tanta frecuencia que, con el tiempo, había sido descartado. Merced a las nuevas drogas que actuaban como captadores de radicales libres, a las máquinas capaces de enfriar y calentar la sangre, a las dosis masivas de adrenalina y a otros medios, los médicos habían podido superar con creces el "Límite de los Cinco Minutos" y sacar a los pacientes de más profundas regiones de la muerte. Y la hipotermia —extremo enfriamiento del cerebro, que bloqueaba los rápidos y sinuosos cambios químicos en las células, seguido de la muerte— podría prolongar la longitud del tiempo de muerte de un paciente muerto y, sin embargo, hacerle ser resucitado con éxito. Veinte minutos era lo común. Treinta resultaba desesperado. Los casos de triunfal resucitación a los cuarenta y cincuenta minutos constituían un récord. En 1988, una niña de dos años había sido sacada de un río helado en Utah, y devuelta a la vida, sin ningún daño cerebral aparente, después de llevar muerta por lo menos sesenta y seis minutos; y el año pasado mismo, una joven de veinte años, había sido resucitada en Pensilvania, con todas sus facultades intactas, setenta minutos después de su muerte.

Los otros cuatro miembros del equipo estaban todavía mirando fijamente a Jonas.

La muerte, se dijo a sí mismo, no es más que otro estado patológico y la mayoría de los estados patológicos podían hacerse reversibles con un tratamiento. La muerte era una



cosa. Pero el frío y la muerte era otra.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —preguntó a Gina.

Parte del trabajo de Gina consistía en servir de enlace por radio con los socorristas del lugar y grabar los datos vitales para que el equipo de reanimación los utilizara en un momento decisivo como aquel. Miró su reloj —un Rolex con una estrafalaria correa de color rosa que contrastaba con sus calcetines —y ni siquiera se paró a calcular.

—Sesenta minutos, pero ellos sólo calculaban el tiempo que llevaba muerto en el agua antes de encontrarle. Podría ser más.

—O menos —dijo Jonas.

Mientras Jonas tomaba una decisión, Helga rodeó la mesa que había al lado de Gina y las dos se pusieron a examinar los tejidos del brazo izquierdo del cadáver, buscando la vena más importante, por si Jonas se decidía a resucitarle. La localización de los vasos sanguíneos en la carne flácida de un cadáver no siempre resultaba fácil, habida cuenta de que la aplicación de un torniquete de goma no incrementaría la presión sistemática.

—Está bien, voy a resucitarle —decidió Jonas.

Miró en torno suyo a Ken, Kari, Helga y Gina, dándoles una última oportunidad de desafiarle, y luego consultó su propio reloj de pulsera Timex.

—Son las nueve y doce minutos de la noche del lunes, cuatro de marzo —dijo—. El paciente Hatchford Benjamin Harrison está muerto... pero recuperable.

Para crédito de su equipo, ninguno de sus miembros vacilaría por las dudas que pudiera abrigar, una vez que la llamada de la resurrección había sido hecha. Tenían el derecho —y el deber— de aconsejar a Jonas mientras éste estaba tomando su decisión, pero en cuanto la hubo tomado todos aplicaron al trabajo sus conocimientos, habilidades y destreza para garantizar que la parte "recuperable" de su llamada a la resurrección fuera correcta.

«Dios mío —pensó Jonas—, espero haber tomado la decisión adecuada.»

Gina ya había introducido una aguja de exanguinación en la vena que ella y Helga habían localizado. Juntas echaron a andar y ajustaron la máquina by-pass, que iría extrayendo la sangre del cuerpo del paciente y calentándola gradualmente hasta llegar a los 37,8 grados centígrados. Una vez calentada, la sangre sería bombeada de nuevo al interior del cuerpo del paciente, todavía azul, por medio de otro tubo que alimentaba una aguja introducida en una vena del muslo.

Una vez iniciado el proceso, restaba por hacer un trabajo más apremiante que el tiempo. Los signos vitales, ahora inexistentes, debían ser controlados por los primeros indicios de respuesta a la terapia. Debía revisarse el tratamiento aplicado por los socorristas para determinar si se había empleado una dosis de adrenalina —una hormona estimulante del corazón— demasiado grande como para descartar en este momento la aplicación de más dosis de esta hormona a Harrison. Mientras tanto, Jonas tiró de un carrito de ruedas con medicamentos preparado por Helga antes de que trajeran al paciente y empezó a calcular la variedad y cantidad de ingredientes para un cóctel químico de captadores de radicales libres destinado a retardar el daño de los tejidos.

—Sesenta y un minutos —informó Gina, poniéndoles al corriente del tiempo que se calculaba llevaba muerto el paciente—. ¡Caray! Eso es mucho tiempo hablando con los

ángeles. Señores y señoras, resucitar a éste no va a ser como asar una salchicha de Frankfurt.

—Ocho grados, nueve décimas —informó solemnemente Helga, notando que la temperatura corporal del cadáver se iba elevando de manera paulatina hacia la temperatura ambiente de la habitación.

La muerte no es más que un estado patológico ordinario, se recordó a sí mismo Jonas. Los estados patológicos pueden usualmente ser revertidos.

Con sus manos estrafalariamente delgadas y sus largos dedos. Helga dobló una toalla de quirófano de algodón sobre los genitales del paciente. Jonas admitió que no era únicamente una concesión al pudor, sino un acto de benevolencia que expresaba una nueva e importante actitud hacia Harrison. Un hombre vivo inspiraba sentimientos de pudor. Un hombre muerto no necesitaba benevolencia. La consideración de Helga era una manera de manifestar que confiaba en que aquel hombre fuera de nuevo un ser viviente, en que volvería a formar parte de la comunidad humana y, por ello, debía ser tratado con ternura y compasión, y no tan sólo como un interesante y retador objeto susceptible de reanimación.

Los hierbajos y los pastos le llegaban a las rodillas exuberantes tras un invierno inusualmente lluvioso. Por el prado susurraba una brisa suave. En ocasiones, los murciélagos y los pájaros nocturnos pasaban sobre su cabeza o se precipitaban muy bajo a un lado, aproximándose cautelosamente como si reconocieran en él a un congénere depredador, pero alejándose tan pronto notaban la terrible diferencia que había entre él y ellos.

Él se quedaba de pie, desafiante, con la vista fija en las estrellas que brillaban entre los claros de las espesas y crecientes nubes que avanzaban hacia el Este por un cielo de finales de invierno. Él creía que el universo era el reino de la muerte, donde la vida era tan rara como imprevisible; un lugar lleno de incontables planetas estériles, un testamento no para los poderes creadores de Dios, sino para la esterilidad de Su imaginación y para el triunfo de las fuerzas de las tinieblas aliadas contra él. De las dos realidades que coexistían en este universo —la vida y la muerte—, la vida era la más pequeña y menos importante. Cualquier ciudadano del mundo de los vivos tenía la existencia limitada por los años, los meses, los días y las horas. Pero un ciudadano del reino de la muerte era inmortal. Él vivía en la tierra de nadie.

Odiaba el mundo de los vivos, donde había nacido. Odiaba las pretensiones y las maneras y la moral, y la virtud que abrazaban los vivos. Le divertían y disgustaban a la vez la hipocresía de la interacción humana, en donde el desinterés era públicamente defendido y el egoísmo, privadamente codiciado. A sus ojos, cada acto de benevolencia parecía estar ejecutado pensando sólo en la recompensa que podría obtenerse mañana del receptor.

Su más grande desprecio —y a veces su furia— lo tenía reservado para aquellos que hablaban de amor y alardeaban de sentirlo. Él sabía que el amor era como todas las otras magnánimas virtudes aireadas por la familia, por los profesores y, también, por los sacerdotes. No existían. Era un engaño, un modo de controlar a los demás, un timo.

Por el contrario, él quería la oscuridad y la extraña antividua del mundo de los muertos al que él pertenecía pero al que todavía no podía retornar. Su verdadero sitio estaba entre los malditos. Se sentía a gusto entre quienes despreciaban el amor, quienes sabían que la persecución del placer era el único propósito de la existencia. Lo primero era uno mismo. No existían cosas tales como el "mal" y el "pecado".

Cuanto más miraba fijamente las estrellas por entre las nubes, más brillantes parecían, hasta que cada puntito luminoso del vacío pareció agujijonear sus ojos. Unas lágrimas de malestar emborronaron su vista y bajó los ojos a la tierra y a sus pies. Incluso de noche, el mundo de los vivos era demasiado luminoso para su gusto. Él no necesitaba luz para ver. Su visión estaba adaptada a la total oscuridad de la muerte a las catacumbas del Infierno. La luz no sólo resultaba superflua para unos ojos como los suyos; era un fastidio y, a veces una abominación.

Ignorando los cielos, abandonó el campo y regresó al pavimento cuarteado. Sus pisadas resonaron huecas en aquel lugar que una vez había estado lleno de voces y risas de las multitudes. Si hubiera querido se habría movido con el mismo sigilo que un gato cazando al acecho.

Se apartaron las nubes y la lámpara lunar enfocó sus rayos hacia abajo, haciéndole muecas. Por todas partes, las decadentes estructuras de su escondite proyectaban feas e irregulares sombras a la luz de la luna, que habrían parecido tristes a cualquier otro pero que para él rielaban sobre el pavimento como pinturas luminosas.

Sacó unas gafas negras de un bolsillo interior de su chaqueta de cuero y se las puso. Así estaba mejor.

Permaneció vacilando un momento, inseguro sobre lo que quería hacer con el resto de la noche. En realidad, tenía dos opciones: pasar las horas que faltaban para el alba con los vivos o con los muertos. Esta vez la elección fue todavía más fácil que de costumbre, pues, en su actual estado de ánimo prefería, con mucho el mundo de los muertos.

Abandonó aquella sombra lunar que se asemejaba a una gigantesca rueda, rota y sesgada, y encaminó sus pasos hacia la carcomida estructura donde escondía a sus víctimas. Su colección.

—Sesenta y cuatro minutos —informó Gina, consultando su Rolex con correa de color rosa—. éste podría resultar difícil.

Jonas no podía creer lo rápido que pasaba el tiempo, semejante a una exhalación, a buen seguro más rápido que de costumbre, como si hubiera habido una monstruosa aceleración continua. Pero siempre ocurría lo mismo en situaciones como ésta, cuando la diferencia entre la vida y la muerte era medida por minutos y segundos.

Se fijó en la sangre, más azul que roja, que circulaba por el tubo transparente de exanguinación para entrar en la ronroneante máquina de by-pass. Por término medio, el cuerpo humano contiene cinco litros de sangre. Antes de que el equipo de reanimación terminara con Harrison, sus cinco litros habrían sido repetidamente reciclados, calentados y filtrados.

Ken Nakamura estaba ante la pantalla luminosa, estudiando las radiografías de la cabeza y el tórax, así como los sonogramas del cuerpo que habían sido tomados en la

ambulancia aérea durante el viaje, hecho a ciento cuarenta kilómetros por hora, desde la base de San Bernardino hasta el hospital de Newport Beach. Kari, inclinada sobre la cabeza del paciente, examinaba sus ojos con un oftalmoscopio, en busca de signos de presión craneal peligrosa causada por alguna acumulación de fluido en el cerebro.

Jonas, con la ayuda de Helga, había llenado varias jeringas con dosis de varios neutralizantes de radical libre. Las vitaminas E y C eran eficaces depuradores y poseían la ventaja de ser sustancias naturales, pero también intentaba administrar un lazeroide — mesilato de tirilaza — y fenil-terciario-butil-nitrón.

Los radicales libres eran moléculas de rápido movimiento e inestables que rebotaban por el cuerpo desencadenando reacciones químicas y dañando a la mayoría de las células con las que entraban en contacto. La teoría actual sostenía que eran los principales causantes del envejecimiento humano, lo cual explicaba que los depuradores naturales como la vitamina E y C vigorizasen el sistema inmunológico y proporcionaran a sus consumidores, a largo plazo, un aspecto más juvenil y mayor energía. Los captadores libres eran un subproducto de los procesos metabólicos ordinarios y estaban siempre presentes en el sistema. Pero cuando se privaba al organismo de sangre oxigenada durante un largo período, incluso protegido por la hipotermia, grandes depósitos de radicales libres eran creados en exceso de cualquier cosa con la que tuviera que enfrentarse normalmente el cuerpo. Cuando el corazón empezaba a funcionar otra vez, la renovada circulación arrastraba aquellas partículas destructoras a través del cerebro, en donde su impacto era devastador. Las vitaminas y los captadores químicos se enfrentarían a los radicales libres sin darles tiempo a causar daños irreversibles. Al menos eso se esperaba.

Jonas insertó las tres jeringas en las diferentes puertas que alimentaban la línea intravenosa en el muslo del paciente, pero todavía no inyectó su contenido.

—Sesenta y cinco minutos —dijo Gina.

Jonas pensó que ya era mucho tiempo de muerte. Estaba rayando el récord de tiempo de las resucitaciones con éxito.

A pesar del frío reinante, Jonas sentía que le brotaba el sudor en la piel de la cabeza, bajo su menguante cabello. Siempre se comprometía emocionalmente demasiado. Algunos colegas suyos desaprobaban esta excesiva empatía por creer que el distanciamiento profesional entre el médico y sus pacientes aseguraba una juiciosa perspectiva. Pero ningún paciente era sólo un paciente. Cada uno de ellos era amado y necesitado por alguien. Jonas era plenamente consciente de que, si fracasaba con un paciente, estaba fracasando con más de una persona, llevando el dolor y el sufrimiento a una extensa red de familiares y amigos. Incluso cuando trataba a alguien como Harrison, de quien no sabía prácticamente nada, Jonas empezaba a imaginarse las vidas que estaban unidas a la de aquel paciente, y se sentía tan responsable de ellas como si le hubiera conocido íntimamente.

—Este hombre parece estar limpio —dijo Ken, volviéndose desde las radiografías y los sonogramas—. No hay huesos rotos. Ni lesiones internas.

—Pero esos sonogramas fueron tomados después de muerto —apuntó Jonas—; de ahí que no muestren órganos funcionando.

—De acuerdo. Le haremos más radiografías cuando esté reanimado para

asegurarnos de que no tiene nada roto. Hasta ahora parece estar bien.

Kari se incorporó, dejando de examinar los ojos del paciente.

—Podría haber conmoción cerebral —dijo—. Por lo que he visto, es difícil saberlo.

—Sesenta y seis minutos.

—Los segundos cuentan ahora. Estad todos preparados —dijo Jonas, aunque sabía que lo estaban.

El aire frío no podía llegarle a la cabeza debido a su gorro de cirujano, pero notaba un sudor helado en el pericráneo y sentía escalofríos por todo el cuerpo.

La sangre, calentada a 37,8 grados centígrados, empezó a moverse por el tubo de plástico transparente de la línea intravenosa y a introducirse en el cuerpo por una vena del muslo, surgiendo rítmicamente gracias a las pulsaciones artificiales de la máquina de by-pass.

Jonas hundió hasta la mitad los émbolos de las tres jeringas e introdujo en la primera sangre que pasaba por la línea fuertes dosis de captadores de radicales libres. Esperó menos de medio minuto y los hundió por completo.

Helga, siguiendo instrucciones de Jonas, tenía ya preparadas otras tres jeringas. Jonas extrajo las vacías de las vías intravenosas e introdujo las jeringas llenas, sin inyectar nada de su contenido.

Ken había colocado junto al paciente la máquina portátil de desfibrilación. Si después de reanimar a Harrison, su corazón empezaba a latir errática o caóticamente —fibrilación—, se le podría reducir a un ritmo normal aplicándole un electrochoque. Ésta era, sin embargo, una estrategia de último recurso, pues la desfibrilación violenta podía tener a su vez efectos adversos en un paciente que, habiendo sido recientemente reanimado, se encontraría en un estado excepcionalmente delicado.

—La temperatura de su cuerpo asciende sólo a 13,3 grados —dijo Kari tras consultar el termómetro digital.

—Sesenta y siete minutos —informó Gina.

—Demasiado lento —añadió Jonas.

—¿Calor externo?

Jonas dudó un momento.

—Vamos a por él —aconsejó Ken.

—Trece grados con nueve décimas —dijo Kari.

—A este paso —apuntó Helga con preocupación— transcurrirán ochenta minutos antes de que su corazón se caliente lo bastante para empezar a latir.

Antes de entrar al paciente en la habitación se habían colocado, bajo las sábanas de la mesa de operaciones, unas almohadillas de calentamiento que ocupaban todo lo largo de su columna vertebral.

—De acuerdo —accedió Jonas.

Kari conectó las almohadillas de calentamiento.

—Pero despacio —advirtió Jonas.

Kari ajustó los controles de temperatura. Necesitaban calentar el cuerpo, pero un calentamiento demasiado rápido podía ocasionar problemas. Cada resucitación era como andar por una cuerda tensa. Jonas atendió a las jeringas de las vías intravenosas

administrando dosis adicionales de vitaminas E y C, mesilato de tirilaza y fenil ter-butil nitrona.

El paciente estaba inmóvil y pálido. Recordaba a Jonas el cuadro vivo, de tamaño natural, que había visto en cierta catedral antigua: el cuerpo yacente de Cristo, esculpido en mármol blanco, representado en el sepulcro por el artista, igual que habría estado reposando antes de la más famosa resurrección de todos los tiempos.

Como Kari Dovell le había levantado los párpados para el examen oftalmoscópico, sus ojos seguían abiertos mirando ciegamente hacia el techo y Gina les estaba aplicando lágrimas artificiales con un cuentagotas para evitar que el cristalino se secara. Mientras tanto tarareaba Little Surfer Girl. Era una fan de los Beach Boys. En los ojos del cadáver no había indicios de conmoción ni de temor, como podía esperarse, sino que, por el contrario, tenían una expresión casi pacífica, casi tocada por el asombro. Harrison ofrecía la impresión de haber visto algo en el momento de la muerte que elevaba su espíritu. Cuando terminó de ponerle las gotas, Gina consultó su reloj.

—Sesenta y ocho minutos.

Jonas sintió una loca necesidad de decirle que se callara, como si el tiempo fuera a detenerse cuando ella dejara de señalarlo minuto a minuto. La sangre entraba y salía bombeada al impulso de la máquina de by-pass.

—Dieciséis grados con siete décimas —habló Helga, tan severamente como si estuviera increpando al muerto por la lentitud de su recalentamiento.

Líneas planas en el ECG. Líneas planas en el EEG.

—Vamos —le apremió Jonas—. Vamos, vamos.

Entró en el museo de la muerte, no por una de sus puertas de arriba, sino a través de la laguna sin agua. Tres góndolas seguían yaciendo sobre el hormigón cuarteado de aquella depresión poco profunda. Eran modelos para diez pasajeros que, largo tiempo atrás, habían sido retiradas de su cadena de arrastre por la que transportaron una vez a sus felices ocupantes. Incluso por la noche, con las gafas de sol puestas, podía ver que no tenían las proas de cuello de cisne de las góndolas venecianas; pero portaban unas impúdicas gárgolas en forma de cabeza humana labradas a mano sobre la madera, llamativamente pintadas, que tal vez asustaran en otros tiempo, pero no ahora que estaban hendidas, deslustradas por los agentes atmosféricos y descascarilladas. Las puertas de la laguna, que en días mejores se abrieron y cerraron suavemente al aproximarse cada góndola, ya no estaban automatizadas. Una de ella estaba abierta y atascada; la otra aparecía cerrada, pero sólo la sujetaban dos de sus cuatro corroídas bisagras. Entró por la hoja que estaba abierta hasta un pasadizo mucho más oscuro que la noche que dejaba tras él.

Se quitó las gafas de sol. No las necesitaba en las tinieblas. Tampoco precisaba de ninguna linterna. Él podía ver dónde un hombre ordinario parecería ciego.

El canal de cemento por el que se habían movido en otro tiempo las góndolas tenía noventa centímetros de hondo y dos metros y medio de ancho. En el suelo había otro canal mucho más estrecho donde se alojaba la herrumbrosa cadena transportadora, consistente en una serie de ganchos romos de quince centímetros de altura que habían tirado de las

barcas hacia delante, ajustándose a unas presillas de acero acopladas en el fondo de sus cascos. Cuando las barcas estaban en movimiento, aquellos ganchos quedaban ocultos bajo el agua, contribuyendo a crear la ilusión de que las góndolas navegaban por sí solas. Ahora, abandonados a su suerte en el tétrico reino que había delante, eran como una fila de vértebras de un inmenso reptil prehistórico al descubierto. El mundo de los vivos, pensó, está siempre lleno de decepciones. Debajo de las aguas plácidas, unos feos mecanismos cumplen laboriosamente sus obligaciones secretas.

Se fue adentrando en las profundidades del edificio. El gradual declive del canal era al principio apenas perceptible, pero él lo conocía muy bien porque había hecho ese recorrido muchas veces. Por encima de su cabeza, a ambos lados del canal, había sendos pasadizos de cemento de un metro de anchura. Más allá estaban las paredes del túnel, que habían sido pintadas de negro y servían como telón de fondo opaco para las chapuceras actuaciones representadas delante de los pasajeros.

Los pasadizos se ensanchaban de vez en cuando formando nichos y, en algunos sitios, hasta habitaciones completas. Cuando el viaje acuático estaba en funcionamiento, los nichos mostraban cuadros vivos destinados a divertir, horrorizar o ambas cosas: fantasmas y duendes, demonios y monstruos, locos esgrimiendo hachas ante los postrados cuerpos de sus víctimas decapitadas. En uno de los espacios del tamaño de una habitación se había simulado un camposanto lleno de zombies al acecho; en otra habitación, un platillo volante había vomitado de sus entresijos extraños seres sedientos de sangre, con profusión de dientes de escualo en sus descomunales cabezas. Los robóticos seres, en sus buenos tiempos, se movían, hacían ademanes, se ponían de manos y amenazaban a los viajeros, empleando voces grabadas, repitiendo eternamente los mismos dramas programados, con las mismas palabras amenazadoras y los mismos gruñidos.

No, no eternamente. Ahora habían desaparecido, se los habían llevado de allí los recuperadores oficiales, los agentes de los acreedores o los chatarreros.

Nada era eterno. Excepto la muerte.

A unos treinta metros de las puertas de entrada, encontró el final del primer tramo de la cadena transportadora. El suelo del túnel, que había discurrido imperceptiblemente en declive, iniciaba ahora un brusco descenso, por una pendiente de unos treinta y cinco grados, y se sumía en una total oscuridad. Al llegar a este punto las góndolas se desprendían de sus ganchos romos del suelo del canal y, con un balanceo que revolvía los estómagos, descendían navegando cuarenta y cinco metros hasta entrar en picado en la laguna que había abajo con un colosal chapuzón que calaba a los pasajeros de delante, para gran deleite de los afortunados —o listos— que ocupaban los asientos de atrás.

Como él no era un hombre ordinario y poseía ciertos poderes especiales, le era posible ver una parte del declive aun estando en un ambiente de completa oscuridad, si bien su percepción no llegaba hasta el mismo fondo. Su visión nocturna de gato era limitada. En un radio de cuatro o cinco metros podía ver tan claramente como a la luz del día, pero a partir de esa distancia los objetos se volvían borrosos, persistentemente, difuminados y sombríos, hasta que las tinieblas se tragaban todo a una distancia, tal vez, de doce o quince metros.

Inclinándose hacia atrás para mantener el equilibrio en aquel pronunciado descenso,

se encaminó al interior de las entrañas de la abandonada Casa de las Sorpresas. No tenía miedo de lo que pudiera esperarle abajo. Ya nada podía atemorizarle. Después de todo, él estaba más muerto y era más salvaje que nada de este mundo capaz de amenazarle.

Cuando había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de la cámara más profunda, detectó el hedor de los muertos. Ascendía hasta él a través de unas frías corrientes de aire seco. Aquel hedor le excitaba. Ningún perfume, por exquisito que fuese, por digno que fuese de ser aplicado a la tierna garganta de una bella mujer, podía estremecerle tan profundamente como la singular y dulce fragancia de la carne corrompida.

Bajo las lámparas halógenas, las superficies de acero inoxidable esmaltadas de blanco del quirófano resultaban un poco molestas a los ojos, como las configuraciones geométricas de un paisaje ártico bañadas por la reverberación de un sol invernal. La habitación parecía haberse vuelto más fría, como si el calor que absorbía el hombre muerto estuviera expulsando el frío de él y, por consiguiente, bajase la temperatura del aire. Jonas Nyeborn tiritaba. Helga verificó el termómetro digital que tenía acoplado Harrison.

—La temperatura corporal sube a 21,1 grados.

—Setenta y dos minutos —señaló Gina.

—Ya somos candidatos a la fama —dijo Ken—. La Historia mÉéica, el Libro Guinness de los récords mundiales, apariciones en la televisión, libros, películas, camisetas con nuestras caras, sombreros de novedad, adornos de plástico en los jardines con nuestras imágenes...

—Algunos perros han sido resucitados después de noventa minutos —le recordó Kari.

—Sí —replicó Ken—, pero eran perros. Además, eran tan estúpidos que cazaban huesos y enterraban coches.

Gina y Ken rieron suavemente y el chiste pareció romper la tensión de todos menos la de Jonas. No lograba relajarse nunca ni un momento durante el proceso de una resucitación aun sabiendo que si un médico no se relajaba podía dejar de rendir al máximo. La facultad de Ken para expulsar parte de sus energías nerviosas era admirable, sobre todo en beneficio del paciente; Jonas, en cambio, era incapaz de hacer lo mismo en medio de una batalla.

—Veintidós grados dos décimas; veintidós ocho.

Aquello era una batalla, sin duda. El adversario era la muerte, astuta, poderosa e incansable. Para Jonas, la muerte no era sólo un estado patológico o sencillamente el inevitable destino de todas las cosas vivientes, sino, de hecho, un ente que caminaba por el mundo; quizá no siempre la ensabanada figura mítica con cara de esqueleto oculta en las sombras de una capucha, sino, una presencia muy real a pesar de todo la Muerte, con mayúscula.

—Veintitrés grados con tres décimas —señaló Helga.

—Setenta y tres minutos —anunció Gina.

Jonas inyectó más captadores de radicales libres en la sangre que circulaba por la línea intravenosa. Pensó que su creencia en la Muerte como fuerza sobrenatural con



voluntad y conciencia propias, que su certeza de que a veces caminaba por la tierra con forma corpórea, que su convencimiento de que en aquellos momentos se encontraba allí, en aquella habitación, envuelta en una capa de invisibilidad, parecería una superstición estúpida a sus colegas. Hasta podría ser considerada un signo de desequilibrio mental o de demencia incipiente. Pero Jonas estaba convencido de su cordura. Al fin y al cabo, su creencia en la Muerte se basaba en una evidencia empírica. Cuando sólo tenía siete años, había visto al odiado enemigo, le había oído hablar, le había mirado a los ojos, había olido su fétido aliento y sentido en la cara su helado contacto.

—Veintitrés grados, nueve décimas.

—Todos listos —advirtió Jonas.

La temperatura corporal del paciente se aproximaba a un punto más allá del cual podía empezar de un momento a otro la reanimación. Kari terminó de llenar de adrenalina una jeringa hipodérmica y Ken activó la máquina de desfibrilación para que desarrollara una carga. Gina abrió la válvula de salida de un tanque que contenía una mezcla de oxígeno y dióxido de carbono, que había sido preparada a efectos especiales de procedimientos de resucitación, a la vez que cogía la máscara de la máquina pulmonar para comprobar si funcionaba.

—Veinticuatro grados, cinco décimas —dijo Helga—; veinticinco.

Gina consultó su reloj.

—Nos acercanos a los... setenta y cuatro minutos.

Al llegar al final de la larga pendiente, entró en un cuarto cavernoso, tan grande como un hangar de aviación. Allí se había recreado en un tiempo el infierno, siguiendo la visión poco imaginativa de un diseñador de parques de atracciones, completándola con llamas de chorros de gas que lamían las rocas del perímetro, simuladas con hormigón. El gas había sido cortado hacía mucho tiempo y el infierno estaba ahora tan negro como el alquitrán. Aunque no para él, por supuesto.

Avanzaba despacio por el suelo de cemento, dividido por un canal en forma de serpentina que alojaba otra cadena de arrastre. Allí, las góndolas se movían antaño a través de las aguas que simulaban un lago de fuego mediante una ingeniosa iluminación y unas mangueras de aire que levantaban burbujas como si fuese una caldera hirviendo. Caminaba saboreando el hedor de la podredumbre, que, según se iba aproximando, se hacía más exquisito y acerbo.

Una docena de demonios mecánicos permanecían otrora de pie en formaciones más altas, desplegando sus inmensas alas de murciélago y espiando desde arriba con resplandecientes ojos, que escudriñaban con inofensivos rayos láser de color carmesí a las góndolas que iban pasando. Once de aquellos demonios habían desaparecido de allí, liquidados a bajo precio a algún parque competidor o vendidos para chatarra. Por razones desconocidas, todavía quedaba allí un demonio: una silenciosa e inmóvil aglomeración de metal oxidado, tela comida por la polilla, plástico retorcido y mecanismos hidráulicos con grasa reseca. Aún estaba apoyado sobre una espira rocosa, a dos tercios de la altura total del techo, en una actitud más patética que aterradora. Al pasar por debajo de aquella lastimosa figura de la Casa de las Sorpresas, pensó: Yo soy el único demonio real que este

sitio ha conocido nunca o conocerá, y eso le complació.

Hacía meses que había dejado de llamarse a sí mismo por su nombre de pila para adoptar el nombre de un diablo que había leído en un libro sobre satanismo: Vassago. Vassago era uno de los tres príncipes demoníacos más poderosos del Infierno, que sólo correspondía a Su Satánica Majestad. Vassago. Le gustaba cómo sonaba este nombre. Cuando lo pronunciaba en voz alta, salía de su lengua tan fácilmente que parecía que jamás se hubiera llamado de otra forma.

—Vassago.

En el grueso silencio del subterráneo, las rocas de hormigón le devolvieron el eco: "Vassago".

—Veintiséis grados con siete décimas.

—Debería empezar ya —dijo Ken.

—Líneas planas —comentó Kari, supervisando los monitores—. Sólo líneas planas.

El largo y esbelto cuello de cisne de Kari permitía a Jonas ver los rápidos y contundentes latidos de su pulso en la arteria carótida. Miró el cuello del hombre muerto. Allí no había pulso.

—Setenta y cinco minutos —anunció Gina.

—Si vuelve en sí, será oficialmente todo un récord —dijo Ken—. Nos veremos obligados a celebrarlo, a emborracharnos, a vomitar sobre nuestros zapatos y a hacer el tonto por ahí.

—Veintisiete grados y dos décimas.

Jonas se sentía tan frustrado que no podía ni hablar, por temor a proferir alguna obscenidad o algún salvaje gruñido de rabia. Habían hecho todo lo que podía hacerse y estaban siendo derrotados. Odiaba que le derrotaran. Odiaba a la Muerte. Odiaba las limitaciones de la medicina moderna, todas las cortapisas del conocimiento humano y su propia impotencia como médico.

—Veintisiete grados y ocho décimas.

De repente, el muerto boqueó. Jonas se volvió a mirar los monitores. El ECG mostraba un movimiento espasmódico en el corazón del paciente.

—Allá vamos —dijo Kari.

La figuras robóticas de los condenados, más de un centenar en los mejores tiempos del Infierno, desaparecieron también con los once o doce demonios; también habían desaparecido los alaridos de agonía y los lamentos que eran emitidos por sus bocas, provistas de altavoces. La desolada cámara, en cambio, no estaba exenta de almas perdidas. Pero ahora alojaba algo más apropiado que los robots, algo más parecido a la realidad: la colección de Vassago.

En el centro de la habitación, Satán esperaba con toda su majestuosidad, fiero y colosal. Un foso circular en el suelo, de cinco o seis metros de diámetro, daba alojamiento a la maciza estatua del mismísimo Príncipe de las Tinieblas. No se le veía de cintura para abajo pero, desde el ombligo a la punta de sus cuernos segmentados, medía diez metros. Cuando la Casa de las Sorpresas estuvo en funcionamiento, la monstruosa escultura

esperaba en un foso de diez metros oculto bajo el lago y, entonces, periódicamente, surgía de su guarida chorreando agua, con sus enormes ojos escupiendo llamas, sus monstruosas fauces en movimiento y rechinando sus afilados dientes, al tiempo que hacía vibrar su ahorquillada lengua para lanzar amenazas —"¡Todo aquel que entre aquí, que pierda las esperanzas de salir!" — y luego se reía malévolamente.

Vassago había subido varias veces en las góndolas, de niño, cuando había sido uno más entre todos los vivos, antes de convertirse en un ciudadano de la tierra de nadie, y en aquellos días le había asustado el diablo mecánico, especialmente su horrenda risa. Si aquella maquinaria hubiera superado los años de corrosión y de repente hubiera devuelto otra vez la vida al carcajeante monstruo, Vassago no se habría impresionado, pues ahora era lo bastante viejo y experimentado para saber que Satán era incapaz de reír.

Se detuvo junto al pedestal del sobresaliente Lucifer y le estudió con una mezcla de desprecio y admiración. En efecto, era una falsa Casa de las Sorpresas, arruinada, que en un tiempo pretendía poner a prueba las vejigas urinarias de los niños y dar a las chicas adolescentes un motivo para chillar y buscar la protección entre los brazos de sus sonrientes novios. Pero también tenía que reconocer que era una inspirada creación. El diseñador no había optado por la imagen tradicional de un Satán de rostro magro, nariz afilada, finos labios propios de un Lotario seductor de almas turbias, cabello relamido hacia atrás con un pico en medio de la frente y una absurda perilla de macho cabrío en su puntiagudo mentón. En vez de ello, ésta era una Bestia digna de tal título: parte reptil, parte insecto, parte humanoide; lo suficientemente repulsiva como para imponer respeto, justo lo bastante familiar para parecer auténtica, lo suficientemente rara para meter el miedo en el cuerpo. Varios años de herrumbre humedades y orín habían contribuido a formar una pátina que suavizaba sus llamativos y carnavalescos colores y le conferían la autoridad de una de esas gigantescas estatuas pétreas de los dioses egipcios halladas en los viejos templos sepultados por la arena, muy por debajo de las dunas del desierto.

Pese a que no sabía cómo era realmente el aspecto de Lucifer y aunque suponía que el Padre de la Mentira sería bastante más sobrecogedor y formidable que la versión de esta Casa de las Sorpresas, Vassago encontraba esta monstruosa criatura de plástico y poliuretano lo suficientemente impresionante para erigirse en el centro de la secreta existencia que él llevaba en su escondite. En la base de la estatua, sobre un piso seco de hormigón del desecado lago, él había ido formando su colección, en parte para su propio placer y diversión y en parte también como una ofrenda al dios del espanto y del dolor.

Los cuerpos en descomposición de siete mujeres y tres hombres estaban colocados en la pose más favorable para ellos, como si fueran exquisitas esculturas hechas por un perverso Miguel Angel para un museo macabro.

Una sola boqueada ligera, un breve espasmo de los músculos cardíacos y una involuntaria reacción nerviosa que le hizo retorcer el brazo derecho y abrir y cerrar los dedos como patas enroscadas de una araña moribunda. Ésos fueron los únicos signos de vida que mostró el paciente antes de volver a adoptar la inmóvil y silenciosa postura de un muerto.

—Veintiocho grados y tres décimas —informó Helga.

—¿Desfibrilación? —preguntó Ken Nakamura.

Jonas negó con la cabeza.

—Su corazón no está en fibrilación. No late en absoluto. Hay que esperar.

—¿Más adrenalina? —Kari sostenía una jeringa.

Jonas miró con atención los monitores.

—Espera. No nos interesa reanimarle sólo para sobremedicarle y precipitarle un ataque cardíaco.

—Setenta y seis minutos —dijo Gina, con una voz tan juvenil, jadeante y llena de buen humor como si estuviera anunciando el tanteo de un partido de voleibol en la playa.

—Veintiocho grados, nueve décimas.

Harrison volvió a boquear. Su corazón latió arrítmicamente, enviando una serie de crestas por la pantalla del electrocardiógrafo. Todo su cuerpo se estremeció, y luego volvió a quedar plano otra vez. Agarrando los mandos positivo y negativo de la máquina de desfibrilación, Ken miró con expectación a Jonas.

—Veintinueve grados y cinco décimas —anunció Helga—. Se halla en el estado térmico correcto y quiere volver en sí.

Jonas sintió que una gota de sudor se deslizaba por su sien derecha y su mandíbula, la apacibilidad de un ciempiés. La parte más dura consistía en esperar, para dar al paciente la ocasión de empezar a agitarse por sí mismo antes de arriesgarse a adoptar técnicas más penosas de reanimación forzada. Un tercer espasmo de actividad cardíaca quedó registrado como un estallido más corto que el de las puntas de sierra anteriores y no fue acompañado de respuesta pulmonar como antes. Tampoco eran visibles contracciones musculares. Harrison aparecía frío e inactivo.

—No puede dar el salto —apuntó Kari Dovell.

—Vamos a perderle —convino Ken.

—Setenta y siete minutos —dijo Gina.

«No lleva cuatro días en la tumba, como Lázaro antes de que Jesús le mandara levantarse —pensó Jonas—, pero era mucho tiempo, sin embargo.»

—Adrenalina —pidió Jonas.

Kari le entregó la jeringa hipodérmica y él administró rápidamente la dosis por una de las mismas vías endovenosas que había usado antes para inyectar en la sangre del paciente los captadores de radicales libres. Ken levantó los electrodos positivo y negativo de la máquina de desfibrilación y se situó sobre el paciente, dispuesto a darle un choque si fuera preciso.

Entonces, la dosis masiva de adrenalina, una potente hormona extraída de las glándulas suprarrenales del ganado ovino y vacuno llamada por algunos especialistas "suero reanimador", golpeó a Harrison con tanta fuerza como el choque eléctrico que Ken Nakamura estaba dispuesto a darle. El rancio soplo de la tumba salió de él como una explosión; boqueó en busca de aire, como si todavía se estuviera ahogando en el río helado; se estremeció violentamente y su corazón empezó a latir igual que el de un conejo perseguido de cerca por un zorro.

Vassago había dispuesto las piezas de su macabra colección con un cuidado más que

casual. No eran sólo diez cuerpos depositados sin contemplaciones sobre el cemento. Él no sólo respetaba a la muerte, sino que la amaba con un ardor semejante a la pasión de Beethoven por la música o a la devoción ferviente de Rembrandt por el arte. La Muerte, al fin y al cabo, era el don que Satán había traído a los moradores del Paraíso, un don disfrazado de algo más bonito; Él era el Donador de la Muerte y suyo era el reino de la muerte perpetua. Toda carne tocada por la muerte sería considerada con la misma veneración que un devoto católico podía reservar para la Eucaristía. De la misma manera que el dios de los católicos se decía que moraba en aquella delgada oblea de pan sin levadura, así podía ser vista en todas y cada una de las muestras de podredumbre y destrucción la cara del implacable dios de Vassago.

El primer cuerpo que había ante el pedestal de Satán, de diez metros de altura, era el de Jenny Purcell, una camarera de veintidós años que trabajaba en el turno de noche de un restaurante barato de estilo años cincuenta, donde las gramolas mecánicas tocaban discos de Elvis Presley y Chuck Berry, Lloyd Price y Los Platters, Buddy Holly y Cunnie Francis, y Los Everly Brothers. Un día Vassago entró a tomar una hamburguesa y una cerveza, y a Jenny se le antojó que era un duro y un fresco, al verle vestir todo de negro y con las gafas oscuras de noche dentro del local, sin que hiciera movimiento alguno para quitárselas. Con la expresión bondadosa de su cara infantil, que cobraba interés al contrastarla con su mandíbula firme y su boca ligeramente retorcida y cruel, y con su pelo negro cayéndole sobre la frente, Vassago se parecía un poco a un joven Elvis. *¿Cómo te llamas?*, preguntó ella, y él respondió *Vassago*, y ella inquirió *¿Cuál es tu nombre de pila?* a lo cual él contestó *Me llamo así, eso es todo, nombre de pila y apellido*. Lo cual debió intrigarla a ella y activar su imaginación, porque volvió a preguntarle. *Cómo, ¿quieres decir que es un nombre único, como Cher, o Madonna, o Sting?* Él la miró con dureza desde detrás de sus gafas sumamente oscuras y respondió. *Sí... ¿tienes algo que objetar?* Ella no tenía nada que objetar. De hecho, se sentía atraída por él. Ella dijo que él era "diferente", pero sería después cuando descubriría cuán diferente era en realidad.

Todo lo que rodeaba a Jenny la presentaba a los ojos de él como una impúdica. Así que, después de matarla introduciéndole bajo la caja torácica y en el corazón un estilete de veinte centímetros, la colocó en la postura propia de una mujer sexualmente libertina. La desnudó por completo y la afianzó en posición sedente con los muslos totalmente separados y las rodillas apuntando hacia arriba. Para mantenerla erguida le ató las delgadas muñecas a las corvas. Luego se valió de una cuerda larga y fuerte para tirar de la cabeza hacia delante y abajo más de lo que ella hubiera podido hacer cuando estaba viva, comprimiendo brutalmente su diafragma. Finalmente, ató esta cuerda alrededor de los muslos, de manera que la muchacha quedase eternamente mirando la abertura que tenía entre las piernas, contemplando sus vergüenzas.

Jenny había sido la primera pieza de su colección. Muerta ya desde hacía unos nueve meses atada con cuerdas como un jamón en el secadero, estaba ahora tan marchita, tan parecida a una cáscara momificada, que no presentaba ya ningún interés para los gusanos u otros agentes de descomposición. Ya no olía mal como en otros tiempos. En verdad, en su peculiar postura, habiéndose momificado y descompuesto, contraída como si fuera una pelota, se parecía tan poco a un ser humano que resultaba difícil imaginar que hubiera

sido alguna vez una persona con vida, y de ahí que resultara igualmente difícil pensar que era una persona muerta. Por consiguiente, en sus despojos ya no parecía residir la muerte. Para Vassago, ella había dejado de ser un cadáver y se había convertido en un curioso objeto, en una cosa impersonal que podía haber sido siempre inanimada. Como resultado de ello, aunque fuera la primera pieza de su colección, carecía ya de interés para él. Unicamente le fascinaban la muerte y los muertos. Los vivos le interesaban sólo en tanto en cuanto llevaran dentro de ellos la justa promesa de la muerte.

El corazón del paciente oscilaba entre una suave y una severa taquicardia, desde ciento veinte a más de doscientos treinta latidos por minuto, estado transitorio resultante de la adrenalina y la hipotermia. Salvo que no actuaba como un estado transitorio. Cada vez que el pulso declinaba, no descendía tanto como lo había hecho anteriormente y, con cada nueva aceleración, el ECG mostraba una arritmia galopante que sólo podría conducir al paro cardíaco. Sin sudar ya, más calmado ahora que había tomado la decisión de presentar batalla a la Muerte y actuaba en consecuencia, Jonas dijo:

—Será mejor golpearle con eso.

Nadie dudó respecto a quién se dirigía. Ken Nakamura presionó los fríos electrodos de la máquina de desfibrilación contra el pecho de Harrison, abarcando su músculo cardíaco. La descarga eléctrica hizo al paciente botar con violencia sobre la cama y por toda la habitación retumbó un sonido —¡pam!— como el producido por el golpe de un martillo contra un sofá forrado de cuero. Jonás miró al electrocardiógrafo justamente cuando Kari leía el significado de los picos de luz que se movían por la pantalla.

—Siguen las doscientas por minuto, pero el ritmo está ahora... estabilizado... estabilizado.

El electrocardiógrafo mostraba también ondas cerebrales alfa y beta dentro de los parámetros normales de un hombre inconsciente.

—Hay actividad pulmonar autosostenida —dijo Ken.

—Está bien —decidió Jonas—, hagámosle respirar y asegurémonos de que entra oxígeno suficiente en esas células cerebrales.

Gina aplicó inmediatamente la máscara de oxígeno al rostro de Harrison.

—La temperatura corporal es de treinta y dos grados, dos décimas —informó Helga.

Los labios del paciente seguían estando un tanto azulados, pero aquel mismo color fatal había desaparecido ya de sus uñas. Asimismo, el tono muscular estaba parcialmente restablecido. Sus carnes ya no tenían la flaccidez de la muerte. Como la sensibilidad volvía a las congeladas extremidades de Harrison, sus castigadas terminaciones nerviosas desencadenaban abundantes tic y espasmos. Sus ojos rodaban y se movían locamente bajo los párpados cerrados, muestra evidente de un sueño REM. Estaba soñando.

—Ciento veinte latidos por minuto —dijo Kari—, y va declinando... completamente rítmico ahora... muy estable.

Gina consultó su reloj y, llena de asombro, dejó escapar un suspiro bien elocuente.

—Ochenta minutos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Ken, maravillado.

Jonas dudó sólo un momento antes de mirar el reloj de la pared y hacer el anuncio

formal a efectos de la grabación magnetofónica:

—El paciente ha sido resucitado a las nueve treinta y dos de la tarde del lunes, cuatro de marzo.

El murmullo de felicitaciones mutuas acompañadas de sonrisas de alivio era muy parecido al triunfal regocijo que podría haberse escuchado en un auténtico campo de batalla. Y si se sentían contenidos no era por la modestia, sino por el profundo conocimiento del precario estado de Harrison. Habían ganado la batalla contra la Muerte, pero su paciente aún no había recobrado la consciencia. Hasta que no despertara y pudiera valorarse su rendimiento mental, seguía existiendo el riesgo de que su reanimación sólo hubiera servido para que llevase una vida de angustias y frustraciones y para que su potencial quedara trágicamente mermado por un irreparable daño cerebral.

Extasiado por el picante perfume de la muerte, a gusto en aquella desolación subterránea, Vassago contemplaba maravillado su colección, que circundaba un tercio del colosal Lucifer.

De los especímenes masculinos, uno había sido cazado por la noche mientras cambiaba una rueda baja de aire en un tramo solitario de la Autopista de Ortega. Otro estaba dormido en su coche en el aparcamiento de una playa pública. El tercero había intentado ligar con Vassago en un bar de Dana Point. Aquel tugurio ni siquiera era un nido de gays y el tipo únicamente borracho, se sentía solo... y despreocupado.

Nada enojaba más a Vassago que las necesidades sexuales y la excitación de los otros. Él había perdido ya interés por el sexo y no violaba nunca a ninguna de las mujeres que mataba. Pero su disgusto y enojo, engendrados por la mera percepción de la sexualidad de los demás, no nacía de los celos ni surgía porque su sensación de impotencia fuese una maldición o incluso una carga injusta. No, él se alegraba de estar libre de lujuria y deseos libidinosos. Considerando que se había convertido en ciudadano de la tierra de nadie y había aceptado la promesa de la tumba, no lamentaba la pérdida del deseo. Pese a no estar completamente seguro del por qué, el mero recuerdo del sexo podía a veces impulsarle a la rabia. Por qué un guiño provocativo, una falda corta o un suéter ajustado encima de un robusto seno conseguían incitarle hasta la tortura y el homicidio, sospechaba que se debía a que el sexo y la vida estaban inextricablemente unidos. Decían que el impulso sexual, más que un medio de autopreservación, era el más poderoso motivador humano. La vida surgía a través del sexo. Como quiera que él odiaba la vida en todas sus atrevidas manifestaciones, como la odiaba con tanta intensidad, nada de extraño tenía que odiara también el sexo.

Prefería matar a las mujeres porque la sociedad las estimulaba, más que a los hombres, a lucir su sexualidad, cosa que ellas hacían con ayuda del maquillaje, la barra de labios, los perfumes seductores, las ropas insinuantes y el frívolo comportamiento. Además, del útero de la mujer salía una nueva vida y Vassago había jurado destruir la vida dondequiera que pudiese hacerlo. De la mujer brotaba precisamente la misma cosa que él aborrecía íntimamente: la llama de la vida que todavía chisporroteaba en él y le privaba de entrar en la tierra de los muertos a la que pertenecía.

De los seis restantes especímenes femeninos que tenía en su colección, dos habían

sido amas de casa, una, una joven abogada, otra, secretaria de un médico, y dos, estudiantes de instituto. Aunque había colocado cada cuerpo de la forma que mejor cuadraba a la personalidad, espíritu y flaqueza de la persona que en un tiempo había habitado en el y aunque Vassago poseía mucho talento para el arte de los cadáveres, para el que usaba con maestría especial gran variedad de puntales, el efecto logrado con una de las estudiantes le satisfacía más que el conseguido con todas las otras juntas.

Se paró al llegar delante de ella y la contempló de arriba abajo en la oscuridad, satisfecho de su obra.

Margaret...

La había visto por vez primera durante uno de sus incesantes paseos a altas horas de la noche, en un bar escasamente iluminado del campus universitario en el que ella estaba bebiendo una Coca-Cola, bien porque no era lo bastante mayor para que le sirvieran cerveza con sus amigos o porque no era bebedora. Él sospechó lo último.

Parecía singularmente molesta e incómoda por el humo y el ruido del bar. Incluso desde la mitad del salón, Vassago adivinaba por sus reacciones ante sus amigos y por el lenguaje de su cuerpo que era una muchacha tímida que se esforzaba por no desentonar entre tanta gente, aunque estaba segura de que no lo conseguiría nunca. El fuerte rumor de la conversación, el tintineo y el chocar de los vasos, la estruendosa gramola mecánica con música de Madonna, Michael Jackson y Michael Bolton, el tufo picante de los cigarrillos y la cerveza amarga, y el húmedo calor de los compañeros de estudios..., nada de eso la atraía. Estaba sentada en la barra como en un mundo aparte, sin contaminarse de él, llena de más energía interior que el resto de todos los hombres y mujeres que había en el local.

Su vitalidad era tan fuerte que parecía brillar. A Vassago le costó trabajo creer que por sus venas circulara la sangre ordinaria y perezosa de la Humanidad. Seguramente, su corazón, en vez de sangre, bombeaba la esencia misma de la vida. La vitalidad de aquella mujer le provocaba. Resultaría enormemente gratificante extinguir la llama de una vida que ardía con tanto vigor.

Para saber dónde vivía la fue siguiendo desde el bar hasta su domicilio. Los dos días siguientes estuvo acechando el campus, recabando información acerca de ella tan diligentemente como un verdadero estudiante podría haber trabajado en una tesis semestral.

Se llamaba Margaret Ann Campion. Era alumna de último curso, tenía veinte años y estaba especializándose en música. Sabía tocar el piano, la flauta, el clarinete, la guitarra y casi cualquier otro instrumento que se propusiera aprender a tocar. Tal vez fuera la más conocida y admirada alumna del programa de música, y también se consideraba que poseía un excepcional talento para la composición. Persona esencialmente tímida, se había propuesto romper su aislamiento y de ahí que no se interesara sólo por la música. Pertenecía al equipo de pista atlética, era la segunda en rapidez de la alineación y era una entusiasta competidora; escribía sobre música y cine en la revista de los estudiantes y era activa practicante de la iglesia baptista.

Su asombrosa vitalidad la mostraba no sólo en el gozo con que escribía e interpretaba música, ni en el aura espiritual con que Vassago la había visto en el bar, sino también en su



aspecto físico. Era incomparablemente bella; tenía el cuerpo de una diosa sexual de la pantalla y el rostro de una santa. La piel, clara; los pómulos, perfectos; los labios, sensuales; la boca, generosa y la sonrisa, beatífica. También unos límpidos ojos azules. Vestía modestamente en un intento de ocultar la dulce plenitud de sus senos, el contraste de la estrechez de su cintura, la firmeza de sus nalgas y las largas y flexibles líneas de sus piernas. Pero él estaba convencido de que cuando la desnudase se revelaría como lo que él había intuido al vislumbrarla por primera vez: como una prodigiosa paridera, un horno caliente de vida en el que, con el tiempo, sería concebida y formada otra vida de brillantez sin parangón.

La quería muerta.

Deseaba detener su corazón y sujetarla durante horas mientras sentía irradiar fuera de ella el calor de la vida, hasta que se quedara fría. Pensaba que este asesinato podría finalmente otorgarle el pasaporte para salir de la tierra de nadie en que vivía y tener acceso a la tierra de los muertos y los condenados, donde ansiaba vivir.

Margaret cometió el error de ir sola a las once de la noche a una lavandería de su complejo de apartamentos. Muchos de éstos estaban alquilados a ciudadanos maduros económicamente bien situados y, como estaban en Irvine, cerca de la Universidad de California, a parejas y tríos de estudiantes que compartían el alquiler. Tal vez la clase de inquilinos, el hecho de que aquélla fuera una vecindad segura y amigable y la animación y la abundante iluminación de las calles, todo ello combinado dio a Margaret una falsa sensación de seguridad.

Cuando Vassago entró en la lavandería, Margaret acababa de meter su ropa sucia en una de las lavadoras. Le miró con una sonrisa de sorpresa, pero sin aparente preocupación a pesar de que él iba vestido con traje negro y llevaba puestas gafas de sol en plena noche. Probablemente pensó que se trataría de otro estudiante universitario que adoptaba un aspecto excéntrico para proclamar su rebeldía de espíritu y su superioridad intelectual. En todos los campus abundaban tipos de éstos, puesto que era más fácil vestir como un rebelde intelectual que ser uno de ellos.

—¡Oh!, lo siento, señorita —dijo él—. No sabía que hubiera nadie aquí.

—No importa. Sólo estoy usando una máquina —respondió ella—. Quedan otras dos.

—No, si yo ya he terminado de lavar. Pero cuando llegué a mi apartamento y saqué la ropa de la cesta, me faltaba un calcetín y pensé que me lo habría dejado dentro de alguna lavadora o secadora. Pero no quería interrumpirla. Discúlpeme.

Ella ensanchó un poco más su sonrisa, tal vez porque considerara divertido que un aspirante a James Dean, totalmente vestido de negro, un rebelde sin causa, hubiera decidido ser así de cortés; o porque le hiciera gracia que se encargara de su propia colada y se dedicara a buscar calcetines extraviados.

En aquel momento ya estaba junto a ella. La golpeó en el rostro con dos puñetazos fuertes y contundentes que la dejaron sin conocimiento, y la muchacha se derrumbó sobre el suelo de losetas de vinilo como si fuera un montón de ropa.

Más tarde, en el desmantelado Infierno, bajo la carcomida Casa de las Sorpresas, cuando recobró el conocimiento se encontró desnuda sobre el suelo de hormigón.

Enteramente ciega en aquellos confines sin luz, atada de pies y manos, no intentó ofrecer nada a cambio de su vida como habían hecho algunas de las otras. No le ofreció su cuerpo, ni pretendió simular ponerse de su parte ante la furia o el poder de que él disfrutaba. No le ofreció dinero, ni alegó comprenderle y simpatizar con él en un patético intento de transformarle de adversario en amigo. Tampoco gritó, lloró, gimoteó ni maldijo. Era diferente a las otras, pues encontraba esperanza y consuelo en la callada, digna e interminable cadena de plegarias recitadas en voz baja. Pero no rezó nunca para que la liberasen de su torturador y la devolvieran al mundo de donde la habían arrancado; como si supiera que la muerte era inevitable. Por el contrario, rezaba para que su familia resistiera su pérdida con fortaleza, para que Dios velara por sus dos hermanas menores e incluso para que a su asesino se le concediera la gracia y la misericordia divinas.

Vassago llegó pronto a odiarla. Sabía que el amor y la misericordia no existían, que sólo eran palabras vanas. Él no había sentido nunca amor, ni durante el tiempo que había vivido en la tierra de nadie ni cuando había formado parte de los vivos. A menudo, sin embargo, había intentado querer a alguien —padre, madre, una chica— para recibir lo que necesitaba, y siempre los había defraudado. Ser defraudado hasta creer que el amor existía en los otros cuando no existía en ti era un signo de fatal debilidad. La interacción humana, después de todo, no era más que un juego y la habilidad para adivinar por medio de la decepción era lo que diferenciaba a los buenos jugadores de los ineptos.

Para demostrarle que a él no se le podía engañar y que el dios de ella carecía de poderes, Vassago premió sus callados rezos con una muerte larga y penosa. Ella gritó al fin, pero sus gritos no resultaron satisfactorios, pues sólo eran los sonidos de la agonía física; no revelaban terror, rabia o desesperación.

Pensó que le interesaría más cuando estuviera muerta, pero incluso entonces siguió odiándola. Permaneció sujetando su cuerpo contra él durante unos minutos, sintiendo cómo el calor se escapaba de ella. Pero el frío avance de la muerte a través de sus carnes no fue tan excitante como él había supuesto. Como había muerto con la inquebrantable creencia en la vida perdurable, privó a Vassago de la satisfacción de ver en sus ojos la realidad de la muerte. Profundamente disgustado, apartó a un lado el cuerpo sin vida.

Ahora, dos semanas después de que Vassago hubiera terminado con ella, Margaret Campion aparecía arrodillada en un rezo perpetuo sobre el suelo del desmantelado Infierno, como la más reciente adquisición para su museo. Se sostenía erguida porque la había atado a una varilla de hierro introducida en un agujero horadado en el cemento. Desnuda, apartaba su mirada del gigantesco demonio de la Casa de las Sorpresas. Aunque ella era baptista, en sus manos muertas sostenía un crucifijo, pues a Vassago le gustaba la imagen del Cristo crucificado más que una simple cruz, estaba puesto al revés, con la cabeza de Cristo coronada de espinas apuntando al suelo. La propia cabeza de Margaret había sido cortada y luego cosida nuevamente a su cuello con obsesivo cuidado. Aunque tenía el cuerpo de espaldas a Satán, volvía la cabeza hacia él renegando del crucifijo que sostenía irreverentemente en las manos. Su postura era de una simbólica hipocresía, parecía mofarse de su pretendida fe, del amor y la vida eterna.

Aunque Vassago no había obtenido asesinando a Margaret tanto placer como el que le había procurado lo que le había hecho después de muerta, continuaba satisfecho de

haberla conocido. Su terquedad, estupidez y humillación habían hecho que su muerte le resultara menos satisfactoria de lo que debería haber sido, pero al menos había quedado extinguido el halo místico que había visto en torno a ella cuando estaba atada a la barra. Su irritante vitalidad se había desvanecido. La única energía que abrigaba ahora su cuerpo era la de los incontables devoradores de carroña que pululaban por su interior consumiendo su carne, empeñados en reducirla a una cáscara seca como Jenny la camarera, que descansaba al otro extremo de la colección.

Mientras estudiaba a Margaret, una familiar necesidad surgió en él y acabó tornándose finalmente en una fuerza mayor. Dio la espalda a su colección, cruzó la amplia estancia y encaminó sus pasos hacia la rampa que conducía a la entrada del túnel. De ordinario al seleccionar una nueva adquisición, matarla y colocarla en la postura estética más satisfactoria le hubiera dejado inactivo y sentado contemplándola durante casi un mes. Pero en esta ocasión menos de dos semanas después se sintió ya compelido a encontrar otro sacrificio digno.

Subió de mala gana por la rampa, abandonando la purificadora esencia de la muerte, hasta el aire teñido con los olores de la vida, igual que un vampiro impulsado a la caza de un ser vivo aunque prefiriese la compañía de los muertos.

A las diez treinta, casi una hora después de haber sido resucitado, Harrison permanecía todavía inconsciente. La temperatura de su cuerpo era normal. Sus constantes vitales eran buenas. Y aunque los trazos de las ondas cerebrales alfa y beta correspondían a los de un hombre en sueño profundo, obviamente no eran indicativos de algo tan profundo como el estado de coma.

Cuando finalmente Jonas declaró al paciente fuera de inminente peligro y ordenó su traslado a una habitación individual de la planta quinta, Ken Nakamura y Kari Dovell decidieron irse a casa. Jonas, dejando a Helga y Gina con el paciente, acompañó al neurólogo y a la pediatra al cuarto de desinfección y luego se dirigió con ellos a la puerta del aparcamiento para el personal del hospital. Discutieron sobre Harrison y sobre los procedimientos a emplear con él por la mañana, pero charlaron más de la política del hospital y de algunos chismorreos sobre amistades comunes, como si no acabaran de participar en un milagro que debía haber hecho imposible tales banalidades.

Más allá de la puerta de cristal, la noche era fría e inhóspita. Había empezado a llover. Los charcos llenaban todas las depresiones del pavimento, y, al resplandor de las luces del aparcamiento, parecían espejos rotos, conjuntos de puntiagudos fragmentos plateados.

Kari se apoyó en Jonas, le besó en la mejilla y permaneció cogida a él un rato. Parecía querer decirle algo, pero parecía también incapaz de encontrar las palabras. Luego soltó a Jonas, se subió el cuello del abrigo y salió a enfrentarse con la lluvia, racheada por el viento. Ken Nakamura se quedó rezagado después de irse Kari.

—¿Te has dado cuenta de que es una pareja perfecta para ti?

A través de la puerta de cristal, azotada por la lluvia, Jonas observó a la mujer, que corría en dirección a su coche. Mentiría si dijera que no había mirado nunca a Kari como a una mujer. Aunque alta, espigada y corpulenta, también era femenina. A veces le

maravillaba la delicadeza de sus muñecas y de su cuello de cisne, que parecía demasiado grácil y fino para sostener la cabeza. Intelectual y emocionalmente era más fuerte de lo que aparentaba. Sin embargo, era posible que no hubiera superado los obstáculos y dificultades que con seguridad habían detenido su carrera en la profesión médica, dominada todavía por hombres para quienes —en algunos casos— el chovinismo machista era más un artículo de fe que un rasgo de carácter.

—Jonas, lo único que tienes que hacer es pedírselo —insistió Ken.

—No me siento libre para hacer eso —objetó Jonas.

—No vas a pasarte la vida llorando a Marion.

—Sólo han transcurrido dos años.

—Sí, pero alguna vez tienes que empezar a vivir de nuevo.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Fuera, hacia la mitad del parking, Kari Dovell había entrado ya en su coche.

—Ella no te va a esperar eternamente —dijo Ken.

—Buenas noches, Ken.

—Me doy por aludido.

—De acuerdo —repuso Jonas.

Sonriendo tristemente, Ken abrió la puerta de un empujón, dando paso a una ráfaga de viento que salpicó de gotas de lluvia, claras como perlas, las baldosas grises del suelo. Con paso apresurado, se perdió después en la noche. Jonas se apartó de la puerta y echó a andar por los pasillos hasta los ascensores. Subió a la planta quinta.

No había necesitado decir a Ken ni Kari que pasaría la noche en el hospital pues ellos sabían que se quedaba siempre tras una reanimación aparentemente exitosa. Para ellos, la medicina de reanimación era un fascinante campo nuevo, una fascinante vía alternativa a su trabajo primero, un modo de extender sus conocimientos profesionales y mantener sus mentes flexibles; cada éxito representaba una profunda satisfacción, un recordatorio, en primer lugar, de por qué se habían hecho médicos: para curar. Pero para Jonas ello significaba algo más. Cada resucitación era una batalla ganada de la interminable guerra contra la Muerte; no sólo un acto de curación, sino también un acto de desafío, un puño colérico levantado ante la cara del destino. La medicina de reanimación era su amor, su pasión, la definición de sí mismo, la razón única para levantarse por la mañana y seguir viviendo en un mundo que, por otra parte, se había vuelto demasiado incoloro y falto de propósitos para que se pudiera soportar.

Había enviado solicitudes y propuestas a media docena de universidades, ofreciéndose para enseñar en sus facultades de medicina a cambio de la concesión de facilidades para el estudio de la medicina de reanimación bajo su supervisión, estudio en cuyos gastos él estaba dispuesto a aportar una suma considerable. Gozaba de reputación y era ampliamente respetado como cirujano cardiovascular y como especialista en reanimación, y confiaba en obtener pronto el puesto que deseaba. Pero era impaciente. Ya no estaba satisfecho sólo con supervisar las reanimaciones. Quería estudiar los efectos de la muerte a corto plazo en las células humanas, explorar los mecanismos de los radicales

libres y los captadores de éstos, probar sus propias teorías y hallar nuevos medios para desalojar a la muerte de aquellos en los que ya se había instalado como inquilina.

Al llegar a la sala de enfermeras del piso quinto, se enteró de que Harrison había sido instalado en la 518. Era una habitación semiprivada, pero el hospital disponía de suficientes camas vacías para poder reservarla como unidad aparte el tiempo que fuera a necesitarla Harrison. Jonas entró en la 518 y halló a Helga y Gina terminando ya con el paciente, que estaba instalado en la cama más alejada de la puerta, junto a la ventana salpicada por la lluvia. Le habían puesto una bata del hospital y le habían conectado a otro cardiógrafo con funcionamiento telemétrico, que reproducía sus ritmos cardíacos en un monitor de la sala de enfermeras. De un soporte que había junto a la cama pendía una botella de líquido claro que alimentaba una vía parenteral del brazo izquierdo del paciente, el cual empezaba a mostrar los hematomas dejados por los socorristas aquella misma noche al administrarle las otras inyecciones intravenosas. El líquido claro era glucosa enriquecida con un antibiótico para evitar la deshidratación y prevenir cualquiera de las muchas infecciones capaces de destruir todo lo que se había conseguido en la sala de reanimación. Helga había alisado el cabello de Harrison con un peine que había guardado en la mesilla de noche. Gina le aplicaba delicadamente en los párpados un lubricante para evitar que se le quedaran pegados; era un peligro que sufrían los pacientes que pasaban mucho tiempo sin abrir los ojos o sin parpadear siquiera, y que a veces padecían una merma de la secreción de las glándulas lagrimales.

—Su corazón sigue tan firme como un metrónomo —explicó Gina cuando vio a Jonas—. Presiento que antes del fin de semana, éste va a estar jugando al golf, bailando o haciendo lo que se le antoje.—Se apartó el flequillo, que era dos o tres centímetros demasiado largo y le tapaba los ojos—. Es un hombre afortunado.

—Cada cosa a su tiempo —repuso Jonas con cautela sabiendo muy bien que a la muerte le gustaba engañarlos simulando haberse retirado para luego volver apresuradamente y arrancarles la victoria de las manos.

Cuando Helga y Gina terminaron por aquella noche y salieron, Jonas apagó las luces. La habitación 518 quedó llena de sombras, sólo iluminada por la débil luz fluorescente del pasillo y por el brillo verde del monitor del cardiógrafo, que también guardaba silencio. La señal auditiva del ECG había sido desconectada y sólo permanecía encendida la lucecita rebotando rítmicamente y describiendo su interminable carrera por la pantalla. Sólo se oía el sonido del suave gemido del viento en la ventana y los ligeros y ocasionales golpeteos de la lluvia contra el cristal.

Jonas permaneció un momento al pie de la cama mirando a Harrison. A pesar de haber salvado la vida de aquel hombre, sabía poco acerca de él. Treinta y seis años de edad, uno setenta y cinco de estatura y setenta y dos kilos de peso. Pelo castaño, ojos castaños. Excelente estado físico. ¿Pero cómo era interiormente como persona? ¿Era Hatchford Benjamin Harrison un hombre bueno? ¿Digno de fiar? ¿Estaba razonablemente exento de envidia y codicia, era capaz de sentir compasión, era consciente de la diferencia entre el bien y el mal? ¿Tenía un corazón bondadoso? ¿Amaba a alguien?

Con el calor del procedimiento de reanimación, cuando los segundos contaban y había que hacer mucho en tan poco tiempo, Jonas no se atrevía nunca a pensar en el

principal dilema ético al que se enfrenta cualquier médico que asume el papel de reanimador, toda vez que pensar en ello entonces podría inhibirle en desventaja del paciente. Después habría tiempo de dudar, de hacerse preguntas... Pues, aunque un médico estaba moralmente comprometido y profesionalmente obligado a salvar vidas dondequiera que pudiese hacerlo, ¿eran todas las vidas dignas de ser salvadas? Cuando la muerte se llevaba a un hombre malvado, ¿no resultaba más aconsejable —y éticamente más correcto— dejar que siguiera muerto?

Si Harrison era un hombre perverso, la maldad que cometiese cuando reanudara su vida después de salir del hospital sería, en parte, responsabilidad de Jonas Nyebern. El dolor que Harrison causara a otros mancharía también hasta cierto punto el alma de Jonas.

Por fortuna, el dilema esta vez no parecía ser tal. Según los informes, Harrison era un ciudadano honorable, un respetado comerciante de antigüedades, casado con una artista de cierta reputación, cuyo nombre conocía Jonas. Un buen artista tenía que ser sensible, perceptivo, capaz de ver el mundo con más claridad que la mayoría de las personas. ¿Sería ella así? Si se hubiera casado con un hombre malo, se hubiera divorciado de él. Esta vez había motivo para creer que se había salvado una vida que merecía ser salvada. Ya se hubiera conformado Jonas con que sus actos hubieran sido siempre tan correctos como en este caso.

Se apartó de la cama y dio dos pasos hacia la ventana. Cinco pisos debajo, un aparcamiento casi desierto yacía bajo las encapuchadas farolas del alumbrado. La lluvia batía los charcos de agua, dando la impresión de que hervían, como si un fuego subterráneo estuviera consumiendo el asfalto. Localizó el punto exacto donde había estado aparcado el coche de Kari y lo miró fijamente durante un buen rato. Admiraba mucho a Kari y también la encontraba atractiva. Algunas veces soñaba que estaba con ella y era un sueño sorprendentemente agradable. Asimismo, podía admitir que la quería y que se sentía complacido al pensar que también ella podía quererle a él. Pero no la necesitaba. Sólo necesitaba su trabajo, la satisfacción de derrotar a la muerte de vez en cuando y la...

—Algo... está... fuera...

La primera palabra interrumpió los pensamientos de Jonas, pero la voz era tan tenue y suave que le costó trabajo localizar inmediatamente el origen del sonido. Volvió la cabeza y miró hacia la puerta abierta, suponiendo que la voz venía del corredor, pero al oír la tercera palabra supo que quien hablaba era Harrison. La cabeza del paciente estaba vuelta hacia Jonas, pero sus ojos enfocaban la ventana.

Acercándose apresuradamente a la cama, Jonas miró el electrocardiógrafo y vio que el corazón de Harrison latía deprisa pero, a Dios gracias, rítmicamente.

—Algo... está... fuera —repitió Harrison.

Sus ojos no estaban mirando la ventana misma, ni nada tan cercano, sino algún punto distante de la desapacible noche.

—Sólo es la lluvia —le tranquilizó Jonas.

—No.

—Sólo es un poco de lluvia y viento.

—Algo malo —susurró Harrison.

En el corredor se oyeron unos pasos apresurados y por la puerta abierta irrumpió

una enfermera joven en la habitación, casi sumida en la oscuridad. Su nombre era Ramona Pérez y Jonas sabía que era competente y celosa de su trabajo.

—¡Oh!, doctor Nyebern, me alegro de que esté usted aquí. La unidad telemétrica, los latidos de su corazón...

—Sí, lo sé, se han acelerado. Acaba de despertar.

Ramona se acercó a la cama y encendió la lámpara de arriba para iluminar mejor al paciente. Harrison seguía mirando fijamente más allá de la ventana salpicada de lluvia, como ajeno por completo a Jonas y a la enfermera. Con una voz todavía más tenue que antes, agobiada por el cansancio, repitió:

—Algo está fuera. —Luego sus ojos parpadearon con somnolencia y se cerraron por completo.

—Señor Harrison, ¿puede oírme? —preguntó Jonas.

El ECG mostró una rápida desaceleración cardíaca; de ciento cuarenta latidos por minuto bajó a ciento veinte y después a cien.

—¿Señor Harrison?

Noventa por minuto. Ochenta.

—Se ha vuelto a dormir —dijo Ramona.

—Eso parece.

—No ha hecho más que dormirse —dijo ella—. No tiene por qué entrar en coma ahora.

—No hay coma —convino Jonas.

—Y ha estado hablando. ¿Tendrá algún sentido lo que ha dicho?

—Seguramente. Es difícil de saber —respondió Jonas, inclinándose sobre la barandilla de la cama para examinar los párpados del paciente, que se agitaban con el rápido movimiento de los ojos debajo de ellos. Era el sueño REM. Harrison estaba soñando de nuevo.

Fuera, la lluvia empezó a caer de repente con más fuerza que antes, y el viento cobró también velocidad y empezó a rugir en la ventana.

—Las palabras que yo he oído eran claras, no borrosas —dijo Ramona.

—No. No eran borrosas. Y ha pronunciado algunas frases completas.

—Entonces no está afásico —siguió ella—. Eso es estupendo.

La afasia, o total incapacidad de hablar o entender el lenguaje oral o escrito, era una de las formas más devastadoras de deterioro cerebral resultante de una enfermedad o lesión. Un paciente afectado por ella quedaba reducido a comunicarse por medio de gestos y la insuficiencia de semejante mímica sumía pronto al enfermo en una depresión de la que a veces no salía.

Evidentemente, Harrison estaba libre de esta condena. Si se hallaba libre de parálisis, y si no había demasiadas lagunas en su memoria, tenía muchas posibilidades de dejar la cama en breve y de hacer una vida normal.

—No saquemos conclusiones todavía —repuso Jonas—. No nos forjemos falsas esperanzas. Todavía le queda mucho camino por andar. Pero puede usted anotar en el historial que ha recuperado la conciencia por primera vez a las once treinta; dos horas después de su resucitación.

Harrison, en medio de su sueño, murmuró algo. Jonas se inclinó sobre el pecho y acercó el oído a los labios del paciente, que apenas se movían. Las palabras salían lánguidamente, arrastradas por unas superficiales exhalaciones. Era como una voz espectral escuchada por un canal abierto de radio emitida por alguna estación del otro lado del mundo, rebotada por algún curioso estrato de inversión de la alta atmósfera y filtrada a través de mucho espacio y mal tiempo, hasta hacerla sonar misteriosa y proféticamente a pesar de ser inteligible en menos de la mitad.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ramona.

Con los crecientes aullidos de la tormenta exterior, Jonas era incapaz de captar lo bastante de las palabras de Harrison para estar seguro de lo que decía, pero creía que repetía lo que había dicho antes: "Algo... está fuera...". De súbito el viento chilló y la lluvia aporreó con tanto ímpetu la ventana que amenazó con hacer añicos los cristales.

A Vassago le gustaba la lluvia. Los tormentosos nubarrones habían encapotado el cielo y no dejaban ningún hueco para que pudiera asomarse la luna, demasiado fulgente. El aguacero velaba también la luz de las farolas callejeras y los faros de los coches que se acercaban de frente, amortiguaban el brillo de los anuncios de neón y, en general, apagaba la noche del Condado de Orange, haciéndole posible conducir el coche más cómodamente que cuando conducía sólo con las gafas de sol.

Había viajado hacia el Oeste desde su escondite y luego había cogido la costa en dirección Norte, a la búsqueda de algún bar con poca luz y de una o dos mujeres disponibles para sus propósitos. Los lunes había muchos bares cerrados y otros no parecían demasiado bulliciosos a aquella hora tan tarde, alrededor de la hora de las brujas, la medianoche.

Por fin encontró un salón en Newport Beach, en la Autopista de la Costa del Pacífico. Era un sitio de postín, con un toldo a la entrada, unas hileras de diminutas luces blancas delimitando la línea del tejado y un rótulo anunciador: BAILE DE MIÉRCOLES A SABADO / GRAN ORQUESTA DE JOHNNY WILTON. Newport era la ciudad más rica del condado y tenía el puerto privado de yates más grande; de manera que era probable que casi cualquier establecimiento que aspirase a una clientela acaudalada dispusiera del suyo propio. A mediados de semana, seguramente contaría con un mozo de aparcamiento lo que no resultaría bueno para los propósitos de Vassago, pues un mozo era un posible testigo, pero como era lunes no había ningún mozo a la vista.

Aparcó en la zona más cercana al club y, nada más parar el motor, le dio la crisis. Sintió como si hubiera recibido un choque eléctrico, suave pero continuado. Sus ojos rodaron en el interior de su cabeza y por un momento pensó que estaba sufriendo convulsiones, pues era incapaz de respirar y tragar. Se le escapó un involuntario gemido. El ataque duró solamente diez o quince segundos y terminó con unas palabras que parecían haber sido pronunciadas dentro de su cabeza: Algo... está... fuera... No era sólo un pensamiento al azar provocado en el cerebro por alguna sinapsis en cortocircuito, pues llegó hasta él con una voz distinta, con el timbre y la inflexión de las palabras pronunciadas con independencia de los pensamientos. Y no era su propia voz, sino la de otra persona. Además, tenía la abrumadora sensación de que en el coche había una



presencia extraña, como si algún espíritu hubiera traspasado las puertas existentes entre los mundos para visitarle a él, un ser desconocido pero real a pesar de ser invisible. Entonces el episodio terminó tan repentinamente como había comenzado. Permaneció sentado a la espera de que volviera a ocurrir.

La lluvia tamborileaba en el techo. A medida que se enfriaba el motor, el coche tintineaba y producía sonidos metálicos. Lo que quiera que hubiese ocurrido, ya había terminado. Trató de entender aquella experiencia. Aquellas palabras —Algo está fuera...— ¿habrían sido un aviso, una premonición psíquica? ¿Una amenaza? ¿Qué querían decir?

Más allá del automóvil no parecía haber nada especial en la noche. Sólo la lluvia. La bendita oscuridad. Los reflejos distorsionados de las luces y los anuncios eléctricos rielaban sobre el pavimento mojado, en los charcos y en los torrentes de agua que discurrían por los rebosantes arroyos. Por la autopista de la Costa del Pacífico el tráfico era escaso y, por lo que él podía ver, nadie iba a pie; y eso que podía ver tan bien como cualquier gato.

Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que podría entender el episodio en cuanto se lo propusiera. No ganaba nada obsesionándose con ello. Si se trataba de una amenaza, cualquiera que fuera su origen, no le inquietaba. Él no podía sentir miedo. En ello radicaba lo mejor de haber abandonado el mundo de los vivos, aunque estuviese temporalmente detenido en la tierra de nadie a este lado de los muertos. Nada en la existencia encerraba ningún terror para él.

Sin embargo, aquella voz extraña había sido la cosa más rara que había experimentado jamás. Y eso que no estaba falto de extrañas experiencias con que compararla. Se apeó de su plateado Camaro, cerró de un portazo y echó a andar hacia la entrada del club. La lluvia era fría. El viento desapacible hacía sonar las hojas de las palmeras como si fueran huesos viejos.

Lindsey Harrison se encontraba también en la quinta planta, al otro extremo del corredor principal, lejos de su marido. Cuando Jonas entró y se acercó a la cama podía verse poco dentro de la habitación, pues en ella no había ni siquiera la luz verde del monitor de un cardiógrafo. La mujer apenas se veía.

Jonas se preguntaba si trataría de despertarla y quedó sorprendido cuando ella le preguntó:

- ¿Quién es usted?
- Pensé que dormía —repuso él.
- No consigo dormir.
- ¿Le han dado alguna medicación?
- No ha servido de nada.

Como en la habitación de su esposo, en ésta también golpeaba la lluvia en la ventana con persistente furia. Jonas oía deslizarse una cascada de agua por una cercana cañería de aluminio.

- ¿Qué tal se encuentra? —preguntó él.
- ¿Cómo diablos quiere que me encuentre? —Trató de infundir enfado a sus palabras, pero estaba demasiado exhausta y abatida para conseguirlo.

Él bajó la barandilla, se sentó al borde de la cama y le tendió una mano, suponiendo

que los ojos de Lindsey estaban más adaptados a la oscuridad que los suyos.

—Déme la mano.

—¿Por qué?

—Soy Jonas Nyebern, el médico. Quisiera decirle algo sobre su esposo y, en cierto modo, pienso que irá mejor si me permite usted cogerle la mano.

Ella guardó silencio.

—Hágame caso —insistió él.

Aunque la mujer creía que su esposo había muerto, Jonas no pensaba atormentarla retardando la noticia de su resucitación. Sabía por experiencia que las buenas noticias de aquella índole podían resultar tan funestas para quien las recibe como las malas; era preciso darlas con prudencia y sensatez. Ella había sufrido un estado ligeramente delirante al ingresar en el hospital, como principal consecuencia del frío y del shock, que había sido rápidamente solucionado con la administración de calor y medicamentos. Ahora llevaba algunas horas en posesión de todas sus facultades mentales empezando a intentar encajar su pérdida. Aunque sumida en un profundo dolor y lejos de conformarse con su viudez, ella había encontrado ya un saliente en el acantilado emocional por el que había caído, una percha angosta, una precaria estabilidad... de la que él estaba a punto de desengancharla de golpe.

Por otra parte, el doctor Nyebern podría haber actuado más directamente con ella si hubiera sido capaz de traerle una buena noticia más concreta. Por desgracia, no podía prometerle que su marido fuera a ser del todo como había sido antes, que pudiera retomar su vida anterior sin ninguna dificultad y que no quedara marcado por aquella experiencia. Necesitaban horas, tal vez días, para reconocer y examinar a Harrison antes de poder aventurar un pronóstico sobre sus posibilidades de una recuperación plena. Entretanto, seguramente le aguardaría una terapia de semanas o meses, sin garantía de éxito.

Jonas continuaba esperando que le diera la mano. Por último, ella se la ofreció con desconfianza. Con sus mejores modales de médico a enfermo, él bosquejó entonces rápidamente los elementos básicos de la medicina de reanimación. Cuando ella comprendió por qué estaba empeñado en que conociera tan extraño tema, apretó con más fuerza la mano del doctor.

En la habitación 518, Hatch estaba sumido en un mar de malos sueños que no eran sino imágenes disociadas que se mezclaban entre sí sin guardar siquiera el ilógico orden narrativo que usualmente contienen las pesadillas. La nieve azotada por el viento; una gigantesca rueda de noria, a veces salpicada de luces festivas, a veces negra, rota y ominosa, en una noche de lluvia furibunda. Alamedas de árboles como espantapájaros, nudosos y denegridos, defoliados por el invierno. Un camión de cerveza cruzado en ángulo sobre una carretera sembrada de nieve. Un túnel con suelo de cemento que descendía hacia una oscuridad total y desconocida que le llenaba de un miedo sobrecogedor. La pérdida de su hijo Jimmy, que yacía con su color cetrino muriendo de cáncer en las sábanas del hospital. Aguas, frías y profundas, más negras que la tinta, que se extendían por todos los horizontes, sin escapatoria posible. Una mujer desnuda con la cabeza puesta mirando hacia atrás, agarrando con las manos crispadas un crucifijo...

Frecuentemente tenía conciencia de la presencia de un hombre sin cara y misterioso

alrededor del perímetro de una especie de escenas surrealistas, vestido de negro como un macabro segador, moviéndose tan armónica y fluidamente entre las sombras que bien pudiera tratarse de una sombra más. En otras ocasiones, el segador no formaba parte de la escena, sino que parecía ser el punto de observación desde donde era contemplada aquélla, como si Hatch estuviera mirando por los ojos de otro; unos ojos que miraban el mundo con una total falta de compasión, con el hambre y el calculado sentido práctico de una rata de cementerio.

Por una vez, el sueño adoptó una mayor calidad narrativa, en donde Hatch se encontró corriendo por el andén de una estación ferroviaria, tratando de alcanzar un vagón de pasajeros que se alejaba lentamente por la vía. A través de una de las ventanillas del tren veía a Jimmy, flaco y con los ojos hundidos, atrapado en las garras de su enfermedad, vestido tan sólo con la bata del hospital, mirando tristemente a Hatch con una manita levantada que decía adiós, adiós, adiós. Hatch se agarró desesperadamente a la barra vertical que había junto a los escalones de subida al tren en la plataforma del vagón de Jimmy, pero el tren aumentaba su velocidad; Hatch perdió terreno y los peldaños se alejaron. La carita pálida de Jimmy perdió definición y finalmente se fue desvaneciendo mientras el veloz coche de pasajeros se perdía en la espantosa nada, más allá del andén de la estación, en un vacío de tinieblas del que solamente ahora Hatch tenía conciencia. Luego, otro vagón empezó a deslizarse por delante de él (cláqueti-clac, cláqueti-clac) y se sobresaltó al ver a Lindsey sentada ante una de sus ventanillas, mirando al andén, con una expresión perdida en el rostro. Hatch la llamó —“¡Lindsey!”—, pero ella no le vio o no le oyó, pues parecía estar en trance, por lo que él empezó a correr otra vez tratando de abordar su vagón (cláqueti-clac, cláqueti-clac), que se alejaba igual que había hecho el de Jimmy. “¡Lindsey!” Su mano estaba a algunos centímetros de la barandilla que había junto a los peldaños, y el tren dejó de ser un tren. Con la rara fluidez en que se producen los cambios en todo sueño, el tren se convirtió en una montaña rusa de un parque de atracciones, que iniciaba un viaje vertiginoso. (Cláqueti-clac.) Hatch llegó al final del andén sin haber podido subirse al vagón de Lindsey y ella se alejó velozmente de él, escalando la primera colina empinada de la larga y ondulante vía férrea. Luego pasó por delante de él el vagón del convoy que iba detrás del de Lindsey. Llevaba un solo pasajero. Era una figura de negro —en torno a la cual se arracimaban las sombras como los cuervos en la valla de un cementerio— sentada al principio del vagón, con la cabeza gacha y el rostro tapado por una espesa melena que le caía hacia delante como la capucha de un monje. (Cláqueti-clac.) Hatch gritaba en dirección a Lindsey, avisándola para que mirase hacia atrás, rogándole que estuviera prevenida contra lo que viajaba en el vagón a ella y se agarrara bien, por amor de Dios, ¡agárrate bien!. La procesión de vagones enganchados, como si fueran orugas, llegó a la cresta de la colina, permaneció inmóvil un momento como si el tiempo se hubiera suspendido y desapareció por el lado opuesto cayendo a plomo en medio de un incesante alarido.

Ramona Pérez, la enfermera de noche asignada a la parte del quinto piso que incluía la habitación 518, estaba de pie junto a la cama observando a su paciente. Se sentía preocupada por él, pero todavía no estaba segura de si debía ir en busca del doctor Nyebern. A juzgar por el monitor del cardiógrafo, el pulso de Harrison se encontraba en

un estado altamente fluctuante. Por lo general, latía entre unas setenta a ochenta tranquilizadoras pulsaciones por minuto. Pero de vez en cuando, sin embargo, se elevaba hasta las ciento cuarenta. Por el lado positivo, observaba que no había indicaciones de grave arritmia.

La aceleración de sus latidos cardíacos afectaba a su presión sanguínea, pero no estaba en evidente peligro de apoplejía o derrame cerebral derivado de hipertensión aguda, toda vez que su lectura sistólica no era nunca peligrosamente alta.

Estaba sudando profusamente y sus ojeras eran tan oscuras que parecían haber sido pintadas con maquillaje de actor. A pesar de las mantas acumuladas encima de él, tiritaba de frío. Los dedos de su mano izquierda —descubierta a causa de la alimentación intravenosa— sufría ocasionales espasmos, aunque no lo suficientemente violentos como para perturbar la aguja que tenía inserta en el pliegue interior del codo.

En susurros, repetía el nombre de su esposa, a veces en tono muy apremiante: "Lindsey... Lindsey... ¡Lindsey, no!" Obviamente, Harrison estaba soñando y los episodios de una pesadilla podían provocar las mismas respuestas psicológicas que las experiencias en estado de vigilancia. Por último, Ramona llegó a la conclusión de que la aceleración de las pulsaciones no era una consecuencia de una auténtica desestabilización cardiovascular. No corría ningún peligro. Sin embargo continuó al lado de la cama, observándole.

Vassago ocupó una mesa junto a la ventana que tenía vistas al puerto. Llevaba en el establecimiento sólo cinco minutos y ya le parecía que no era un buen sitio para ir de caza. El ambiente no era bueno. Se arrepentía de haber pedido una consumición.

Los lunes por la noche no había música de baile, pero en un rincón estaba tocando un pianista. No interpretaba las lánguidas canciones de los años 30 y 40, ni los afectados y blandos arreglos del rock'n'roll moderado que carcomían el cerebro de los asiduos clientes del local, pero prolongaba las también dañinas y repetitivas melodías de los versos de la Nueva Era, compuestas por aquellos que encontraban el elevador de música demasiado complejo e intelectualmente oneroso.

Vassago prefería la música de percusión dura, rápida y arrolladora, algo que pusiera los dientes de punta. Al haberse convertido en ciudadano de la tierra de nadie, no podía encontrar placer en la mayoría de las melodías, pues sus ordenadas estructuras le irritaban. Sólo podía tolerar la música atonal, áspera e inarmónica. Le gustaban los cambios de notas chillonas, los acordes estridentemente ensordecedores y las repetitivas frases aulladoras de guitarra que desgastaban los nervios. Gozaba con los tipos de ritmo discordes y rotos. Se sentía excitado por la música que llenaba la mente de sangre y violencia.

Para Vassago, la escena que había tras la amplia ventana, a causa de su belleza era tan fastidiosa como la música del salón. Los barcos de vela y los yates de motor llenaban los muelles privados del puerto, amarrados, con las velas atadas y los motores silenciosos, meciéndose ligeramente, pues el puerto estaba bien protegido y la tormenta no era particularmente furiosa. A pesar del gran tamaño de las embarcaciones y de sus comodidades, pocos de sus acaudalados propietarios se hallaban ahora a bordo y de ahí que sólo se vieran iluminadas algunas portillas. La lluvia, transmutada en mercurio aquí y

allá por las luces del muelle, martilleaba los barcos, perlaba sus bruñidas superficies y goteaba como metal derretido por los mástiles abajo hacia las cubiertas y los imbornales. Vassago no toleraba la belleza, ni las escenas de armoniosa composición de las tarjetas postales porque las consideraba espurias y engañosas respecto a lo que el mundo realmente era. Por el contrario, le atraían los desacordes visuales, las estampas melladas, las formas enconadas y ulcerosas.

El salón, con sus asientos de felpa y sus luces ambarinas, resultaba demasiado apacible para un cazador como él. Aburría a su instinto asesino. Examinó atentamente la clientela, esperando encontrar algún objetivo de calidad que resultara adecuado para su colección. Si localizara algo verdaderamente capaz de exacerbar su fiebre de coleccionista, ni siquiera la sofocante atmósfera del salón lograría socavar sus energías.

Había unos cuantos hombres sentados en la barra, pero carecían de interés para él. Los tres hombres que tenía en su colección habían sido la segunda, cuarta y quinta de sus adquisiciones, pero los había cogido porque eran vulnerables y se hallaban en unas circunstancias solitarias que le permitieron hacerse con ellos y llevárselos sin ser visto. No sentía aversión a matar hombres, pero prefería las mujeres. Mujeres jóvenes. Le gustaba llevárselas antes de que pudieran engendrar más vidas.

Las únicas mujeres realmente jóvenes que había entre la clientela estaban sentadas junto a las ventanas, tres mesas más allá de la suya. Estaban un poco bebidas y se inclinaban hacia delante como compartiendo un cotilleo, charlando con animación y estallando periódicamente en ataques de risa. Una de ellas era lo bastante hermosa como para despertar el odio que sentía Vassago por las cosas bellas. Tenía unos grandes ojos achocolatados y una gracia animal que le recordaba la de una gacela. La apodó Bambi. Su pelo de cuervo estaba separado en unas cortas alas que dejaban al descubierto la mitad inferior de sus orejas.

Eran unas orejas excepcionales, grandes pero delicadamente formadas. Pensó que podría hacer algo interesante con ellas y continuó observándola, intentando decidir si encajaría en lo que estaba buscando. Bambi hablaba más que sus amigas y era la más ruidosa del grupo. Sus risas resultaban también las más sonoras y parecía una yegua relinchado. Era excepcionalmente atractiva, pero su incesante charla y fastidiosas risas estropeaban lo demás. Evidentemente, a ella le gustaba el sonido de su propia voz. «Mejoraría considerablemente —pensó—, si se le dejara sordomuda.»

Este golpe de inspiración se adueñó de él y se irguió repentinamente en su silla. Cortándole las orejas, metiéndoselas dentro de su boca muerta y cosiéndole los labios, Vassago estaría simbolizando la fatal imperfección de su hermosura. Era una visión de tanta simplicidad y sin embargo, tan atrayente, que...

—Un cubalibre de ron —dijo la camarera, poniendo delante de Vassago sobre la mesa un vaso y una servilleta de papel—. ¿Lo paga con cheque?

Levantó la cabeza hacia la camarera y parpadeó contusamente. Era una mujer fornida, de mediana edad y pelo castaño rojizo. La podía ver perfectamente a través de las gafas de sol, pero en su delirio de excitación creativa tenía dificultades para situarla.

—¿Cheque? —exclamó, finalmente—. ¡Oh, no! Al contado, gracias señora.

Cuando sacó la cartera no sintió en ella en absoluto el tacto de la cartera, sino lo que

podría sentir al tocar las orejas de Bambi. Al resbalar sus dedos pulgar y medio por la suave piel, captó lo que pronto podía estar disponible para sus caricias: los cartílagos delicadamente configurados que formaban el pabellón de la oreja, las graciosas curvas de los canales que recogían las ondas sonoras y las enviaban a la membrana del tímpano...

Se percató de que la camarera le había hablado de nuevo anunciándole el precio de la bebida y de que era la segunda vez que lo hacía. Había estado pasando los dedos sobre la cartera durante unos deliciosos segundos, soñando despierto con la muerte y la desfiguración. Sacó al azar un crujiente billete y, sin mirarlo, se lo entregó a la camarera.

—Es de cien —señaló ella—. ¿No tiene otro más pequeño?

—No, senora, lo siento —respondió, ahora impaciente por desembarazarse de ella—, esto es lo único que tengo.

—Tendré que volver al mostrador a recoger tanto cambio.

—Claro, de acuerdo, lo que usted quiera. Gracias, senora.

Cuando la camarera se alejó de la mesa, volvió a dirigir su atención hacia las cuatro mujeres jóvenes, pero descubrió que se estaban marchando. Se encontraban cerca de la puerta y se iban poniendo los abrigos según salían.

Empezó a levantarse intentado seguir las, pero se quedó helado al oír su propia voz diciendo: «Lindsey.»

No había pronunciado en voz alta el nombre, ni le oyó decirlo a nadie del bar. Él fue la única persona que reaccionó y su reacción fue de una total sorpresa. Durante un momento se quedó dudando con una mano sobre la mesa y la otra en el brazo de la silla, a medio levantarse. Mientras permanecía paralizado en aquella postura de indecisión, las cuatro mujeres jóvenes abandonaron el local. Bambi tenía ya para él menos interés que aquel misterioso nombre —Lindsey— de modo que volvió a sentarse.

No conocía a nadie que se llamara Lindsey. No había conocido nunca a nadie llamado Lindsey. Carecía de todo sentido que de pronto hubiera pronunciado en voz alta aquel nombre. Miró por la ventana en dirección al puerto. Sobre las aguas en perpetuo movimiento subían, bajaban y se revolcaban codo a codo cientos de millones de dólares de engreimiento. El cielo sin sol era arriba otro mar tan frío y despiadado como el de abajo. El aire estaba lleno de una lluvia semejante a millones de hebras grises de plata, como si la Naturaleza pretendiera coser el océano con los cielos y eliminar así el angosto espacio intermedio, donde la vida era posible. Habiendo sido uno de los vivos y de los muertos, y siendo ahora un muerto viviente, se había considerado a sí mismo el hombre más sofisticado y lleno de experiencia, a lo que jamás podía pretender llegar cualquier hombre de mujer nacido. Había asumido que el mundo no encerraba nada nuevo para él, no tenía nada que enseñarle. Y ahora esto. Primero el arrobamiento que tuvo en el coche: ¡Algo está fuera! Y ahora Lindsey. Aunque ambas experiencias eran distintas, pues la segunda vez no había escuchado ninguna voz dentro de su cabeza y al pronunciarlo lo había dicho con su propia voz y no con la de un extraño. Pero los dos hechos eran tan similares que encontraba entre ellos una relación. Según miraba fijamente a los barcos amarrados, al puerto y al mundo que se extendía más allá, empezó a parecerle todo más misterioso que lo había sido durante siglos. Cogió su vaso de ron y cola y se tomó un buen trago. Cuando volvió a dejar el vaso dijo:

—Lindsey.

El vaso traqueteó contra la mesa y él, sorprendido otra vez por el nombre, estuvo a punto de derribarlo. No lo había pronunciado en voz alta para ponderar el significado del mismo. Más bien le había salido de sopetón, como antes, un poco menos jadeante esta vez pero, en cierto modo, un poco más alto.

Interesante.

El salón le pareció un lugar mágico y decidió sentarse a esperar un rato a ver qué podría suceder después. Entonces volvió la camarera con el cambio.

—Quisiera otra copa, señora. —Le dijo, entregándole un billete de veinte dólares—. Cóbrela de aquí y, por favor, quédese con la vuelta.

Contenta por la propina, la camarera regresó apresuradamente al mostrador. Vassago se volvió de nuevo hacia la ventana, pero esta vez miró su propia imagen reflejada en el cristal y no al puerto. La tenue iluminación del local mandaba poca luz contra el vidrio y no le proporcionaba una imagen clara. Sus gafas negras no se manifestaban bien en el turbio espejo y su cara parecía tener dos cuencas de ojos vacías, como las de un cráneo sin piel. Aquella ilusión óptica le complació. Con un susurro ronco, no en voz alta aunque sí lo bastante claro para atraer la atención de todos los que estaban en el bar, y con más apremio que antes, exclamó:

—¡Lindsey, no!

Este arranque le pilló tan desprevenido como los dos anteriores, pero no se inmutó. Se había adaptado rápidamente a esos hechos misteriosos y empezaba a intentar comprenderlos. Su sorpresa no podía durar mucho tiempo. Al fin y al cabo, había estado en el Infierno y vuelto de él, tanto en el Infierno real como en el que había bajo la Casa de las Sorpresas; de manera que la intrusión de lo fantástico en la vida real no le sobrecogía ni le atemorizaba.

Se bebió un tercer cubalibre. Después de transcurrir más de una hora sin que acontecieran nuevos hechos y cuando el barman anunció la última ronda de bebidas de la noche, Vassago abandonó el establecimiento.

Dentro de él continuaba sintiendo la necesidad de asesinar y crear. Experimentaba un calor intenso en sus entrañas que no tenía nada que ver con el ron; una acerada en su pecho, como si su corazón fuese un mecanismo de relojería con la cuerda enrollada a punto de estallar. Lamentaba profundamente no haber ido tras la mujer de ojos de gacela a la que había apodado Bambi. Él le habría cambiado las orejas después de muerta... o ¿mientras hubiera estado aún viva? ¿Habría sido ella capaz de comprender la manifestación artística que él efectuaba al coserle los labios y cerrar toda su boca? Probablemente no. Nadie más que él poseía ingenio y perspicacia para apreciar su singular talento.

Al llegar al parking, casi desierto, permaneció de pie un rato bajo la lluvia, permitiendo que le empapara y extinguiese parte del fuego de su obsesión. Faltaba poco para las dos de la madrugada. No quedaba tiempo suficiente, antes del alba para capturar ninguna pieza. Tendría que regresar a su escondite sin añadir nada a su colección y, si quería dormir un poco durante el día que se avecinaba y estar listo para cazar algo en el siguiente anochecer, necesitaba apaciguar su ardiente impulso creativo.

Al cabo de un rato empezó a tiritar pues los ardores que llevaba dentro dieron paso a un frío implacable. Alzó una mano y se tocó la mejilla. Se sintió la cara helada, pero los dedos estaban aún más fríos, igual que la mano de mármol de una estatua de David que él, estando todavía en el mundo de los vivos, había admirado en un mausoleo del Forest Lawn Cemetery.

Así estaba mejor. Al abrir la puerta del automóvil, miró una vez más en torno a la noche desgarrada por la lluvia y exclamó, esta vez por propia voluntad:

—¿Lindsey?

No hubo respuesta. Quienquiera que pudiera ser ella, todavía no estaba destinada a cruzarse en su camino. Tenía que tener paciencia. Estaba perplejo y ello le hacía sentirse fascinado y lleno de curiosidad. Pero lo que quiera que fuera a suceder, sucedería por su propio paso. Una de las virtudes de los muertos era la paciencia y aunque él estaba todavía medio vivo sabía que podía encontrar en sus adentros la suficiente fortaleza para igualar la tolerancia de los difuntos.

El martes por la mañana, una hora después del amanecer, Lindsey ya no pudo dormir más. Sentía dolores en todos los músculos y las articulaciones, y el tiempo que había estado durmiendo no había conseguido disminuir en modo apreciable su agotamiento. No quería tomar sedantes. Incapaz de soportar más tiempo de espera, insistía en que la llevaran a la habitación de Harrison. La enfermera encargada de su cuidado lo consultó con Jonas Nyebern, que se encontraba todavía en el hospital, y finalmente condujo a Lindsey en una silla de ruedas por el pasillo hasta la 518.

Nyebern estaba allí, con el rostro cansado y los ojos enrojecidos. Las sábanas de la cama que había más cerca de la puerta no estaban abiertas pero aparecían arrugadas, como si el doctor se hubiera tendido a descansar sobre ellas al menos una vez durante la noche. Lindsey había averiguado ya para entonces bastante acerca de Nyebern —algo por él mismo y mucho por las enfermeras— y sabía que era una leyenda local. Había sido un solicitado cirujano cardiovascular, pero desde hacía más de dos años, tras perder a su esposa y sus dos hijos en un horrible accidente, dedicaba cada vez menos tiempo a la cirugía y más a la medicina de reanimación. El tiempo que consagraba a su trabajo era excesivo para que pudiera calificarse de mera dedicación, era algo más que una obsesión. En una sociedad que se esforzaba para escapar de tres décadas de autocomplacencia y egoísmo, resultaba fácil admirar a un hombre tan desinteresadamente dedicado a los demás como Nyebern, y todo el mundo parecía por consiguiente admirarle. Lindsey, para no ir más lejos, le admiraba con locura. Después de todo, había salvado la vida de Hatch.

Delatando su cansancio sólo por sus ojos inyectados en sangre y las arrugas de sus ropas, Nyebern se apresuró a descorrer las cortinas de aislamiento que rodeaban la otra cama, más próxima a la ventana. Agarró los mangos de la silla de ruedas de Lindsey y la acercó al lecho de su esposo.

La tormenta había cesado durante la noche y el sol oblicuo de la mañana se colaba por las persianas Levolor, formando rayas de sombras y luces doradas en las sábanas y las mantas. Hatch yacía debajo de una piel artificial de tigre con sólo un brazo y la cara al descubierto. Aunque su epidermis tenía el mismo camuflaje felino que las ropas de la cama, su extrema palidez era patente. Sentada en su silla de ruedas, Lindsey contempló a



Hatch por un ángulo inverosímil a través de la barandilla de la cama y sintió náuseas al ver la fea magulladura que partía de una herida suturada en su frente. Pero a juzgar por las señales del monitor del cardiógrafo y por la inmovilidad del tórax de Hatch, ella habría asegurado que estaba muerto.

Sin embargo, estaba vivo, vivo, y sintió una opresión en el pecho y en la garganta que presagiaba las lágrimas con la misma certeza que el rayo anunciaba la proximidad del trueno. La perspectiva de las lágrimas la sorprendió, acelerando su respiración.

Desde el momento en que el Honda en que viajaban saltó el pretil y cayó por el barranco, y durante la dura prueba física y emocional de la noche que acababa de concluir, Lindsey no había derramado ni una sola lágrima. No es que se sintiera orgullosa de su estoicismo, es que era así su manera de ser.

No, nada de eso. Se debía únicamente al hábito que se vio obligada a adquirir mientras Jimmy estuvo enfermo de cáncer. Desde el día del diagnóstico hasta el final, su hijo tuvo nueve meses de vida, el mismo tiempo que ella había tenido para irle configurando amorosamente dentro de su útero. Cada día de aquella muerte lenta, Lindsey no deseaba otra cosa que acurrucarse en la cama, cubrirse con las sábanas hasta la cabeza y gritar, dar rienda suelta a las lágrimas hasta que no quedara líquido en su cuerpo, hasta deshidratarse, convertirse en polvo y dejar de existir. Había llorado, al principio. Pero sus lágrimas asustaban a Jimmy y entonces comprendió que cualquier expresión de sus sufrimientos internos constituía un egoísmo injusto. Aun cuando lloraba a solas, Jimmy lo notaba después; siempre había sido un niño más perceptivo y sensible que los de su edad y la enfermedad que padecía parecía exacerbar su conocimiento de todas las cosas. La teoría entonces imperante sobre la inmunología otorgaba una importancia considerable a las actitudes positivas, a la risa y a la confianza, como armas en la batalla contra una enfermedad que amenaza a la vida. Por eso ella aprendió a suprimir su terror ante la perspectiva de perderle. Le dio risa, amor, confianza y coraje... y ni un solo motivo para poner en duda su propia convicción de que él derrotaría la enfermedad.

Cuando Jimmy murió, Lindsey dominaba ya tan bien sus lágrimas que ya no era capaz de volver a sacarlas. Al negársele el desahogo que podía haberle producido el llanto, se fue sumiendo en la espiral de un tiempo perdido de desesperación. Perdió peso —cinco y medio, siete y nueve kilos—, hasta quedarse demacrada. No se molestaba en lavarse el cabello, en cuidar de su tez o en planchar sus ropas. Convencida de que había fracasado con Jimmy, de que le había estimulado a confiar en ella pero luego no había sido capaz de ayudarle a rechazar su enfermedad, abrigaba la creencia de que no merecía gozar de los alimentos, ni de su aspecto físico, de un libro, de una película, de la música, de nada. Pasado algún tiempo, con mucha paciencia y cariño, Hatch la ayudó a comprender que su insistencia en sentirse responsable de un acto del ciego destino era también una enfermedad como había sido el cáncer de Jimmy.

En aquel momento, aunque todavía no había sido capaz de llorar otra vez, sí había logrado salir del pozo psicológico que ella había cavado para sí misma, aunque todavía seguía viviendo al borde de este pozo, en precario estado de equilibrio. Ahora, sus primeras lágrimas al cabo de tanto tiempo, le resultaron sorprendentes e inquietantes. Los ojos le picaban y le ardían, y se le emborronaba la visión. Incredula, levantó una mano

temblorosa para tocarse los calientes surcos de sus mejillas.

Nyebern cogió un Kleenex de una caja que había sobre la mesilla y se lo tendió. Aquel pequeño acto de amabilidad la afectó tan desproporcionadamente a lo que en sí era, que la hizo lanzar un sollozo.

—Lindsey...

Como la garganta del hombre que lo dijo estaba maltratada por la dura prueba que acababa de pasar, su voz áspera fue poco más que un susurro. Pero ella supo en el acto quién la había llamado y que no había sido Nyebern. Se limpió apresuradamente los ojos con el Kleenex y se echó adelante en la silla de ruedas hasta que su frente tocó la fría barandilla de la cama. Hatch había vuelto la cabeza hacia ella, con los ojos abiertos y despiertos, atento.

—Lindsey...

Reunió fuerzas suficientes para sacar la mano derecha de debajo de las sábanas y la extendió hacia ella. Lindsey le cogió la mano entre las suyas a través de la barandilla. Él tenía la piel reseca. Un sutil vendaje cubría su erosionada palma. Estaba demasiado débil y sólo le dio un levísimo apretón con la mano pero, a Dios gracias, tenía calor en el cuerpo ¡y estaba vivo!

—Estás llorando —dijo Hatch.

Ella era una tormenta de lágrimas, más que nunca, pero sonreía al mismo tiempo. El dolor no había sido capaz de desatar sus primeras lágrimas durante cinco terribles años, pero el gozo lo había hecho finalmente. Lloraba de alegría, lo cual parecía bueno y saludable. Sintió que las tensiones largo tiempo contenidas en su corazón empezaban a aflojarse, como si las anudadas adherencias de viejas heridas se estuvieran deshaciendo y todo ello porque Hatch estaba vivo; porque había estado muerto y ahora estaba vivo. Si un milagro no podía levantar el corazón, ¿qué podría lograrlo entonces?

—Te quiero —dijo Hatch.

La tormenta de lágrimas se convirtió en un torrente, ¡oh, Dios!, en un océano, y ella se oyó a sí misma decirle a cambio, llorando: "Y yo te quiero a ti." Luego sintió que Nyebern le ponía una mano consoladoramente en el hombro, otro pequeño acto de amabilidad que le pareció inconmensurable y sólo sirvió para hacerla llorar con más fuerza. Pero ella, además de llorar, reía, y vio que Hatch también estaba sonriendo.

—Todo va bien —dijo Hatch con voz ronca—. Lo peor... ha pasado. Lo peor ha... quedado ya detrás de nosotros...

Durante las horas diurnas en que estaba fuera del alcance del sol, Vassago guardaba su Camaro en un aparcamiento subterráneo que en otro tiempo había ocupado los tranvías, carromatos y camiones eléctricos utilizados por el equipo de mantenimiento del parque. Hacía tiempo que aquellos vehículos habían desaparecido de allí, reclamados por los acreedores, por lo que el Camaro permanecía solitario en el centro de aquel espacio húmedo y sin ventanas.

Desde este garaje, Vassago descendía por unas amplias escaleras —hacía años que no funcionaban los ascensores— hasta otra planta subterránea más profunda aún. Todo el parque estaba edificado sobre un sótano que en un tiempo había constituido su centro de

operaciones con baterías de videomonitores capaces de revelar hasta el rincón más oculto, un centro de control remoto, incluso más complejo, de alta tecnología a base de ordenadores y monitores, carpintería y talleres eléctricos, una cafetería para el personal, taquillas y habitaciones para el cambio de ropa de cada turno de los cientos de personas que trabajaban con el vestuario, una enfermería de urgencia, despachos comerciales y muchas cosas más.

Vassago cruzó sin vacilar la puerta de aquella planta y siguió bajando hacia el subsótano que constituía el mismísimo fondo del complejo. Incluso en aquellas profundidades de las secas arenas del sur de California, los muros de cemento exudaban un húmedo olor a cal.

Ninguna rata huyó a su paso, como él había esperado que ocurriera cuando descendió por primera vez a aquellos reinos, muchos meses antes. No había visto ni una sola rata durante todas las semanas que había vagado por los tenebrosos corredores y las silenciosas habitaciones de aquella vasta estructura, aunque no hubiera sentido ninguna aversión por compartir el espacio con ellas. Le gustaban las ratas. Eran devoradoras de carroña, reveladoras de la putrefacción, activos porteros que limpiaban en los velatorios de la muerte. Puede que nunca hubieran invadido los subterráneos del parque, pues tras su clausura, el lugar había quedado desprovisto de todo. Allí sólo había cemento, plástico y metal; nada biodegradable para que se alimentaran las ratas. Algún objeto oxidado, sí, algún papel arrugado aquí y allá, pero todo tan estéril como una estación orbital en el espacio y de ningún interés para los roedores.

Las ratas, con el tiempo, podrían encontrar la colección de Vassago en el Infierno, debajo de la Casa de las Sorpresas, y una vez alimentadas seguir extendiéndose desde allí. Él tendría entonces una adecuada compañía durante las horas diurnas en que no podía aventurarse a salir de su reino.

Al fondo del cuarto y último tramo de escaleras, dos plantas por debajo del garaje subterráneo, Vassago cruzó una puerta de acceso. No tenía hoja, como ocurría prácticamente con todas las puertas del complejo, pues habían sido arrancadas por los recuperadores y revendidas por unos cuantos dólares cada una. Más allá había un túnel de cinco metros y medio de ancho. El suelo era llano y tenía una raya amarilla pintada en el centro, como una carretera, cosa que, en cierto modo había sido. Sus paredes de cemento se curvaban hacia arriba para encontrarse y formar el techo.

Parte de las plantas más bajas eran almacenes que en sus días alojaron grandes cantidades de suministro. Vasos de poliestireno y paquetes de hamburguesas, cajas de cartón conteniendo palomitas de maíz y recipientes de patatas fritas, servilletas de papel y pequeños paquetes envueltos en aluminio con ketchup y mostaza para los muchos puestos de comidas instalados en la superficie. Paquetes de fertilizantes y botes de insecticidas para los equipos de jardinería. Todo aquello —y todo lo demás que podía necesitar una pequeña ciudad— había sido sacado de allí hacía mucho tiempo. Las habitaciones estaban ahora vacías.

Una red de túneles conectaba los cuartos de almacenaje con los ascensores que conducían a todas las atracciones y restaurantes. Las mercancías y los equipos de reparación podían de este modo ser distribuidos y transportados por todo el parque sin

molestar a los clientes ni privarles de experimentar la fantasía por la que habían pagado. En las paredes había números pintados cada cien metros señalando las rutas y en los cruces había letreros con flechas indicando las direcciones:

CASA ENCANTADA  
RESTAURANTE CHALÉ ALPINO  
RUEDA CÓSMICA  
MONTADA DEL HUMANOIDE

Vassago dobló a la derecha en la primera intersección, a la izquierda en la siguiente y luego otra vez a la derecha. Aunque su extraordinaria visión no le hubiera permitido ver en aquellos oscuros túneles, habría sido capaz de seguir a ciegas la ruta que deseaba, pues para entonces conocía ya las disecadas arterias del parque muerto tan bien como los contornos de su propio cuerpo.

Al cabo de un rato llegó frente a un letrero —MAQUINARIA DE LA CASA DE LAS SORPRESAS— situado al lado de un ascensor. Las puertas del ascensor habían desaparecido, igual que la cabina y el mecanismo de elevación, vendidos para usar de segunda mano o como chatarra. Pero el hueco seguía allí, descendiendo poco más de un metro bajo el piso del túnel y extendiéndose durante cinco plantas sumidas en la oscuridad hasta el nivel donde se encontraban las oficinas de seguridad y control de tráfico del parque, en la planta más baja de la Casa de las Sorpresas, donde él guardaba su colección, y luego hacia el segundo y tercer piso de aquella atracción.

Deslizándose sobre el borde, se dejó caer hasta el fondo del hueco del ascensor. Allí se sentó sobre el colchón que había metido para hacer más confortable su escondite.

Al doblar la cabeza hacia arriba por el hueco sin iluminación sólo alcanzaba a ver un par de plantas. Los oxidados peldaños metálicos de una escalera de servicio se iban perdiendo en la penumbra. Si subía por la escalera hasta la planta más baja de la Casa de las Sorpresas, iría a salir al cuarto de servicio situado tras las paredes del Infierno, desde donde tenía acceso y era reparada la maquinaria que hacía funcionar a la cadena de arrastre de las góndolas..., antes de que se llevaran aquello de allí para siempre. Una puerta en un extremo de aquella habitación, simulando una piedra rodadiza hecha de cemento, facilitaba el acceso al ahora seco lago del Hades, donde Lucifer se alzaba majestuosamente.

Vassago se encontraba en el punto más hondo de su escondite, casi metro y medio más de dos plantas por debajo del Infierno. Allí se sentía como en su casa, si es que él podía encontrarse como en su casa en alguna parte. Fuera, en el mundo exterior de los vivos, se movía con la confianza de un maestro secreto del universo, pero no se sentía nunca como si perteneciera a él. Aunque realmente ya no se asustaba de nada, un ligero fluido de ansiedad zumbaba por todo su cuerpo cada minuto que pasaba más allá de los espantosos y negros pasadizos y de las sepulcrales cámaras de su escondite.

Al cabo de un rato abrió la tapa de una sólida nevera de plástico revestida de poliestireno, en la que guardaba latas de cerveza sin alcohol. Siempre le había gustado la cerveza sin alcohol. Como resultaba difícil tener hielo en la nevera se bebió la soda

caliente. No le importaba. También guardaba alimentos en la nevera: barras "Mars", tarritos "Reese" de mantequilla de cacahuete, barras "Clark", una bolsa de patatas fritas, paquetes de crackers de cacahuete, mantequilla y queso, "Mallomars" y galletas "Oreos". Cuando entró en la tierra de nadie aconteció algo en su metabolismo: parecía capaz de comer todo lo que quisiera y quemarlo sin ganar peso ni volverse fofo. Y, por alguna razón desconocida, lo que le gustaba comer era lo mismo que le había apetecido de niño.

Abrió una cerveza sin alcohol y bebió un buen trago caliente. Sacó una galleta de la bolsa de "Oreos" y separó con mucho tiento las dos obleas de chocolate, sin dañarlas. El círculo de alcorza se pegó enteramente a la oblea que sostenía con la mano izquierda. Eso significaba que de mayor iba a ser rico y famoso. Si se hubiera quedado pegada a la que sostenía con la mano derecha, hubiera significado que iba a ser famoso pero no necesariamente rico, lo cual podría situarle entre ser una estrella del rock'n'roll y un asesino capaz de liquidar al presidente de los Estados Unidos. Si una alcorza se pegaba a las dos obleas, eso significaba que debías coger otra galleta y arriesgarte a no tener ningún futuro.

Mientras chupaba la dulce alcorza, dejándola disolverse lentamente en la boca, elevó la vista hacia el vacío hueco del ascensor y pensó cuán interesante era que hubiese elegido como escondite un parque de atracciones abandonado cuando el mundo le brindaba tantos lugares sombríos y solitarios donde escoger. De niño había estado allí algunas veces, cuando el parque se hallaba todavía abierto al público; la más reciente hacía ocho años, cuando él tenía doce, poco más de un año antes de que lo cerraran. Aquella singular tarde de su niñez, él había cometido allí su primer asesinato, dando comienzo a su largo romance con la muerte. Ahora había vuelto.

Chupó lo que le quedaba de la alcorza. Se comió la primera oblea de chocolate. Y la segunda. Cogió otra galleta de la bolsa. Sorbió la cerveza caliente.

Deseaba estar muerto. Totalmente muerto. Era la única forma de comenzar su existencia en el Otro Lado.

—Si los deseos fueran vacas —dijo—, comeríamos bistec todos los días, ¿verdad?

Se comió la segunda galleta, apuró la cerveza sin alcohol y luego se tendió boca arriba para dormir. Mientras dormía, soñó. Eran unos sueños peculiares sobre gentes que no había visto nunca, lugares donde no había estado nunca, acontecimientos que no había presenciado jamás. Estaba rodeado de agua en la que flotaban trozos de hielo, con la nieve arrastrada por un fuerte viento. Una mujer en una silla de ruedas, riendo y llorando al mismo tiempo. La cama de un hospital, veteada por sombras y doradas franjas de luz solar. La mujer de la silla de ruedas riendo y llorando. La mujer de la silla de ruedas. La mujer.

Segunda parte  
OTRA VEZ VIVO

*En los campos de la vida, una cosecha  
llega a veces muy extemporáneamente,  
cuando creíamos que la tierra era vieja  
y no veíamos la menor razón  
para levantarnos e ir al trabajo al romper el alba,  
y poner a prueba nuestros músculos.  
Pero bajo los campos helados del invierno  
aguardan dormidas, sin hacer, las semillas de las  
estaciones,  
y así también el corazón mantiene  
la esperanza que cura todas las amargas heridas.  
En los campos de la vida, una cosecha...*

*EL LIBRO DE LAS LAMENTACIONES*

## CAPITULO 4

Hatch se sentía como si el tiempo hubiera retrocedido hasta el siglo XIV y le estuvieran acusando severamente de infiel ante un tribunal de la Inquisición.

En el despacho del abogado había dos sacerdotes. El padre Jiménez, aunque sólo tenía una estatura mediana, resultaba tan impresionante como si fuese treinta centímetros más alto, con su pelo de color azabache, sus ojos todavía más oscuros y su sotana negra de cuello romano. Estaba de espaldas a la ventana. Ni el suave cimbearse de las palmeras ni los cielos azules de Newport Beach que había tras él en la ventana iluminaban el ambiente del despacho donde estaban congregados, decorado con paneles de caoba y antigüedades, y el padre Jiménez, visto a contraluz, ofrecía una imagen ominosa. El padre Durán, todavía veinteañero y tal vez veinticinco años más joven que el padre Jiménez, era magro, de facciones ascéticas y de tez clorótica. El sacerdote más joven parecía embelesado observando una colección de jarrones de Satsuma, del período Meiji, y unos incensarios y cuencos que había en una enorme vitrina al extremo de la habitación. Pero Hatch no podía escapar a la sensación de que Durán fingía interesarse por las porcelanas japonesas y que lo que hacía en realidad era observarle a él y a Lindsey, que estaban sentados uno junto al otro en un sofá Luis XVI. También había presentes dos monjas, que a Hatch le parecían más aterradoras que los sacerdotes. Pertenecían a una orden que tenía predilección por los hábitos voluminosos y de estilo antiguo, muy infrecuentes en aquellos días. Llevaban unas tocas almidonadas y sus rostros quedaban enmarcados dentro de unos óvalos blancos de lino que les conferían un aire especialmente severo. Sor Inmaculada, que tenía a su cargo el Hogar Infantil de St. Thomas, parecía una gran ave de rapiña negra apoyada en los brazos del sillón que había a la derecha del sofá. A Hatch no le habría extrañado oírla de pronto proferir un grito estridente, describir un vuelo en torno a la habitación agitando sus inmensas ropas y calarse sobre él con el propósito de arrancarle la nariz de un picotazo. Su ayudante ejecutiva era un monja un poco más joven que ella, nerviosa, que paseaba incesantemente y tenía una mirada más penetrante que un rayo láser capaz de cortar el acero. Hatch había olvidado momentáneamente cómo se llamaba esta monja y la apodó la Monja sin Nombre, al acordarse de Clint Eastwood interpretando The Man, "El Hombre anónimo", de aquellos viejos spaghetti westerns.

Estaba siendo injusto y algo irracional debido a un estado de nerviosismo muy humano. Todos los que estaban en la oficina del abogado se encontraban allí para ayudarle a él y a Lindsey. El padre Jiménez, que era el rector de la iglesia de St. Thomas y quien recogía fondos para sufragar gran parte del presupuesto anual del orfanato regentado por sor Inmaculada, no resultaba realmente más misterioso que el sacerdote latino Bing Crosby en *Siguiendo mi camino*, y el padre Durán daba la impresión de tener un temperamento dulce y tímido. Sor Inmaculada, en realidad, no se parecía más a un ave de rapiña que a una señorita de striptease y la Monja sin Nombre poseía una sincera y casi permanente sonrisa que la compensaba con creces de cualesquiera emociones negativas que uno quisiera atribuir a su penetrante mirada. Los sacerdotes y las monjas intentaban



mantener una conversación distendida, y Hatch y Lindsey, eran, de hecho, los únicos que estaban demasiado tensos para ser tan sociables como requería la ocasión.

Había demasiado en juego y eso era lo que ponía a Hatch los nervios de punta; cosa inusual, pues de ordinario él era el hombre más tranquilo que podía encontrarse cuando no llevaba tres horas compitiendo a ver quién bebía más cerveza. Deseaba fervientemente que aquella reunión resultara bien, pues de ella dependía su felicidad, la de Lindsey y su futuro en la nueva vida que iban a emprender.

Bueno, tampoco eso era cierto. Era exagerar el caso otra vez, pero no podía remediarlo. Hacía más de siete semanas que le habían resucitado y él y Lindsey habían tenido que sufrir juntos un mar de cambios emocionales. La larga y sofocante marea que había gravitado sobre ellos desde la muerte de Jimmy se disipó repentinamente. Comprendieron que volvían a estar los dos juntos sólo por virtud de un milagro de la Medicina y que no sentirse agradecidos por aquel respaldo, no gozar plenamente del tiempo que les habían prestado, hubiera sido una ingratitud por su parte hacia Dios y hacia sus médicos. Más aún, hubiera sido una estupidez. Estaba bien que hubieran llorado a Jimmy, pero durante aquel llanto habían dado lugar de alguna manera a que su dolor degenerase en lástima de sí mismos y en un estado depresivo crónico, lo cual ya no estaba nada bien.

Habían necesitado la muerte y la reanimación de Hatch, y la casi muerte de Lindsey, para salir de su deplorable hábito de melancolía, lo que para Hatch significaba que estaban siendo más testarudos de lo que él había pensado. Lo importante, sin embargo, era que habían salido y ahora estaban resueltos finalmente a seguir adelante con sus vidas. Para ambos, seguir adelante con sus vidas significaba volver a tener en su casa otro hijo. El deseo de un niño no era un intento sentimental de recuperar el talante del pasado, ni tampoco una necesidad neurótica de remplazar a Jimmy para acabar de sobreponerse a su muerte. Ellos se encontraban a gusto con los niños; les gustaban los niños y entregarse a un niño constituía para ellos una enorme satisfacción. El obstáculo era que tenían que adoptar uno. El embarazo de Lindsey había sido problemático y su parto, inusitadamente largo y doloroso. El nacimiento de Jimmy había sido difícil y, cuando finalmente vino al mundo, los médicos dijeron a Lindsey que no podría tener más hijos.

La Monja sin Nombre dejó de pasear, se arremangó la voluminosa manga de su hábito y, mirando su reloj, dijo:

—Tal vez debiera ir a ver qué la retiene.

—Conceda a la niña un poco más de tiempo —manifestó apaciblemente sor Inmaculada, alisándose las arrugas de su hábito con una mano blanca y regordeta—. Si va usted a fiscalizarla, pensará que no confía usted en que ella pueda valerse por sí misma. En los aseos de señoritas no hay nada que no pueda hacer ella sola. Hasta dudo de que tuviera necesidad de usarlos. Probablemente quería estar sola unos minutos antes de la reunión para sosegar sus nervios.

—Siento la demora —se disculpó el padre Jiménez, dirigiéndose a Lindsey y Hatch.

—No tiene importancia —repuso Hatch, agitándose en el sofá—. Lo comprendemos. Nosotros también estamos un poco nerviosos.

Las pesquisas iniciales habían revelado que muchas parejas —un verdadero ejército

— estaban esperando que hubiera niños disponibles para su adopción. Algunas llevaban dos años de incertidumbre. Hatch y Lindsey, después de llevar ya cinco años sin hijos, no tenían suficiente paciencia para ponerse a la cola de la lista de espera de un niño. Tan sólo les quedaban dos opciones. La primera de ellas consistía en intentar la adopción de un niño de otra raza; blanco, asiático o hispanico. La mayoría de los posibles padres adoptivos eran blancos y esperaban adoptar un niño blanco susceptible de poder hacerle pasar por suyo propio, mientras que incontables huérfanos de algunos grupos minoritarios eran destinados a instituciones y veían incumplido su sueño de formar parte de una familia. Para Hatch y Lindsey no significaba nada el color de la piel. Serían felices con cualquier niño sin tener en cuenta su herencia genética. Pero en los últimos años, equivocados e ingenuos benefactores habían legislado nuevas reglas y normas, en nombre de los derechos civiles, destinadas a inhibir la adopción interracial, y una vasta burocracia gubernamental les obligaba a cumplir las normas con una exactitud desconcertante. La teoría era que ningún niño podía ser verdaderamente feliz si se le criaba fuera de su grupo étnico, lo cual era una especie de disparate elitista —y un racismo a la inversa— que formulaban los sociólogos y profesores sin consultar a los solitarios niños que se proponían proteger.

La segunda opción consistía en adoptar a un niño minusválido. Había muchos menos niños minusválidos que huérfanos de minorías étnicas, incluso incluyendo a los huérfanos legales cuyos padres estaban vivos en algún sitio pero que habían sido abandonados a los cuidados de la Iglesia o del Estado a causa de su disimilitud. Por otra parte, aunque menos en número, su demanda era inferior a la de los niños de minorías étnicas y poseían la tremenda ventaja de no despertar actualmente el interés de ningún grupo de presión deseoso de aplicar unas normas políticamente correctas para su cuidado y manejo. Antes o después, sin duda, un ejército de imbéciles en marcha aseguraría la aprobación de unas leyes prohibiendo la adopción de niños con ojos verdes, rubios o sordos por padres que no fueran de ojos verdes, rubios o sordos, pero Hatch y Lindsey habían tenido la buena fortuna de presentar una petición antes de que descendieran las fuerzas del caos.

A veces, cuando recordaba a los burócratas con los que habían tratado seis semanas antes, cuando decidieron por primera vez adoptar a un niño, le daban ganas de volver a aquellas oficinas y estrangular a los empleados sociales que les habían puesto tantas pegas, o simplemente meter en sus cabezas un poco de sentido común. ¡Y es que la expresión de tal deseo no iba a hacer que las buenas monjas y sacerdotes del Hogar de St. Thomas acelerasen que pusiesen bajo sus cuidados de uno de sus huérfanos!

—¿Y se sigue usted encontrando bien, sin secuelas después de su difícil prueba? ¿Come y duerme usted bien? —inquirió el padre Jiménez, obviamente sólo para entretener el tiempo mientras esperaban que llegase el niño objeto de la reunión. No pretendía en modo alguno poner en duda la afirmación de Hatch sobre su total restablecimiento y buena salud. Lindsey, por naturaleza más nerviosa que Hatch y más propensa a exagerar sus reacciones que él, se inclinó hacia delante en el sofá y dijo, con cierta brusquedad:

—Hatch está a la cabeza en la curva de recuperación de la parte que ha sido resucitada. El doctor Nyebern está extasiado con él y le da un cheque en blanco por su

salud.

Tratando de suavizar la reacción de Lindsey, no fuera que los sacerdotes y las monjas empezaran a extrañarse si ella exageraba demasiado, Hatch dijo:

—Me encuentro estupendamente, en verdad. Yo recomendaría a todo el mundo la experiencia de una muerte breve como la mía. Ello te relaja y te da una perspectiva más apacible de la vida.

Todos rieron suavemente. En verdad, Hatch tenía una salud admirable. Durante los cuatro días que siguieron a su reanimación, había padecido debilidad, vértigos, náuseas, letargos y algunos lapsos de memoria. Pero sus fuerzas, memoria y funciones intelectuales se habían recuperado en un cien por cien. Hacía casi siete semanas que había vuelto a la normalidad.

La casual referencia de Jiménez a los hábitos de dormir inquietó un poco a Hatch y ello puso también nervioso a Lindsey. No había sido completamente sincero cuando dio a entender que dormía bien, pero sus extraños sueños y los curiosos efectos emocionales que le producían no eran nada serio y no merecían ser mencionados; de ahí que no considerase verdaderamente que hubiera mentido al sacerdote. Estaban ahora tan cerca de dar comienzo a una nueva vida que no había querido decir algo equivocado y provocar nuevos retrasos. Aunque los servicios católicos de adopción empleaban mucho celo en la adjudicación de niños, no estaban siendo tan innecesariamente lentos ni creando tantos obstáculos como los funcionarios públicos. Sobre todo cuando los posibles adoptantes poseían una sólida posición en la comunidad como Hatch y Lindsey, y cuando el adoptado era un niño minusválido sin otra posibilidad que seguir en la institución. El futuro podía empezar para ellos aquella semana, siempre que no dieran a los de St. Thomas, que ya estaban de su parte, ninguna razón a reconsiderar.

Hatch estaba un poco sorprendido de su ardiente deseo de ser padre otra vez. Se sentía como si durante los últimos cinco años hubiera estado sólo medio vivo. Ahora, de repente, todas las energías a medio usar de aquella media década afluían a él, sobrecargándole, haciendo los colores más vibrantes, los sonidos más melodiosos y los sentimientos más intensos, llenándole de pasión por seguir, hacer, ver, vivir. Y ser otra vez el padre de alguien.

—Estaba considerando si podría preguntarle una cosa —se dirigió el padre Durán a Hatch, volviéndose de la colección de Satsuma que observaba. Su tez macilenta y sus afiladas facciones se vieron avivadas por unos ojos solemnes llenos de calor e inteligencia y magnificados por sus gruesas gafas—. Se trata de algo personal, por eso dudo.

—¡Oh, por supuesto!, pregunte lo que sea —respondió Hatch.

—Algunas personas que han estado clínicamente muertas por cortos períodos de tiempo, un minuto o dos, manifiestan..., bueno... una cierta experiencia similar... —dijo el sacerdote.

—Una sensación de correr por un túnel, con una luz imponente al final, ¿no? —concluyó Hatch—. ¿Una sensación de mucha paz, de estar finalmente en casa?

—Sí —contestó Durán, iluminándose su pálida cara—. Eso es exactamente lo que quiero decir.

El padre Jiménez y las monjas miraron a Hatch con un nuevo interés y él sintió

deseos por un momento de contarles lo que querían escuchar. Miró a Lindsey, sentada junto a él en el sofá, luego en torno a la reunión y dijo:

—Lo siento, pero yo no he tenido la experiencia que dice esa gente.

Los delgados hombros del padre Durán flaquearon un poco.

—Entonces, ¿qué experimentó usted?

Hatch sacudió la cabeza.

—Nada. Ojalá hubiera experimentado algo. Sería... confortante, ¿verdad? Pero, en ese aspecto, creo que tuve una muerte aburrida. No me acuerdo de nada en absoluto desde que sufrí el golpe al caer rodando el coche hasta que desperté horas más tarde en una cama del hospital, viendo cómo la lluvia aporreaba el cristal de la ventana...

Le interrumpió la llegada de Salvatore Gujilio, en cuyo despacho se hallaban reunidos. Gujilio, un hombretón recio y alto, abrió la puerta de par en par y entró, como tenía por costumbre, a grandes zancadas en vez de a un paso normal, cerrando después con un movimiento espectacular. Con la determinación imparable de una fuerza de la Naturaleza —más bien como un huracán disciplinado— recorrió apresuradamente la habitación, saludando a todos uno a uno. Hatch no se hubiera extrañado de ver girar en torbellino el mobiliario y descolgarse de las paredes las obras de arte al paso del abogado, pues parecía irradiar energía suficiente para hacer levitar cualquier cosa en su inmediata esfera de influencia.

Siguiendo con su estilo dinámico, Gujilio dio a Jiménez un abrazo de oso, estrechó vigorosamente la mano de Durán e hizo una reverencia a cada una de las monjas, con la sinceridad de un apasionado monárquico saludando a los miembros de la familia real. Gujilio se vinculaba a las personas con la misma rapidez con que se unen dos trozos de cerámica bajo la influencia de un superpegamento, y cuando se encontraron por segunda vez saludó y se despidió ya de Lindsey con un abrazo. A ella le caía bien aquel hombre y no le importaba que la abrazara pero, como le dijo en aquella ocasión a Hatch, se sentía como una chiquilla muy pequeña abrazando a un luchador japonés.

—Por amor de Dios, si me levanta en vilo —dijo.

Ese día permaneció sentada en el sofá en vez de levantarse y se limitó a estrechar la mano del abogado. Hatch se levantó y le tendió la mano derecha, dispuesto a verla engullida como si fuera una partícula de alimento en un plato de cultivo lleno de amibas hambrientas, como exactamente sucedió. Gujilio, como siempre, cogió la mano de Hatch entre las suyas y como cada una de sus manos era casi el doble que las de un hombre normal, ya no era un problema de estrechar sino de ser estrechado.

—Qué día tan maravilloso —exclamó Gujilio—; un día especial. Espero por el bien de todos que se desarrolle tan transparentemente como un cristal.

El abogado destinaba cierto número de horas semanales a los amantes de la iglesia y el orfanato de St. Thomas. Parecía obtener gran satisfacción poniendo en contacto a los padres adoptivos con los niños minusválidos.

—Regina viene ya de los lavabos —les informó—. Se ha parado un momento a charlar con mi recepcionista, eso es todo. Creo que está nerviosa y trata de retrasarse un poco para cobrar ánimos. Pero llegará en un instante.

Hatch miró a Lindsey, que sonrió nerviosamente y le cogió la mano.

—Y, ahora, como comprenderán —prosiguió Salvatore Gujilio, mirándolos desde arriba igual que uno de esos globos gigantes que desfilan en la cabalgata del Día de Acción de Gracias—, el objeto de esta reunión es que ustedes conozcan a Regina y que Regina les conozca a ustedes. Hoy nadie tomará aquí ninguna decisión. Ustedes se marchan, se lo piensan y mañana o pasado mañana nos comunican lo que hayan decidido. Y lo mismo Regina. Ella tiene un día para pensárselo.

—Es un paso muy importante —opinó el padre Jiménez.

—Un paso enorme —coincidió sor Inmaculada.

Lindsey apretó la mano de Hatch.

—Lo comprendemos —dijo.

La Monja Sin Nombre se acercó a la puerta, la abrió y oteó el pasillo. Evidentemente, Regina no estaba a la vista.

—Estoy seguro de que ya viene —dijo Gujilio, dando la vuelta a su escritorio.

El abogado acomodó la mole de su cuerpo en el sillón de ejecutivo de su despacho, al lado del escritorio, pero como medía uno noventa y dos de estatura parecía sentado casi tan alto como de pie. El despacho estaba totalmente amueblado al estilo antiguo y la mesa escritorio era una auténtica pieza Napoleón III, tan bella que Hatch deseó tener algo similar en el escaparate de su tienda. Incrustadas con cobre, las exóticas maderas de su tablero de marquetería representaban una cartela central con un detallado trofeo sobre un concordante friso de estilizadas hojas. Todo el conjunto se sustentaba sobre unas patas circulares con hojas de acanto de cobre unidas por un armazón cónico en forma de X, que descansaba en un acabado en forma de urna. A cada encuentro, el tamaño y los peligrosos niveles de energía de Gujilio hacían al principio que la mesa y todas las piezas antiguas parecieran frágiles y en inminente peligro de ser derribadas y reducidas a añicos. Pero al cabo de unos minutos él y la habitación mostraban tan perfecta armonía que uno tenía la rara sensación de que había vuelto a crear el mismo ambiente en que había vivido en otra vida, más delicada.

Un ruido ahogado, suave y distante pero peculiar, hizo que Hatch apartara su atención del abogado y del escritorio. La Monja Sin Nombre se asomó a la puerta y volvió a entrar presurosamente en el despacho.

—Aquí viene —dijo como si quisiera que Regina pensara que la había estado buscando.

El sonido se escuchó otra vez. Luego otra, y otra vez. Era rítmico y cada vez más fuerte. Zud. ¡Zud!

Alguien parecía estar marcando el tiempo con ruido sordo al golpear suavemente una tubería de plomo contra el suelo de parqué del pasillo, al otro lado de la puerta. Intrigado, Hatch miró al padre Jiménez, que movía la cabeza con la vista fija en el suelo y con expresión inescrutable. Como el sonido iba ganando en volumen y proximidad, el padre Durán miró fijamente y con asombro la puerta entornada del pasillo y lo mismo hizo la Monja Sin Nombre. Salvatore Gujilio, alarmado, se levantó de su sillón. Las afables y rubicundas mejillas de sor Inmaculada estaban ahora tan pálidas como la franja de lino que enmarcaba su rostro. Hatch captó una especie de rasgueo suave en medio de los ásperos sonidos.

¡Zud! Escuuuurr. ¡Zud! Escuuuurr...

A medida que los sonidos se iban acercando aumentaba rápidamente su efecto, hasta que la mente de Hatch se vio invadida por las imágenes de las viejas películas de terror: la cosa que se movía como un cangrejo en dirección a su presa saliendo de la laguna; la cosa que salía de la cripta arrastrando los pies por la senda del cementerio bajo una luna corcovada; la cosa de otro mundo que se movía sobre sabe Dios qué patas de arácnido-reptil-cornúpeta.

¡ZUD!

Las ventanas parecieron temblar. ¿O era su imaginación?

Escuuuurr... Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

¡ZUD! Miró al alarmado Salvatore Gujilio, al sacerdote, que meneaba la cabeza, al sacerdote más joven, que tenía los ojos desmesuradamente abiertos, a las dos pálidas monjas y a continuación volvió a dirigir rápidamente la vista hacia la puerta entreabierta, preguntándose cuál sería exactamente la incapacidad con que habría nacido aquella criatura, casi esperando que apareciera una figura asombrosamente alta y retorcida, con una increíble semejanza a Charles Laughton en *El Jorobado de Notre Dame* y una mueca llena de colmillos, por lo que sor Inmaculada se volvería hacia él y le diría: ¿Lo ve, señor Harrison? Regina no vino al orfanato de las buenas hermanas de St. Thomas procedente de padres normales, sino de un laboratorio donde los científicos están haciendo una investigación realmente interesante sobre genética...

En el umbral se ladeó una sombra. Hatch se dio cuenta de que la presa que ejercía la mano de Lindsey sobre la suya se había tornado manifiestamente dolorosa y de que tenía la palma de la mano húmeda de sudor. Los extraños sonidos cesaron y un silencio expectante se adueñó del despacho. La puerta que daba al pasillo empezó a abrirse de par en par lentamente.

Regina dio un solo paso hacia el interior de la habitación arrastrando su pierna derecha como si fuera un peso muerto: escuuuurr. Luego la golpeó contra el suelo: ¡Zud! Se detuvo a mirar a todos los que estaban a su alrededor, con aire desafiante.

A Hatch le costó trabajo creer que ella fuera el origen de aquellos ominosos ruidos. Para tener diez años, era pequeña, un poco más baja y delgada que las niñas normales de su edad. Su nariz, respaldona y pecosa, y su bonito pelo rojizo la descalificaban por completo para el papel de cosa que salía de la laguna o de cualquier otra criatura escalofriante, aunque en sus solemnes ojos grises había algo que Hatch no había esperado ver en los ojos de ningún niño: parecían tener la conciencia de un adulto, una percepción sumamente desarrollada. Pero exceptuando aquellos ojos y un aura de férrea determinación, la muchacha parecía frágil, casi tremendamente delicada y vulnerable.

A Hatch le recordó un exquisito tazón de porcelana china de exportación del siglo XVIII, con el grabado de un mandarín, que tenía actualmente a la venta en su tienda de Laguna Beach. Cuando se le golpeaba con un dedo sonaba tan melodiosamente como una campanilla, despertando el temor de que se partiera en mil pedazos si se le golpeaba fuertemente o se caía al suelo. Pero cuando examinabas detenidamente el tazón, puesto en la base de su vitrina acrílica, descubrías que su templo pintado a mano, las escenas de jardín representadas a los lados y los adornos de flores de su borde interior eran de tan

elevada calidad y tan atractivos, que transmitían un cabal conocimiento de la edad de la pieza y del peso de la historia que había tras ella. Y pronto quedaba uno convencido de que a pesar de su apariencia rebotaría al caer al suelo, rompiendo cualquier superficie que encontrara a su paso sin sufrir en sí misma el menor desperfecto.

Consciente de que la ocasión era suya y sólo suya, Regina echó a andar hacia al sofá, donde la esperaban Hatch y Lindsey, produciendo menos ruido con su cojera al pisar en la antigua alfombra persa que cuando andaba por el parqué. Llevaba una blusa blanca, una falda clara amarillovercosa que le caía hasta cinco centímetros por encima la rodilla, unos calcetines altos verdes, unos zapatos negros... y, en la pierna derecha, una pletina metálica que le llegaba desde el tobillo a la rodilla y se asemejaba a un aparato de tortura medieval. Su cojera era tan pronunciada que mecía las caderas de un lado a otro a cada paso que daba, como si estuviera en peligro de caerse. Sor Inmaculada se levantó de su sillón y la reprendió con desaprobación.

—Señorita, ¿qué significan exactamente tales histrionismos?

La muchacha respondió ignorando el significado de la interpelación de la monja.

—Siento haber llegado tan tarde, sor. Pero unos días son más duros que otros para mí. — Antes de que la monja tuviera tiempo de contestar, la muchacha se dirigió a Hatch y Lindsey, que se habían soltado de la mano y se habían levantado del sofá—. Hola, me llamo Regina. Soy una lisiada.

Les tendió la mano para saludarles y Hatch hizo lo mismo, antes de percatarse de que el brazo y la mano derecha no los tenía bien formados. El brazo era casi normal, sólo un poco más delgado que el izquierdo, hasta llegar a la muñeca donde los huesos sufrían un extraño torcimiento. En vez de una mano completa, poseía solamente dos dedos y un muñón por pulgar, todo lo cual parecía tener una flexibilidad limitada. Estrechar la mano a la muchacha producía una sensación extraña —claramente extraña—, pero no desagradable. Sus ojos grises se fijaron intensamente en los de él, tratando de leer la reacción que había en ellos. Hatch supo en el acto que nunca podría ocultarle sus verdaderos sentimientos hacia ella y le alivió no haber sentido ninguna repulsión por su deformidad.

—Estoy encantado de conocerte, Regina —dijo—. Me llamo Hatch Harrison y ésta es mi esposa, Lindsey.

La muchacha se volvió hacia Lindsey y le estrechó también la mano.

—Bueno, sé que soy un motivo de frustración —dijo—. Ustedes, las mujeres hambrientas de niños, prefieren normalmente bebés muy pequeños para abrazarlos amorosamente...

La Monja Sin Nombre boqueó con estupefacción:

—¡Regina, por favor!

Sor Inmaculada parecía demasiado conmocionada para poder hablar, como un pinguino que se hubiera congelado, boquiabierto y con los ojos desorbitados de protesta, atacado por un frío demasiado intenso y paralizante incluso para que pudieran sobrevivir las aves antárticas. El padre Jiménez dejó la ventana y se acercó.

—Señor y señora Harrison, les pido disculpas por...

—No necesita disculparse por nada —se apresuró a decir Lindsey, comprendiendo

igual que Hatch que la muchacha les estaba probando y que, para tener alguna esperanza de superar la prueba, no debían permitirse decidir por votos la división de simpatías entre adultos-*contra-la* niña.

Regina se acomodó con muchas dificultades en el segundo sillón y Hatch se convenció de que se estaba mostrando bastante más inválida de lo que realmente era. La Monja Sin Nombre tocó levemente el hombro de sor Inmaculada y ésta se recostó en el respaldo de su asiento, todavía con la expresión de pinguino congelado. Los dos sacerdotes acercaron sus asientos hasta la mesa del letrado y la monja más joven trajo una silla de un rincón para que todos pudieran estar en grupo. Hatch se dio cuenta de que era el único que seguía de pie y volvió a sentarse en el sofá, al lado de Lindsey.

Cuando estuvieron todos reunidos, Salvatore Gujilio se empeñó en servir refrescos — Pepsi, cerveza de jengibre o Perrier—, y lo hizo sin reclamar la ayuda de su secretaria, sacando él mismo las bebidas de un mueble bar discretamente instalado en un rincón revestido de paneles de caoba del elegante despacho. Mientras el abogado iba y venía, silenciosa y rápidamente a pesar de su inmensidad, sin tropezar jamás contra ninguna pieza del mobiliario ni llevarse por delante ningún jarrón, no poniendo en peligro siquiera ninguna de las dos lámparas de "Tiffany" con pantalla de vidrio soplado y flores de trompeta, Hatch se dio cuenta de que aquel hombre tan corpulento ya no era una figura arrolladora ni el inevitable centro de atracción. Ahora no podía competir con la niña, que abultaba probablemente menos de una cuarta parte de su tamaño.

—Bueno —dijo Regina, mientras aceptaba de Gujilio un vaso de Pepsi, sosteniéndolo en su mano izquierda, la buena—, como ustedes han venido para saber todo sobre mí, creo que debería contárselo yo misma. Ante todo, por supuesto, lo primero es que soy una lisiada. —Ladeó la cabeza y los miró con aire burlón—. ¿Sabían que era una lisiada?

—Lo sabemos ahora —dijo Lindsey.

—Quiero decir, antes de que vinieran.

—Sabíamos que tenías... cierta clase de impedimento —dijo Hatch.

—Genes mutantes —añadió Regina.

El padre Jiménez dejó escapar un fuerte suspiro. Sor Inmaculada parecía dispuesta a decir algo, pero miró fijamente a Hatch y Lindsey y decidió permanecer en silencio.

—Mis padres eran drogadictos —prosiguió la muchacha.

—¡Regina! —protestó la Monja Sin Nombre—. No lo sabes a ciencia cierta, no sabes lo que es eso.

—Bueno, pero me lo imagino —replicó la muchacha—. Hace ya más de veinte años que las drogas causan la mayoría de las taras de nacimiento. ¿Sabía usted eso? Lo he leído en un libro. Yo leo mucho. Me chiflan los libros. Con eso no quiero decir que sea una polilla de los libros. Eso suena mal, ¿verdad? Pero si yo fuera un gusano, antes me metería a reptar dentro de un libro que en una manzana. Es bueno que a una lisiada le gusten los libros, porque ellos no van a dejarle hacer las cosas que hacen las personas normales, aunque una esté muy segura de que puede hacerlas. Así que los libros son igual que tener otra vida entera. Me gustan las historias de aventuras donde las personas van al Polo Norte o a Marte o a Nueva York o a cualquier otro sitio. También me gustan los libros de misterio, sobre todo los de Agatha Christie, pero particularmente me gustan las historias



sobre animales, y de manera especial los animales parlantes, como *El viento en los sauces*. Una vez tuve un animal que hablaba. No era más que un pez de colores y, por supuesto, era yo quien realmente hablaba, no el pez, porque había leído un libro sobre ventriloquía y aprendí a proyectar la voz limpiamente. Así que me sentaba al otro lado de la habitación y proyectaba mi voz dentro de la pecera. —Empezó a hablar chillonamente, sin mover los labios, y la voz pareció salir de la Monja Sin Nombre—: «Hola, me llamo Binky el Pez, y si ustedes tratan de ponerme dentro de un sandwich y comerme, me cagaré en la mayonesa.» —Volvió a su voz normal y habló ahora directamente de las reacciones de los religiosos que la rodeaban—. Otro problema que podemos causar las lisiadas es que algunas veces solemos ser lenguaraces porque sabemos que nadie tiene agallas para darnos un cachete en el culo.

Sor Inmaculada ponía cara de no faltarle agallas, pero se limitó a murmurar algo acerca de suprimir durante una semana los privilegios de la televisión. Hatch, que había encontrado a la monja tan aterradora como un pterodáctilo la primera vez que la vio, no estaba ahora impresionado por su ceñuda forma de mirar, aunque era tan intensa que la captaba con el rabillo del ojo. No podía apartar la mirada de la muchacha. Regina prosiguió alegremente sin pausa.

—Además de ser a veces lenguaraz, deberían ustedes saber que caminando soy igual de torpe que Long John Silver —oh, qué buen libro es ése—, y probablemente romperé todo lo que haya de valor en su casa. Por supuesto, nunca de manera intencionada. Será un continuo derby de destrucción. ¿Tendrían paciencia para soportarlo? Odio que me peguen estúpidamente y me encierren en el desván sólo por ser una pobre niña lisiada que no puede controlarse siempre. Esta pierna no parece realmente tan mala y, si continuo ejercitándola, creo que se arreglará bastante, pero en realidad no tengo mucha fuerza en ella, ni malditas las ganas que tengo de tenerla tampoco.— Alzó su deforme mano derecha y descargó con ella un golpe tan fuerte sobre el muslo de su pierna izquierda que sobresaltó a Gujilio, quien trataba en ese momento de depositar un vaso de cerveza de jengibre en la mano del sacerdote más joven, que miraba fijamente a la niña, como hipnotizado. Volvió a golpearse tan fuertemente que Hatch hizo una mueca de dolor y ella dijo—: ¿Ve? Es carne muerta. Y, hablando de carne, soy muy rara para comer. Sencillamente, no soporto la carne muerta. ¡Oh! no quiero decir que coma animales vivos. Lo que quiero decir es que soy vegetariana, lo cual les pone más difíciles las cosas a ustedes, incluso suponiendo que no les importe que yo no sea una niña mimosa a la que puedan vestir como a una muñeca. Mi única virtud es que soy muy brillante, prácticamente un genio, pero incluso esto es un inconveniente por lo que concierne a algunas personas. Soy demasiado lista para mi edad y por eso no me comporto como una niña...

—Ahora sí lo estás haciendo —dijo sor Inmaculada, aparentemente complacida de habérsele ocurrido tal observación.

Pero Regina la ignoró.

—...y lo que ustedes necesitan, después de todo, es una niña, un precioso e ignorante objeto para enseñárselo al mundo, para divertirse viendo cómo aprende y se desarrolla, mientras que yo ya he aprendido y me he desarrollado bastante. Es decir, me he

desarrollado intelectualmente. Pero no soy una gazzápira. y me aburre la televisión, lo cual significa que no voy a reunirme por las noches en una alegre tertulia familiar para mirar a la pantalla; y padezco alergia a los gatos, en el caso de que ustedes tengan alguno; y poseo mis opiniones, lo cual algunas personas encuentran desesperante en una niña de diez años.—Guardó silencio, tomó un sorbo de su Pepsi y les sonrió—. Bueno, creo que eso explica bastante como soy.

—No es nunca así —musitó el padre Jiménez, más para sí mismo o para Dios que para Hatch y Lindsey. Apuró la mitad de su Perrier, como si fuese un licor fuerte que debiera tomarse de un trago.

Hatch se volvió hacia Lindsey. Al ver que tenía los ojos un poco vidriosos y no sabía qué decir, miró de nuevo a la niña.

—Supongo que sería justo que te contara algo sobre nosotros.

Sor Inmaculada apartó a un lado su bebida y empezó a levantarse.

—Realmente, señor Hatch —dijo—, no tiene usted ninguna necesidad de aclarar más...

Hatch empujó cortésmente a la monja para que volviera a sentarse.

—No, no —dijo—. Es muy justo que lo diga. Regina está un poco nerviosa...

—No demasiado —contradijo Regina.

—Claro que lo estás —insistió Hatch.

—No, no lo estoy.

—Un poco nerviosa —repitió él—, como Lindsey y como yo. Es comprensible.— Sonrió a la niña lo mejor que pudo—. Bueno, veamos... Toda la vida me han interesado las antigüedades y he sentido afecto por las cosas que perduran y encierran en sí una auténtica calidad. Poseo una tienda de anticuario con dos dependientes. Así es como me gano la vida. A mí tampoco me gusta gran cosa la televisión ni...

—¿Qué clase de nombre es Hatch? —le interrumpió la chica. Rió entre dientes como dando a entender que resultaba muy divertido tener el nombre de alguien excepto, quizás, el de un pez parlante.

—Mi nombre de pila completo es Hatchford.

—Continúa siendo divertido.

—Échale la culpa a mi madre —dijo Hatch—. Siempre creyó que mi padre iba a hacer mucho dinero y a encumbrarnos en la vida, así como que Hatchford era un nombre que sonaba a la alta sociedad: Hatchford Benjamin Harrison. El único nombre que hubiera sonado mejor en su mente hubiera sido el de Hatchford Benjamin Rockefeller.

—¿Hizo mucho? —preguntó la muchacha.

—¿Quién? ¿Hizo qué?

—Su padre. ¿Hizo mucho dinero?

Hatch guiñó jocosamente un ojo a Lindsey.

—Parece que hemos topado con un viejo buscador de oro.

—Si usted fuera rico —dijo la niña—, por supuesto, la cosa tendría otra importancia.

Sor Inmaculada dejó escapar un chorro de aire, por entre los dientes y la Monja Sin Nombre se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos con expresión resignada. El padre Jiménez se puso de pie y, haciendo con la mano un gesto disuasorio a Gujilio, se

acercó al mueble bar para coger algo más fuerte que Perrier, Pepsi o cerveza de jengibre. Como ni Hatch ni Lindsey parecían visiblemente ofendidos por el comportamiento de la niña, ninguno de los otros se consideró autorizado para poner fin a la entrevista o, más aún, para reprender a la niña.

—Me temo que no somos ricos —le respondió Hatch—. Vivimos cómodamente, eso sí. No carecemos de nada, pero no viajamos en un Rolls-Royce ni llevamos pijamas de caviar.

En el rostro de la muchacha aleteó una ligera mueca de alegría, que suprimió rápidamente. Después miró a Lindsey.

—¿Qué hay respecto a usted?

Lindsey parpadeó y se aclaró la garganta.

—¡Oh!, bueno, yo soy artista. Pintora.

—¿Igual que Picasso?

—No de ese estilo. Pero sí, soy artista como él.

—Una vez vi un cuadro de varios perros jugando al póker —dijo la muchacha—. ¿Lo pintó usted?

—No, me temo que no lo hice yo —repuso Lindsey.

—Estupendo. Era un cuadro estúpido. Una vez vi un toro y un torero, hechos en terciopelo, de colores muy brillantes. ¿Pinta usted con colores muy brillantes y en terciopelo?

—No —contestó Lindsey—. Pero si te gustan esas cosas, podría pintar en terciopelo lo que quisieras para tu habitación.

Regina arrugó la cara.

—¡Bah!, preferiría colgar un gato muerto en la pared.

Nada sorprendía a los de St. Thomas. El sacerdote más joven incluso sonreía y sor Inmaculada murmuró "un gato muerto", no con exasperación sino como si estuviera de acuerdo en que tal pieza de decoración macabra sería en verdad preferible a un cuadro pintado sobre terciopelo.

—Mi estilo —explicó Lindsey, ansiosa de rescatar su reputación después de haberse ofrecido para pintar algo tan cursi— suele ser descrito como un mezcla de neoclasicismo y surrealismo. Ya sé que es muy difícil de explicar...

—Bueno, no es mi estilo preferido —dijo Regina, como si tuviera una completa y maldita idea de lo que significaban aquellos estilos y de la semejanza que tendrían los dos mezclados—. Si fuera a vivir con ustedes y tuviera una habitación para mí sola, no me obligaría a colgar en las paredes muchas de sus pinturas, ¿verdad?— El sus fue dicho con énfasis, como dando a entender que seguía prefiriendo un gato muerto que el terciopelo.

—Ni una sola —le aseguró Lindsey.

—Estupendo.

—¿Crees que te gustaría vivir con nosotros? —preguntó Lindsey y Hatch se preguntó si semejante perspectiva la entusiasmaba o la aterraba.

De repente, la muchacha empezó a hacer esfuerzos por bajar de la silla, tambaleándose para ponerse en pie como si fuera a caerse de cabeza sobre la mesa del café. Hatch se levantó, dispuesto a cogerla, aunque sospechaba que todo aquello formaba

parte de su comedia. Cuando recobró el equilibrio, la niña depositó el vaso, en el que no había dejado ni una gota de Pepsi, y dijo:

—Tengo que ir a hacer pipí. Mi vejiga es muy débil. Parte de mis genes mutantes. Nunca logro aguantarme. Muchas veces me parece que me va a estallar en los lugares más inconvenientes, como aquí en el despacho del señor Gujilio, lo cual es otra cosa que probablemente deberían considerar ustedes antes de llevarme a su casa. Al tratar ustedes con antigüedades y negocios de arte, seguramente tendrán muchas cosas bonitas que no querrían ver estropeadas, y heme aquí que yo tropiezo con todo y lo rompo o, lo que es peor, sufro un ataque fulminante de vejiga y ensucio las cosas más valiosas. Luego me devolverían al orfanato y yo sufriría emocionalmente por ello, me subiría cojeando al tejado y me arrojaría desde arriba. Un trágico suicidio que realmente nadie de nosotros querría que sucediera. Encantada de conocerles.

Se dio media vuelta y cruzó la alfombra persa retorciendo la pierna en dirección a la puerta con aquella inverosímil forma de andar —escrrrrruuurr... ¡ZUD!— que sin duda salía del mismo pozo de talento del que había sacado el ventriloquismo de su pez de colores. Su cabello intensamente cobrizo se movía y centelleaba como el fuego.

Todos se quedaron en silencio, escuchando cómo se perdían lentamente en la distancia los pasos de la muchacha. Al llegar a un punto, se golpeó contra la pared produciendo un fuerte ¡zunk! que debió herirla, pero luego reanudó valientemente su camino golpeando y rascando el suelo.

—No padece ninguna debilidad de vejiga —aseguró el padre Jiménez, tomándose un trago de un vaso de líquido ambarino, que parecía ser whisky—. Eso no tiene nada que ver con su invalidez.

—Ella no es así —afirmó también el padre Durán, parpadeando con sus ojos de lechuza, como si le hubiera entrado humo en ellos—. Es una niña deliciosa. Comprendo que resulte difícil para ustedes creerlo en este momento...

—Y puede andar mucho mejor de lo que lo hace, inmensamente mejor —intervino la Monja Sin Nombre—. No sé qué le habrá pasado.

—Yo sí lo sé —dijo sor Inmaculada, pasándose cansadamente una mano por el rostro. Sus ojos tenían una expresión triste—. Hace dos años, cuando ella tenía ocho, conseguimos buscarle unos padres adoptivos. Una pareja de treinta y tantos años a la que le habían dicho que no podían tener hijos propios. Estaban convencidos de que un hijo minusválido sería para ellos una bendición especial. Pero a las dos semanas de estar Regina viviendo con ellos, mientras se encontraba en la fase de prueba previa a la adopción, la mujer se quedó encinta. De repente, después de todo, iban a tener un hijo propio y la adopción ya no les pareció tan aconsejable.

—¿Y devolvieron a Regina? —preguntó Lindsey—. ¿Se limitaron a arrojarla otra vez al orfanato? ¡Qué horror!

—No puedo juzgarlos —dijo sor Inmaculada—. Puede que consideraran que no tenían amor suficiente para un hijo propio y a la vez para Regina, en cuyo caso hicieron lo que debían. Regina no merece criarse en un hogar donde sepa que cada minuto del día es la segunda en todo, la segunda en cariño, algo así como una intrusa. De cualquier modo, se sintió muy herida por el rechazo. Le costó mucho tiempo recuperar la confianza en sí

misma y sospecho que ahora no quiere correr ese riesgo otra vez.

Permanecieron en silencio.

El sol brillaba esplendorosamente al otro lado de las ventanas y las palmeras se cimbrecaban perezosamente. Por entre los árboles se vislumbraba parte de Fashion Island, el centro comercial de Newport Beach donde estaba ubicado el despacho de Gujilio.

—A veces una mala experiencia echa a perder para las personas muy sensibles cualquier oportunidad. Se niegan a intentarlo otra vez. Me temo que nuestra Regina es una de esas personas. Se ha presentado aquí con intención de confundirles a ustedes y de malograr la entrevista, y lo ha conseguido con un estilo singular.

—Es como el que ha estado en prisión toda su vida —opinó el padre Jiménez— y le dejan en libertad bajo palabra. Al principio se excita y luego descubre que no sabe vivir en el mundo exterior. Así que comete otro crimen para que vuelvan a encerrarle. La institución puede que sea restrictiva e insatisfactoria..., pero él ya la conoce, es segura.

Salvatore Gujilio se movía incesantemente, liberando a todos de sus copas vacías. Seguía siendo un hombre imponente que rompía los moldes de lo normal pero, incluso habiéndose ido Regina del despacho, ya no dominaba la situación como había hecho antes. Había quedado anulado para siempre por aquella comparación con la delicada niña de nariz respingona y ojos grises.

—Lo siento —dijo finalmente sor Inmaculada, poniendo consoladoramente una mano sobre el hombre de Lindsey—. Probaremos en otra ocasión, querida. Volveremos a buscar otro niño que les cuadre a ustedes y esta vez será un niño perfecto.

Lindsey y Hatch abandonaron el despacho de Salvatore Gujilio a las tres y diez de la tarde de aquel jueves. Habían convenido no hablar entre ellos sobre la entrevista hasta la cena para darse tiempo de considerar fríamente el encuentro y de examinar sus reacciones. No querían tomar una decisión basada en el estado emocional o influir el uno en el otro a actuar sobre las impresiones iniciales... para luego lamentarlo toda la vida.

Ni que decir tiene que no habían esperado, ni de lejos, que el acto se desarrollara de la forma en que había transcurrido. Lindsey sentía ansias de hablar de ello. Daba por sentado que su decisión ya estaba tomada, que la había tomado la niña por ellos y que carecía de sentido ninguna otra consideración. Pero habían convenido esperar y Hatch no parecía dispuesto a violar aquel acuerdo, así que ella también mantuvo la boca cerrada.

Lindsey conducía su nuevo coche deportivo rojo Mitsubitshi. Hatch, con las gafas de sol puestas y un brazo fuera de la ventanilla escuchaba por la radio la vieja e inmortal canción de rock'n'roll *Please Mister Postman*, de los Marvelettes y tamborileaba el ritmo contra el lateral de la puerta. Pasaron ante las últimas y gigantescas palmeras de dátiles de Newport Center Drive y giraron a la izquierda para entrar en la autopista de la Costa del Pacífico, dejando atrás las paredes cubiertas de vides y enfilando hacia el Sur. Aquel día de finales de abril era cálido pero no sofocante y lucía uno de aquellos cielos intensamente azules que, hacía el ocaso, recordando la luminiscencia eléctrica de los cielos pintados por Maxfield Parrish. El tráfico era ligero en la autopista de la Costa y el océano rielaba igual que una gran pieza de tela con lentejuelas de oro y plata.

Una euforia silenciosa, invadía a Lindsey como le venía ocurriendo desde hacía siete semanas. Era simplemente el júbilo de sentirse con vida, el mismo que sienten todos los

niños pero que la mayoría de los adultos pierde durante el proceso de crecimiento. Ella también lo había perdido sin darse cuenta, pero un estrecho encuentro con la muerte había bastado para devolverle a uno el *joie de vivre* de la extrema juventud.

Más de dos plantas debajo del Infierno, desnudo bajo una manta en su manchado y raído colchón, Vassago pasaba las horas diurnas durmiendo. Sus letargos estaban usualmente llenos de ensueños sobre carnes violadas y huesos rotos, sangre, bilis y visiones de cráneos humanos. A veces soñaba con multitudes moribundas que se retorcían agonizantes sobre terrenos yermos bajo un cielo negro, y que él caminaba entre ellas como camina un príncipe del Infierno por entre la chusma común de los condenados.

Los sueños que le ocupaban aquel día, sin embargo, eran extraños y singulares por su vulgaridad. Soñaba con una mujer de pelo y ojos negros que iba dentro de un coche de color guinda y era vista desde la perspectiva de un hombre desconocido que ocupaba el asiento de al lado. Palmeras. Buganvillas rojas. Un océano adornado con luminosas lentejuelas.

La tienda de antigüedades de Harrison estaba en el extremo sur de Laguna Beach, en la autopista de la Costa del Pacífico. Era un edificio de estilo Art Deco, nacido en los años veinte de este siglo y con un marcado desarrollo en los años sesenta, de acusados motivos geométricos, formas curvilíneas, contornos definidos y materiales sintéticos, como el plástico, que contrastaba intensamente con los grandes escaparates comerciales de los siglos XVIII Y XIX.

Glenda Dockridge, la ayudante de Harrison y encargada de la tienda, estaba ayudando a limpiar el polvo a Lew Booner, el mozo de los recados. En una tienda de antigüedades grande el polvo se parecía a la pintura del puente de Golden Gate: cuando se terminaba por un extremo ya había que empezar otra vez por el otro. Glenda estaba de buen humor porque había vendido una consola Napoleón III lacada en negro y montada en bronce con paneles japoneses y, al mismo cliente, una mesa poligonal italiana del siglo XIX, de tablero abatible con elaboradas incrustaciones de marquetería. Eran dos ventas excelentes, teniendo en cuenta sobre todo que ella trabajaba a sueldo y a comisión.

Mientras Hatch hojeaba el correo del día, atendía parte de la correspondencia y examinaba un par de pedestales palaciegos de palisandro con dragones de jade incrustados que había enviado un agente de Hong Kong, Lindsey ayudaba a Glenda y a Lew a limpiar el polvo. En su nueva estructura mental, incluso esta tarea le resultaba grata. Le daba ocasión de apreciar los detalles de las antigüedades; las curvas del acabado de una lámpara de bronce, la talla de las patas de una mesa, los bordes delicadamente agudos y acabados a mano de un conjunto de porcelanas inglesas del siglo XVIII. Contemplando el significado histórico y cultural de cada pieza con el cariño con que la limpiaba, comprendía que su nueva actitud tenía una clara cualidad Zen.

Al caer las sombras y sentir que se aproximaba la noche, Vassago se despertó y empezó a moverse por aquella especie de cementerio que era su hogar. Estaba hambriento de muerte y sentía necesidad de matar.

La última imagen que recordaba de su sueño era la de una mujer en un coche rojo.

Después ya no estaba en el coche, sino en una habitación que no distinguía muy bien, de pie ante un biombo chino, limpiándolo con un paño blanco. Ella se volvió, como si él la hubiera hablado, y sonrió. Lo hizo con una sonrisa tan radiante, tan llena de vida, que Vassago deseó romperle la cara con un martillo, sacarle los dientes, aplastarle los huesos de las mandíbulas e impedir que volviera a sonreír más. Llevaba soñando con ella varias semanas. La primera vez la había visto en una silla de ruedas, llorando y riendo simultáneamente. Nuevamente hizo un esfuerzo de memoria, pero no logró situarla entre aquellas que había visto fuera de sus sueños. Se preguntó quién sería y por qué le visitaba cuando estaba dormido.

Afuera caía la noche. Notaba su proximidad. Era un enorme telón negro que daba al mundo una vista anticipada de la muerte al final de cada día claro y luminoso. Se vistió y abandonó su escondite.

A las siete de aquella noche de principios de primavera, Lindsey y Hatch se encontraban en "Zov's", un pequeño pero concurrido restaurante de Tustin. Estaba decorado predominantemente en blanco y negro, y tenía unas grandes ventanas y espejos. El personal, indefectiblemente amable y eficaz, vestía también de blanco y negro como complemento del gran salón. Los alimentos que servían presentaban un deleite sensual tan perfecto, que el monocromático y modesto restaurante parecía resplandeciente de colores.

El nivel del ruido en el local era más simpático que molesto. No necesitaban alzar la voz para oírse el uno al otro y tenían la sensación de que el zumbido de fondo les proporcionaba una cortina de independencia respecto a las mesas cercanas. Durante los dos primeros platos —calamares y sopa de judías negras— hablaron de cosas triviales. Pero cuando les sirvieron el plato fuerte —pez espada para ambos— Lindsey ya no pudo contenerse más.

—Está bien, de acuerdo, ya hemos tenido todo el día para pensar en ello —empezó—. No nos hemos coloreado nuestras respectivas opiniones. Así pues, ¿qué piensas de Regina?

—¿Y tú, qué piensas de ella?

—Tu primero.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no tú? —replicó Lindsey.

Él dio un profundo suspiro, meditando.

—Estoy loco por la niña.

Lindsey sintió ganas de dar un salto y ponerse a dar unos pasos de baile, como podría hacer un personaje de dibujos animados para expresar una alegría incontenible, pues su júbilo y excitación eran más grandes e impulsivos de como se suponía que eran las cosas en la vida real. Había esperado precisamente aquella reacción de él pero, como el encuentro había sido... bueno, la palabra sería "desalentador", no estaba segura ni tenía idea alguna de lo que él iba a opinar.

—¡Oh, Dios!, la adoro —exclamó Lindsey—. Es tan dulce.

—Como un bizcocho duro.

—Todo aquello era fingido.

—Estaba fingiendo ante nosotros, sí, pero de todos modos es dura. Tiene que serlo.

La vida no le ha dado a elegir.

—Pero es una dureza buena.

—Tiene una gran dureza —convino él—. No estoy diciendo que yo la rechace. Admiro su dureza y me he encariñado de la muchacha.

—Es muy brillante.

—Sus esfuerzos por mostrarse repelente —dijo Hatch— no consiguieron sino hacerla más atractiva.

—Pobre niña. Temerosa de ser rechazada otra vez, pasó a la ofensiva.

—Cuando la oí venir por el pasillo, pensé que era...

—¡Godzilla! —exclamó Lindsey.

—Por lo menos. ¿Y qué me dices de Binky, el pez de colores que habla?

—¡El que se ensucia en la mayonesa! —acabó Lindsey.

Los dos se echaron a reír. Los comensales que les rodeaban se volvieron a mirarlos, bien a causa de su risa bien porque oyeran lo que había dicho Lindsey, y ello les hizo reír aún más.

—Va a ser una niña ingobernable —apuntó Hatch.

—Va a ser un sueño.

—No lo veas tan fácil.

—Lo será.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

Hatch dudó.

—¿Qué ocurrirá si no quiere venir con nosotros?

La sonrisa de Lindsey se petrificó en su rostro.

—Lo hará. Vendrá.

—Tal vez no.

—No seas negativo.

—Sólo estoy diciendo que debemos estar preparados para un desengaño.

Lindsey negó inflexiblemente con la cabeza.

—No. Va a salir bien. Es preciso. Ya hemos tenido demasiada mala suerte, malos tiempos. Merecemos algo mejor. La rueda de la fortuna ha cambiado. Vamos a reunir otra vez una familia. La vida va a ser buena, muy buena. Lo peor ya lo hemos dejado atrás.

Aquel jueves por la noche, Vassago disfrutó de las comodidades de la habitación de un motel. Habitualmente usaba como cuarto de aseo uno de los campos que había detrás del abandonado parque de atracciones. Se lavaba cada noche con agua embotellada y jabón líquido; y se afeitaba con una navaja barbera, un bote de aerosol de espuma y un pedazo de espejo roto que había encontrado en un rincón del parque. Cuando llovía por la noche, gustaba de bañarse al aire libre, dejando que la lluvia chorreara sobre su cuerpo. Si la tormenta iba acompañada de relámpagos, buscaba el punto más alto en medio del parque pavimentado, con la esperanza de recibir la gracia de Satán y ser llamado de nuevo al mundo de los muertos por un centelleante rayo de electricidad. Pero la estación de las lluvias en el sur de California ya había terminado y lo más probable era que no volviese



otra vez hasta diciembre. Si se ganaba el viaje de retorno a la congregación de los muertos y condenados antes de entonces, su liberación del odioso mundo de los vivos correría a cargo de otra fuerza distinta al rayo.

Aunque la higiene no tenía importancia para él, una vez a la semana y en ocasiones dos alquilaba una habitación en un motel para usar la ducha y acicalarse mejor de lo que podía hacerlo en las precarias condiciones de su escondite. La suciedad tenía su poderoso atractivo, pero si tenía que moverse entre los vivos y ser su depredador para formar una colección que le granjease la readmisión en el reino de los condenados, existían unos convencionalismos que debía seguir para no atraer sobre él una atención indebida. Uno de ellos era cierto grado de limpieza.

Vassago iba siempre al mismo motel el "Blue Skies", un sórdido tugurio ubicado hacia el extremo sur de Santa Ana donde el recepcionista, sin afeitarse, sólo aceptaba dinero en efectivo, no pedía documentación y no miraba nunca a los ojos de los huéspedes, como si tuviera miedo de lo que podía ver en ellos o ellos en los de él. La zona era una ciénaga de traficantes de drogas y prostitutas callejeras. Vassago era el único hombre que no entraba con una furcia del brazo. Sin embargo, permanecía solamente una hora o dos allí como solían hacer los clientes que utilizaban el servicio y le era permitido el mismo anonimato que quienes, gruñendo y sudando, empujaban ruidosamente el cabezal de su cama contra la pared de la habitación contigua.

Él no hubiera podido vivir allí continuamente, pues sólo de notar el frenético apareamiento de las prostitutas y sus clientes, se llenaba de enojo, inquietud y náuseas ante la necesidad y locos ritmos de la vida. Aquel ambiente hacía difícil pensar claramente e imposible descansar, aunque la perversión y demencia del lugar fuera lo mismo que le había deleitado cuando estaba totalmente vivo. Ningún otro motel o pensión le habría ofrecido esa seguridad pues le pedirían papeles de identificación. Además, él podía pasar como uno más de los vivos siempre y cuando su contacto con ellos fuera circunstancial. Cualquier recepcionista o dueño de motel que se interesara más profundamente por su carácter y se encontrara con él repetidas veces, de algún modo indefinible pero muy intranquilizador le notaría pronto distinto a los otros.

De cualquier modo, para no llamar la atención prefería su primario alojamiento del parque de atracciones. Las autoridades que le buscaran tendrían menos posibilidades de encontrarle allí que en ningún otro sitio. Y lo más importante de todo era que el parque ofrecía soledad, silencio sepulcral y zonas de oscuridad perfecta en las que podía refugiarse durante las horas diurnas en que sus sensibles ojos no podían tolerar la insistente luz del sol. Los moteles le resultaban tolerables sólo entre el ocaso y el alba.

Aquella noche del jueves, gratamente cálida, al salir de la recepción del motel "Blue Skies" con la llave de su habitación, se fijó en un Pontiac familiar aparcado en las sombras de la parte de atrás, más allá del último bungalow, no de cara al motel sino mirando a la recepción. El coche estaba allí el domingo, la última vez que Vassago se alojó en el "Blue Skies". Sobre el volante estaba apoyado un hombre, como si estuviera durmiendo o simplemente dejando pasar el tiempo mientras esperaba a alguien. También había estado allí el domingo por la noche, y tenía las facciones veladas por la oscuridad y por los reflejos de luz del parabrisas.

Vassago condujo su Camaro hasta la unidad seis, aproximadamente en el centro del largo brazo de la estructura en forma de L, aparcó frente a su habitación y entró en ella. Sólo portaba unas ropas de recambio, todas negras como las que llevaba puestas. Al entrar en su habitación no encendió la luz. No la encendía nunca. Se quedó durante un rato de espaldas a la puerta pensando en el Pontiac y en el hombre que estaba al volante. Podía tratarse sólo de un traficante de drogas que operaba desde su coche. El número de vendedores que pululaban por los alrededores era todavía mayor que el de las cucarachas que infestaban el interior de las paredes de aquel motel decadente. ¿Pero dónde estaban entonces sus parroquianos de ojos rápidos y nerviosos, y de grasientos fajos de billetes?

Vassago tiró las ropas encima de la cama, se guardó las gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta y entró en el pequeño cuarto de baño. Olía a humeante lejía echada precipitadamente, pero ello no lograba disimular la mezcolanza de detestables olores biológicos. Un rectángulo de luz difusa marcaba la ventana que había sobre la pared del fondo de la ducha. Abrió la puerta corredera de cristal, que lanzó un chirriante quejido, como si se deslizara sobre unas guías corroídas, y entró en el cubículo de la ducha. Le habría frustrado que la ventana hubiera estado fija o dividida verticalmente por dos paneles, pero se abría hacia afuera mediante dos oxidadas bisagras situadas arriba. Se agarró al alféizar que había sobre su cabeza, se coló a través de la ventana y se deslizó como un reptil por el callejón de servicio que había detrás del motel.

Se detuvo para volver a ponerse las gafas. Una cercana farola callejera de vapor de sodio proyectaba un resplandor amarillo similar a la orina, que le raspaba los ojos igual que la arena arrastrada por el viento. Las gafas lo redujeron a un tono ámbar y aclararon su visión. Avanzó por la derecha hasta el final del bloque, dobló a la derecha por la primera calle y luego otra vez a la derecha en la siguiente esquina, rodeando el motel. Se deslizó en torno al final de la corta ala del edificio en forma de L y avanzó por el pasadizo cubierto que había delante de las últimas unidades hasta situarse detrás del Pontiac.

Por el momento, aquel extremo del motel estaba en silencio. No entraba ni salía nadie de las habitaciones. El hombre que estaba sentado detrás del volante del coche sacaba un brazo por la ventanilla abierta. Si hubiera mirado por el espejo retrovisor podría haber visto a Vassago acercándose a él, pero su atención estaba centrada en la habitación número seis del ala opuesta de la L.

Vassago abrió la puerta repentinamente y el tipo, que estaba apoyado en ella, empezó a caerse. Vassago le golpeó fuertemente en el rostro empleando el codo, que resultaba mejor que el puño, como si fuera un ariete, pero no le alcanzó de lleno. El individuo se balanceó pero no quedó fuera de combate y salió del Pontiac tratando de agarrarse a Vassago. Era demasiado grueso y lento. Un rodillazo propinado en su entrepierna le hizo todavía más lento. Cayó de rodillas, boqueando, y Vassago se apartó de él para golpearle con más fuerza con el pie. El desconocido cayó de costado, de manera que Vassago pudo golpearle nuevamente con el pie, esta vez en la cabeza. El individuo se quedó tan frío e inmóvil como el pavimento sobre el que aparecía tendido.

Al escuchar un suspiro de asombro, Vassago volvió la cabeza y vio a una prostituta rubia de cabello ensortijado vestida con minifalda y a un tipo de mediana edad que lucía un traje barato y un horrible peluquín. Salían de la habitación más próxima y se quedaron

boquiabiertos al ver al hombre en el suelo y a Vassago. Éste los miró fijamente hasta que volvieron a entrar en su habitación y cerraron en silencio la puerta tras ellos.

El hombre inconsciente era pesado, tal vez pesara noventa kilos, pero Vassago tenía fuerzas suficientes para levantarlo. Rodeó con él el coche hasta el lado del pasajero y le depositó en el asiento. Luego se acomodó detrás del volante, puso el Pontiac en marcha y abandonó el "Blue Skies". Cuando hubo recorrido varias manzanas de distancia, se metió por la calle de una urbanización construida hacía treinta años y mal conservada. Viejos laureles indios y árboles del coral flanqueaban las inclinadas aceras. Detuvo el Pontiac junto al bordillo, paró el motor y apagó las luces. No había ninguna farola cerca y tuvo que quitarse las gafas oscuras para examinar al hombre inconsciente. Debajo de la chaqueta le encontró un revólver cargado metido en su funda de sobaquera. Se apropió de él. El desconocido llevaba encima dos billeteros. El primero, el más grueso, contenía trescientos dólares en efectivo que Vassago confiscó. También contenía algunas tarjetas de crédito, fotos de personas desconocidas, un recibo de una tintorería, una cartulina perforada de compre-diez-y-llévese-uno-gratis de una tienda de yogures refrigerados, un permiso de conducir de un hombre llamado Morton Redlow, de Anaheim, y otros efectos diversos. La segunda cartera era muy delgada y no parecía una cartera propiamente dicha, sino una funda de cuero para el carnet de identidad. Contenía una licencia a nombre de Redlow para ejercer como investigador privado y otra licencia para portar armas. En la guantera, Vassago sólo encontró barras de caramelo y una novela de bolsillo de detectives. En la consola entre los dos asientos encontró chicle, caramelos de menta, otra barra de caramelo y unos mapas doblados "Thomas Brothers" del Condado de Orange.

Estudió durante un rato el libro de mapas, seguidamente puso el motor en marcha y se apartó del bordillo. Empezó rumbo a Anaheim, hacia la dirección que figuraba en el permiso de conducir de Redlow. Cuando llevaba recorrido más de la mitad del camino, Redlow empezó a gemir y agitarse, como si hubiera recobrado el conocimiento. Conduciendo con una sola mano, Vassago cogió el revólver que había quitado al hombre y le golpeó con él en una sien. Redlow volvió a quedar inmóvil.

Uno de los cinco niños que compartían la mesa de Regina en el comedor era Carl Cavanaugh, que contaba ocho años y no tenía desperdicio. Estaba parapléjico y confinado a una silla de ruedas, lo cual ya se suponía que era bastante desventaja para él, pero él empeoraba su situación comportándose de la manera más imbécil posible. Tan pronto como colocaron los platos sobre la mesa, Carl dijo: "Me gustan mucho las tardes de los viernes, ¿sabéis por qué?" Sin dar tiempo a nadie a expresar su falta de interés, añadió: "Porque los jueves por la noche tenemos siempre sopa de judías y guisantes, y así, los viernes por la tarde podemos tirarnos unos buenos cuescos."

Los otros niños gruñeron con disgusto y Regina se limitó a ignorarlo. Imbécil o no, Carl tenía razón. La cena de los jueves en el Hogar Infantil de St. Thomas consistía siempre en sopa de harina de guisantes, jamón, judías verdes, patatas en salsa de mantequilla a las hierbas y, para postre, un cuadrado de jalea de fruta con un sucedáneo de crema batida. A veces las monjas echaban mano del jerez o simplemente se olvidaban de tantos años de sofocantes hábitos y, si perdían el control un jueves, ponían cereales en vez de judías

verdes o, si realmente perdían los estribos, tal vez añadieran un par de galletas de vainilla a la jalea.

El menú de aquel jueves no encerraba sorpresas, pero a Regina le hubiera dado igual —y podía perfectamente no haberse percatado de ello— que su ración hubiera incluido en su plato filetes de ternera o, por el contrario, pastel de vaca. Bueno, probablemente si hubiera visto un pastel de vaca en el plato, aunque no le hubiera importado que lo pusieran en lugar de las judías verdes, que no le gustaban. A ella le gustaba el jamón. Había mentido cuando había dicho a los Harrison que era vegetariana por imaginar que ellos considerarían esta exigencia dietética un motivo más para rechazarla desde el principio, en vez de hacerlo después, cuando hubiera sido más doloroso. Pero ni siquiera mientras comía centraba su atención en su plato ni en la conversación con los demás niños que había a la mesa, sino en el encuentro celebrado aquella tarde en el despacho del señor Gujilio.

Había metido la pata. Iban a tener que constituir un museo de Famosos Metelapata con el fin de encontrar un sitio donde poner su estatua, para que la gente pudiera venir de todo el mundo, de Francia, del Japón, de Chile, sólo para verla. Vendrían escolares, clases enteras por turnos con sus profesores al frente, para estudiarla y aprender qué no había que hacer y cómo no se debía actuar. Los padres señalarían a su estatua y advertirían ominosamente a sus hijos: "Siempre que os creáis tan listos, acordaos de ella y pensad que podíais acabar así, como esa figura de lástima y ridículo, irrisión y vilipendio."

Cuando habían transcurrido dos terceras partes de la entrevista, supo ya que los Harrison eran una gente especial. Probablemente no la tratarían nunca tan mal como la habían tratado los Infames Dotterfield, la pareja que la aceptó, se la llevó a su casa y luego la rechazó al cabo de dos semanas cuando descubrieron que iban a tener un hijo propio; el hijo de Satán, sin duda, que algún día destruiría el mundo y se volvería incluso contra los Dotterfield, quemándolos vivos con la antorcha ígnea de sus pequeños y demoníacos ojos de cerdo. (Bah, desechemos los malos pensamientos. Los malos pensamientos son tan dañinos como las malas obras. Acuérdate de esto cuando confieses, Regina.) De cualquier modo, después de meter la pata había empezado a notar poco a poco que los Harrison eran diferentes y quedó convencida de ello cuando el señor Harrison tuvo la ingeniosa ocurrencia del pijama de caviar, lo que señalaba que tenía sentido del humor. Pero para entonces ella estaba tan enfrascada en su representación que no podía dejar ya de mostrarse detestablemente —siendo como era una metelapata—; ya no podía volverse atrás y empezar de nuevo. Ahora, los Harrison estarían seguramente emborrachándose para celebrar haber escapado por los pelos, o tal vez de rodillas en alguna iglesia, llorando de alivio y rezando fervientemente el rosario, dando gracias a la Santa Madre por haber intercedido para librarles del error de adoptar a una horrible niña sin conocerla de antemano. Mierda. (Tonterías. Una vulgaridad. Pero eso no es tan malo como jurar el nombre del Señor en vano. ¿Merecía siquiera la pena decirlo en confesión?)

A pesar de no tener apetito y del humor grosero de Carl Canavaugh, se comió toda su cena, aunque sólo porque los gendarmes de Dios, las monjas, no la dejarían abandonar la mesa hasta que hubiera vaciado su plato. La fruta de la jalea era lima y melocotones, lo que convertía el postre en una dura prueba. Le costaba trabajo comprender cómo alguien

podía pensar que la lima y el melocotón iban bien juntos. De acuerdo, las monjas no eran muy mundanas pero, por amor de Dios (con perdón de Dios), tampoco ella les estaba pidiendo que aprendieran qué clase de vino raro se sirve con los filetes de ornitorrinco asado. Jalea de piña y lima, bueno. Jalea de peras y lima podía pasar. Incluso de plátanos y lima. Pero poner melocotón y lima en la jalea, por amor de Dios (con perdón de Dios); era, a su modo de ver, como quitar las uvas del budín de arroz y sustituirlas por trozos de sandía. Logró terminar el postre diciéndose a sí misma que podía haber sido peor; las monjas podían haber servido ratones muertos mojados en chocolate... Aunque se preguntó por qué las monjas iban a querer hacer eso. Sin embargo, imaginarse cosas peores que aquellas a las que debía enfrentarse era un recurso que le daba buenos resultados, una técnica de autopersuasión que había empleado antes muchas veces. Pronto habría desaparecido la odiosa jalea y podría abandonar ya el comedor.

Después de la cena, la mayoría de los niños iba a la sala de recreo a jugar al Monopolio y otros juegos, o a la sala de televisión a ver lo que ponían en la "caja tonta", pero ella siempre se iba a su cuarto donde se pasaba leyendo casi todo el tiempo de después de cenar. Aquella noche, en cambio, no iba a ser así. Pensaba pasar el rato compadeciéndose de sí y contemplando su estatus de estúpida clase social (afortunadamente la estupidez no era pecado), de forma que no olvidara nunca lo necia que había sido y recordara siempre que no debía volver a hacer jamás el burro.

Mientras pisaba el suelo embaldosado de los pasillos casi con la misma rapidez con que habría andado un chico con dos piernas sanas, se acordó de su manera de cojear en el despacho del abogado y empezó a sonrojarse. Ya en su habitación, que compartía con una muchacha ciega llamada Winnie, saltó sobre la cama y, al dejarse caer pesadamente de espaldas, le vino a la memoria la calculada torpeza con que se había sentado en el sillón delante del señor y la señora Harrison. Se ruborizó más aún y se cubrió el rostro con las manos.

«Reg —se dijo suavemente hablando sobre las palmas de sus propias manos—, eres la gilipollas más grande del mundo.» (Un pecado más para la lista de la próxima confesión; aparte de mentir, engañar y usar el nombre de Dios en vano: el repetido uso de una vulgaridad.) «Mierda, mierda, mierda.» (Va a ser una larga confesión.)

Los dolores de Redlow eran tan variados y fuertes cuando recobró el conocimiento, que apenas le permitían concentrar la atención. La cabeza le dolía tan intensamente que de haber testificado sus sensaciones ante una televisión comercial las empresas se habrían visto forzadas a abrir nuevos laboratorios de aspirinas para abastecer a los consumidores. Tenía un ojo a medio abrir a causa de la hinchazón. Sus labios estaban partidos y tumefactos; los notaba entumecidos y abultados. Le dolía el cuello y el estómago, y le palpitaban tan intensamente los testículos a causa del rodillazo que había recibido en la entrepierna, que la idea de levantarse y caminar le producía náuseas.

Gradualmente recordó lo que le había pasado, que aquel bastardo le había cogido por sorpresa. Luego se dio cuenta de que no estaba tendido en el parking del motel sino sentado en una silla y por primera vez tuvo miedo. No estaba solamente sentado en la silla. Estaba sujeto por unas cuerdas que le rodeaban el pecho y la cintura, y por más

cuerdas alrededor de los muslos que le inmovilizaban contra el asiento. Tenía los brazos atados a los brazos de la silla, justo por debajo de los codos y por las muñecas.

El dolor enturbiaba hasta entonces sus procesos mentales pero el miedo empezó ahora a clarificarlos. Parpadeando con su ojo derecho sano y tratando de abrir a la vez su hinchado ojo izquierdo, estudió la oscuridad. Por un momento pensó que se encontraba en una habitación del motel "Blue Skies" ante el cual había estado montado vigilancia para localizar al individuo. Luego reconoció el salón de su casa. No podía ver gran cosa porque las luces estaban apagadas, pero había vivido en aquella casa dieciocho años y podía identificar los dibujos que formaban las luces de la noche en las ventanas, los bultos oscuros del mobiliario, las sombras entre las sombras de diferente intensidad y el sutil pero singular olor de la vivienda, que resultaba tan peculiar e instantáneamente reconocible para él como el olor de su guarida para el lobo del campo.

Aquella noche no se sentía precisamente un lobo. Se sentía más bien un conejo y temblaba al reconocer su papel de presa. Durante unos segundos pensó que estaba solo y empezó a forzar las cuerdas hasta que una sombra se destacó de entre las otras y se aproximó a él. Sólo podía ver la silueta de su adversario e incluso eso parecía diluirse entre las formas borrosas de los objetos inanimados, o cambiar como si el sujeto fuera una criatura polimorfa susceptible de asumir varias formas. Pero sabía que era el individuo porque percibía aquella diferencia, aquella demencialidad que había apreciado el domingo, la primera vez que había puesto sus ojos en el bastardo, hacía justamente cuatro noches, en el "Blue Skies".

— ¿CÓmodo, señor Redlow?

Durante los tres meses que llevaba investigándole, Redlow había desarrollado una profunda curiosidad por él y trataba de imaginarse cuáles serían sus gustos y sus necesidades, cómo pensaría. Después de mostrar varias fotografías del hombre a incontables personas y de emplear mucho tiempo contemplándolas, sentía una especial curiosidad por saber qué tipo de voz acompañaría a aquel rostro, notablemente hermoso aunque severo. El sonido de la voz no era ni mucho menos como él la había imaginado, ni fría y acerada como la voz de una máquina diseñada para pasar por humana, gutural salvaje como el gruñido de una bestia. Más bien era tranquilizadora, con un tono melifluido y un timbre reverberante y sugestivo.

— Señor Redlow, señor, ¿puede oírme?

La cortesía y la formalidad natural de las palabras de aquel tipo era lo que más desconcertaba a Redlow.

— Le pido disculpas por haber sido tan rudo con usted, señor, pero en realidad no me dio usted otra elección.

Nada en su voz indicaba que el sujeto estuviera siendo sarcástico o burlón. Era simplemente un muchacho que había sido enseñado a dirigirse con consideración y respeto a sus mayores y que no podía desechar aquella costumbre ni siquiera bajo circunstancias como aquélla. Al detective le asaltó el sentimiento primitivo y supersticioso de hallarse en presencia de un ser capaz de imitar al hombre sin tener nada en común con el hombre. Morton Redlow habló por entre los labios partidos, articulando con dificultad las palabras:

—¿Quién es usted, qué demonios quiere?

—Usted ya sabe quién soy yo.

—No tengo ni puñetera idea. Me atacó usted por detrás. No he visto su cara. ¿Quién... diablos es usted, un murciélago? ¿Por qué no enciende la luz?

Todavía entre las sombras, el individuo se acercó un poco hasta sólo unos pasos de la silla.

—Usted está contratado para localizarme

—Me han contratado para vigilar a un tipo llamado Kirkaby, Leonard Kirkaby. Su esposa cree que la está engañando. Y es cierto. Todos los jueves hace una escapada al "Blue Skies" con su secretaria.

—Bueno eso me resulta difícil de creer, ¿sabe, señor? El "Blue Skies" es para sujetos de baja estofa y prostitutas baratas, no para ejecutivos de empresa y sus secretarías.

—Tal vez busque esa sordidez para tratar a la chica como a una ramera. Quién sabe, ¿no? De todos modos, usted no es Kirkaby. Conozco su voz y no suena como la de usted. Ni es tan joven. Además, es un blandengue. Él no podría manejarme como lo ha hecho usted.

El individuo guardó silencio un rato, mirando fijamente a Redlow. Luego se puso a pasear en la oscuridad. No vacilaba ni tropezaba nunca con el mobiliario. Era como un gato inquieto, salvo que sus ojos no relucían.

—Entonces, señor —dijo finalmente—, ¿qué está usted diciendo? ¿Que todo ha sido una tremenda equivocación?

Redlow comprendió que la única forma de continuar vivo era engañar a aquel tipo, convencerle de que un individuo llamado Kirkaby estaba encaprichado de su secretaria y su amargada esposa buscaba pruebas para el divorcio. Pero no sabía qué tono emplear para hacerle creer aquella historia. Redlow tenía un sentido infalible con la mayoría de las personas para entrarles y hacerles aceptar incluso las más descabelladas proposiciones, mas aquel tipo era diferente; no pensaba ni reaccionaba como las personas normales. Redlow decidió jugárselo todo a una carta.

—Escucha, amiguito, me gustaría saber quién eres o al menos cómo diablos tienes la cara, porque cuando esto haya terminado iré en tu busca y te abollaré tu maldita cabeza.

El individuo reflexionó en silencio durante un rato.

—Está bien, le creo —dijo al fin.

Redlow relajó el cuerpo con alivio, pero ello aumentó sus dolores, así que tensó los músculos de nuevo y se irguió.

—Lo siento, pero usted no me sirve para mi colección —dijo el individuo.

—¿Colección?

—No tiene usted la suficiente vitalidad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Redlow.

—Está usted consumido.

La conversación iba tomando unos derroteros que Redlow no comprendía y eso le inquietaba.

—Discúlpeme, señor, no se ofenda, pero se está usted volviendo demasiado viejo para esta clase de trabajo.

«No lo sé», pensó Redlow. Se dio cuenta de que, exceptuando el tirón inicial, no había intentado otra vez romper las cuerdas que le tenían atado. Unos pocos años antes, se habría esforzado silenciosamente pero firmemente por desatarlas, tratando de violentar los nudos. Ahora su actitud era pasiva.

—Es usted un hombre musculoso, pero se ha vuelto un poco fofo, ha echado barriga y es lento. Por su carnet de conducir veo que tiene cincuenta y cuatro años, se está haciendo mayor. ¿Por qué sigue trabajando en esto?

—Es lo único que tengo —repuso Redlow. Y estaba lo bastante consciente como para que le sorprendiera su propia respuesta. Había querido decir «Es lo único que sé hacer.»

—Bien, señor, lo comprendo —dijo el individuo, irguiéndose ante él en la oscuridad—. Se ha divorciado dos veces, no tiene hijos y no vive con ninguna mujer actualmente. Por lo que se ve, es probable que no haya vivido con ninguna mujer desde hace años. Lo siento, pero he estado curioseando por la casa mientras se encontraba usted inconsciente, aun sabiendo que no estaba muy bien hacerlo. Lo lamento. Sólo pretendía averiguar algo más de usted, tratar de entender qué saca usted con esto.

Redlow no sabía en qué iría a parar todo aquello y no dijo nada. Tenía miedo de cometer alguna indiscreción y hacerle explotar como una botella de gas. El hijo de perra aquél estaba loco y nunca se sabía lo que podía fundir los plomos de un chiflado así. El individuo había estado analizándose a sí mismo durante años y, ahora, por razones que ni siquiera él podría explicar, parecía querer analizar a Redlow. Tal vez fuera mejor dejar que siguiera hablando, desviarle de su idea.

—¿Es por dinero, señor Redlow?

—¿Quieres decir que si gano dinero?

—A eso me refiero, señor.

—Marcho bien.

—No conduce un coche grande ni viste ropas caras.

—No me gusta hacer ostentación de nada —dijo Redlow.

—No se ofenda, señor, pero esta casa no es gran cosa.

—Tal vez no, pero está libre de hipotecas.

El individuo estaba sobre él, poniéndose más cerca a cada pregunta, como si pudiera ver a Redlow en la habitación a oscuras y tratara de estudiar sus tics y gestos faciales mientras le interrogaba. Qué raro. Incluso en plena oscuridad, Redlow notaba la presencia del individuo inclinándose sobre él, cerca, cerca, cada vez más cerca.

—Está libre de hipotecas —repitió el hombre—. ¿Es ésa su razón para trabajar y vivir? ¿Poder decir que no pesa ninguna hipoteca sobre una casucha como ésta?

Redlow sintió deseos de decirle que se fuera a hacer puñetas, pero de repente pensó que quizá no fuera buena idea mostrarse rudo con él.

—Señor, ¿es ésa la razón de que la vida merezca vivirse? ¿Es eso todo? ¿Es por eso por lo que la encuentra usted tan preciosa y por lo que tanto se aferra a ella? ¿Es por eso por lo que ustedes, los amantes de la vida, se afanan para seguir viviendo..., sólo para adquirir un miserable montón de pertenencias, de manera que puedan acabar el juego como ganadores? Lo siento, señor, pero sencillamente no lo entiendo. No lo entiendo en absoluto.



El corazón del detective aporreaba demasiado fuerte. Le golpeaba dolorosamente contra sus magulladas costillas. Llevaba muchos años sin tratar bien a su corazón; demasiadas hamburguesas, demasiados cigarrillos, demasiada cerveza y whisky. ¿Qué estaba tratando de hacer aquel individuo chiflado... hablarle hasta acabar con él, aterrorizarle hasta que muriera?

—Imagino que algunos de sus clientes no quieren que conste en ningún sitio que le han contratado. Y le pagan en efectivo. ¿Sería ésta una suposición válida, señor?

Redlow se aclaró la garganta y trató de que su voz no sonara asustada.

—Sí. Claro. Algunos lo hacen.

—Y una parte de ganar en el juego consistiría en embolsarse cuanto más dinero mejor eludiendo los impuestos, lo cual significaría no ingresarlo nunca en el banco, ¿no?

El individuo estaba ahora tan cerca, que el detective podía olerle el aliento. Sin saber por qué había esperado que fuera un aliento agrio y desagradable, pero era aromático y dulce como el chocolate, como si el individuo hubiera estado chupando caramelo en la oscuridad.

—Así que yo diría que tiene usted un curioso alijo escondido en alguna parte de la casa. ¿Es correcto eso, señor?

Un cálido estremecimiento de esperanza hizo disminuir los helados escalofríos que acosaban a Redlow durante los últimos minutos. Si era cuestión de dinero, se podía buscar un arreglo. Eso tenía sentido. Podría comprender las motivaciones del tipo y tal vez ver la manera de conseguir acabar aquella velada vivo.

—Sí —respondió el detective—. Hay dinero. Tómallo. Cógelo y vete. En la cocina hay un cubo de basura envuelto en una bolsa de plástico. Levanta la bolsa de la basura y verás una bolsa de papel marrón debajo llena de billetes, en el fondo del cubo.

Algo frío y duro tocó la mejilla derecha del detective y le hizo apartar la cara.

—Alicates —dijo el hombre. El detective sintió que las fauces de las tenacillas le agarraban un bocado de carne.

—¿Qué estás haciendo?

El individuo retorció los alicates y Redlow lanzó un grito de dolor.

—Espera, espera. ¡Maldita sea, quita eso, por favor, quita eso, no!

El tipo se detuvo. Retiró los alicates.

—Lo siento, señor, pero sólo quería hacerle comprender que si no hubiera dinero en el cubo de la basura, yo no sería feliz. Pensaré que si me miente en esto, me habrá mentido en todo.

—Está allí —le aseguró apresuradamente Redlow.

—No es bueno mentir, señor. No es bueno. La gente buena no miente. Eso es lo que le enseñaron, ¿no?

—Ve y mira, verás que sí está allí —insistió Redlow con desesperación.

El individuo salió de la sala y cruzó la arcada del comedor. Unas pisadas suaves resonaron por toda la casa caminando sobre el suelo embaldosado de la cocina. Cuando sacó la bolsa de la basura del cubo se elevó un ruido estridente y un susurro.

Húmedo de sudor, Redlow empezó a chorrear gotas mientras oía al individuo volver de la cocina por una casa negra como un pozo. Apareció nuevamente en la sala de estar,

revelando parcialmente su silueta contra el rectángulo gris pálido de una ventana.

—¿Cómo puedes ver? —preguntó el detective, aterrado al percibir en su voz una nota de histeria cuando se estaba esforzando denodadamente por mantener el dominio sobre sí mismo. Se estaba haciendo viejo—. ¿Cómo..., es que llevas puestas gafas de sol, o algún artilugio militar? ¿De dónde diablos has sacado eso?

El individuo habló ignorándole.

—Yo no quiero ni necesito mucho; únicamente comida y ropas para cambiarme. Sólo consigo dinero cuando aumento mi colección, sea lo que sea lo que ella lleve encima. A veces no es mucho, sólo unos dólares. Esto, realmente, es una ayuda. Ya lo creo. Debe durarme lo suficiente hasta que pueda volver a donde pertenezco. ¿Sabe usted adónde pertenezco, señor Redlow?

El detective no respondió. El individuo se había apartado de la ventana y quedaba ahora fuera de la vista. Redlow bizqueó en la penumbra, tratando de localizar su figura y movimientos en algún sitio.

—¿Sabe usted adónde pertenezco, señor Redlow? —repitió el individuo.

Redlow oyó que empujaban un mueble. Tal vez fuera una mesa de té que había al lado del sofá.

—Pertenezco al Infierno —dijo—. He estado allí algún tiempo. Quiero volver. ¿Qué clase de vida ha llevado usted, señor Redlow? ¿Cree que es posible que le vea en el Infierno cuando vuelva allí?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Redlow.

—Buscando un enchufe —respondió el hombre mientras empujaba otro mueble—. ¡Ah!, aquí está.

—¿Un enchufe eléctrico? —preguntó Redlow, agitado—. ¿Para qué?

Un ruido aterrador cortó la oscuridad: zzzrrr.

—¿Qué es eso? —demandó Redlow.

—Sólo estaba probando, señor.

—¿Probando qué?

—Señor, tiene usted en la cocina toda suerte de cazos, sartenes y utensilios. Deduzco que sabe verdaderamente mucho de cocina, ¿verdad? —El individuo se incorporó de nuevo, apareciendo ante el telón de fondo del difuso resplandor grisáceo que ofrecía el cristal de la ventana—. ¿Su afición a la cocina... se le despertó antes del segundo divorcio, o más recientemente?

—¿Qué estás probando? —volvió a preguntar el detective. El tipo se acercó a la silla.

—Hay más dinero —dijo Redlow frenéticamente. Estaba empapado en sudor. Le caía a chorros—. En el dormitorio principal. —El individuo se irguió otra vez delante de él, como una forma misteriosa e inhumana. Parecía más oscuro que todo lo que le rodeaba, como una mazmorra con forma de hombre, más negro que la oscuridad—. En el r-r-ropero. Hay un s-s-s-suelo de madera. —La vejiga del detective estaba llena de pronto. Se había inflado en un instante como un globo y estaba estallando—. Saca los zapatos y los demás trastos, y levanta la última tabla del s-s-s-suelo. —Estaba a punto de orinarse encima—. Hay una caja con dinero. Treinta mil dólares. Cógelo, por favor, cógelo y vete.

—Gracias, señor, pero realmente no lo necesito. Tengo suficiente, más que suficiente.

—¡Oh, Dios mío, ayúdame! —exclamó Redlow, percatándose con desesperación de que era la primera vez que hablaba con Dios... o incluso se acordaba de Él..., desde hacía décadas.

—Hablemos de la persona para quien trabaja usted realmente, señor.

—Se lo he dicho...

—Pero yo le mentí cuando le dije que le creía.

Zzzrrrrrr.

—¿Qué es eso? —pregunto Redlow.

—Probando.

—¿Probando qué, maldita sea?

—Funciona muy bien.

—¿Qué, qué es, qué has cogido?

—Un cuchillo eléctrico —contestó el individuo.

Hatch y Lindsey regresaban a casa en el coche después de cenar sin utilizar la autopista. Circulaban sin prisa por la carretera de la costa del sur de Newport Beach, escuchando la K-Earth 101.1 FM, y cantando a coro las viejas e inmortales canciones de *New Orleans*, *Whispering Bells* y *California Dreamin'*. Ella no recordaba cuándo había sido la última vez que habían cantado siguiendo la radio, pero en los viejos tiempos solían hacerlo constantemente. Cuando Jimmy tenía tres años ya sabía la letra de *Pretty Woman* y a los cuatro era capaz de cantar *Cincuenta maneras para dejar a tu amante* sin saltarse una línea. Por primera vez en cinco años, estaba logrando pensar en Jimmy y a la vez sentir ganas de cantar.

Vivían en Laguna Niguel, al sur de Laguna Beach, en la parte oriental de las colinas de la costa. No tenían vistas al océano, pero gozaban de las brisas marinas que moderaban el calor del verano y el frío del invierno. Su barriada, como la mayor parte de las urbanizaciones del sur del condado, estaba trazada tan meticulosamente, que a veces parecía que sus planificadores hubieran concebido el diseño de la comunidad con espíritu militar. Pero la graciosa curvatura de las calles, las farolas de hierro con una artificial pátina verde, la precisa distribución de las palmeras, jacarandás y ficus benjamins, y los bien cuidados cinturones verdes con macizos de vistosas flores, tan sedantes para la vista y el espíritu, hacían desaparecer cualquier sensación subliminal de severidad.

Como artista, Lindsey creía que la mano del hombre podía crear tanta belleza como la Naturaleza misma, y que la disciplina resultaba fundamental para la creación del verdadero arte, toda vez que el arte se proponía el significado del caos de la vida. Por consiguiente, comprendía el estímulo de los diseñadores que habían estado trabajando incontables horas para coordinar el proyecto de la urbanización empezando por lo más importante y acabando por la configuración de las rejillas metálicas de las alcantarillas de las calles.

Su casa, en la que vivían desde la muerte de Jimmy, era un chalet de dos plantas de estilo italo-mediterráneo —todo el vecindario era italo-mediterráneo—, con cuatro dormitorios y un estudio, en estuco de color crema y con un tejado mejicano de baldosas. Dos ficus gigantes flaqueaban el camino de entrada. Luces de Malibú revelaban macizos

de impatiens y petunias, delante de los arbustos de azaleas con flores rojas. Entraron en el garaje acabando de comerse las últimas barras de *You Send Me*.

Mientras se turnaban en el cuarto de baño, Hatch encendió un fuego de gas que simulaba troncos de leña en la chimenea del cuarto de estar y Lindsey preparó un Baileys irlandés con hielo para los dos. Tomaron asiento en el sofá delante del fuego, extendiendo los pies sobre una gran otomana que hacía juego con el resto.

Todo el mobiliario tapizado de la casa era moderno, de líneas suaves y claros tonos naturales, y contrastaba gratamente con las numerosas piezas antiguas y los cuadros de Lindsey, dispuestos como telón de fondo. El sofá también era sumamente confortable, adecuado para conversar y, como había descubierto ella la primera vez, ideal para estar los dos juntos. Sorprendentemente, tras sentarse juntos vinieron las carantoñas y tras las carantoñas los besos, ¡válgame Dios, como si fueran dos adolescentes! La pasión, la desbordaba como no ocurría desde hacía años.

Las ropas fueron cayendo lentamente, como en una secuencia de fundidos cinematográficos, hasta que los dos quedaron desnudos sin saber siquiera por qué habían tomado esa decisión. Luego consumaron un misterioso acoplamiento, moviéndose juntos a un ritmo lento, bañados por la luz vacilante del fuego. La gozosa naturalidad de aquel acto, que partía de un movimiento de ensueño para alcanzar una agotadora urgencia, difería radicalmente de la artificial y obediente forma de hacer el amor que habían practicado durante los últimos cinco años. Lindsey creía casi que aquello era un sueño extraído de algunos recuerdos fragmentarios del erotismo de Hollywood. Pero a medida que deslizaba sus manos por los músculos de los brazos, de los hombros y de la espalda de él, a medida que se levantaba para recibir cada una de sus viriles acometidas, cuando hubo gozado de un orgasmo y luego de otro, y cuando le sintió relajarse dentro de ella y derretirse como el hierro fundido, entonces se encontró maravillosamente y comprendió bien que no se trataba de un sueño. Lo que había hecho era abrir finalmente los ojos después de un largo sueño crepuscular, y esta liberación no era sino un pleno despertar por primera vez durante años. El verdadero sueño de la vida real había ocurrido durante la pasada media década, una pesadilla que finalmente había llegado a su fin.

Dejaron las ropas diseminadas por el suelo, junto a la chimenea, y subieron la escalera para hacer el amor de nuevo, esta vez en una espaciosa cama china de estilo Imperio, con menos urgencia que antes y más ternura, con el acompañamiento de palabras susurrantes que casi parecían contener la lírica y la melodía de una canción silenciosa. El ritmo menos insistente permitió un goce más profundo de las exquisitas texturas de la piel, de la maravillosa flexibilidad de los músculos, de la firmeza de los huesos, de la maleabilidad de los labios y del sincopado latir de sus corazones. Cuando la marea del éxtasis subía y bajaba, en medio de la quietud siguiente, las palabras "te quiero" resultaban superfluas, pero se apreciaban y sonaban a música en los oídos.

Aquel día de abril, desde los primeros rayos de la mañana hasta que se rindieron al sueño, fue uno de los mejores de sus vidas. Irónicamente, la noche que siguió, tan aterradora y extraña, fue una de las peores de Hatch.

Hacia las once, Vassago había terminado con Redlow y había dispuesto de su cuerpo

de la manera más satisfactoria. Regresó al motel "Blue Skies" en el Pontiac del detective, se dio la larga ducha caliente que había pretendido tomar a primeras horas de la noche, se cambió de ropa y salió con la intención de no volver nunca. Si Redlow había trabajado allí, ya no era un lugar seguro.

Se alejó con el Camaro unas cuantas manzanas y lo abandonó en una calle de decrepitos edificios industriales, donde podría permanecer tranquilo unas semanas hasta que lo robaran o bien lo retirara la Policía. Llevaba utilizándolo un mes, después de cogerlo a una de las mujeres añadidas a su colección. Había cambiado las placas de matrícula unas cuantas veces, sustituyéndolas con las que robaba a otros coches aparcados, durante las horas anteriores al alba. Regresó andando al motel y se fue esta vez en el Pontiac de Redlow. No era tan elegante como el Camaro plateado, pero pensó que le serviría bastante bien durante un par de semanas.

Se dirigió a un club nocturno neopunky llamado "R.I.P.", en Huntington Beach, y aparcó en el extremo más oscuro del garaje. Sacó del maletero una bolsa de herramientas y usó un destornillador y unos alicates para intercambiar la placa de la matrícula con la de un destartado Ford gris aparcado junto a él. Luego avanzó hasta el otro extremo del garaje y volvió a aparcar allí.

La niebla, con la pegajosa sensación de una oosa muerta, venía avanzando desde el mar. Las palmeras y los postes del teléfono desaparecían como diluidos por la acidez de su manto, y los postes del alumbrado público se transformaban en luces fantasmagóricas a la deriva entre las tinieblas. Dentro, el club tenía todo lo que a él le gustaba. Ruido, suciedad y sombras. Olor a humo, a licor derramado, a sudores. La banda golpeaba los acordes más duramente que ningún músico que hubiera escuchado jamás y descargaba rabia pura en cada acorde convirtiendo la melodía en una voz mutante de alaridos. Los músicos estallaban en repetitivos y paralizantes ritmos con furia salvaje, tocando cada número tan alto que, con la ayuda de los gigantescos amplificadores, conmocionaban las sucias ventanas y le hacían casi sangrar los ojos.

La numerosa clientela derrochaba energía y abundaban las drogas de toda variedad; algunos de los clientes estaban borrachos y muchos eran peligrosos. En cuanto al vestir, el color preferido era el negro y por ello Vassago no desentonaba. Tampoco era el único que llevaba gafas de sol. Algunos clientes, tanto hombres como mujeres, tenían la cabeza rapada y no faltaban quienes lucían un cabello de crestas cortas, pero ninguno se inclinaba por las rimbombantes y frívolas crestas grandes, penachos de gallo y vistosos peinados multicolores que habían usado los primeros punkies. En la repleta pista de baile, las personas parecían empujarse unas a otras y pelearse entre ellas, tal vez meterse mano mutuamente en algunos casos, pero nadie de allí había tomado lecciones en un estudio de Arthur Murray ni visto *El tren de las almas*.

Sentado ante la descarnada, sucia y grasienta barra, Vassago señaló la Corona, una de las seis marcas de cerveza que aparecían en un estante. Pagó, cogió la botella de manos del barman, sin necesidad de cambiar con él palabra alguna, y se quedó allí de pie, escudriñando la multitud. Pocos clientes de los que estaban en la barra, o en las mesas, o incluso de los que permanecían de pie junto a la pared hablaban entre sí. La mayoría de ellos se mostraban taciturnos y en silencio, no porque el bombardeo de la música

dificultara la conversación, sino porque eran la nueva ola de jóvenes alienados, no solamente enemistados con la sociedad, sino también entre ellos mismos. Estaban convencidos de que nada importaba excepto la satisfacción propia, de que no valía la pena hablar de nada, de que ellos eran la última generación de un mundo sin futuro, abocado al exterminio.

Él conocía otros bares neopunkies, pero aquél era uno de los dos que había en los condados de Orange y Los Angeles —el área que muchos tipos de las cámaras de comercio gustaban de llamar la Tierra del Sur— realmente auténticos. Los otros servían a personas que gustaban aparentar un determinado estilo de vida, de la misma forma que a algunos dentistas y contables les gustaba ponerse botas camperas, pantalones tejanos descoloridos, camisas de cuadros y sombrero de cow-boy para ir a un bar estilo del Oeste y simular que eran vaqueros. En el "R.I.P." nadie intentaba disimular y todos te recibían allí con una mirada desafiante, como insinuando que querían de ti sexo o violencia y preguntando si podías darles una cosa o la otra. Si había que elegir entre ambas, muchos de ellos preferirían la violencia al sexo. Algunos buscaban algo que superase a la violencia y al sexo, sin tener una idea clara de lo que podía ser. Vassago era precisamente quien podía mostrarles aquello que estaban buscando.

El problema consistía en que al principio no vio a nadie que le atrajera lo suficiente para ser digno de pasar a engrosar su colección. Él no era un asesino rudo, que gustara de amontonar cadáveres por el mero hecho de amontonarlos. No le seducía la cantidad, sino que lo que más le interesaba era la calidad. Era un buen conocedor de la muerte. Si quería ganarse el camino de vuelta al Infierno, tendría que hacerlo con una oferta excepcional, una colección que fuera única tanto en su composición total como en la peculiaridad de cada uno de sus componentes.

Tres meses antes había hecho una adquisición en el "R.I.P.", una muchacha que insistía en llamarse Neon. Cuando la tuvo en el coche y quiso dejarla inconsciente no le bastó con un golpe pues la chica se defendió con una ferocidad estimulante. Incluso después, al recuperar el conocimiento en la planta más profunda de la Casa de las Sorpresas, se resistió violentísimamente a pesar de estar atada de pies y manos. Se revolvió y se agitó, mordiéndole, hasta que él le golpeó repetidas veces el cráneo contra el suelo de cemento.

Acababa de apurar su cerveza, cuando vio a otra mujer que le recordaba a Neon. Físicamente eran muy distintas, pero espiritualmente parecían iguales: mujeres duras, tormentosas por razones que no siempre entendían ellas mismas, demasiado mundanas para su edad y con la violencia latente de las tigresas. Neon medía uno sesenta de estatura, era trigüeña y de tez morena. Esta otra era rubia, de poco más de veinte años y venía a medir uno sesenta y ocho. Alta, delgada y flaca, tenía unos ojos cautivadores aunque fríos, con una sombra azul tan pura como la llama de gas. Llevaba una andrajosa chaqueta de algodón negra sobre un ajustado suéter también negro, una falda corta del mismo color y unas botas.

En una época en que los ademanes eran más admirados que la inteligencia, sabía comportarse para causar el mayor impacto posible. Se movía con los hombros echados hacia atrás y la cabeza erguida, casi arrogantemente. Su seguridad era tan intimidante

como una armadura de púas. Aunque todos los hombres del local ponían sus ojos en ella dando a entender que la deseaban, ninguno se atrevía a acercársele, pues parecía capaz de castrarlos de una sola palabra o mirada. Su poderosa energía sexual, en cambio, la convertía en el centro de interés de Vassago. Pensó que ella siempre atraería a los hombres, se percató de que los que había en la barra junto a él la estaban observando también en aquel momento y algunos no se sentirían intimidados por ella. Su salvaje vitalidad incluso hacía parecer tímida a Neon. Cuando sus defensas se derrumbaran, sería lébrica y repugnantemente fértil, y engordaría pronto al alojar una nueva vida convirtiéndose en una salvaje y prolífica yegua de cría.

Llegó a la conclusión de que en ella había dos grandes debilidades. La primera radicaba en su clara convicción de creerse superior a cuantos hombres encontraba a su paso y, por tanto, considerarse intocable y segura. Esa misma convicción había hecho posible que la realeza, en tiempos más inocentes, caminara por entre los plebeyos con la absoluta confianza de que a su paso todos se apartarían respetuosamente o caerían de rodillas con temor. La segunda debilidad consistía en su intensa agresividad, almacenada en su interior en tal medida que Vassago creía verla crepitar a través de su suave y blanca piel, igual que una sobrecarga de electricidad. Se preguntó de qué forma prepararía su muerte para que simbolizara mejor sus imperfecciones y pronto se le ocurrieron un par de ideas buenas.

Estaba con un grupo de unos seis hombres y cuatro mujeres, aunque no parecía relacionada con ninguno de ellos. En el momento en que Vassago trataba de decidirse a acercarse a ella, ella, sin que le sorprendiera mucho, se aproximó a él. El supuso que su encuentro era inevitable, pues al fin y al cabo, ellos dos eran las personas más peligrosas del baile.

Justo entonces la banda inició un descanso y el nivel de decibelios en el interior del club descendió a un punto que ya no era letal para los gatos. La rubia se arrimó a la barra. Se abrió a empujones un sitio entre Vassago y otro cliente, pidió una cerveza y abonó su importe. Cogió la botella de manos del barman, se volvió a Vassago y empezó a mirarle por encima del gollete abierto, del que surgía un penacho de vapor helado semejante al humo.

- ¿Eres ciego? —le preguntó.
- Para algunas cosas, señorita.
- ¿Señorita? —repitió con incredulidad.
- Él se encongió de hombros.
- ¿Por qué llevas gafas de sol? —volvió a preguntar ella.
- He estado en el Infierno.
- ¿Qué significado tiene eso?
- El Infierno es frío y oscuro.
- ¿En serio? Yo todavía no tengo gafas de sol.
- Allí se aprende a ver en la oscuridad total.
- Es una interesante sarta de mentiras.
- Por eso soy ahora tan sensible a la luz.
- Otra auténtica y diferente sarta de mentiras.

Él no dijo nada y ella bebió un trago de cerveza, sin dejar de mirarle. Vassago observó con agrado cómo funcionaban los músculos de su garganta al tragar.

—¿Sueles mentir siempre así o sólo cuando vas a marcharte? —preguntó la muchacha al cabo de un rato.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Me estabas observando —dijo ella.

—¿De veras?

—Exacto. Todos los burros de este local me están observando siempre.

Él la miró a los ojos, intensamente azules. Pensó que lo que podía hacer era sacárselos y volver a ponérselos del revés para que diera la impresión de estar mirando dentro de su propio cráneo.

En su sueño, Hatch estaba charlando con una bella rubia de mirada increíblemente fría. Su piel inmaculada era tan blanca como la porcelana y sus ojos parecían el hielo bruñido reflejando un claro cielo invernal. Se encontraban en la barra de un extraño establecimiento que no había visto nunca. Ella le miraba por encima del gollete de una botella de cerveza que sujetaba con la mano y se llevaba a la boca, lo mismo que si estuviera sujetando un falo. Pero la forma burlona en que bebía de ella y lamía el borde del cristal parecía más una amenaza que una invitación erótica. No podía oír nada de lo que decía ella y sólo percibía algunas palabras pronunciadas por él: "... estado en el Infierno... frío, oscuro... sensible a la luz... ". La rubia le estaba mirando y seguramente era él quien hablaba con ella, aunque las palabras no salían con su propia voz. De improviso se encontró mirando muy intensamente aquellos ojos glaciales y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, sacó una navaja automática y la abrió de golpe. Como si no sintiera ningún dolor, como si realmente ya estuviera muerta, la rubia no mostró ninguna reacción cuando él, manejando rápidamente la navaja como un látigo, le sacó un ojo de su órbita. Le dio la vuelta con las yemas de los dedos y volvió a colocarlo del revés, con el cristalino hacia adentro...

Hatch se incorporó. No podía respirar. El corazón le golpeaba como un martillo. Sacó las piernas de la cama y se puso de pie, como queriendo huir de algo, pero se limitó a aspirar aire, sin saber adónde debía ir corriendo en busca de refugio y seguridad.

Se habían quedado dormidos sin apagar la lámpara de la mesilla de noche, a la que habían puesto una toalla sobre la pantalla para amortiguar la luz mientras hacían el amor. La habitación estaba bastante iluminada para ver a Lindsey tendida en su lado de la cama, hecha un revoltijo con las sábanas. Estaba tan quieta que la creyó muerta. Tenía la disparatada sensación de haberla matado. Con una navaja automática. Entonces ella se revolvió y musitó algo entre sueños. Se estremeció y se miró las manos. Le temblaban.

A Vassago le satisfizo tanto su visión artística que sintió el impulsivo deseo de ponerle los ojos del revés allí mismo, en el bar, a la vista de todo el mundo. Pero se contuvo.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —preguntó ella, después de tomar un trago de cerveza.



—¿De qué..., de la vida? —dijo él.

—De mí.

—¿A usted qué le parece?

—Unas cuantas emociones —respondió ella.

—Algo más que eso.

—¿Un hogar y una familia? —preguntó, ahora sarcásticamente.

Vassago no respondió en seguida. Necesitaba tiempo para pensar pues aquella captura no le resultaba fácil. Era una clase de pez diferente y no quería arriesgarse a dar una respuesta equivocada y permitir que se le escapara del anzuelo. Pidió otra cerveza y bebió varios sorbos.

Cuatro miembros de una banda de repuesto se aproximaron al escenario con la misión de seguir tocando mientras descansaban los otros músicos. Pronto resultaría otra vez imposible la conversación y, lo más importante, cuando la atronadora música comenzara subiría la energía y la tensión en el club y ello podía anular la chispa existente entre él y la rubia. Quizás ella desechara entonces la idea de marcharse juntos. Finalmente, respondió a su pregunta, diciéndole una mentira acerca de lo que quería hacer con ella

—¿Conoce usted alguien a quien quisiera ver muerto?

—¿Y quién no?

—¿Quién es ese alguien?

—La mitad de las personas que he conocido.

—Me refiero a una persona en particular.

La chica empezó a comprender lo que estaba sugiriendo. Tomó otro sorbo de cerveza y siguió acariciando con la boca y los labios el cuello de la botella.

—Oye..., ¿esto es un juego o qué?

—Sólo lo que usted quiera que sea, señorita.

—Eres muy extraño.

—¿No es eso lo que le gusta?

—A lo mejor eres un poli.

—¿Lo cree realmente así?

Ella le miró intensamente a las gafas de sol, sin poder ver nada más que un ligero atisbo de sus ojos al otro lado de los cristales, densamente oscuros.

—No. No eres ningún poli.

—El sexo no es un buen tema para empezar —apuntó él.

—¿No, eh?

—La muerte es mejor tema de apertura. Hagamos un poco de muerte juntos y luego hagamos un poco de sexo. No se imagina lo intenso que eso puede ser.

Ella no dijo nada. Los músicos estaban ya cogiendo los instrumentos en el escenario.

—Esa persona en concreto que quisiera usted ver muerta..., ¿es un hombre? —preguntó él.

—Sí.

—¿Se puede ir en coche adonde vive?

—Está a veinte minutos desde aquí.

—Entonces, hagámoslo.

Los músicos empezaron a afinar sus instrumentos, en un ejercicio innecesario considerando la clase de música que iban a tocar. Más bien deberían tocar la música apropiada, y hacerlo bien, pues el local era la clase de club donde los clientes no dudarían en romper los instrumentos si no les gustaba la música.

—Tengo un poco de PCP. —Dijo finalmente la rubia—. ¿Quieres hacer algo conmigo?

—¿Polvo de ángel? Corre por mis venas.

—¿Tienes coche?

—Vamos

Al salir, Vassago abrió la puerta y le cedió el paso. Ella se echó a reír.

—Eres un hijo de puta muy raro.

El reloj digital que había en la mesilla de noche marcaba la 1.28 de la madrugada. Aunque Hatch sólo había dormido un par de horas, se encontraba totalmente despierto y no tenía ganas de tumbarse otra vez. Además, tenía la boca reseca, como si hubiera estado comiendo arena. Necesitaba un trago. La lámpara, cubierta por la toalla, le proporcionaba luz suficiente para dirigirse a la cómoda y abrir en silencio el cajón sin despertar a Lindsey. Tiritando, sacó una camiseta y se la puso. Sólo llevaba el pantalón del pijama, pero sabía que la fina chaqueta del pijama no le quitaría el frío.

Abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo, volviéndose antes a mirar a su dormida esposa. Aparecía muy bella a la tenue luz ámbar, con el pelo oscuro extendido sobre el blanco de la almohada, el rostro distendido, los labios ligeramente entreabiertos y una mano bajo la barbilla. La visión de ella, más que la camiseta, le dio calor. Entonces se acordó de los años que habían desperdiciado rendidos al dolor y los temores que le quedaban de la pesadilla se diluyeron en un torrente de pesar. Tiró de la puerta y la cerró silenciosamente al salir.

El vestíbulo del piso superior estaba sumido en las sombras, pero por el hueco de la escalera subía una luz mortecina procedente del vestíbulo de la planta baja. Cuando se levantaron del sofá del salón para dirigirse a la cama estilo Imperio, no se habían detenido a apagar las luces. Como una pareja de encandilados adolescentes, pensó esbozando una sonrisa. Cuando descendía por la escalera, recordó la pesadilla vivida y la sonrisa desapareció de su cara. La rubia. La navaja. El ojo. Le había parecido tan real.

Al llegar al pie de la escalera se quedó escuchando. Reinaba un extraño silencio en la casa. Sólo por oír el sonido, dio un golpecito con el nudillo en el primer barrote de la barandilla. El golpecito pareció más leve de lo que debía haber sido y el silencio que siguió fue más profundo que el de antes.

—Jesús, ese mal sueño me ha asustado de verdad —se dijo a sí mismo en voz alta. El sonido de sus propias palabras le resultó tranquilizador.

Sus pies descalzos producían un raro sonido de chapoteo en el suelo de roble del vestíbulo de abajo y todavía más fuerte en las baldosas de la cocina. Su sed era cada vez más acuciante. Sacó del frigorífico una lata de Pepsi, la abrió de golpe, inclinó hacia atrás la cabeza, y se echó un gran trago cerrando los ojos. No sabía a cola. Tenía gusto a cerveza.

Abrió los ojos y miró la lata frunciendo el rostro. Ya no era una lata. Era un botellín

de cerveza, de la misma marca que la del sueño: Corona. Ni él ni Lindsey bebían Corona. Las raras veces que tomaban cerveza, bebían la marca Heineken. El miedo le invadió como sacudidas a través de un cable. Luego notó que las baldosas del suelo de la cocina habían desaparecido. Estaba descalzo y de pie sobre grava, y las piedras se le clavaban en los pulpejos de los pies. Notó que el corazón se le desbocaba y miró en derredor de la cocina con la imperiosa necesidad de reafirmar que se hallaba en su casa, que el mundo no había adquirido una nueva y estrafalaria dimensión. Recorrió con la vista los conocidos armarios de madera blanca de abedul, las encimeras de granito negro, el lavavajillas, la lustrosa cara del microondas y quiso que la pesadilla terminara. Pero el suelo de grava continuaba allí y él seguía sosteniendo una cerveza Corona con la mano derecha. Se dirigió al fregadero con la intención de remojar un poco la cara, pero la pila había desaparecido. La mitad de la cocina se había esfumado y en su lugar aparecía un bar de carretera junto al que se veía una fila de coches aparcados y luego...

...dejó de estar en la cocina. Ya no quedaba nada de ella. Se hallaba al aire libre en una noche de abril, en la que una espesa niebla era iluminada por los destellos de neón rojo. Caminaba por un parking de grava, tras haber pasado junto a una fila de coches aparcados. Ya no estaba descalzo, sino que llevaba unos Rockports de color negro y suela de goma. Oyó que una mujer le decía:

—Me llamo Lisa. ¿Y tú?

Volvió la cabeza y vio a la rubia, que andaba a su lado manteniendo su paso con el suyo por el parking. En vez de responderla inmediatamente, se llevó la Corona a la boca, apuró hasta la última gota y arrojó la botella vacía sobre la grava.

—Me llamo...

...se quedó sin resuello al ver que la espuma de la Pepsi fría que había en el suelo saltaba y formaba un charco en torno a sus pies descalzos. La grava había desaparecido. Sobre las baldosas de Santa Fe color melocotón del suelo de su cocina relucía un charco de Pepsi, cada vez más grande.

Sentada en el Pontiac de Redlow, Lisa indicó a Vassago que enfilara la carretera del sur de San Diego. Se dirigieron hacia el Este por unas calles cubiertas de niebla y encontraron una salida a la carretera. Ella sacó entonces de la farmacia que era su bolso unas cápsulas que llamó PCP y los dos se las tragarón con lo que quedaba de cerveza.

El PCP era un tranquilizante que a menudo desarrollaba efectos contrarios en los seres humanos, excitándoles y despertando en ellos un frenesí destructivo. Resultaría interesante observar el efecto que causaba en Lisa, que parecía tener la conciencia de una serpiente. Para la muchacha el concepto de moralidad parecía resultar totalmente desconocido. Su sentido del poder y su superioridad no excluían que mirase al mundo con implacable odio y desprecio, una pizca de autodestrucción y se la veía ya tan llena de una agresividad y una rabia enfermizas y fuertemente contenidas, que parecía siempre a punto de estallar. Vassago sospechaba que con la ayuda del PCP sería capaz de alcanzar extremos muy divertidos de furia devastadora y sangrienta destrucción, que a él le resultarían muy estimulantes.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando se dirigían hacia el sur por la autopista. Los

faros taladraban la blanca niebla que ocultaba el mundo y parecía como si ellos pudieran inventar el paisaje y el futuro a la medida de sus deseos. Cualquier cosa que imaginaran podía adquirir su sustancia de la niebla y hacerse real delante de ellos.

—A El Toro —dijo ella.

—¿Es donde vive él?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—¿Necesitas saber su nombre?

—No, señora. ¿Por qué quiere verle muerto?

Se quedó mirándole con detenimiento durante un rato. Después sus labios dibujaron gradualmente una sonrisa en su rostro, como si fueran los cortes hechos con una navaja invisible de movimiento parsimonioso. Sus pequeños dientes blancos eran tan afilados como los dientes de una piraña.

—Tú hazlo, ¿quieres? —dijo ella—. Ve allí y mata al tipo ese para demostrarme que debo quererte.

—No quiero demostrar nada —repuso él—. Sólo lo hago porque puede divertirme. Como le dije a usted...

—Primero hagamos un poco de muerte juntos y luego hagamos un poco de sexo —terminó ella la frase por él.

Él siguió hablando con el único fin de que ella continuara hablando y se sintiera más a gusto a su lado.

—¿Vive en un apartamento o en una casa?

—¿Qué más da?

—En una casa hay muchos más modos de entrar y los vecinos no están tan cerca.

—Es una casa —informó ella.

—¿Por qué desea matarle?

—Él quería algo de mí; yo no quería nada de él, pero pensó que podía tomar lo que quisiera de cualquier modo.

—Puede que no sea fácil tomar nada de usted.

Los ojos de ella se volvieron más fríos que nunca.

—Cuando todo acabó, el bastardo se llevó unos puntos en la cara.

—¿Pero consiguió lo que quería?

—Era más fuerte que yo.

Dejó de mirarle y dirigió la vista hacia la carretera que tenían delante. Por el Oeste se había levantado una ligera brisa y la niebla ya no se arremolinaba perezosamente en la noche. Ahora se movía por la autopista como oleadas de humo de un vasto incendio, como si la costa estuviera quemada y todas las ciudades se hallaran incineradas, con sus ruinas ardiendo lentamente.

Vassago continuaba mirando fijamente su perfil, deseoso de ir con ella a El Toro y ver hasta qué profundidad de sangre era capaz de vadear en busca de venganza. Le hubiera gustado convencerla para que le acompañara a su escondite y se entregara a sí misma libre y voluntariamente para su colección. Lo supiera o no, ella quería muerte. Le estaría agradecida por el dulce dolor que representaría su billete a la condenación. Su

pálida piel era casi luminiscente sobre el negro de sus ropas y el odio tan intenso que henchía la hacía misteriosamente fúlgida. Ofrecería una visión incomparable cuando caminara hacia su destino entre la colección de Vassago y aceptara el golpe mortal, como un sacrificio voluntario para la repatriación de él al Infierno.

Sabía, empero, que ella no iba a acceder a su fantasía y a morir por él, aun cuando fuera la muerte lo que deseara. Ella moriría sólo por sí misma, cuando con el tiempo concluyera que tal determinación constituía su propio y más profundo deseo.

Tan pronto como empezara a comprender lo que en realidad pretendía de ella, se enfurecería violentamente y sería más difícil de controlar —y le causaría más daño— que Neon. Vassago prefería llevar viva cada nueva adquisición a su museo de la muerte para extraer de ella la vida bajo la mirada malévola del Lucifer de la Casa de las Sorpresas. Pero estaba convencido de que con Lisa no podría permitirse ese lujo. Iba a serle difícil someterla incluso con un golpe repentino e inesperado. Y una vez perdida la ventaja de la sorpresa, ella sería un feroz adversario.

No le preocupaba la perspectiva de resultar herido. Nada ni el dolor, podía atemorizarle. Al contrario, cada golpe que ella le propinara, cada corte que abriera en él, constituiría una exquisita emoción, un puro deleite. El problema estribaba en que ella fuera bastante fuerte para huir. No podía correr el riesgo de que escapara y no por temor a que le delatara a los polis. La chica vivía en un submundo lleno de suspicacia y desprecio por la Policía, impregnado de odio hacia ellos. Pero si escapaba de sus garras, perdería la oportunidad de añadirla a su colección. Y estaba convencido de que la tremenda y perversa energía de la muchacha iba a ser la ofrenda definitiva que le proporcionaría el aval de readmisión en el Infierno.

—¿Notas algo ya? —preguntó ella, sin dejar de mirar la niebla que había al frente, en la que circulaban a una peligrosa velocidad.

—Un poco —repuso él.

—Yo no siento nada. —Abrió otra vez su bolso y empezó a revolver lo que había dentro, sacando las píldoras y cápsulas que le quedaban de reserva—. Necesitamos algo de refuerzo que ayude a esta mierda a acelerar su efecto.

Mientras Lisa se entretenía en seleccionar la adecuada sustancia química capaz de potenciar el PCP, Vassago sujetó el volante con la mano izquierda y metió la derecha bajo el asiento para coger el revólver que había quitado a Morton Redlow. La chica levantó la cabeza en el preciso instante en que él le hundía el cañón del arma en el lado izquierdo. Si se percató de lo que estaba sucediendo, no mostró sorpresa alguna. Él disparó dos veces, matándola instantáneamente.

Hatch limpió con unas servilletas de papel la Pepsi derramada. Cuando se acercó al fregadero para lavarse las manos, seguía temblando, aunque no tanto como antes. El pánico, completamente devastador había cedido paso a la curiosidad. Presa de la incertidumbre, tocó el borde de metal inoxidable del fregadero y luego el grifo, como si pudieran disolverse con el contacto de su mano. Se preguntó cómo podía continuar soñando después de haber despertado. La única explicación, que no podía aceptar, era la locura.

Abrió el grifo, graduó el agua caliente y fría, bombeó un poco de jabón líquido y empezó a enjabonarse las manos mirando por la ventana de encima del fregadero, que daba al patio de atrás. El patio no estaba allí. En su lugar había una autopista. La ventana de la cocina se había convertido en el parabrisas de un coche. El pavimento, envuelto por la niebla y sólo revelado parcialmente por los focos de dos faros, avanzaba hacia él como si la casa estuviera deslizándose por encima a cien kilómetros por hora. Notó una presencia a su lado, donde no debería haber más que los dos hornos gemelos. Volvió la cabeza y vio a la rubia revolviendo en el interior de su bolso. Se percató de que él tenía algo en la mano, algo más sólido que la espuma de jabón, y vio que era un revólver... La cocina se desvaneció totalmente. Se encontraba ahora corriendo velozmente en un coche por la autopista envuelta en niebla, apretando el cañón del revólver contra el costado de la rubia. Horrorizado, cuando ella levantó la cabeza para mirarle, sintió que su dedo apretaba el gatillo una, dos veces. La chica se desplomó de lado a causa del doble impacto, mientras por todo el coche resonaba el ensordecedor estruendo de los disparos.

Vassago no había previsto lo que iba a ocurrir. El arma debía estar cargada con cartuchos "Magnum", pues los dos proyectiles golpearon a la rubia con más violencia de lo que había supuesto, lanzándola contra la puerta del pasajero. Bien porque la puerta no estuviera debidamente cerrada o porque algún proyectil rompiera la cerradura tras atravesar el cuerpo de Lisa, la puerta se abrió de par en par. El viento irrumpió dentro del Pontiac rugiendo como una bestia viviente y arrebató a Lisa engulléndola en la noche.

Pisó el freno a fondo y miró por el espejo retrovisor. Mientras la parte posterior del coche derrapaba, vio el cuerpo de la rubia rodando por el asfalto de la carretera. Quiso detenerse y retroceder para rescatarla, pero incluso a aquella hora muerta de la madrugada circulaban otros coches con él por la carretera. Aproximadamente a medio kilómetro de distancia tras él, divisó dos pares de faros con dos manchas de luz en medio de la niebla que se iban aclarando por momentos. Aquellos conductores encontrarían el cuerpo antes de que tuviera tiempo de llegar y subirlo otra vez al Pontiac.

Levantando el pie del freno, pisó el acelerador y lanzó el coche hacia la izquierda, cruzando dos carriles, y luego hacia la derecha de forma que la puerta, por su propia inercia, se cerró otra vez de golpe. Chirriaba dentro de su marco, pero no volvió a abrirse. Su pestillo debía ser al menos parcialmente eficaz. Aunque la visibilidad había descendido a unos treinta metros, puso el Pontiac a ciento treinta, lanzándose a ciegas contra el remolino de niebla. Dos salidas después abandonó la carretera y redujo rápidamente la velocidad. Por las calles de superficie salió de la zona tan rápidamente como le fue posible, pero obedeciendo los límites de velocidad no fuera acaso que algún policía lo detuviera y descubriese las manchas de sangre que seguramente habría diseminadas por el tapizado y en el cristal de la puerta del pasajero.

A través del espejo retrovisor, Hatch vio el cuerpo rodando por el pavimento y desvaneciéndose en la niebla. Luego, por un breve instante, vio reflejados el propio caballete de su nariz y sus propias cejas. Llevaba puestas unas gafas de sol aunque conducía de noche. No. No era él quien las llevaba. Las llevaba el conductor del coche y el

reflejo que estaba viendo no era el suyo propio. Aunque él pareciera ser el conductor, se dio cuenta de que no lo era, porque un brevísimo atisbo de los ojos que se escondían tras las gafas negras bastó para convencerle de que eran unos ojos peculiares, turbios y muy distintos de los suyos. Luego...

...volvió a encontrarse otra vez de pie en la cocina. Respiraba trabajosamente y emitía unos ahogados sonidos convulsos. Al otro lado de la ventana no se veía más que el patio trasero, sumido en la noche y en la niebla.

—¿Hatch?

Sobresaltado, se volvió. Lindsey estaba de pie ante la puerta, envuelta en su albornoz.

—¿Te ocurre algo?

Limpiándose en la camiseta las manos enjabonadas trató de hablar, pero el terror le había dejado mudo.

—¡Hatch! —exclamó Lindsey corriendo a su lado.

Se asió fuertemente a ella, aliviado de recibir su abrazo que le permitió articular al fin las palabras en la boca.

—¡He disparado contra ella, ha salido lanzada del coche, Dios Mío Todopoderoso, ha caído rodando por la carretera como una muñeca de trapo!

Lindsey preparó a Hatch el café que le había pedido. La bondad del delicioso aroma era un antídoto contra la extravagancia de aquella noche. Su fragancia, sobre todo, proporcionaba a Hatch una sensación de normalidad que aplacaba sus nervios. Se bebieron el café en la mesa del extremo de la cocina. Hatch insistió en cerrar la persiana Levolor de la ventana más cercana.

—Tengo la sensación... de que fuera hay algo... y no quiero que nos vea.

No fue capaz de explicar lo que quería decir con "algo". Entonces refirió a Lindsey lo que le había sucedido después de despertarse. Le narró el mal sueño con la rubia distante, lo de la navaja automática y lo del ojo mutilado, y Lindsey sólo tuvo una explicación que ofrecer.

—Aunque te pareciese otra cosa en ese momento, seguramente te bajarías de la cama sin estar despierto del todo y andarías como un sonámbulo. No te has despertado realmente hasta que entré en la cocina y pronuncié tu nombre.

—Yo no he sido nunca sonámbulo —protestó él.

—Nunca es demasiado tarde para contraer una nueva dolencia.

—No me vale esa respuesta.

—¿Entonces, qué explicación le das?

—No se me ocurre ninguna.

—Digamos que es sonambulismo —opinó ella.

Hatch se quedó mirando fijamente la taza de porcelana blanca que agarraba con las manos, como un zíngaro tratando de adivinar el futuro en los dibujos de luz formados sobre la superficie del negro brebaje.

—¿Has soñado alguna vez que eras otra persona distinta?

—Supongo que sí —repuso ella.

La miró muy serio.

—Déjate de suposiciones. ¿Has vivido alguna vez un sueño con los ojos de otra persona extraña? ¿Un sueño concreto, que puedas contarme?

—Bueno..., no. Pero estoy segura de haberlo tenido alguna vez. Después de todo, los sueños son como el humo. Se borran con mucha facilidad. ¿Quién los recuerda luego?

—Yo me acordaré de éste el resto de mi vida —aseguró él.

Aunque volvieron a la cama, ninguno de los dos pudo dormir otra vez. Quizá por culpa del café en parte. Ella pensó que Hatch había pedido el café con la esperanza de que no le dejara dormir y así evitar volver a la pesadilla. Bien, le había dado resultado. Permanecieron tendidos boca arriba, mirando al techo. Al principio, él se mostró reacio a apagar la lámpara de la mesilla, aunque sólo lo dio a entender con su vacilación al apretar la perilla. Era casi como un niño, lo bastante mayor para distinguir los verdaderos temores de los falsos, pero no lo suficiente para escapar a los falsos; convencido, en fin, de que había algún monstruo escondido debajo de la cama, pero con vergüenza de confesarlo.

Ahora, con la lámpara apagada y sólo el resplandor de las distantes farolas callejeras penetrando por entre las cortinas, la ansiedad de Hatch hizo presa en Lindsey. Sintió que no era difícil imaginar que algunas sombras del techo se movían como formas de murciélago-reptil-araña con singular cautela y malévolos propósitos. Charlaban en voz queda, intermitentemente, de nada en particular. Los dos sabían de lo que querían hablar, pero tenían miedo de afrontarlo. A diferencia de los bichos del techo y de las cosas que vivían bajo la cama de los niños, aquél era un miedo real. Una posible lesión en el cerebro. Hatch padecía pesadillas de desconcertante intensidad desde que había despertado en el hospital, reanimado. No las sufría cada noche, sino que podía dormir normalmente sin perturbaciones hasta tres o cuatro noches seguidas. Pero las pesadillas se le hacían más frecuentes, semana tras semana, y su intensidad iba en aumento.

No eran siempre los mismos sueños, pero contenían elementos similares. Violencia. Imágenes terroríficas de cuerpos desnudos y putrefactos, contorsionados en posturas peculiares. Los sueños se desdoblaban siempre desde el punto de vista de un extraño, desde la misma figura misteriosa, como si Hatch fuera un espíritu poseído por otro hombre, que no lograba controlarlo y llevarse. Las pesadillas empezaban o terminaban rutinariamente —o empezaban y terminaban —en el mismo emplazamiento: un conjunto de edificios extraños y de estructuras raras de difícil identificación, todas sin luz y vistas muy a menudo como una serie de siluetas inverosímiles contra el cielo nocturno. También veía habitaciones cavernosas y laberínticos corredores de hormigón, que vislumbraba pese a carecer de ventanas y de luz artificial. El lugar le resultaba familiar dijo, pero su identificación se le escapaba pues nunca veía lo bastante para poder reconocerlo.

Hasta aquella noche habían tratado de convencerse de que su padecimiento duraría poco. Hatch, como de costumbre, lo afrontaba todo con pensamientos optimistas. Las pesadillas carecían de importancia pues todo el mundo las tenía. A menudo se debían al estrés y, aliviado el estrés, desaparecían las pesadillas. Pero no le abandonaban del todo. Y ahora habían tomado un cariz nuevo y hondamente perturbador: el sonambulismo. O quizás estuviera empezando a sufrir despierto alucinaciones de las mismas imágenes que trastornaban su sueño. Poco antes del amanecer, Hatch extendió el brazo por debajo de las sábanas y agarró fuertemente la mano de Lindsey.



—Todo se arreglará. No es nada importante. Sólo un sueño.

—Lo primero que deberías hacer esta mañana es hablar con el doctor Nyebern —dijo ella, sintiendo que su corazón se hundía como una piedra en un pozo—. No hemos sido sinceros con él. Nos dijo que le comunicaras inmediatamente cualquier síntoma que apareciera...

—Esto no es ningún síntoma —replicó él, tratando de afrontarlo con el mejor talante.

—Síntomas físicos o mentales —añadió ella, preocupada por él y por ella misma si resultaba que algo malo le ocurría.

—Me han hecho todas las pruebas, la mayoría dos veces. Son como una garantía de buena salud. No hay ningún daño cerebral.

—Entonces, no tienes motivo de preocupación, ¿verdad? No hay razón alguna para demorar la visita a Nyebern.

—Si hubiera habido alguna lesión en el cerebro, habría aparecido inmediatamente. No es una cosa residual, que salga con retraso.

Guardaron silencio un rato. Ella ya no podía imaginar bichos en las sombras que se movían en el techo. Los falsos temores se habían evaporado en el momento en que él había mencionado el nombre del mayor miedo real al que se enfrentaban.

—¿Qué me dices de Regina? —preguntó ella, entonces.

Hatch consideró la pregunta un momento.

—Creo que deberíamos continuar con ello, rellenar los documentos..., naturalmente, suponiendo que ella quiera venirse con nosotros.

—¿Y si... tuvieras algún problema? ¿Y si empeorase lo tuyo?

—Arreglar los papeles para traerla a casa llevará unos días y para entonces ya tendremos el resultado de las pruebas. Estoy seguro de que me encontrarán bien.

—Te veo muy convencido.

—El estrés mata.

—¿Y si Nyebern encuentra algo verdaderamente grave...?

—Entonces, si es necesario, pediremos al orfanato que aplace la adopción. Si les decimos ahora que tengo problemas que no me permiten seguir adelante con los documentos, pueden cambiar de parecer respecto a la conveniencia de que la adoptemos. Podrían rechazarnos y podríamos perder la oportunidad de tener a Regina.

El día había sido prácticamente perfecto, desde la entrevista en el despacho de Salvatore Gijilio hasta sus prácticas amoratorias delante de la chimenea y luego sobre la vieja y espaciosa cama de estilo Imperio. Su futuro se divisaba brillante, lo peor había pasado. Por eso ella se aturdía al ver que, de súbito, se enturbiaba su horizonte.

—¡Dios mío!, Hatch, te quiero —le dijo.

Él se arrimó a ella en la oscuridad y la cogió entre sus brazos. Permanecieron abrazados bastante tiempo después que amaneciera, sin decirse nada, porque ya se lo habían dicho todo.

Más tarde, después de tomar una ducha y vestirse, bajaron a la cocina y bebieron un poco más de café sentados a la mesa. Por las mañanas acostumbraban a escuchar la radio, sintonizando una emisora de noticias. Por eso se enteraron de que una rubia llamada Lisa Blaine había recibido dos disparos y había sido arrojada desde un coche en marcha en la

autopista de San Diego la noche antes... precisamente cuando Hatch, estando en la cocina, había tenido la visión de apretar el gatillo de una pistola y de ver rodar un cuerpo al paso del coche.

Por razones que no podía comprender, Hatch se sintió impulsado a examinar la parte de la autopista donde había sido encontrada la mujer muerta.

—Tal vez averiguemos algo —fue la única explicación que pudo ofrecer.

Cogieron su nuevo Mitsubishi y viajaron hacia el Norte por la autopista de la costa. Luego recorrieron una serie de calles de superficie en dirección al centro comercial "South Coast Plaza", donde entraron en la autopista de San Diego en la dirección Sur. Hatch quería llegar al lugar del crimen siguiendo la misma dirección que llevaba el asesino la noche antes. A las nueve y cuarto, el tráfico de la hora punta debería haber disminuido, pero todos los carriles seguían congestionados. Avanzaban hacia el Sur intermitentemente, envueltos en el humo de los tubos de escape, del que se salvaban gracias al aire acondicionado de su coche.

La niebla marina que había surgido del Pacífico durante la noche se había diluido. Los árboles se movían bajo la brisa primaveral y los pájaros se precipitaban describiendo arcos vertiginosos sobre un cielo sin nubes e intensamente azul. El día no daba motivos a nadie para pensar en la muerte.

Pasaron por la salida del MacArthur Boulevard, luego por Jamboree, y a cada vuelta que daban las ruedas Hatch sentía aumentar la presión muscular de su cuello y sus hombros. Le abrumaba la misteriosa sensación de realmente haber estado siguiendo, aun sin moverse de casa, aquella ruta la noche antes, cuando la niebla había desdibujado el aeropuerto los hoteles, los edificios de despachos y las distantes colinas de color oscuro.

—Se dirigían a El Toro —dijo él, ofreciendo un detalle que no había recordado hasta entonces. Quizás acabara de percibirlo gracias a un sexto sentido.

—A lo mejor es allí donde vivía ella..., o donde vive él.

—No lo creo —repuso Hatch frunciendo el ceño.

Mientras seguían circulando muy despacio en medio del complicado tráfico, comenzó a recordar no sólo los detalles del sueño, sino las sensaciones del mismo, la tensa atmósfera de violencia inminente. Tenía las manos pegajosas y le resbalaban por el volante. Se las secó en la camisa.

—Creo que la rubia, en cierto modo —dijo Hatch—, era tan peligrosa como yo... como él...

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Es sólo la sensación que tuve entonces.

El sol brillaba con luz trémula produciendo destellos sobre la multitud de vehículos que se movían hacia el Norte y hacia el Sur en dos grandes ríos de acero, cromo y vidrio. Afuera, la temperatura rondaba los veintisiete grados, pero Hatch tenía frío. Ante una señal que les indicaba la proximidad de la salida de Culver Boulevard, Hatch se inclinó un poco hacia delante. Quitó la mano derecha del volante y palpó con ella debajo de su asiento.

—Fue aquí donde él buscó el arma... La sacó... Ella estaba buscando algo en su bolso. Hatch no se hubiera sorprendido de encontrar un arma bajo su asiento, pues todavía

le acompañaba el recuerdo, aterradoramente claro, de la fluidez con que el sueño y la realidad se habían mezclado, separado y vuelto a mezclar la noche antes. ¿Por qué no también ahora, a la luz del día incluso? Dejó escapar un suspiro de alivio cuando descubrió que en el espacio de debajo de su asiento no había nada.

—La Policía —dijo Lindsey.

Se hallaba tan ensimismado en los acontecimientos de su pesadilla que no se percató inmediatamente de las palabras de Lindsey. Luego divisó unos coches patrulla blancos y negros, y otros vehículos de policía aparcados a lo largo de la interestatal. Los agentes de uniforme recorrían el arcén de la autopista con el cuerpo inclinado escudriñando la hierba seca de las inmediaciones y estudiando el sucio terreno que tenían delante. Sin duda, estaban realizando una exhaustiva búsqueda para encontrar algo que pudiera haber caído del coche del asesino antes, durante o después de arrojar a la rubia.

Se dio cuenta de que todos los agentes llevaban gafas de sol, lo mismo que él y Lindsey. La intensa luz del día molestaba a los ojos. Pero también el asesino llevaba gafas negras cuando miró por el espejo retrovisor. ¿En nombre de Dios, por qué las llevaría en la oscuridad de una densa niebla? Llevar gafas negras en una noche de mal tiempo era algo más que una afectación o una excentricidad. Resultaba misterioso.

Hatch todavía llevaba en la mano el arma imaginaria, sacada de debajo de su asiento. Pero como avanzaban mucho más lentamente de lo que lo hacía el coche del asesino, todavía no habían llegado al lugar donde se disparó el revólver.

El tráfico no era tan lento porque la hora punta resultara más intensa que de costumbre, sino porque los automovilistas aflojaban la marcha para mirar a la Policía. Era lo que los informadores radiofónicos del tráfico llamaban el "atasco de los mirones".

—Realmente iba lanzado con el coche —dijo Hatch.

—¿Con tanta niebla?

—Y con gafas negras.

—Qué estúpido —comentó Lindsey.

—No. Es un tipo listo.

—A mí me suena a estupidez.

—Un osado. —Hatch trataba de meterse en la piel del hombre cuyo cuerpo habían compartido juntos en la pesadilla, pero no le resultaba fácil. En el asesino había algo extraño que se resistía firmemente al análisis—. Es un hombre extremadamente frío..., frío y oscuro en su interior... No piensa como tú y como yo... —Hatch trataba de encontrar palabras para describir cómo le había parecido el asesino—. Sucio. —Meneó la cabeza—. No quiero decir que estuviera sin lavarse, nada de eso. Más bien parece como si... como si estuviera contaminado. —Dio un suspiro y desistió—. De todos modos, es muy temerario. No le asusta nada. Cree que nada puede dañarle. Pero su caso no es temeridad verdaderamente. Porque... en cierto modo tiene razón.

—¿Qué estás insinuando... que es invulnerable?

—No. No exactamente. Pero nada de lo que pudieras hacerle... le afectaría.

Lindsey se abrazó a sí misma.

—Le presentas como... algo inhumano.

En aquel momento, la Policía centraba su búsqueda de pruebas en un tramo de

cuatrocientos metros al sur de la salida del Culver Boulevard. Cuando Hatch llegó a aquel punto el tráfico empezó a circular más deprisa. El arma imaginaria en su mano derecha pareció cobrar más sustancia e incluso pudo sentir en la palma el frío acero. Apuntó a Lindsey con el fantasmal revólver y la miró, y ella hizo una mueca. La vio claramente, pero también pudo ver en su recuerdo la cara de la rubia cuando la alzó del bolso con demasiado poco tiempo para reaccionar ni mostrar sorpresa.

—Aquí, justamente aquí; dos disparos tan rápidamente como yo... como él pudo tirar del gatillo —dijo Hatch, estremeciéndose porque le era más fácil volver a capturar el recuerdo de la violencia que el talante y el maligno espíritu del pistolero—. Dos enormes agujeros en la mujer. —Lo podía ver nítidamente—. Jesús, fue espantoso. —Realmente estaba siendo el protagonista de ello—. Cómo la desgarraron. Y qué sonido tan atronador, semejante al fin del mundo.—Le subió a la boca el regusto amargo de los ácidos gástricos—. Los impactos la lanzaron contra la puerta, instantáneamente muerta, pero la puerta se abrió totalmente de pronto. Él no esperaba que se abriera la portezuela. La necesitaba como parte de su colección actual, pero ella salió despedida y se perdió en la noche, rodando por el asfalto como un fardo de heno.

Capturado por su memoria onírica, Hatch pisó a fondo el pedal del freno, igual que había hecho el asesino.

—¡Hatch, no!

Un coche, luego otro y después otro giraron bruscamente alrededor de ellos entre reflejos de chapa, cristales ahumados y clamor de bocinas, evitando milagrosamente la colisión. Desembarazándose de su recuerdo, Hatch volvió a acelerar y se incorporó al flujo del tránsito, consciente de que le miraban fijamente desde los otros coches. Pero no le importó que le mirasen con insistencia, pues había cogido el rastro como si fuera un sabueso. No se guiaba por el olfato. Era algo indefinido lo que tiraba de él, tal vez las vibraciones psíquicas, alguna perturbación del éter hecha por el mensaje del asesino como la aleta de un tiburón corta la superficie del mar, aunque el éter no se había recompuesto con la presteza del agua.

—Pensó en volver a recogerla, pero al ver que no había esperanzas siguió adelante —continuó Hatch, consciente de que su voz se había hecho baja y algo rasposa, como si estuviera narrando unos secretos dolorosos de revelar.

—Entonces yo entré en la cocina y te encontré haciendo unos extraños y ahogados sonidos —dijo Lindsey—. Te agarrabas al borde del mármol con una fuerza capaz de quebrar el granito y creí que estabas sufriendo un ataque al corazón...

—Conducía muy rápido —siguió Hatch, acelerando sólo ligeramente—, a ciento veinte o ciento treinta, incluso a más, deseoso de alejarse de allí antes de que los coches que iban detrás de él encontraran el cuerpo.

Lindsey comprendió que él no estaba especulando sólo sobre lo que había hecho el asesino.

—Estás recordando más de lo que has soñado, más de cuando entré en la cocina y te desperté.

—No estoy recordando —replicó él con voz ronca.

—¿Entonces qué estás haciendo?

—Sintiendo.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. —No sabía dar una explicación mejor—. De alguna forma —susurró. Siguió la línea sobre el pavimento a través de aquel enorme terreno llano, que parecía oscurecerse a pesar del brillante sol mañanero, como si el asesino hubiera dejado rezagada tras él una vasta estela de sombra que continuaba allí horas más tarde—. Ciento treinta... ciento cuarenta o casi ciento cincuenta kilómetros por hora... sin más visibilidad que escasos metros por delante. —Si en aquella profunda niebla hubiera habido algún otro coche, el asesino hubiera desencadenado una dramática colisión—. No cogió la primera salida, deseaba seguir más adelante... continuar... continuar avanzando...

Casi no redujo la marcha a tiempo de tomar la salida para la carretera nacional 133, que se convertía en la carretera del cañón y entraba en Laguna Beach. En el último instante pisó con fuerza el freno y dio un golpe de volante hacia la derecha. El Mitsubishi resbaló al salir por la interestatal, pero Hatch aminoró la velocidad e inmediatamente recuperó el control.

—¿Salió por aquí? —preguntó Lindsey.

Hatch cogió la nueva carretera de la derecha.

—¿Se metió en Laguna?

—No... lo creo.

Se detuvo por completo ante un cruce marcado con una señal de stop y se arrimó al arcén. Al frente aparecía el campo abierto y unas colinas revestidas de hierba oscura y crespa. Si traspasaba el cruce y seguía recto iría a parar a Laguna Canyon, donde los promotores todavía no habían conseguido asolar el campo y erigir más urbanizaciones. Kilómetros de breñales salpicados de robles flanqueaban la ruta del cañón hasta llegar a Laguna Beach. El asesino también podía haber doblado a la izquierda o a la derecha. Hatch miró en cada dirección, buscando cualesquiera signos invisibles que le hubieran guiado hasta allí.

—¿No sabes adónde fue desde aquí? —preguntó Lindsey al cabo de un momento.

—Al escondite.

—¿Eh?

Hatch parpadeó, sin estar seguro de por qué había elegido aquella palabra.

—Regresó a su escondite... debajo de la tierra...

—¿De la tierra? —preguntó Lindsey. Intrigada, escudriñó las resacas colinas.

—...a la oscuridad...

—¿Quieres decir que se metió bajo tierra en alguna parte?

—...al frío, al frío silencio...

Hatch permaneció sentado un rato, mirando fijamente el cruce de carreteras mientras se aproximaban y después desaparecían algunos coches. Había llegado al final del rastro. El asesino no estaba allí; sabía todo aquello, pero ignoraba adónde había ido el hombre. No le llegaba ningún rastro más, excepto, curiosamente, el dulce sabor del chocolate de las galletas "Oreo", tan intenso como si acabara de morder una de ellas.

En La Cabaña de Laguna Beach tomaron un tardío desayuno de patatas fritas, huevos, bacon y tostadas con mantequilla. Después de haber muerto y resucitado, Hatch no se preocupaba ya de cosas tales como el nivel de colesterol o los efectos a largo plazo de la inhalación pasiva del humo de los cigarrillos ajenos. Suponía que llegaría el día en que los pequeños riesgos parecerían grandes otra vez y volvería de nuevo a una dieta rica en frutas y verduras y a mirar con ceño a los fumadores que contaminaban de suciedad el aire a su paso; y sabía que volvería a abrir una botella de buen vino con una mezcla de deleite y de severa conciencia sobre las consecuencias del consumo de alcohol sobre la salud. Por el momento apreciaba la vida demasiado para preocuparse indebidamente de perderla otra vez. Por ello estaba resuelto a no permitir que los sueños y la muerte de la rubia le impidieran tal aprecio. Los alimentos ejercieron un efecto tranquilizador. Cada bocado que daba a la yema del huevo le aplacaba más los nervios.

—Bueno —dijo Lindsey, tomando su desayuno con menos afán que Hatch—, supongamos que después de todo hubiera algún daño cerebral. No grande, sino tan pequeño que no apareciese en las pruebas. No lo suficientemente malo como para causar parálisis, problemas de pronunciación o algo semejante. A lo mejor, por un increíble golpe de suerte, en una proporción de uno entre mil millones, este daño cerebral ha tenido un inesperado efecto que puede ser beneficioso. Podría haber dejado sueltas algunas conexiones en el tejido cerebral y hacer de ti un médium.

—Tonterías.

—¿Por qué?

—Yo no soy un médium.

—¿Entonces cómo lo llamarías?

—Y si yo fuera un médium, no diría que eso es beneficioso.

Como había pasado la hora punta del desayuno, en el restaurante no había excesivo trajín. Las mesas más cercanas a ellos estaban vacías, pero aunque podían hablar sobre los acontecimientos de la mañana sin temor a que le escucharan Hatch miraba con aire cohibido a su alrededor.

Inmediatamente después de la reanimación de Hatch, los medios de comunicación acudieron en masa al Hospital General del condado de Orange y en los días siguientes a su alta médica, los reporteros acamparon prácticamente a la puerta misma de su casa. Después de todo, él había pasado muerto más tiempo que nadie de los vivos, lo que le hacía candidato, por un tiempo considerablemente superior, a los quince minutos de fama pronosticados por Andy Warhol para el destino futuro de todas las personas en una Norteamérica obsesionada por la celebridad. Pero no había hecho nada para ganar esa fama. No la quería. Él no había luchado para escapar a la muerte; le habían rescatado Lindsey, Nyebern y el equipo de reanimación. Él era una persona normal, que se contentaba con el silencioso respeto de los mejores tratantes en antigüedades que conocían su tienda y comerciaban algunas veces con él. De hecho, aunque sólo hubiera contado con el respeto de Lindsey, aunque sólo fuera famoso a los ojos de ella y por ser un buen marido, eso ya le bastaba. A fuerza de negarse a hablar con la Prensa acabó convenciéndolos de que le dejaran en paz y se fueran en busca de otra cabra recién nacida con dos cabezas —o su equivalente— que se prestara a llenar el espacio de los periódicos o

un minuto de tiempo en las ondas del aire entre anuncios de desodorantes.

Ahora bien, si revelara que había venido de entre los muertos con un extraño poder capaz de hacerle conectar con la mente de un homicida psicópata, el enjambre de periodistas descendería de nuevo sobre él. No podía tolerar ni siquiera pensarlo. Consideraba más fácil soportar la plaga de abejas asesinas o una colmena de representantes de Hare Krishna con cuencos de recaudación y ojos vidriosos de trascendencia espiritual.

—Si no se trata de un poder psíquico, ¿qué es entonces? —insistió Lindsey.

—No lo sé.

—Eso no me sirve.

—Puede que haya sucedido, pero no se repita. Puede que fuera chiripa.

—Tú no crees eso.

—Bueno..., quiero creerlo.

—Tenemos que afrontarlo.

—¿Por qué?

—Tenemos que tratar de entenderlo.

—¿Por qué?

—No digas "por qué" como un niño de cinco años.

—¿Por qué?

—En serio, Hatch. Ha muerto una mujer. Es posible que no sea la primera. Ni la última.

Dejó el tenedor en su plato medio vacío y bebió un trago de zumo de naranja para ayudar a pasar las patatas fritas.

—De acuerdo, está bien, es una visión parapsicológica, sí, como las que aparecen en las películas. Pero es algo más que eso. Más que escalofriante.

Cerró los ojos tratando de encontrar una analogía. Cuando la halló, los abrió y volvió a mirar el restaurante para asegurarse de que no se habían sentado nuevos comensales cerca de ellos. Después miró con pesadumbre su plato y lanzó un suspiro al ver que los huevos se estaban enfriando.

—¿Has oído hablar —preguntó— de los gemelos idénticos que son separados al nacer y criados a miles de kilómetros de distancia por familias adoptivas completamente distintas, y, sin embargo, de mayores llevan vidas similares?

—Claro que lo he oído. ¿Y qué?

—Aun siendo criados aparte, en ambientes totalmente distintos, eligen carreras similares, alcanzan los mismos niveles económicos, se casan con mujeres de aspecto semejante e incluso ponen a sus hijos los mismos nombres. Resulta misterioso. Y aunque no sepan que son mellizos, aunque a cada uno le hayan dicho que era hijo único al ser adoptado, los dos sentirán lo mismo estando separados por muchos kilómetros, aunque no conozcan a quién o qué están sintiendo. Les une un vínculo que nadie puede explicar, ni siquiera los especialistas en genes.

—¿Y qué aplicación puede tener esto en tu caso?

Él dudó un instante y luego cogió el tenedor. Prefería comer en vez de charlar. Comiendo estaba seguro. Pero ella no le dejaría salirse con la suya. Los huevos, su

tranquilizante, se le estaban congelando en el plato. Volvió a dejar a un lado el tenedor.

—A veces —siguió Hatch— veo a través de sus ojos cuando estoy durmiendo, y ahora hay momentos incluso en que puedo sentirle ahí también despierto. Sí, es como esas tonterías sobrenaturales de las películas. Pero también siento ese... ese lazo con él que no sé realmente explicar o describirte, aunque te empeñes en pedirme que lo haga.

—¿No estarás diciendo que piensas que es hermano gemelo tuyo o algo parecido?

—No, nada de eso. Él es mucho más joven que yo, tal vez no tenga más de veinte o veintiún años. Y no hay relación sanguínea. Pero es esa clase de vínculo, esa disparatada afinidad mística, como si este individuo y yo compartiéramos algo, tuviéramos en común cierta cualidad fundamental...

—Como por ejemplo...

—No lo sé. Ojalá lo supiera. —Hizo una pausa y decidió ser enteramente veraz—. O tal vez no quiera saberlo.

Después, cuando la camarera hubo recogido sus platos vacíos y les hubo servido un café bien fuerte, Hatch dijo:

—No creas que voy a ir a los polis a ofrecerles mi ayuda, si es eso en lo que estás pensando.

—Existe el deber de...

—Muy bien, pero no se me ocurre nada que pueda ayudarlos.

Ella sopló su café, que quemaba.

—Sabes que iba conduciendo un Pontiac.

—No creo ni que fuera suyo.

—¿De quién, entonces?

—Robado, tal vez.

—¿Es ésa otra de las cosas que sentiste?

—Sí. Pero no sé qué aspecto tiene él, cómo se llama, dónde vive, nada útil.

—¿Qué pasaría si llegara a ti algo de eso? ¿Qué pasaría si vieras algo que pudiera ayudar a los polis?

—Entonces les haría una llamada anónima.

—Ellos tomarán la información más en serio si se la das en persona.

Hatch se sentía violado por la intrusión en su vida de aquel desconocido psicótico y aquella violación le causaba enojo porque temía más a su propia furia que al desconocido, al aspecto sobrenatural de la situación o a la posibilidad de un daño cerebral. También le horrorizaba la necesidad de verse impulsado a descubrir que llevaba encerrado en su interior dispuesto para explotar el fuerte temperamento de su padre.

—Se trata de un caso de homicidio —dijo—. En una investigación por asesinato, la Policía se toma en serio cualquier informe que se le dé, aunque sea anónimo. No voy a dar motivos para que me saquen otra vez en primera plana.

Abandonaron el restaurante, cruzaron la población y se dirigieron a Harrison's Antiques, donde Lindsey tenía un estudio de arte en la planta de arriba, además del que tenía en casa. Su trabajo artístico se veía revitalizado cuando pintaba con un regular cambio de ambiente.

Desde el coche, el océano se veía sembrado de luminosas lentejuelas entre algunos



edificios, a la derecha. Lindsey volvió a hacer hincapié en el punto en el que había insistido durante el desayuno, porque sabía que la única grieta seria en el carácter de Hatch era su tendencia a dejarse llevar fácilmente. El fallecimiento de Jimmy era la única cosa mala que él no había logrado racionalizar, minimizar y arrojar de su mente. E incluso eso había tratado de ahogarlo, antes que enfrentarse a su dolor, motivo por el cual su dolor había tenido ocasión de acrecentarse. Dentro de poco tiempo, él empezaría a quitar importancia a lo que le acababa de ocurrir.

—Todavía tienes que ir a ver a Nyebern —dijo ella.

—Supongo que sí.

—Sin dudarlo.

—Si hay algún daño cerebral que es el causante de los trastornos relacionados con ese psicópata, convéncete de que ha sido un daño benévolo.

—¿Y si es degenerativo y empeora?

—No lo creo —replicó él—. En todo lo demás, yo me siento bien.

—Tú no eres médico.

—De acuerdo —aceptó. Frenó ante el semáforo que había en el cruce para dirigirse a la playa pública situada en el corazón de la ciudad—. Le llamaré, pero esta tarde a última hora tenemos que ver a Gujilio.

—Pero no dejes de presionar a Nyebern para ver si puede recibarte.

El padre de Hatch había sido un tirano de temperamento explosivo y lengua afilada inclinado a someter a su esposa y disciplinar a su hijo mediante dosis regulares de abuso verbal en forma de mofas obscenas, agudos sarcasmos o, simplemente, claras amenazas. Cualquier cosa, o nada en absoluto, le hacía estallar, debido a que, secretamente, gustaba de la irritación y buscaba con afán nuevos motivos para explotar. Se creía un hombre no destinado a ser feliz... y se esforzaba por cumplir este destino haciendo de él y de cuantos le rodeaban unos desgraciados. Quizá temeroso de encerrar también él dentro un temperamento violento, o quizá sólo porque su vida había sido demasiado tumultuosa, Hatch se había esforzado conscientemente siempre por ser tan suave como su padre había sido duro, tan dulcemente tolerante como su padre había sido intolerante, tan magnánimo como su padre implacable y tan resuelto a encajar todos los golpes de la vida como había estado su padre para devolverlos, aun siendo golpes imaginarios. En consecuencia, Hatch era el mejor hombre que Lindsey había conocido; el mejor, en años-luz o en cualquier medida que la bondad fuese calculada: a manojos, a cubos llenos, a bocanadas. A veces, sin embargo, Hatch volvía la espalda a las cosas desagradables con las que debía enfrentarse, antes de arriesgarse a tomar contacto con cualquier emoción negativa que le recordara remotamente la paranoia y el mal genio de su padre.

La luz del semáforo cambió de rojo a verde, pero tres muchachas con bikini cruzaban todavía el paso de peatones, cargadas con bolsas de playa en dirección al mar. Hatch no sólo esperó que cruzaran, sino que observó con sonrisa apreciativa el modo en que adornaban sus trajes.

—Me retracto —dijo Lindsey.

—¿De qué?

—Estaba pensado en el buen muchacho que eres, demasiado bueno, incluso; pero,

obviamente, eres un canalla lujurioso.

—Un canalla bueno, no obstante.

—En cuanto lleguemos a la tienda llamaré a Nyebern —dijo Lindsey.

Hatch cruzó con el coche aquella parte del pueblo en dirección a la colina, pasando por el viejo "Hotel Laguna".

—De acuerdo. Pero no pienso decirle que me he convertido repentinamente en un médium. Es un buen hombre, pero le resultará imposible guardar una noticia así y ya veo mi cara en la portada del National Enquirer. Además, yo no soy exactamente un médium. No sé que diablos soy... aparte de un canalla lujurioso.

—¿Entonces, qué vas a decirle?

—Sólo lo suficiente acerca de los sueños para que sepa lo perturbadores y molestos que son, a ver si ordena que me hagan las pruebas necesarias. ¿Te parece bien?

—Creo que así tendrá que ser.

En las negras profundidades sepulcrales de su escondite, enroscado desnudo sobre el sucio y grumoso colchón, y profundamente dormido, Vassago veía sol, arena, el mar y tres muchachas en bikini a través del parabrisas de un coche rojo. Estaba soñando y era consciente de ello, lo que le producía una peculiar sensación. Siguió soñando. También veía a la mujer de pelo y ojos negros con la que había soñado el día anterior, viéndola sentada detrás del volante de aquel mismo coche. La había visto en otros sueños, una vez en una silla de ruedas, cuando ella estaba riendo y llorando al mismo tiempo.

La encontraba más interesante que aquellas monadas con escasas ropas de playa, pues era inusualmente vital. Radiante. A través del hombre desconocido que conducía el coche, Vassago sabía de alguna manera que la mujer había considerado una vez la posibilidad de abrazar la muerte, que había dudado al borde mismo de la activa o la pasiva autodestrucción y que había rechazado una tumba prematura...

...agua, sentía una tumba de agua, fría y sofocante, de la que escapaba por los pelos...

...a partir de entonces había estado más llena de vida, energía y salud que antes. Había engañado a la muerte. Vassago la odiaba por eso, pues en el servicio a la muerte era donde él encontraba el significado de su propia existencia. Trató de alargar la mano y tocarla a través del cuerpo del hombre que iba conduciendo el coche pero no lo consiguió. Sólo era un sueño. Los sueños no podían ser controlados. Si hubiera conseguido tocarla, ella se habría arrepentido de haber vuelto de una muerte relativamente indolora, por ahogo, como hubiera sido la suya.

## CAPITULO 5

Regina casi creía que había muerto y había ascendido al Cielo, cuando se fue a vivir con los Harrison, si no fuera porque tenía su propio cuarto de baño y ella no creía que en el Cielo nadie tuviera su propio cuarto de baño porque allí nadie necesitaba bañarse. En el Cielo no estaban estreñidos permanentemente ni nada por el estilo y, sin duda, no hacían sus cosas en público, ¡por amor de Dios! (con perdón de Dios) porque nadie en su sano juicio hubiera querido ir al Cielo si se tratara de un sitio donde tuvieras que mirar por dónde andabas. Lo que ocurría era simplemente que en el Cielo desaparecían todas las preocupaciones de la existencia terrenal. En el Cielo ni siquiera tienes un cuerpo; probablemente no eres más que una esfera de energía mental, una especie de globo lleno de gas dorado y resplandeciente que flota entre los ángeles cantando alabanzas a Dios; cosa bastante extraña el pensar en esos resplandecientes y cantores globos, y sin nada más que hacer para eliminar residuos que expulsar un poco de gas de vez en cuando, que ni siquiera olería mal, pues se parecería probablemente al fragante incienso de la iglesia o al perfume.

Recordaría eternamente aquel primer día en la casa de los Harrison, a última hora de la tarde de un lunes veintinueve de abril, porque todos fueron muy felices. Ni siquiera mencionaron la verdadera razón por la que le habían dado a elegir entre un dormitorio en el piso de arriba y un gabinete en la planta baja que podía convertirlo en dormitorio.

—Una cosa en favor del gabinete —dijo el señor Harrison— son sus vistas. Son mejores que las del cuarto de arriba.

Llevó a Regina a los grandes ventanales que, daban a un jardín de rosas bordeado de grandes helechos. Las vistas eran preciosas.

—Puesto que eres amante de los libros —dijo la señora Harrison— tendrías todos esos estantes para que puedas irlos llenando con tu colección.

En realidad, aunque no se lo dieron a entender, los Harrison pensaban que Regina podía encontrar molestas las escaleras. Pero no era así. A decir verdad, le gustaban las escaleras, amaba las escaleras, desayunaba subiendo y bajando escaleras. Los del orfanato la habían instalado en el primer piso hasta que a los ocho años descubrió que le habían asignado acomodo en la planta baja debido a la ruidosa pretina de su pierna y a su deformada mano derecha, por lo que inmediatamente solicitó que la pusieran en el tercer piso. Las monjas no le hicieron caso y ella cogió una rabieta, pero las hermanas sabían manejar la situación. Entonces trató de fulminarlas con la mirada, pero como las monjas no podían ser fulminadas se puso en huelga de hambre hasta que, finalmente, las monjas se rindieron a su petición. Vivió en el tercer piso durante más de dos años y jamás usó el ascensor. Cuando eligió el piso de arriba en la casa de los Harrison sin haberlo visto siquiera, ninguno de ellos trató de disuadirla, ni comentaron en voz alta si sabía lo que se "hacía", ni movieron una sola pestaña. Por eso los quiso.

La casa era agradable, tenía las paredes de color crema, las maderas blancas y un mobiliario moderno mezclado con antigüedades, cuencos y jarrones chinos, y todo así.

Cuando le enseñaron la casa, Regina se sintió tan peligrosamente torpe como había simulado ser en el despacho del señor Gujilio. Se movía con exageradas precauciones, temerosa de tropezar con los preciados objetos y desatar una reacción en cadena que se propagase por toda la habitación; que cruzase la puerta para entrar en la sala inmediata y desde allí recorriese el resto de la casa, de modo que cada bello tesoro chocaría con el siguiente, como las fichas de un dominó en un campeonato mundial, porcelanas con doscientos años de antigüedad caerían destrozadas, viejas piezas de mobiliario se reducirían a palillos de fósforos y quedarían finalmente convertidas en montones de cascajo inservible, recubiertas por la costra de lo que había sido una fortuna en diseño de interiores.

Estaba tan absolutamente segura de que aquello iba a suceder, que se apresuraba a forzar su mente, habitación tras habitación, para encontrar algo que decir cuando se desencadenara la catástrofe, cuando la última fuente de exquisito cristal de cande hiciese añicos la última mesa que en un tiempo fuera propiedad del Primer Rey de Francia. "¡Ay!", no parecía apropiado, ni tampoco "¡Jesús!", puesto que ellos pensaban que habían adoptado a una buena muchacha católica y no a una pagana malhablada (con perdón de Dios); ni tampoco servía decir que "alguien me ha empujado", pues eso era una mentira y el mentir te proporcionaba un billete para el Infierno, aunque ella sospechaba que, de todas formas, iba a ir al Infierno, considerando que no podía dejar de pensar en vano en el nombre del Señor y de usar vulgaridades. Ningún globo de gas resplandeciente sería para ella.

Todas las paredes de la casa estaban cubiertas de cuadros, y Regina notó que las piezas más maravillosas llevaban la misma firma estampada en el ángulo inferior derecho: Lindsey Sparling. Aunque estaba hecha un lío, era lo bastante inteligente para comprender que el nombre de Lindsey no constituía una mera coincidencia y que Sparling debía ser el nombre de soltera de la señora Harrison. Eran las pinturas más extrañas y bonitas que Regina había visto en su vida, algunas de ellas tan luminosas y llenas de buen sentido que hacían sonreír, y otras, oscuras y melancólicas. Deseó pasar mucho rato delante de ellas, como empapándose de su contenido, pero temió que los señores de Harrison la tomaran por una farsante y una adúladora que fingía interés como disculpa por las burlas que había hecho en el despacho del señor Gujilio sobre los cuadros pintados en terciopelo.

Sin embargo, recorrió toda la casa sin romper nada hasta la última habitación que era la suya. Era más grande que ninguna de las del orfanato y no tenía que compartirla con nadie. Las ventanas estaban cubiertas por unas contraventanas blancas de tipo tropical. El mobiliario incluía una mesa escritorio de rincón y una silla, una librería, un sillón con su escabel, unas mesillas de noche con lamparitas... y una imponente cama.

—Es aproximadamente de 1850 —le explicó la señora Harrison, cuando Regina deslizó lentamente la mano sobre la bella cama.

—Inglesa —añadió el señor Harrison—. Caoba con decoración pintada a mano bajo varias capas de laca.

Las rosas de color rojo y amarillo oscuro, y las hojas verde esmeralda que había en la cabecera, en la barandilla y en los pies de la cama parecían estar vivas. No era que tuvieran una tonalidad brillante sobre la madera fuertemente coloreada, sino que

aparecían tan lozanas y frescas que Regina estaba segura de poder captar su aroma si arrimaba la nariz a los pétalos.

—A una jovencita como tú quizá le parezca un poco antigua, un poco sofocante... —aventuró la señora Harrison.

—Sí, por supuesto —añadió el señor Harrison—, podemos llevarla a la tienda, venderla y dejarte escoger algo que te guste, algo más moderno. Esta habitación fue amueblada para los huéspedes.

—No —se apresuró a decir Regina—, me gusta, de veras que me gusta. ¿Puedo quedármela, quiero decir aunque sea tan cara?

—No es tan cara —dijo el señor Harrison—, y ni que decir tiene que puedes quedarte cualquier cosa que se te antoje.

—O deshacerte de lo que quieras —añadió la señora Harrison.

—Menos de nosotros —acabó el señor Harrison—. Me temo que formamos parte de la casa.

El corazón de Regina latía con tanta fuerza que apenas podía respirar de felicidad. Y de miedo. Era todo tan maravilloso... pero seguramente no duraría. Nada tan bueno podía durar mucho tiempo.

Unas puertas correderas con espejos cubrían una pared de la habitación y la señora Harrison mostró a Regina un armario detrás de los espejos. El armario más grande del mundo. Tal vez un armario así de grande fuera necesario si se era una estrella de cine, o uno de esos hombres sobre los que ella había leído, a los que les gustaba vestirse a veces con ropas femeninas, en cuyo caso necesitarían un vestuario femenino y otro masculino. Pero aquél era mucho más grande del que ella necesitaba; tenía sitio para guardar diez veces la ropa que ella poseía.

Miró con cierto embarazo las dos maletas de cartón piedra que había traído de St. Thomas, que contenían todas sus posesiones en este mundo, y por primera vez en la vida se dio cuenta de que era pobre. Resultaba verdaderamente peculiar no haberse dado cuenta antes de su pobreza, toda vez que era una huérfana que no había heredado nada. Bueno, nada aparte de una pierna de pega y una mano derecha deforme a la que le faltaban dos dedos. Como si leyera sus pensamientos, la señora Harrison habló entonces:

—Vámonos de compras.

Se fueron al centro comercial "South Coast Plaza", donde compraron muchísima ropa, libros y todo lo que ella quiso. Regina temía que estuvieran gastando demasiado y fueran a tener que comer judías durante un año para equilibrar el presupuesto familiar —a ella no le gustaban las judías—, pero ellos no fueron capaces de captar sus insinuaciones sobre las virtudes de la frugalidad. Finalmente tuvo que frenarles so pretexto de que la debilidad de su pierna la estaba molestando.

Al salir de la galería de tiendas fueron a cenar a un restaurante italiano. Ella había comido dos veces fuera, pero sólo en un local de comida rápida en donde el propietario sirvió hamburguesas y patatas fritas a todos los niños del orfanato. Aquél era un verdadero restaurante donde había tanto que admirar que apenas podía comer, defenderse en la conversación de la mesa y disfrutar del sitio, todo al mismo tiempo. Las sillas no estaban hechas de plástico endurecido, ni tampoco los cuchillos y los tenedores.

Los platos no eran de papel o poliestireno, y las bebidas venían en vasos adecuados lo que debía significar que los clientes de los restaurantes de verdad no eran tan toscos como los de los sitios de comidas rápidas y podían fiarse de ellos con las cosas rompibles. Las camareras no eran adolescentes y servían la comida directamente en la mesa en vez de entregarla a través de un mostrador, junto a la caja registradora. ¡Y no te la hacían pagar hasta después de habértela comido!

Más tarde, ya de vuelta a la casa de los Harrison, cuando Regina hubo desempaquetado sus cosas, se hubo cepillado los dientes y puesto el pijama, se hubo quitado el aparato de la pierna y metido en la cama, los Harrison entraron a desearle buenas noches. El señor Harrison se sentó en el borde de la cama y le dijo que al principio todo podía parecerle extraño, incluso inquietante, pero que muy pronto se sentiría a gusto. Luego la besó en la frente.

—Que tengas dulces sueños, princesa —le dijo.

Luego fue la señora Harrison la que se sentó también en el borde de la cama. Le habló durante un rato de todas las cosas que iban a hacer juntas los días próximos y a continuación besó a Regina en la frente.

—Buenas noches, querida. —Y apagó la luz del techo al salir por la puerta hacia el pasillo.

Como a Regina no le habían dado jamás un beso de buenas noches, no supo qué responder. A algunas monjas les gustaba abrazar y de vez en cuando les agradaba darte un abrazo afectuoso, pero ninguna de ellas era besucona. Por lo que Regina podía recordar, un parpadeo de las luces de los dormitorios era la señal para estar en la cama en quince minutos, y cuando las luces se apagaban definitivamente cada niño tenía que arrojarse por su cuenta. Ahora la habían arrojado dos veces y le habían dado dos besos de despedida, todo en la misma noche, y le había cogido tan de sorpresa que no había besado a cambio a ninguno de los dos. Ahora se daba cuenta de que quizá debía haberlo hecho.

—Eres una chiflada, Regina —se dijo en voz alta.

Tumbada en su magnífica cama, con las rosas pintadas trepando alrededor en medio de la oscuridad, Regina imaginó la conversación que mantendrían ellos en aquel momento en su dormitorio:

¿Te ha dado un beso de buenas noches?

No, ¿y a ti?

No. Tal vez sea muy reservada.

Tal vez sea un neurótico demonio infantil.

Sí, como el niño del Presagio.

¿Sabes lo que me preocupa?

Que venga y nos deguelle mientras dormimos.

Escondamos todos los cuchillos de la cocina.

Y también las herramientas peligrosas.

¿Guardas todavía la pistola en la mesita de noche?

Sí, pero ningún arma la detendrá.

Gracias a Dios que tenemos un crucifijo.

Nos turnaremos para dormir.

Envíala mañana al orfelinato.

—Estás chiflada —repitió Regina—. Mierda. —Suspiró— Lo siento, Señor. —Luego juntó la manos en actitud de rezo y dijo en voz baja—: Dios mío, si convences a los Harrison de que me den otra oportunidad, nunca más volveré a decir mierda y seré una chica mejor. —Aquello no parecía un trato demasiado bueno bajo el punto de vista de Dios, así que le ofreció otros sacrificios—: Continuaré teniendo un promedio A en el colegio, no volveré a echar jalea en la pila del agua bendita y pensaré seriamente si me hago monja. —Todavía era poco— Y me comeré las judías. —Eso tenía que valer. Dios probablemente se sentía orgulloso de las judías. Al fin y al cabo, Él había creado todas las clases de judías que existían. Su negativa a comer judías verdes, habichuelas, frijoles, blancas y toda clase de judías estaba sin duda anotada en el Cielo, donde ella estaría inscrita en el Gran Libro de Insultos a Dios: Regina, actualmente diez años de edad, piensa que Dios metió realmente la pata cuando creó las judías. Lanzó un bostezo. Se sentía ya mejor sobre sus oportunidades con los Harrison y sobre sus relaciones con Dios, pese a no sentirse más a gusto respecto al cambio de dieta. De cualquier forma, se quedó dormida.

Lindsey se lavaba la cara en el cuarto de baño principal limpiándose los dientes y cepillándose el cabello, mientras Hatch hojeaba el periódico sentado en la cama. Leía la primera página de ciencia por ser donde estaba la verdadera noticia de aquellos días. Luego pasó a la sección de entretenimientos y leyó su tira favorita de comics antes de volver finalmente a la sección A, donde las más recientes hazañas de los políticos eran tan aterradoras y misteriosamente divertidas como de costumbre. En la página tres vio la historia de Bill Cooper, el repartidor de cerveza cuyo camión habían encontrado atravesado en la carretera de la montaña aquella fatídica noche nevada de marzo.

A los dos días de haber sido resucitado, Hatch había oído decir que el camionero había sido acusado de conducir embriagado y que el porcentaje de alcoholemia en su sangre era el doble del señalado por la ley para ser condenado. George Glover, el abogado de Hatch, le preguntó si deseaba demandar a Cooper o a la empresa para la que trabajaba, pero Hatch no era amante de los litigios. Además, temía quedar empantanado por el lerdo y espinoso mundo de los abogados y tribunales. Estaba vivo y eso era lo único que importaba. Sin la denuncia de Hatch, el fiscal promovería de oficio una acusación contra el camionero por conducir en estado de embriaguez y ya le satisfacía dejar que continuara así el sistema.

Había recibido dos cartas de William Cooper, la primera cuatro días después de su reanimación. Era una carta aparentemente sincera, aunque extensa y obsequiosa, en la que se disculpaba y solicitaba su perdón y que le había sido enviada al hospital donde Hatch desarrollaba sus ejercicios de fisioterapia. "Demándeme si lo desea —escribía Cooper—. Me lo merezco. Le daría cuanto usted quisiera, aunque no tengo mucho pues no soy un hombre rico. Pero con independencia de que me demande usted o no, espero muy sinceramente que su generoso corazón me perdone de una forma u otra. De no haber sido por el doctor Nyebern y su maravilloso equipo, seguro que usted estaría muerto y yo llevaría su muerte en mi conciencia el resto de mis días." Divagaba así a lo largo de cuatro páginas, con una caligrafía apretada, menuda y a veces enigmática.

Hatch contestó a Cooper con una breve nota en la que le aseguraba que no tenía intenciones de demandarle ni abrigaba animosidad alguna contra él. También le instaba a buscar asesoramiento sobre el problema del abuso de alcohol si es que no lo había hecho ya.

Unos días después, cuando Hatch vivía ya de nuevo en su casa y se había reincorporado a su trabajo, tras haber soportado la tormenta de los periodistas, le llegó una segunda misiva de Cooper. Inexplicablemente, Cooper le pedía ayuda para recuperar su trabajo de camionero, del que había sido despedido a causa de las acusaciones que la Policía formuló en contra suya. "Es cierto que ya me habían pillado dos veces conduciendo borracho —escribía Cooper—, pero en ambos casos iba conduciendo mi coche, en mi tiempo libre, no durante las horas de trabajo. Ahora me he quedado sin empleo y están tratando de quitarme el carnet de conducir, lo cual me pone las cosas más difíciles. Quiero decir que ¿cómo voy a encontrar un nuevo trabajo sin el carnet? Por su amable respuesta a mi primera carta, deduzco que ha demostrado usted ser un excelente caballero cristiano, así que si usted hablara en mi favor sería una gran ayuda para mí. A fin de cuentas, usted no ha terminado muerto y, de hecho, ha sacado de todo este asunto mucha publicidad, que sin duda debe haberle ayudado considerablemente en su negocio de antigüedades."

Asombrado y singularmente furioso, Hatch archivó la carta sin contestarla. Y pronto la apartó de su mente, pues le espantó el enojo que surgía de su interior cada vez que pensaba en ella. Ahora, según la breve historia de la página tres del periódico, el abogado de Cooper había conseguido que le absolvieran de todos los cargos que le imputaban basándose en un solo error técnico en el procedimiento de la Policía. El artículo del periódico incluía un resumen de tres frases y una absurda referencia a que Hatch "ostentaba el actual récord de haber estado muerto el tiempo más largo hasta su exitosa resucitación", como si hubiera preparado la difícil prueba con la esperanza de ganarse un lugar en el próximo Libro Guinness de los Récords.

Otras revelaciones del artículo obligaron a Hatch a lanzar improperios en voz alta y a ponerse rígido sobre la cama al leer que Cooper iba a demandar a su patrono por despido improcedente y que esperaba recuperar su trabajo o, en su defecto, una enjundiosa liquidación económica. "He sufrido una considerable humillación a manos de mi antiguo jefe, a consecuencia de la cual mi salud se ha visto afectada por serios problemas de estrés —declaraba Cooper a los periódicos, desembuchando obviamente la declaración escrita de su abogado, aprendida de memoria—. Eso a pesar de que el señor Harrison me ha escrito para decir que me considera inocente de lo sucedido aquella noche."

La ira obligó a Hatch a bajar de la cama. Sentía la cara encendida y le temblaban incontrolablemente las manos. Ridículo. Un borracho bastardo estaba tratando de recuperar su empleo usando como aval la compasiva nota de Hatch, tergiversando completamente lo que él había escrito en ella. Era un engaño. Era incomprensible.

—¡Qué inaudita frescura! —exclamó Hatch, furioso, apretando los dientes.

Dejó caer a sus pies la mayor parte del periódico y, estrujando con la mano derecha la página que contenía el artículo, salió precipitadamente del dormitorio y bajó las escaleras de dos en dos. Al entrar en el despacho arrojó el periódico sobre el escritorio, abrió airadamente una puerta del armario y tiró del cajón superior de los tres que tenía



una consola archivadora.

Había archivado las cartas manuscritas de Cooper y, aunque no tenían membrete impreso, sabía que el camionero había incluido un número telefónico además del remite en ambas misivas. Se hallaba tan turbado que pasó de largo el legajo en el que estaban guardadas —rotulado como ASUNTOS VARIOS— y maldijo en voz baja pero con fluidez al no encontrarlo. Luego volvió a empezar por el principio y lo sacó. Mientras repasaba su contenido, otras cartas se deslizaron fuera del legajo y cayeron ruidosamente a sus pies. La segunda carta de Cooper llevaba un número de teléfono cuidadosamente escrito a mano en la parte superior. Hatch volvió a meter el desarreglado legajo en el archivo y corrió al teléfono del escritorio. Le temblaba tanto la mano que no era capaz de leer el número, así que dejó la carta sobre el papel secante, bajo el cono de luz que proyectaba la lámpara de latón de la mesa. Marcó el número de William Cooper, con intención de echarle una bronca. La línea estaba ocupada. Hundió el dedo pulgar en el botón desconectando y marcó de nuevo. Seguía ocupada.

—¡Hijo de perra!

Colgó de golpe, pero volvió a levantar el aparato, pues era lo único que podía hacer para desahogarse. Marcó el número por tercera vez usando el botón automático redial. Naturalmente, seguía comunicando, pues todavía no había transcurrido más de medio minuto desde que lo había intentado. Colgó el auricular dando un golpe tan fuerte que casi rompió el teléfono. La pueril rabieta de su reacción le espantaba hasta cierto punto, pero aquella parte suya estaba fuera de control y la sola conciencia de su exaltación no le ayudaba a recuperar el dominio de sí mismo.

—¿Hatch?

Alzó la cabeza con sorpresa al oír pronunciar su nombre y vio a Lindsey, con la bata de baño puesta, de pie en la entrada, entre el ropero y el vestíbulo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¿Que qué pasa? —exclamó él, sintiendo que su furia crecía irracionalmente, como si ella estuviera en cierto modo aliada con Cooper y quisiera hacerle ver que ignoraba aquel último giro de los acontecimientos—. Te diré lo que pasa. ¡Han exculpado a ese bastardo de Cooper! ¡El hijo de perra me mata, me echa de la maldita carretera y me mata, luego queda libre de culpa y ahora tiene la desfachatez de intentar usar la carta que le escribí para recuperar su empleo! —Levantó el periódico arrugado y se lo mostró casi con aire acusador, como si ella supiera ya su contenido—. ¡A recuperar su trabajo... para que pueda seguir echando y matando a más gente de la maldita carretera!

Lindsey, con aspecto preocupado y confuso, entró en el cuarto ropero.

—¿Que le han exculpado? ¿Cómo es eso?

—T tecnicismos. ¿No resulta curioso? ¡Un policía escribe mal una palabra en la citación o algo parecido, y el tipo queda libre!

—Cálmate, querido...

—¿Que me calme? ¿Que me calme? —Agitó otra vez el periodico arrugado—. ¿Sabes qué otra cosa dice aquí? El imbécil ha vendido su historia a este asqueroso periódico sensacionalista, el mismo que anduvo detrás de mí y que rechacé. De modo que ahora este borracho hijo de perra les vende a ellos su historia sobre... —estaba tan enfadado que

asperjaba de saliva al hablar; cuando encontró el artículo empezó a leerlo—, sobre "su dura prueba emocional y el papel que desempeñó en el rescate que salvó la vida del señor Harrison". ¿Qué parte tuvo él en mi rescate? Salvo que usó su onda de radio pidiendo ayuda después de que nos saliésemos de la carretera, ¡lo cual no nos habría ocurrido si él no hubiera estado allí de aquella forma! ¡No sólo conserva su permiso de conducir y probablemente vuelva a su antiguo trabajo, sino que está sacando dinero de este asunto! ¡Si lograra poner mis manos sobre ese bastardo, le mataría, te juro que lo haría!

—No estás hablando en serio —dijo ella, impresionada.

—¡Puedes estar segura de que sí! ¡El irresponsable y codicioso bastardo! Me gustaría pisarle unas cuantas veces la cabeza para meterle dentro un poco de sensatez, sumergirle en aquel río helado...

—Querido, baja la voz...

—Por qué diablo voy a bajar la voz en mi casa...

—Vas a despertar a Regina.

No fue la mención de la muchacha lo que le sacó de su ciega rabia, sino el ver su imagen en el espejo de la puerta del armario situado al lado de Lindsey. No parecía realmente él y por un instante vio a un joven con un espeso cabello oscuro cayéndole sobre la frente, con gafas de sol y vestido de negro. Sabía que estaba viendo al asesino, pero el asesino parecía ser él. En aquel momento eran la misma persona. Aquel aberrante pensamiento —y la imagen del joven— se fue al cabo de un segundo o dos, dejando a Hatch contemplando su propia imagen.

Aturdido, no tanto por la alucinación como por aquella momentánea confusión de identidad, Hatch se miró fijamente en el espejo y se horrorizó, lo mismo por lo que veía ahora como por el breve vislumbre que había tenido del asesino. Parecía apoplético. Tenía el cabello en desorden, su rostro estaba rojo y contorsionado por la rabia, y sus ojos... eran los de un loco. Se recordó a sí mismo a su padre, lo cual era inconcebible, intolerable.

Había olvidado la última vez que había estado así de enfadado. De hecho, jamás había experimentado aquella cólera incomparable y hasta aquel momento se había imaginado a sí mismo incapaz de alcanzar un estallido de rabia o el intenso enojo que podía conducir a ella.

—No... no sé que ha sucedido.

Soltó la arrugada página del periódico y ésta golpeó sobre el escritorio y cayó al suelo con un crujiente ruido de frufre, que trajo a su recuerdo una imagen inexplicablemente viva...

...hojas secas y oscuras arrastradas por la brisa sobre el pavimento cuarteado de un derruido y abandonado parque de atracciones.

...y durante un momento él estaba allí, rodeado por la maleza que brotaba por entre las grietas del asfalto, las hojas muertas que formaban remolinos, la luna mirando ferozmente desde lo alto por entre las complicadas traviesas al aire libre de la vía de una montaña rusa. Luego se encontró otra vez en su despacho, apoyándose sin fuerzas sobre el escritorio.

—¿Hatch?

La miró parpadeando, incapaz de hablar.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, acercándose rápidamente a su lado y tocándole el brazo con precaución, como temiendo que pudiera hacerse añicos a su contacto... o tal vez como esperando que él respondiera a su contacto con un fuerte acceso de furia. Pero Hatch la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Lindsey, lo siento. No sé lo que ha sucedido, qué ha ocurrido dentro de mí.

—No pasa nada.

—No, no es cierto. Me encontraba tan... tan furioso...

—Estabas enfadado, eso es todo.

—Lo siento —repitió él, con voz triste.

Aunque a ella sólo le pareciera un enfado, Hatch sabía que había sido algo más que eso, algo extraño, una cólera espantosa. Una terrible excitación. Una psicosis. Había sentido la depresión bajo sus pies, como si estuviera balanceándose al borde de un precipicio, apoyando únicamente los talones sobre el terreno firme.

A los ojos de Vassago, el monumento a Lucifer proyectaba una sombra incluso en la absoluta oscuridad, pero él podía todavía seguir viendo y disfrutando de los cadáveres en sus posturas de degradación. Estaba embelesado por el collage orgánico que había compuesto, por la contemplación de las formas humilladas y por el hedor que surgía de ellas. Su sentido del oído no era ni remotamente tan desarrollado como el de su visión nocturna, pero no creía que fueran sólo fruto de su imaginación los leves y húmedos sonidos de la descomposición, ante los que él se movía llevando el compás, como haría un amante de la música ante los acordes de Beethoven.

Cuando súbitamente se sintió abrumado por la rabia, no supo a ciencia cierta la causa. Al principio fue una especie de furia tranquila, curiosamente desenfocada. Se abrió a ella, disfrutó de ella y la alimentó para hacerla crecer. Por su mente pasó entonces la visión relampagueante de un periódico. No podía verlo con claridad, pero algo que había en una página era la causa de su cólera. Entornó los ojos cuanto pudo como si ello pudiera ayudarle a ver mejor las palabras. La visión pasó, pero la rabia permaneció. La alimentaba igual que un hombre feliz podía forzar conscientemente una risa más allá de su natural extensión sólo porque el sonido de la risotada le alentaba. Las palabras brotaron impulsivamente. "¡Qué inaudita frescura!"

No tenía ni idea de dónde había salido aquella exclamación, como tampoco había sabido por qué había pronunciado el nombre de "Lindsey" en voz alta en aquel salón de Newport Beach, hacía varias semanas, cuando comenzaron aquellas raras experiencias. Repentinamente, se sintió tan impulsado por la rabia que dio la espalda a su colección, cruzó a grandes zancadas la enorme cámara, subió a la rampa por donde en otro tiempo se balancearon navegando las góndolas de gárgola y salió al exterior, en medio de la noche. La luna le obligó a ponerse otra vez las gafas negras. Sentía la necesidad de moverse, de seguir adelante, y llegó al centro del parque abandonado, sin estar seguro de a quién o qué estaba buscando, lleno de curiosidad por lo que sucedería a continuación.

Por su mente pasaron unas ráfagas de imágenes como fragmentadas, sin que ninguna permaneciera el tiempo suficiente para permitir su contemplación: un periódico, un gabinete con estantes para libros, un mueble archivador, una carta escrita a mano, un

teléfono... Avanzaba cada vez más deprisa, girando repentinamente hacia nuevas avenidas o aventurándose por pasadizos más angostos entre los decadentes edificios, en una infructuosa búsqueda del claro eslabón que le relacionara con el origen de las fugaces imágenes que aparecían y desaparecían de su mente.

Cuando pasó por la montaña rusa, la fría luz de la luna caía sobre el complicado laberinto de traviesas reflejándose de tal forma en la vía, que confería a las cintas gemelas de acero la apariencia de dos raíles de hielo. Levantó la vista para mirar fijamente la monolítica —y repentinamente misteriosa— estructura, y se escapó de él una colérica exclamación: "¡Sumergirle en aquel río helado!"

Una mujer dijo: Querido, baja la voz.

Aunque sabía que la voz había salido de su interior como complemento sonoro de las visiones fragmentadas, Vassago se volvió a buscarla. Ella estaba allí, en el ropero. Se encontraba de pie a aquel lado de la entrada, donde no tenía que estar, sin ninguna pared verdadera en derredor. A la izquierda de la entrada, a la derecha y por encima sólo estaba la noche. Y el callado parque de atracciones. Pero más allá de la entrada, al otro lado de la mujer que había de pie en ella, estaba lo que parecía ser el vestíbulo de una casa, una pequeña mesa con un jarrón de flores y una escalera curva que daba acceso al piso de arriba.

Era la misma mujer que tiempo atrás había visto en sus sueños, primero sentada en una silla de ruedas y más recientemente en un automóvil rojo que circulaba por una autopista bañada en el sol. Al dar un paso hacia la mujer, ésta dijo: Despertarás a Regina.

Vassago se detuvo, no porque temiese despertar a Regina, quienquiera que fuese la condenada de Regina, ni porque le faltaran ganas, que no le faltaban, de poner las manos encima de la mujer —¡tenía tanta vitalidad!—, sino porque se vio reflejado de cuerpo entero en la zona gris de la puerta, un espejo que flotaba de manera inverosímil en el aire de la noche. Desprendía muchos reflejos, salvo que no era él sino un desconocido que no había visto nunca, de su mismo tamaño pero tal vez del doble de su edad, delgado y sano, con el rostro demudado por la rabia.

El furioso semblante dio paso a otro de conmoción y disgusto, y tanto Vassago como el hombre de la visión dejaron de mirar al espejo y se dirigieron a la mujer de la puerta.

—Lindsey, lo siento —dijo Vassago.

Lindsey. El mismo nombre que había pronunciado tres veces en aquel salón de Newport Beach. Hasta ahora no había asociado el nombre a aquella mujer que se había presentado anónimamente tan a menudo en sus recientes sueños.

—Lindsey —repitió Vassago.

Esta vez habló por su propia voluntad y no repitiendo lo que decía el hombre del espejo, lo cual pareció hacer añicos la visión. El espejo y lo que éste reflejaba se desgranaron en mil millones de fragmentos, y lo mismo les ocurrió a la puerta y a la mujer de ojos negros. Mientras el silencioso parque bañado de luna reivindicaba la noche, Vassago alargó una mano hacia el espacio donde había estado la mujer. "Lindsey." Ansiaba tocarla. Tenía tanta vitalidad. "Lindsey." Quería abrirla en canal y estrechar su corazón con las dos manos para que su automático bombeo se detuviera, lenta, muy lentamente, hasta el paro total. Deseaba sujetar su corazón cuando le abandonara la vida y

la muerte se posesionara de él.

Con la misma celeridad con que la rabia había invadido a Hatch, así le abandonó. Hizo una pelota con las páginas del periódico y la tiró a la papelera de la mesa, sin volver a mirar la historia acerca del camionero borracho. Cooper era un patético y autodestructivo perdedor que más pronto o más tarde atraería sobre sí su propio castigo; y sería peor de lo que Hatch le hubiera hecho.

Lindsey recogió las cartas que había desparramadas por el suelo delante del mueble archivador y las devolvió al legajo titulado ASUNTOS VARIOS. La carta de Cooper estaba al lado del teléfono, sobre el escritorio. Cuando Hatch la cogió, se quedó mirando la dirección que aparecía manuscrita en la parte superior, sobre el número del teléfono, y nuevamente acudió a él el fantasma de la cólera. Pero era una sensación más débil que la anterior y en un momento se desvaneció como un aparecido. Entregó la carta a Lindsey, que la metió en el legajo y la introdujo después en el archivador.

De pie a la luz de la luna y en medio de la brisa nocturna, guarecido entre las sombras de la montaña rusa, Vassago esperaba nuevas visiones. Estaba intrigado, aunque no sorprendido, por lo que acababa de acontecer. Había viajado al Más Allá y conocía la existencia de otro mundo, separado de éste por delgadísimas cortinas. De ahí que no le asombraran los acontecimientos de índole sobrenatural. Justo cuando empezaba a pensar que el enigmático episodio había llegado al final, una visión más aleteó por su mente. Vio una hoja suelta de una carta manuscrita. Papel blanco, arrugado. Tinta azul. Arriba había un nombre. William X. Cooper. Y una dirección de la ciudad de Tustin.

—Sumergirle en aquel río helado —murmuró Vassago, y en cierto modo supo que William Cooper representaba el objeto de la rabia indefinida que le había abrumado cuando se encontraba con su colección en la Casa de las Sorpresas. También que parecía relacionarle con el hombre que había visto en el espejo. Era una furia que él había abrazado y aumentado porque quería entender qué clase de ira era y por qué la sentía, pero también porque la rabia era la levadura del pan de la violencia, y la violencia era la comida habitual de su dieta.

De la montaña rusa se dirigió directamente al garaje subterráneo, donde esperaban dos coches. El Pontiac de Morton Redlow se encontraba aparcado en el rincón más apartado y oscuro. Vassago no lo había usado desde el último jueves por la noche, cuando había matado a Redlow y a la rubia. Pese a que creía que la niebla le había servido de cobertura, temía que el Pontiac pudiera haber llamado la atención de algún testigo que hubiera visto caer de él a la rubia en la autopista.

Ansiaba regresar a la tierra de la noche infinita y de la condenación eterna para estar nuevamente entre los de su clase, pero no quería ser abatido a tiros por la Policía sin haber completado su colección. Temía ser aún considerado no apto para entrar en el Infierno y ser devuelto al mundo de los vivos para iniciar otra colección si su ofrenda era incompleta cuando muriese.

El segundo coche era un Honda gris perla que había pertenecido a una mujer llamada Renata Desseux, a la que había propinado un golpe en la parte posterior de la cabeza en el aparcamiento de un centro comercial el sábado por la noche, dos noches

después de su fiasco con la rubia. Ésta, en lugar de la neopunky llamada Lisa, se había convertido en la nueva pieza de su colección. Había quitado la placa de la matrícula del "Honda" y después de meterla en el maletero le había puesto las de un viejo Ford, en los suburbios de Santa Ana. Además, los Hondas abundaban tanto que se sentía seguro y anónimo con aquél. Abandonó el aparcamiento encaminándose a las colinas orientales del condado, escasamente pobladas, desde donde se contemplaba un panorama de luz dorada bañando las tierras bajas hasta donde alcanzaba la vista de norte a sur, desde las colinas al océano.

Urbanización incontrolada. Civilización descontrolada. Terrenos de caza.

La misma inmensidad del sur de California —miles de kilómetros cuadrados, decenas de millones de almas, incluso excluyendo el condado de Ventura al Norte y el de San Diego hacia el Sur— era una aliada de Vassago en su propósito de adquirir las piezas de su colección sin despertar el interés de la Policía. Tres de sus víctimas habían sido adquiridas en comunidades diferentes en el condado de Los Angeles, dos de Riverside y el resto del Condado de Orange, a lo largo de muchos meses. Entre los cientos de personas desaparecidas durante ese tiempo, sus exiguas adquisiciones no afectarían de manera sustancial a las estadísticas como para alarmar al público o alertar a las autoridades.

También actuaba a su favor el hecho de que estos últimos años del siglo y del milenio constituyeron una era de inestabilidad. Muchas personas cambiaban de trabajo, de vecindad, de amigos o de cónyuge con poco o ningún interés de continuidad en la vida. Como consecuencia de ello, cada vez había menos personas que se percataran o se preocuparan de que alguien desapareciera, o que pidieran insistentemente a las autoridades una respuesta significativa por ello. Y, con harta frecuencia, las personas que desaparecían eran después encontradas con características distintas, cambiadas por su propia invención. Un joven ejecutivo podía trocar el duro quehacer de la vida de empresa por un trabajo de crupier en Las Vegas o Reno, y una joven madre —desilusionada por las exigencias de un niño y por un marido infantil—, llevada por el impulso del momento, podía terminar dando cartas, sirviendo copas o bailando en topless en una de esas mismas ciudades. Todos ellos dejaban atrás sus vidas anteriores como si la existencia de una clase media estándar fuera tan motivo de vergüenza como un pasado criminal. A otras personas se les encontraba hundidos en los brazos de variadas adicciones, viviendo en hoteles baratos e infestados de ratas, que alquilaban habitaciones por semanas a las legiones de mirada perdida de la contracultura. En California precisamente, muchas personas desaparecidas acababan incorporándose a las comunas religiosas de Marin County o de Oregón, adorando a un nuevo dios, o a la nueva manifestación de un dios antiguo, o simplemente a algún individuo de ojo astuto que decía ser el propio Dios.

Era una nueva era que desdeñaba las tradiciones y resultaba idónea para cualquier estilo de vida que uno persiguiese. Incluso una como la de Vassago.

Si hubiera dejado un rastro de cadáveres tras él, las similitudes entre las víctimas y el método seguido en los asesinatos hubieran servido de común denominador entre ellas. La Policía se habría dado cuenta de que andaba suelto un asesino de singular fortaleza y habilidad, y habría establecido una fuerza especial para capturarlo. Pero los únicos cuerpos que no se había llevado al Infierno de debajo de la Casa de las Sorpresas eran el de

la rubia y el del detective privado, y de ninguno de ellos se deduciría patrón alguno, pues los dos habían muerto de manera radicalmente distinta. Además, todavía podían transcurrir algunas semanas hasta que encontraran el cadáver de Morton Redlow. Los únicos nexos entre Redlow y la neopunky eran el revólver del detective, con el que había sido muerta la muchacha, y su coche del que la habían arrojado. El coche estaba bien seguro, escondido en el rincón más apartado del garaje del parque abandonado desde hacía mucho tiempo. El arma se encontraba en la nevera portátil de poliestireno con las galletas "Oreo" y otros alimentos, en el fondo del hueco del ascensor, dos pisos más abajo de la Casa de las Sorpresas. No pensaba volver a usarla.

No llevaba armas, pues, cuando, después de conducir un buen trecho hasta el Norte por el condado, llegó a las señas que había entrevisto en la carta manuscrita durante su visión. William W. Cooper, quienquiera que fuese y si existía realmente, vivía en un atractivo complejo de apartamentos con jardín llamado Palm Court. El nombre del lugar y el número de la calle estaban grabados en un decorativo cartel de madera, profusamente iluminado por delante y amparado por las palmeras que daban nombre al lugar.

Vassago cruzó Palm Court, dobló la esquina de la derecha y aparcó a dos manzanas de distancia. No quería que nadie recordara haber visto pararse un Honda delante del edificio. Ni deseaba liquidar en seguida al tal Cooper. Sólo pensaba hablar con él, hacerle algunas preguntas, especialmente sobre aquella perra de ojos y cabello negro llamada Lindsey. Pero se estaba metiendo en una situación que no entendía y necesitaba tomar todas las precauciones posibles. Además la verdad era que estos días mataba a la mayoría de las personas con las que aborrecía hablar un solo instante.

Después de cerrar el cajón del archivo y apagar la lámpara del despacho, Hatch y Lindsey se detuvieron en la habitación de Regina para asegurarse de que estaba bien y se acercaron silenciosamente a la cama. La luz del vestíbulo, que entraba por la puerta, revelaba que la niña dormía profundamente. Apoyaba en la barbilla los pequeños nudillos de su mano cerrada y respiraba regularmente por entre los labios entreabiertos. Si estaba soñando, su sueño debía ser agradable.

Al verla tan terriblemente joven, Hatch sintió un pellizco en el corazón. Le costaba trabajo creer que él hubiera sido tan joven como era Regina, pues la juventud era inocencia. Criado bajo la odiosa y opresiva mano de su padre, él había perdido la inocencia a una edad temprana, a cambio de adquirir una capacidad de psicología aberrante, que le había permitido sobrevivir en un hogar donde el odio y la brutal "disciplina" eran la recompensa de los errores y los malentendidos inocentes. Sin embargo, sabía que Regina no podía ser tan tierna como aparentaba, pues la vida le había dado motivos para desarrollar una piel recia y un corazón blindado.

Sin embargo, por duros que pudieran ser niña y hombre, los dos eran vulnerables. De hecho, Hatch era en aquel momento más vulnerable que la niña. De haberle dado a escoger entre las dolencias de ella —la pierna coja y la mano deforme e incompleta—, cualesquiera que fuesen los daños causados en alguna región profunda de su cerebro, habría elegido sin dudar los defectos físicos de la muchacha. Las recientes experiencias, incluyendo el inexplicable arrebató de ira que se había convertido en ciega furia, hacían

que Hatch no se sintiera enteramente bajo su propio control. Y desde que era un muchacho con el aterrador ejemplo de su padre para configurar sus temores, nada le había dado más miedo que perder el control de sí mismo.

No te defraudaré, prometió a la niña dormida. Miró a Lindsey, a la que debía sus dos vidas, la de antes y la de después de morir, y silenciosamente le hizo la misma promesa: no te defraudaré. Aunque se preguntó si podría cumplir sus promesas.

Se dirigieron después a su dormitorio y, con las luces apagadas, ya en su cama separada en dos mitades, Lindsey habló.

—El doctor Nyebern debería tener mañana todos los resultados de la prueba.

Hatch había pasado en el hospital casi todo el sábado dando muestras de sangre y orina, y sometándose a las exploraciones radiológicas y sonográficas. Le habían conectado más electrodos y había recibido más energía de la que había recibido la criatura del doctor Frankenstein por las cometas lanzadas al aire en una noche de tormenta, en las viejas películas.

—Cuando hablé hoy con él, me dijo que todo parecía bien. Estoy seguro de que el resto de las pruebas serán también negativas. Lo que me esté ocurriendo no tiene nada que ver con ningún daño mental o físico causado por el accidente o por haber estado... muerto. Mi salud es buena, me encuentro bien.

—¡Oh, Dios mío!, eso espero.

—Estoy bien.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, lo creo realmente. Así es.

Hatch se preguntó cómo podía mentir tan fácilmente a su esposa. Tal vez porque la mentira no pretendía herirla o dañarla, sino simplemente tranquilizarla para que durmiera un poco.

—Te quiero —dijo ella.

—Yo también te quiero a ti.

Dos minutos después —poco antes de la medianoche, según marcaba el reloj digital de la mesilla—, ella se durmió y empezó a resoplar suavemente.

Hatch no lograba conciliar el sueño, preocupado por lo que podía averiguar al día siguiente sobre su futuro... o su carencia de él. Imaginaba la cara gris y torva que pondría el doctor Nyebern al darle la triste noticia de haber detectado alguna sombra significativa en algún lóbulo cerebral de su paciente Hatch, una zona de células muertas, una lesión un quiste, o un tumor. Algo gravísimo. Inoperable. Y, sin duda, de fatales consecuencias.

Se había sentido más confiado tras haber superado los hechos de la noche del jueves y la mañana del viernes, cuando había soñado con el asesinato de la rubia y después recorrió la ruta 133 saliendo por la rampa de la autopista de San Diego. El fin de semana había transcurrido sin novedad y el día anterior, animado y alegre por la llegada de Regina, había sido delicioso. Pero entonces había perdido el control al ver en el periódico la noticia sobre Cooper. No le había hablado a Lindsey de la extraña imagen que había visto reflejada en el espejo del gabinete. Esta vez era incapaz de presentarlo como un acto de sonambulismo, ocurrido medio despierto, medio dormido. Entonces estaba plenamente despierto, lo que significaba que la imagen del espejo era una alucinación de algún tipo. Y



un cerebro sano no sufría alucinaciones. No se lo había contado porque sabía que tendría bastante que compartir al recibir al día siguiente el resultado de las pruebas.

Desvelado, se puso a pensar de nuevo en el artículo del periódico, aunque se había hecho el propósito de no recordarlo más. Trataba de apartar sus pensamientos de William Cooper, pero volvía de nuevo al tema de la misma forma en que podía hurgarse obsesivamente un diente dolorido con la lengua. Era casi como si estuviera siendo forzado a pensar en el camionero, como si un gigantesco imán mental atrajera inexorablemente sus pensamientos en aquella dirección. Para su consternación, la cólera empezó pronto a apoderarse de él otra vez. Peor aún; casi en el acto, la cólera estalló en furia y en un hambre de violencia tan grande que se vio obligado a cerrar los puños a los costados, a apretar los dientes y a realizar un supremo esfuerzo para no lanzar un grito primitivo de rabia.

Vassago observó las hileras de buzones que había en el pasillo de la entrada principal a los apartamentos ajardinados y averiguó que el de William Cooper era el número veintiocho. Siguió el pasillo hasta el patio, que estaba lleno de palmeras, ficus, helechos y, para su gusto, demasiadas luces de jardín, y subió por una escalera exterior hasta la galería cubierta que daba acceso a las unidades de dos pisos del complejo de doble planta.

No había nadie a la vista. Palm Curt estaba en silencio, en paz. Pasaban pocos minutos de la medianoche, pero las luces del apartamento de Cooper estaban encendidas. Vassago podía oír un televisor a bajo volumen en el interior. La ventana del lado derecho de la puerta estaba cubierta por una persiana Levolor y no presentaba una sola rendija. Vassago veía iluminada una cocina sólo por el círculo que despedía una bombilla de pocos vatios dentro de la pantalla.

A la izquierda de la puerta del apartamento, en el salón, había una ventana más grande que daba a la galería y al patio. Sus cortinas no estaban totalmente cerradas y por una abertura se veía a un hombre acomodado en un sillón ajustable con las piernas extendidas, delante de un televisor. Tenía la cabeza ladeada, con la cara vuelta hacia la ventana, y parecía dormido. Sobre una mesita próxima al sillón había un vaso con dos dedos de líquido dorado y una botella de Jack Daniel's medio vacía. Una bolsa de pastelillos de queso se había roto y sobre la alfombra verdosa aparecía diseminado parte de su contenido de un color naranja brillante.

Vassago examinó detenidamente los dos lados de la galería y aquella parte del patio. Todo continuaba desierto. Intentó abrir la ventana del salón de Cooper deslizándola, pero estaba corroída o cerrada con pestillo. Avanzó a la derecha otra vez, en dirección a la ventana de la cocina, pero se detuvo delante de la puerta y, sin muchas esperanzas, probó a abrirla. El pestillo no estaba corrido. Empujó hasta abrirla, traspasó el umbral... y la cerró, echando el pestillo después de entrar.

El hombre del sillón, probablemente Cooper, no se alteró lo más mínimo cuando Vassago corrió totalmente las cortinas de la ventana del amplio salón. Si alguien pasaba por la galería no podría ver lo que había dentro. Se aseguró de que no había nadie más en la cocina, el comedor y el salón, y después Vassago recorrió como un felino el cuarto de baño y los dos dormitorios (uno sin amueblar, usado como cuarto trastero) que componían el resto del apartamento. El hombre del sillón estaba solo.

En la cómoda del dormitorio, encontró un manojito de llaves y una cartera que contenía cincuenta y ocho dólares, de los que se apoderó, y un permiso de conducir a nombre de William X. Cooper. La foto del carnet correspondía al hombre del salón, unos cuantos años más joven y, naturalmente, sin el estupor de la embriaguez. Volvió al salón con el propósito de despertar a Cooper y mantener una conversación informativa con él. ¿Quién era Lindsey? ¿Dónde vivía?

Pero a medida que se aproximaba al sillón empezó a sentir una oleada de rabia por todo su ser, demasiado repentina e inmotivada para proceder de él, más bien como si fuese una radio humana que recibiera las emociones de otra persona. Y lo que estaba recibiendo era la misma rabia que le había sacudido cuando se hallaba con su colección en la Casa de las Sorpresas, hacía escasamente una hora. Igual que antes, se abrió a la sensación y la potenció con su propia rabia, preguntándose si percibiría visiones, como le había ocurrido antes. Pero esta vez, mientras permanecía de pie mirando a William Cooper, la rabia se convirtió repentinamente en una furia irracional y perdió el control de sí mismo. Echó mano a la botella de Jack Daniel's que había en la mesa, junto al sillón, agarrándola por el cuello.

Tendido rígidamente sobre la cama y apretando tanto los puños que hasta las romas uñas se le clavaban en las palmas, Hatch tenía la loca sensación de que su mente había sido invadida. Su fugaz enfado había sido como abrir una puerta sólo el grueso de un pelo desde el otro lado para introducir una palanca y arrancarla de sus goznes. Sentía que algo innombrable se agitaba en su interior, una fuerza sin forma ni rostro, definida sólo por su odio y su cólera. Tenía la furia de un huracán, de un tifón, fuera de las dimensiones humanas, y él se consideraba a sí mismo un recipiente demasiado pequeño para dar cabida a toda la rabia que le estaban insuflando dentro. Tenía la sensación de ir a estallar en mil pedazos, como si en vez de un hombre fuera una estatuilla de vidrio.

Estrelló con tal fuerza la botella medio vacía de Jack Daniel's en un lado de la cabeza del hombre dormido, que sonó casi como el estampido de un disparo de escopeta. El líquido y los afilados fragmentos de cristal saltaron por el aire y se esparcieron como un chaparrón contra el televisor, los demás muebles y las paredes. El aire se saturó de olor a whisky de maíz y centeno, pero por debajo de ello se percibía el tufillo de la sangre, pues el lado golpeado y herido de la cara de Cooper sangraba copiosamente. El hombre ya no dormía sólo. El golpe le había sumido en un nivel más profundo de inconsciencia.

Vassago se quedó con el cuello partido de la botella en la mano. El gollete terminaba en tres afilados picos de cristal que goteaban whisky y que le recordaban los colmillos de una serpiente, bañados en veneno. Cambió el arma de mano, la levantó por encima de su cabeza y la dejó caer con un silbido de feroz rabia. La serpiente de cristal se hundió profundamente en la cara de William Cooper.

La ira volcánica que irrumpió dentro de Hatch era distinta a todo lo que había experimentado antes, muy superior a la alcanzada jamás por su padre. En realidad era algo que él no podía haber generado dentro de sí, por la misma razón que uno no podía fabricar ácido sulfúrico en un caldero de papel: el recipiente habría sido desintegrado por la propia sustancia que iba a contener. En su interior afluyó a borbotones una cólera semejante a una corriente de lava de alta presión, tan caliente que sintió ganas de gritar

pero tan abrasadora que no le dio tiempo de hacerlo. Perdió la conciencia y quedó sumergido en una piadosa oscuridad sin sueños, donde no había cólera ni terror.

Vassago se dio cuenta de que estaba gritando con un regocijo mudo y salvaje. Tras quince o veinte golpes, el arma de vidrio se habría desintegrado por completo. Finalmente, dejó caer de mala gana el corto fragmento de botella que sostenía en su garra de blancos nudillos y se arrojó gruñendo contra el sillón de imitación de piel, volcándolo y haciendo rodar al hombre muerto sobre la alfombra verdosa. Agarró la mesa por un extremo y la lanzó contra el televisor, donde Humphrey Bogart se sentaba ante un tribunal castrense haciendo girar un par de bolas de cojinete en su mano curtida mientras hablaba de unas fresas. La pantalla estalló y Bogart quedó convertido en una rociada de chispas amarillas, cuya visión encendió en Vassago nuevos fuegos de destructivo frenesí. Tiró al suelo una mesita de café, arrancó de las paredes dos grabados de K. Mart, hizo añicos los cristales de sus marcos y derribó de un manotazo una colección barata de piezas de cerámica que había sobre la repisa de la chimenea. Nada le habría gustado más que seguir destrozando de cabo a rabo el apartamento, romper todos los platos de los armarios de la cocina, reducir a cascotes la cristalería, sacar los alimentos del frigorífico para estamparlos contra las paredes, y golpear las piezas del mobiliario unas contra otras hasta verlo todo roto y desbaratado. Pero se detuvo al oír el ruido de unas sirenas, ahora lejanas pero acercándose rápidamente, cuyo significado traspasó incluso la niebla del sanguinario frenesí que envolvía sus pensamientos. Se dirigió hacia la puerta, pero cambió de opinión al darse cuenta de que los vecinos podían haber salido al patio o estar observando desde las ventanas. Abandonó el salón, cruzó el corto pasillo y se acercó a la ventana del dormitorio principal. Descorrió las cortinas y echó un vistazo al tejado del garaje que se extendía a lo largo del edificio. Más allá había una callejuela, limitada por la tapia de los bloques. Liberó el pestillo de la doble ventana, empujó el postigo hacia arriba y deslizó su cuerpo por la angosta abertura hasta pisar el tejado del largo garaje. Seguidamente fue rodando hasta el alero y se dejó caer hasta dar con los pies en el pavimento de la calle, como si fuera un gato. Se le cayeron las gafas negras, las recogió rápidamente y volvió a ponérselas. Echó a correr después velozmente a la izquierda, hacia la parte posterior del edificio, en el momento que las sirenas se dejaban oír más fuerte, mucho más fuerte, muy cerca. Al llegar al flanco siguiente del muro que rodeaba el edificio, de dos metros y medio de altura, y hecho con cemento, la escaló rápidamente con la habilidad de una araña moviéndose por una superficie porosa. Se encontró en otra callejuela que servía de aparcamiento de coches en la parte posterior de otro bloque de apartamentos. De esta manera emprendió la huida, de callejón en callejón, guiándose por puro instinto por aquel laberíntico lugar, hasta que llegó a la calle donde tenía aparcado su Honda gris perla, a media manzana de distancia. Entró en el coche, puso en marcha el motor y se alejó de allí lo más serenamente que pudo, sudando y respirando tan agitadamente que llenaba de vaho los cristales de las ventanillas. Refocilándose en la fragante mezcolanza de whisky, sangre y sudor, se sentía tan tremendamente excitado y tan profundamente satisfecho de la violencia que había desatado, que se puso a golpear el volante, dejando escapar unas siniestras carcajadas. Siguió conduciendo al azar un buen rato, de calle en calle, sin saber adónde iba. Cuando sus carcajadas cesaron y su corazón detuvo su desenfrenada carrera, empezó a orientarse

gradualmente y emprendió la marcha hacia el Sur y el Este, en dirección a su escondite.

Si William Cooper tenía alguna conexión con la mujer llamada Lindsey, esa pista se le había cerrado ahora para siempre. Pero no estaba preocupado. Ignoraba lo que le estaba sucediendo, por qué Cooper o Lindsey o el hombre del espejo habían sido traídos a su atención a través de aquellos medios sobrenaturales, pero estaba seguro de que si confiaba únicamente en su dios negro, todo se aclararía con el tiempo.

Empezaba a preguntarse si el Infierno no le habría dejado salir de allí deliberadamente, si no le habrían devuelto al mundo de los vivos para usarle como instrumento con ciertas personas a las que el dios de las tinieblas quería ver muertas. Tal vez no hubiera sido desterrado del Infierno, sino enviado otra vez al mundo de los vivos en una misión destructora que sólo paulatinamente se haría comprensible. Si ése era el caso le complacía ser el instrumento de la oscura y poderosa divinidad en cuya compañía ansiaba estar, y esperaba con impaciencia cualquiera que fuese la misión que se le fuera a encomendar.

Al rayar el alba, tras varias horas de un sueño profundo semejante casi a una muerte total, Hatch se despertó sin saber dónde estaba. Por un momento anduvo a la deriva en la confusión hasta que se le clarificó la orilla de la memoria: el dormitorio, Lindsey respirando suavemente y durmiendo a su lado, la primera luz de un color gris ceniciento de la mañana, como un fino polvo de plata en los cristales de la ventana.

Cuando recordó el inexplicable e inhumano acceso de furor que le había sacudido con aquella fuerza paralizante, se sintió rígido de pavor. Quiso saber entonces hasta dónde le habría llevado aquella espiral de rabia, y en qué acto de violencia habría concluido, pero su mente estaba en blanco. Le pareció haber perdido la noción de todo, como si aquella furia anormalmente intensa hubiera sobrecargado los circuitos de su cerebro y fundido un fusible o dos. ¿Perder la consciencia o desmayarse? En el primer caso podía haber pasado toda la noche en la cama, exhausto, tan inmóvil como una piedra en el fondo del mar. Pero si se había desmayado, permaneciendo consciente pero ajeno a lo que estaba haciendo, en una fuga psicótica, sólo Dios sabía lo que podía haber hecho. De repente sintió que Lindsey estaba en un grave peligro. Con el corazón golpeándole como un martillo contra el armazón de sus costillas, se incorporó en la cama y miró a Lindsey. La luz del amanecer, que entraba por la ventana, era demasiado tenue para verla claramente. Lindsey no era más que un cuerpo nebuloso bajo las sábanas.

Alargó el brazo para encender la lámpara de la mesilla, pero dudó, temiendo lo que podía ver. Yo nunca heriría a Lindsey, nunca, pensó con desespero. Pero recordó muy bien que aquella misma noche había dejado enteramente de ser él durante un rato. Su rabia contra Cooper parecía haber abierto una puerta en su interior y haber dado paso a un monstruo de un vasto y tenebroso más allá.

Finalmente, encendió la lámpara temblando, y vio que Lindsey seguía incólume, tan bella como siempre, durmiendo con una pacífica sonrisa. Sumamente aliviado, apagó la lámpara... y pensó entonces en Regina. La máquina de la ansiedad funcionaba otra vez. Ridículo. Él no dañaría a Regina más que a Lindsey. Era una niña indefensa. Pero le resultaba imposible dejar de agitarse, de dudar. Se bajó de la cama sin despertar a su

mujer. Cogió el albornoz del respaldo del sillón, se lo puso y salió silenciosamente del dormitorio. Salió descalzo al pasillo, iluminado abundantemente con la luz de la mañana por un par de claraboyas y siguió hacia la habitación de Regina. Al principio caminó deprisa, pero luego lo hizo más lentamente, presa de un miedo tan agobiante como dos botas de plomo. Tenía la visión de que la cama de caoba pintada de rosas estaba salpicada de sangre y las sábanas empapadas de rojo. Le rondaba la loca idea de que encontraría a la niña con el rostro desfigurado por trozos de cristal. La extraña peculiaridad de aquella imagen le convenció al fin de que inconsciente había hecho algo impensable.

Abrió cautelosamente la puerta y miró dentro del cuarto de la muchacha, pero ésta dormía tan pacíficamente como Lindsey, en la misma postura en que la había dejado por la noche cuando él y su esposa la visitaron antes de ir a acostarse. No había sangre, ni cristales rotos. Tragó saliva con dificultad, cerró la puerta y regresó por el pasillo hasta la primera claraboya. Permaneció de pie allí bajo el haz de débil luz que penetraba desde arriba, mirando a través del cristal de tonalidad indeterminada, como si buscara una explicación escrita repentinamente con letras grandes sobre los cielos. No le llegó ninguna explicación. Siguió confundido y lleno de ansiedad. Afortunadamente Lindsey y Regina se encontraban bien, sin sufrir el menor daño por la presencia, cualquiera que fuese, que había estado en contacto con él aquella noche.

Se acordó de una vieja película de vampiros que había visto una vez, en la que un apercaminado sacerdote advertía a una muchacha de que los no muertos sólo podrían entrar en su casa si ella los invitaba; pero que eran astutos y persuasivos, capaces de convencer a las más cautas para que otorgaran esa mortal invitación.

De cualquier manera, existía algún lazo entre Hatch y el psicópata que había matado a la joven punky rubia llamada Lisa. Y al ser incapaz de reprimir su cólera contra William Cooper, había fortalecido ese lazo. Su cólera era la llave que había abierto la puerta. Cuando se entregó a la ira, otorgó una invitación semejante a aquella contra la que el sacerdote advertía a la muchacha. No podía explicar por qué sabía que aquello era así de cierto, pero lo sabía, sí, lo sentía en sus huesos. Deseaba con toda su alma poder entenderlo.

Se encontraba perdido. Se sentía pequeño, impotente y asustado. Y aunque Lindsey y Regina habían pasado la noche sin recibir ningún daño, sentía más profundamente que nunca que las acechaba un gran peligro. Un peligro que aumentaba cada día, cada hora.

Al amanecer del día treinta de abril, Vassago se bañó al aire libre con agua embotellada y jabón líquido. Con el primer rayo del alba, se hallaba ya bien acomodado en la parte más profunda de su escondite. Tendido sobre el colchón, mirando el hueco del ascensor, empezó a comer galletas de chocolate "Oreo" y a beber cerveza caliente de raíces, seguida de un par de bolsas de aperitivo "Reese's Pieces". El asesinato le resultaba siempre muy gratificante. Con el primer golpe mortal desaparecían sus tremendas presiones internas. Lo más importante, sin embargo, era que cada asesinato constituía un acto de rebelión contra todas las cosas sagradas, contra los mandatos, las leyes y las reglas, y contra los irritantemente remilgados sistemas usados por los seres humanos para sustentar la ficción de que la vida era preciosa y dotada de significado. La vida carecía de buen

gusto y de sentido. Lo único que importaban eran las sensaciones y la satisfacción inmediata de todos los deseos, que sólo los fuertes y libres entendían. Después de varios homicidios, Vassago se sentía tan libre como el viento y más poderoso que una máquina de acero.

Hasta una noche especial y gloriosa de su duodécimo año de vida, él había formado parte de la masa de esclavos que trabajaban en silencio en la vida siguiendo las reglas de la llamada civilización, aunque éstas no tuvieran sentido para él. Simulaba querer a su madre, a su padre, a su hermana y a una multitud de parientes, aunque no sintiera por ellos más de lo que sentía por las personas desconocidas que encontraba en la calle. De niño, cuando fue lo suficientemente mayor para empezar a pensar sobre estas cosas, se preguntó si algo fallaría en él, si le faltaría algún elemento fundamental en su carácter. Cuando se escuchaba a sí mismo pronunciando falsas palabras de cariño, empleando estrategias de afecto de vergonzosa adulación, le sorprendía lo convincente que le encontraban los demás, pues él captaba la falta de sinceridad en su voz, sentía el engaño de cada gesto y tenía plena conciencia de la mentira que se escondía tras todas sus sonrisas de cariño. Pero un día, de repente, percibió la decepción en las voces de los demás, la vio en sus rostros, y supo que ellos tampoco habían experimentado nunca amor ni ninguno de los nobles sentimientos a los que se supone aspira cualquier persona civilizada: altruismo, valor, piedad, humildad y todo el resto de aquel aburrido catecismo. También ellos estaban fingiendo. Después llegó a la conclusión de que la mayoría de la gente incluidos los adultos, no tenía la intuición que poseía él y por ello no sabían que las demás personas eran exactamente igual que ellos. Cada uno se creía único, pensaba que algo fallaba en él y que debía seguir fingiendo si no quería ser descubierto y condenado al ostracismo como una cosa inferior al ser humano. Dios había creado un mundo de amor y, al fracasar, había ordenado a sus criaturas simular la perfección que Él no había podido imbuirles. Vassago había percibido esta verdad contundente y había encaminado sus primeros pasos hacia la libertad. Entonces, una noche de verano, cuando tenía doce años, comprendió finalmente que para ser en realidad libre, totalmente libre, tenía que actuar según su entendimiento, empezar a vivir libremente fuera del rebaño humano, teniendo su propio placer como única consideración. Debía estar dispuesto a ejercitar sobre los otros el poder que poseía por virtud de su intuición de la verdadera naturaleza del mundo. Aquella noche supo que la facultad de matar sin remordimientos constituía la forma más pura del poder, y que el ejercicio de éste era el placer más grande de todos...

En aquellos días, antes de morir y volver de entre los muertos con el nombre de Vassago, tomado de un príncipe demoníaco, él se llamaba Jeremy. Su mejor amigo era Tod Ledderbeck, hijo del doctor Sam Ledderbeck, un ginecólogo a quien Jeremy llamaba "listo matasanos" cuando quería bromear con Tod.

Aquella mañana de primeros de junio, la señora Ledderbeck llevó a Jeremy y a Tod al "Mundo de la Fantasía", excelente parque de atracciones que, contra todas las expectativas, había empezado a dar a Disneylandia un empujón en lo económico. Estaba situado en las colinas, a pocos kilómetros al este de San Juan Capistrano, algo retirado de la carretera. Exactamente igual que la "Montaña Mágica" había estado algo aislada antes de que a su alrededor se extendieran los suburbios del norte de Los Angeles y exactamente

igual que parecía estar "Disneylandia", en el centro de ninguna parte, cuando se erigió por primera vez sobre una granja cercana a la oscura ciudad de Anaheim. Había sido construido con dinero japonés, lo que había hecho temer a mucha gente que los japoneses llegaran algún día a poseer todo el país, y se rumoreaba que en ello había dinero de la Mafia, rumor que le confería un cariz más misterioso y sugestivo. Pero lo que en definitiva importaba era que el ambiente del lugar era tranquilo, sus atracciones, emocionantes y los alimentos poco nutritivos, casi delirantemente poco nutritivos. El "Mundo de la Fantasía" era donde había querido Tod pasar el día de su duodécimo cumpleaños, en compañía de su mejor amigo y libre del control paterno desde la mañana hasta las diez de la noche. Y Tod obtenía, generalmente, lo que deseaba, pues era un buen chico. Gustaba a todo el mundo y sabía exactamente cómo camelar a los demás. La señora Ledderbeck los dejó a la entrada del parque y les gritó, cuando se alejaban corriendo del coche:

—¡Os recogeré aquí mismo a las diez! ¡En este mismo sitio a las diez en punto!

Sacaron los tickets y entraron en el parque.

—¿Qué te gustaría hacer primero?

—No lo sé. ¿Y a ti?

—¿Subir en el escorpión?

—¡Sí!

—¡Sí!

¡Hala! Echaron a correr hacia la parte norte del parque, donde el carril del escorpión

—¡una montaña rusa provista de rizos!, según proclamaban los anuncios de la tele— se elevaba dulcemente terrorífica sobre un cielo azul y claro. El parque no estaba todavía lleno y no había necesidad de colarse como serpientes por entre los lentos rebaños de personas. Sus bambas de tenis golpeaban ruidosamente el asfalto y cada palmetazo que daban las suelas de goma contra el pavimento era como un grito de libertad. Montaron en el escorpión, lanzando gritos y exclamaciones cada vez que descendía como un látigo para ponerse boca abajo y luego volver a descender, y al terminar el viaje fueron corriendo a la rampa de embarque para subir una vez más.

Entonces, como ahora, a Jeremy le gustaba la velocidad. Las vertiginosas curvas cerradas y los descensos de las atracciones del parque eran un sustituto infantil de la violencia que, sin saberlo, anhelaba. Después de dos viajes en el escorpión, con tantas y tan deliciosas sorpresas de velocidad, picadas, rizos y serpenteos, Jeremy se encontraba de un humor estupendo. Pero Tod echó a perder el día cuando, al bajar por la rampa de salida tras su segundo viaje en la montaña rusa, puso el brazo sobre los hombros de Jeremy, y le dijo:

—Amigo, éste va a ser sin duda el mejor cumpleaños que ha tenido nadie jamás, sólo tu y yo juntos.

Aquella, como todas las camaraderías, era totalmente falsa. Decepción. Fraude. Jeremy odiaba todas aquellas boberías falsas, pero a Tod le gustaban mucho. El mejor amigo. Hermanos de sangre. Tú y yo contra el mundo. Jeremy no estaba seguro de qué le fastidiaba más de Tod; si el que estuviera siempre alardeando de que eran buenos hermanos y pareciera creer que Jeremy se tragaba su mentira o el que Tod, a veces, apareciera tan estúpido como para tragarse su propia mentira. Jeremy había empezado a

sospechar que algunas personas sabían fingir tan bien en la vida, que no se daban cuenta de que estaban fingiendo. Se engañaban a sí mismas con sus palabras de amistad, amor y compasión. Tod se parecía cada vez más a aquellos tontos incurables.

Ser dos buenos amigos equivalía a contar con un tipo dispuesto a hacer por ti cosas que no haría por nadie más en mil años. La amistad era un pacto de defensa mutua, un modo de juntar fuerzas contra las pandillas de conciudadanos que estaban dispuestos a partirte la cara y coger de ti lo que quisieran. Todo el mundo entendía así la amistad, pero nadie lo confesaba nunca y mucho menos Tod.

Más tarde, cuando salían de la Casa Encantada y se encaminaban hacia otra atracción llamaba la Criatura del Pantano, se detuvieron en un puesto donde vendían cucuruchos de helado de chocolate y nueces. Se sentaron ante una mesa en unas sillas de plástico, debajo de una sombrilla roja, con el telón de fondo de unas acacias y unas cascadas artificiales mordisqueando el helado. Al principio todo fue bien, pero luego Tod lo estropeó.

—Es estupendo venir al parque sin los mayores, ¿verdad? —dijo, con la boca llena—. Puedes tomar helado antes de comer, como ahora. ¡Qué narices! Si quieres hasta puedes comer sólo helado, sin que nadie te riña diciendo que te estropea el apetito o te va a hacer daño.

—Es estupendo —convino Jeremy.

—Sigamos aquí comiendo helado hasta vomitar.

—Me parece bien. Pero sin despilfarrarlo.

—¿Qué?

—Cuando vomitemos, tenemos que asegurarnos de no tirarlo al suelo. Vomitemos sobre alguien —propuso Jeremy.

—¡Claro! —exclamó Tod, aceptando en seguida la idea—, hagámoslo encima de alguien que se lo merezca, alguien digno de que le echen encima una vomitona.

—Como aquellas chicas —sugirió Jeremy, señalando a un par de bellas adolescentes que pasaban por allí. Iban vestidas con unos pantalones cortos blancos y con unas vistosas blusas de verano, y estaban tan persuadidas de su hermosura, que despertaban las ganas de vomitar encima de ellas aunque no hubieras comido nada y tuvieras que dar arcadas secas.

—O aquellos viejos estúpidos —dijo Tod, apuntando hacia una pareja mayor que compraban helado allí cerca.

—No, aquéllos no —rechazó Jeremy—. Ya están como si les hubieran vomitado encima.

A Tod le pareció tan hilarante, que se atragantó con el helado. En algunas cosas, Tod estaba bien.

—Es divertido lo del helado —dijo, cuando se recuperó.

—¿Qué tiene de divertido? —picó Jeremy.

—Sé que el helado se hace con leche, que viene de las vacas. Y el chocolate se hace con la semilla del cacao. ¿Pero qué narices muelas para espolvorearlo por encima?

Era cierto, el amigo de Tod tenía razón en algunas cosas. Pero mientras se reían, sintiéndose a sus anchas, Tod se inclinó sobre la mesa y dio a Jeremy una ligera palmada a



un lado de la cabeza.

—Jer —dijo—, tú y yo estaremos siempre muy unidos, y seremos amigos hasta que nos echen a los gusanos. ¿Verdad?

Tod lo creía realmente. Se engañaba a sí mismo. Era tan estúpidamente sincero que despertaba en Jeremy ganas de vomitar sobre él.

—¿Qué vas a hacer ahora, tratar de besarme en los labios? —dijo Jeremy.

Tod sonrió, sin captar la impaciencia y la hostilidad dirigida contra él.

—Vete al culo de tu abuela.

—Y tú al de la tuya.

—Mi abuela no tiene culo.

—¿No? ¿Entonces, donde se sienta?

—En tu cara.

Siguieron peleándose hasta llegar a la Criatura del Pantano. Aquella atracción valía poco, no estaba bien hecha, pero servía para hacer muchos chistes a su costa y durante un rato Tod estuvo excitado y contento de andar por allí. Más tarde, sin embargo, cuando salieron de la Batalla del Espacio, Tod empezó a referirse a ellos como "los mejores tripulantes de cohetes del universo", cosa que incomodó a Jeremy porque resultaba estúpido e infantil. También le irritó porque no era más que otra forma de estar diciendo "somos compañeros, hermanos de sangre, camaradas".

Iban a subir otra vez al escorpión y, cuando éste salía de la estación, Tod dijo:

—Esto no es nada, no es más que un paseo dominguero para los dos mejores tripulantes de cohetes del universo.

Cuando se dirigieron al Mundo de los Gigantes, Tod echó el brazo por encima de los hombros de Jeremy y dijo:

—Los dos mejores tripulantes del universo saben manejar a un maldito gigante, ¿verdad, hermano?

Jeremy deseó decirle: Oye, pelmazo, el único motivo de que seamos amigos es que tu viejo y el mío trabajaban en algo semejante, por eso nos han dejado juntos. Odio condenadamente que me eches el brazo por encima, así que quítalo y ríamos y divirtámonos con eso. ¿Vale?

Pero no dijo nada parecido porque, naturalmente, los buenos jugadores en la vida no admitían nunca que todo era un juego. Si dejabas ver a los demás jugadores que no te importaban las reglas ni las normas, no te dejarían jugar. A la cárcel. Directamente a la cárcel. Sin pasar adelante. Sin diversión.

Hacia las siete de la tarde, después de haberse atiborrado de chucherías suficientes para causar una buena vomitona si de verdad deseaban poner perdido a alguien, Jeremy estaba tan harto de la mierda de tripular cohetes y tan irritado por los golpecitos amistosos de Tod, que no podía esperar a que a las diez la señora Ledderback les recogiera con el jeep en la entrada al parque.

Iban montados en el Miriópodo y cruzaban una de las partes más oscuras del trayecto, cuando Tod volvió a hacer una de sus muchas referencias a los dos mejores tripulantes de cohetes del universo y Jeremy decidió matarle. En el momento que tuvo esa repentina idea supo que debía asesinar a su "mejor amigo". Le pareció muy justo. Si la vida

era un juego con un libro de infinitas páginas llenas de reglas, maldito lo divertida que iba a ser, salvo que hallaras la manera de quebrantarlas y conseguir que te dejaran jugar. Todos los juegos eran aburridos si te atenías a las reglas: el Monopolio, el Rummy 500, el béisbol. Pero si lograbas sustraer bases, robar cartas sin que te pillaran o cambiar los números de los dados cuando el otro jugador estaba distraído, un juego aburrido podía resultar estimulante. Y en el juego de la vida, salir victorioso de un asesinato era lo más estimulante de todo. El Miriópodo se detuvo en la plataforma de desembarque.

—Hagamos otro viaje —propuso Jeremy.

—Bueno —aceptó Tod.

Corrieron apresuradamente por el pasillo de salida para ponerse en la cola y subir otra vez. El parque había estado lleno de gente todo el día y la espera para subir a bordo en cada viaje era al menos de veinte minutos.

Cuando salieron del pabellón del Miriópodo, el cielo estaba negro por el Este, profundamente azul sobre sus cabezas y anaranjado por el poniente. En el "Mundo de la Fantasía", el crepúsculo se presentaba antes y duraba más tiempo que en la parte occidental del condado porque entre el parque y el distante mar se alzaban unas hileras de altas colinas que engullían el sol. Aquellas sierras eran ahora negras siluetas que se recortaban sobre los cielos de color naranja, como símbolos extemporáneos del Día de los Difuntos. El "Mundo de la Fantasía" había adquirido una nueva y maníaca cualidad al acercarse la noche. Unas luces de tipo navideño adornaban los viajes y los edificios. Las blancas luces centelleantes prestaban un brillo festivo a todos los árboles, mientras que un par de reflectores sincronizados se movían de un lado a otro sobre el pico nevado de la artificial Montaña del Humanoide. Las laderas aparecían teñidas de todos los colores que podía ofrecer el neón y en la Isla de Marte las ráfagas de rayos láser, brillantemente coloreados, buscaban al azar por el cielo crepuscular, como rechazando un ataque de naves espaciales. Una brisa tibia, cargada de aromas de palomitas de maíz y cacahuètes tostados, hacía tremolar las guirnaldas de banderolas en lo alto. Músicas de todas las épocas y estilos se filtraban desde los pabellones, y el rock-and-roll salía tronando de la pista de baile al aire libre situada en el extremo sur del parque. De algún otro sitio llegaban también los bulliciosos compases de la música swing. La gente reía y charlaba con excitación, y durante los emocionantes viajes no cesaba de gritar.

—Ahora al intrépido —sugirió Jeremy, mientras él y Tod corrían al final de la cola de subida al Miriópodo.

—¡Sí —dijo Tod—, al intrépido!

El Miriópodo era esencialmente una montaña rusa cubierta, igual que la Montaña Espacial de "Disneylandia", salvo que, en vez de viajar velozmente arriba y alrededor de una habitación enorme, lo hacía a través de una larga serie de túneles, unos iluminados y otros no. La barra delantera, destinada a sujetar a los pasajeros, estaba lo suficientemente ajustada para resultar segura, pero un muchacho delgado y ágil podía escurrirse, zafarse de ella y ponerse de pie delante del asiento. Luego podía apoyarse de espaldas y agarrarse a ella enganchándose en los brazos, haciendo el intrépido.

Era una acción estúpida y peligrosa, que Jeremy y Tod sin embargo realizaban. La habían hecho un par de veces, no sólo en el Miriópodo sino en las otras atracciones del

parque. Pilotar el intrépido elevaba el nivel de emoción al menos en un mil por ciento, sobre todo al internarse en los túneles oscuros como boca de lobo, donde era imposible ver lo que surgiría a continuación.

—¡Tripulantes de cohetes! —exclamó Tod a la mitad de la cola. Insistió en darle a Jeremy un leve apretón de manos primero y luego otro más fuerte, aunque parecieran un par de niños estúpidos—. Ningún piloto de cohetes tiene miedo de pilotar el Miriópodo, ¿verdad?

—Exacto —respondió Jeremy mientras cruzaban las puertas de entrada al pabellón. Hasta ellos llegaba el eco de los emocionantes gritos que emitían los pasajeros de los coches en el interior de los túneles.

En todos los parques de atracciones corría una leyenda creada por los muchachos, y la leyenda decía allí que un muchacho había muerto haciendo el intrépido en el Miriópodo, por ser demasiado alto. El techo del túnel tenía suficiente elevación en los tramos iluminados, pero se decía que era muy bajo en un punto no iluminado del trayecto; quizá porque por ese punto pasaban las tuberías del aire acondicionado, quizá porque los ingenieros obligaron al contratista a poner un refuerzo adicional que no había sido planeado en su día, tal vez porque el arquitecto no tenía cerebro. De cualquier manera, aquel muchacho alto estampó su cabeza al ir de pie contra la parte baja del techo, sin verla siquiera. Instantáneamente el techo le pulverizó la cara y le decapitó. Las personas que viajaban detrás de él, que no sospechaban lo ocurrido, quedaron salpicadas de sangre, masa encefálica y dientes rotos.

Jeremy no se lo había creído nunca. El "Mundo de la Fantasía" no había sido construido por tipos con el cerebro lleno de boñigas de caballo. Seguramente habrían tenido en cuenta que los muchachos encontrarían la forma de liberarse de las barras de protección, pues nada estaba hecho enteramente a prueba de niños, y habrían construido el techo lo bastante alto en todo su trayecto. La leyenda sostenía también que el techo bajo seguía existiendo en algún punto de las secciones oscuras del túnel, todavía con manchas de sangre y partículas secas de cerebro, lo cual era sin duda una filfa completa.

El verdadero peligro para cualquiera que hiciese el intrépido viajando de pie consistía en caerse fuera del coche cuando éste describiera una curva cerrada o acelerara inesperadamente. Jeremy calculaba que había seis u ocho curvas particularmente cerradas en el trayecto del Miriópodo, en las que Tod Ledderbeck podría fácilmente caerse del coche con pocas posibilidades de ayuda. La cola avanzaba con lentitud, pero Jeremy no sentía impaciencia ni temor. Cuando se acercaron a las puertas de embarque, se sintió más excitado, pero también más seguro. No le temblaban las manos, ni notaba agitación alguna interior. Simplemente, quería hacerlo.

La cámara de embarque para el viaje estaba construida como una caverna, con inmensas estalactitas y estalagmitas. Unas extrañas criaturas con ojos brillantes infestaban el turbio fondo de unas misteriosas charcas y unos cangrejos albinos mutantes pululaban por las orillas extendiendo sus crueles garras y tirando zarpazos a la gente que había en la plataforma de embarque, aunque sus patas no eran lo bastante largas para arrebatarles la merienda de las manos.

Cada tren tenía seis coches y en cada coche viajaban dos personas. Los coches

estaban pintados simulando los segmentos de un miriópodo. El primero representaba una descomunal cabeza de insecto, con fauces móviles y negros ojos poliédricos, no como una caricatura, sino como la cabeza de un monstruo realmente feroz. El último lucía un aguijón curvado, más parecido al pincho de un escorpión que a la cola de un miriópodo. Dos trenes eran abordados al mismo tiempo, el segundo detrás del primero, y salían disparados hacia el túnel con sólo unos segundos de intervalo entre sí, pues todo el viaje estaba controlado por ordenador, evitándose así el riesgo de que un tren se estrellara contra la zaga del primero.

Jeremy y Tod fueron de los doce viajeros que el empleado envió al primer tren. Tod quiso subir en el primer coche, pero no lo lograron. Aquella era la mejor posición para hacer el intrépido porque eran los primeros en encontrarse con lo desconocido; los primeros en zambullirse en la oscuridad, en recibir los chorros de vapor frío que proyectaban las paredes y en percibir las explosiones de las puertas giratorias dando paso a remolinos de luz. Además, parte de la diversión de hacer el intrépido consistía en alardear de ello y el coche de cabeza era una perfecta plataforma para la exhibición, pues los ocupantes de los últimos cinco coches eran un público cautivado en los trechos iluminados.

Al no conseguir el primer coche, corrieron a ocupar el sexto. Ser los últimos en experimentar cada salto y peculiaridad de la marcha producía una emoción casi idéntica a la de los que iban en cabeza, puesto que los gritos de los primeros elevaban el nivel de adrenalina y de expectación. Lo que no proporcionaba la auténtica emoción del intrépido era viajar seguro en los coches del medio. La barra de seguridad descendió automáticamente cuando los doce pasajeros estuvieron acomodados y un empleado recorrió el andén para cerciorarse de que todos los mecanismos de cierre estaban en su sitio.

Jeremy se alegró de no haber entrado en el coche de cabeza, donde habría tenido detrás diez testigos presenciales. Una vez sumidos en los negros confines de las secciones sin luz del túnel, incapaz ya de ver su propia mano a dos dedos de la cara, no era probable que los demás pudieran verle empujar a Tod fuera del coche. Pero ésta era una importante violación de las reglas y él no quería correr albuces. Ahora bien, en este coche los posibles testigos estarían bien acomodados delante de ellos, con la vista dirigida al frente; de hecho, no era fácil que mirasen hacia atrás, pues cada asiento tenía un alto respaldo para evitar los desnucamientos. Cuando el empleado terminó de inspeccionar las barras de seguridad se volvió e hizo una señal al operador, que estaba sentado ante un panel de instrumentos emplazado sobre una formación rocosa, a la derecha de la entrada al túnel.

—Allá vamos —dijo Tod.

—Allá vamos —coreó Jeremy.

—¡Pilotos de cohetes! —gritó Tod.

Jeremy rechinó los dientes.

—¡Pilotos de cohetes! —repitió Tod.

¡Qué demonios! Poco importaría decirlo una vez más.

—¡Pilotos de cohetes! —gritó Jeremy.

El tren no partió con sacudidas vacilantes, como hacían muchas montañas rusas sino

que una tremenda explosión de aire comprimido lo propulsó a gran velocidad, como la bala de un cañón, con un ¡whush! que casi hería los tímpanos. Pegados a los asientos, vistos y no vistos, pasaron por delante del operador y entraron en la negra boca del túnel.

Oscuridad total.

Él sólo tenía entonces doce años. No había muerto. No había estado en el Infierno. No había regresado de allí. En la oscuridad era tan ciego como cualquier otra persona, como Tod.

Pasaron velozmente por unas puertas giratorias y salieron a un largo trecho inclinado lleno de luz, moviéndose deprisa al principio y aminorando gradualmente la marcha después hasta ir a paso de tortuga. Por los costados del tren recibían las amenazas de unos gasterópodos blancos, tan grandes como el cuerpo de un hombre, que se encabritaban y les gritaban por unas bocas redondas, llenas de dientes que giraban como las palas de una trituradora de desperdicios. Se elevaron seis o siete pisos, en ángulo agudo, y fueron recibidos por otros monstruos mecánicos que farfullaban, balbucían, gruñían y lanzaban gritos contra el tren; todos eran pálidos y viscosos, unos con los ojos resplandecientes y otros con los ojos negros y ciegos, la clase de criaturas que uno podría imaginar que viven a kilómetros por debajo de la superficie de la tierra... si uno no supiera absolutamente nada de ciencia.

En aquel declive inicial era donde los intrépidos tenían que ponerse de pie. Aunque el curso del Miriópodo estaba marcado por un par más de inclinaciones, ninguna otra parte del trayecto discurría tan lentamente durante el tiempo suficiente para deslizarse con seguridad por debajo de la barra de sujeción.

Jeremy se contorsionó, retorciéndose contra el respaldo del asiento, y se deslizó fuera de la barra, pese a que Tod, al principio, no se movió.

—Vamos, cabeza de chorlito, tenemos que colocarnos antes de llegar a la cumbre.

Tod parecía preocupado.

—Si nos pescan, nos echarán a patadas del parque.

—No nos pescarán.

Hacia el final del viaje, el tren se deslizaba en punto muerto por el tramo final del oscuro túnel, dando a los viajeros una oportunidad de serenarse. Durante aquellos últimos segundos, antes de volver a la falsa caverna de la que habían partido, los muchachos podían volver a deslizarse sobre la barra de seguridad y ocupar de nuevo su asiento. Jeremy sabía que podía hacerlo y estaba seguro de que no le pescarían. Tod no tenía que preocuparse de volver a meterse otra vez bajo la barra. Para entonces, Tod estaría muerto y ya no tendría tampoco que preocuparse de nada más.

—No quiero que me echen a patadas del tren —dijo Tod cuando se aproximaban al centro de la larguísima pendiente inicial—. Ha sido un día estupendo y todavía tenemos dos horas hasta que mamá venga a recogernos.

Unas ratas mutantes albinas castañeteaban los dientes en dirección a ellos desde sus falsas plataformas rocosas.

—Está bien, entonces sigue siendo un cobarde mariquita —replicó Jeremy y continuó desembarazándose de la barra de seguridad.

—Yo no soy un cobarde mariquita —se defendió Tod.

—Sí que lo eres, sí que lo eres.

—No lo soy.

—Quizá cuando comience otra vez el colegio en setiembre, puedas ingresar en el Club de Amas de Casa Jóvenes, aprender a cocinar, hacer primorosos tapetitos de punto y preparar flores.

—Eres un estúpido, ¿sabes?

—¡Ooooh!, ya me has partido el corazón —dijo Jeremy mientras extraía las piernas por debajo de la barra y se ponía en cuclillas sobre el asiento—. Vosotras, las chicas, sabéis muy bien herir los sentimientos de un tipo.

—Rastrero.

El tren escalaba la pendiente emitiendo los ruidos estridentes y los sonidos peculiares de las montañas rusas, que bastaban por sí solos para acelerar los latidos del corazón y revolver los estómagos. Jeremy se escabulló por debajo de la barra y se irguió delante de ella, con la vista al frente. Miró de soslayo a Tod, que seguía ocupando su asiento, con el ceño fruncido. Le tenía sin cuidado que Tod se uniera a él o no. Ya había decidido matarle y si no se le presentaba la ocasión durante su decimosegundo cumpleaños en el "Mundo de la Fantasía", lo haría en cualquier otra parte, antes o después. El mero hecho de pensar en ello resultaba ya muy divertido. Como decía aquella canción de un anuncio de televisión en que el ketchup "Heinz" era tan espeso que parecía llevarte horas sacarlo de la botella: *E-mo-ccción*. Tener que esperar unos días o incluso unas semanas hasta que se presentara una buena ocasión para matar a Tod, haría la muerte mucho más emocionante. Así que dejó de tomar el pelo a Tod y se limitó a mirarle con desdén. *E-mo-ccción*.

—No tengo miedo —insistió Tod.

—Sí.

—Lo que no quiero es fastidiarnos el día.

—Seguro que sí.

—Rastrero —repitió Tod.

—Tripulante espacial de mi culo.

Aquel insulto ejerció un poderoso efecto. Tod estaba tan cautivado por su propia falsa amistad, que podía sentirse dolido por la idea de no saber cómo debía comportarse un verdadero amigo. La expresión de su rostro, ancho y sincero, no sólo reveló un sentimiento herido, sino también una sorprendente desesperación que sobresaltó a Jeremy. Tal vez Tod comprendiera de verdad la realidad de la vida, que no era sino un juego brutal en el que cada jugador perseguía únicamente el fin puramente egoísta de salir triunfante. Quizás eso conmoviera al amigo Tod, le asustara y le hiciera aferrarse a una última esperanza, a la idea de la amistad. Si el juego podía ser practicado con un compañero o dos, suponiendo realmente que el resto del mundo jugaba contra tu pequeño equipo, la cosa resultaba más tolerable, mejor que si el resto del mundo jugaba contra ti solo. Tod Ledderbeck y su buen colega Jeremy contra el resto de la Humanidad resultaba un tanto romántico y aventurado, pero Tod Ledderbeck solo ya le revolvía las entrañas. Sentado detrás de la barra de seguridad, Tod pareció al principio afligido y luego resuelto. La indecisión dio paso a la acción y Tod se movió rápidamente, liberándose con impaciencia de su indecisión.

—Ven, date prisa —le urgió Jeremy—. Ya estamos casi en lo alto.

Tod se deslizó como una anguila fuera de la barra y se puso en pie delante del asiento, como estaba Jeremy. Entonces se enredó el pie en el mecanismo de seguridad y le faltó poco para caerse fuera del coche. Jeremy le agarró y le levantó. Aquél no era el sitio donde Tod debía sufrir la caída. No avanzaban con suficiente velocidad, y como mucho sólo habría sufrido un par de magulladuras. Iban de pie uno al lado del otro, esparrancados sobre el suelo del coche, apoyando la espalda contra el mecanismo de seguridad del que se habían liberado, con los brazos atrás y las manos asidas a la barra, sonriéndose mutuamente, cuando el tren llegó a la cúspide de la cuesta. Cruzó con estruendo las puertas oscilantes del primer tramo de túnel sin iluminación. La vía seguía siendo llana sólo el trecho suficiente para elevar la tensión de los pasajeros un par de puntos. *E-mo-ccción*. Cuando Jeremy ya no podía contener la respiración por más tiempo, el primer coche cruzó el borde y sus pasajeros gritaron en la oscuridad. Luego, en rápida sucesión, le siguió el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto coche...

—¡Pilotos de cohetes! —gritaron al unísono Jeremy y Tod.

...y el último coche del tren, siguiendo a los otros, se lanzó en picado, cobrando velocidad por segundos. El viento les azotaba desaforadamente y convertía sus cabellos en sendos penachos detrás de las cabezas. Luego, cuando menos lo esperaban, se produjo un brusco picado hacia la derecha, una pequeña cuesta para revolver los estómagos y otro giro a la derecha, inclinándose la vía lo suficiente para que los coches se volcaran de lado, más rápido, más rápido. Luego una recta y otra pendiente, valiéndose de su velocidad para elevarse más alto que antes, subiendo lentamente hacia la cumbre, despacio, despacio. *E-mo-ccción*. Traspasaron la cumbre e iniciaron un descenso interminable, tan rápido y sobrecogedor que Jeremy sintió como si se le escapara el estómago dejando un agujero en el centro de su cuerpo. Aunque sabía lo que se avecinaba, ello le dejaba sin aliento. El tren rizó el rizo al invertir su posición. Jeremy apretó los pies contra el suelo y tiró con todas sus fuerzas de la barra que tenía tras él, como si pretendiera fundir sus carnes con el metal, pues le parecía que se iba a caer sobre el tramo que producía el rizo y se iba a destrozar el cráneo contra los raíles de abajo. No ignoraba que la fuerza centrífuga le mantendría en su lugar aunque estuviera cabeza abajo, pero lo que él supiera carecía de importancia: lo que sintieras tenía siempre más peso que lo que supieras; la emoción importaba más que el intelecto. Luego el rizo acabó y cruzaron estrepitosamente otras dos puertas oscilantes, entrando en una segunda cuesta iluminada en la que el tren utilizaba su tremenda velocidad para escalar una nueva serie de zambullidas y curvas cerradas.

Jeremy miró a Tod.

—Ya no hay más rizos —gritó Tod, alzando la voz por encima del martilleo de las ruedas del tren—. Ha pasado lo peor.

Jeremy estalló en una risotada, pensando: Lo peor todavía no ha llegado para ti, estúpido. Y para mí aún falta por llegar. *E-mo-ccción*.

Tod también rió, aunque ciertamente por razones distintas. Al llegar a la cumbre de la segunda cuesta, los estruendosos coches cruzaron un tercer grupo de puertas móviles y volvieron a entrar en un mundo de tinieblas que hizo estremecerse a Jeremy porque sabía que Tod Ledderbeck acababa de ver la última luz de su vida. El tren giraba a derecha e

izquierda, subía y bajaba bruscamente y se tambaleaba de un lado a otro por una serie de curvas en espiral. Jeremy sentía a Tod a su lado durante todo el trayecto. Sus brazos desnudos se rozaban y sus hombros chocaban cuando se desplazaban con los movimientos del tren. Cada contacto producía una corriente de intenso placer en Jeremy, erizaba los pelos de sus brazos y su cogote y le ponía la piel de carne de gallina. Se sabía dueño del poder definitivo sobre su amigo, el poder de la vida y de la muerte, y ello le hacía un tipo diferente a los demás pusilánimes portentos del mundo, habida cuenta de que no le asustaba usar ese poder.

Esperaba que se acercara el tramo del trayecto más próximo al final del viaje, donde sabía que el ondulante movimiento producía una mayor inestabilidad en los pasajeros del intrépido. Para entonces Tod ya se sentiría seguro, ya ha pasado lo peor y sería fácil cogerle por sorpresa. La aproximación al lugar del crimen fue anunciada por una de las más inusuales sorpresas del viaje, una curva de trescientos sesenta grados a alta velocidad que obligaba a los coches a tumbarse de lado en todo su perímetro. Cuando terminaran de rodear la curva entrarían inmediatamente en una serie de seis colinas, todas de escasa altura pero muy juntas, de manera que el tren avanzaría como la larva de una polilla sobre un terreno sulfatado, arriba y abajo, arriba y abajo, hacia el último conjunto de puertas oscilantes que les llevaría a la cavernosa estación de embarque y desembarque en que habían iniciado el viaje.

El tren empezó a ladearse. Entraban en la curva de trescientos sesenta grados. El tren rodaba sobre el costado. Tod trataba de mantenerse rígido pero se combaba un poco contra Jeremy, que iba en la parte de dentro, cuando tomaron la curva de la derecha. El viejo piloto de cohetes aullaba alegremente como una sirena antiaérea, haciendo todo lo posible por exagerar y divertirse con el viaje, ya que lo peor había pasado.

*E-mo-ccción.*

Jeremy calculó que llevaban andada una tercera parte de la curva... La mitad... Dos tercios... La vía se niveló y el tren dejó de luchar contra la gravedad. Entonces, con una espontaneidad que casi dejó sin resuello a Jeremy, el tren atacó la primera de las seis colinas y salió disparado hacia arriba.

Soltó de la barra su mano derecha, la que tenía más lejos de Tod. El tren se lanzó en picado hacia abajo. Cerró el puño de la mano derecha. Casi con la misma prontitud que había empezado a bajar, el tren volvió a dispararse hacia arriba para coronar la segunda colina.

Jeremy descargó un gancho en redondo con el puño, confiando en su instinto para encontrar el rostro de Tod. El tren empezó a bajar. Su puño dio en el blanco, golpeando con fuerza la cara de Tod, y notó que la nariz de su amigo se partía. El tren se elevó nuevamente, en medio de los gritos de Tod, aunque nadie podía oír nada especial entre las exclamaciones que lanzaban los demás pasajeros.

Durante una fracción de segundo, Tod pensaría con toda probabilidad que se había golpeado contra el obstáculo del techo que según la leyenda había decapitado a un muchacho y presa del pánico, se soltaría de la barra. A menos eso era lo que esperaba Jeremy. Así que, tan pronto como golpeó al viejo piloto de cohetes y el tren empezó su descenso por la tercera colina, Jeremy se soltó también de la barra y se lanzó contra su



mejor amigo. Le levantó en vilo y le empujó con todas sus fuerzas. Sintió que Tod le cogía un mechón de pelo, pero sacudió la cabeza furiosamente y le empujó con más fuerza, recibiendo una patada en la cadera...

...el tren empezó a escalar la cuarta colina...

...Tod cayó por el borde, en medio de las tinieblas, lejos del coche, como si se le hubiera tragado el espacio profundo. Jeremy empezó a caer con él, pero buscó desesperadamente la barra de seguridad, totalmente a ciegas, la encontró y se agarró a ella...

...el tren descendía en picado por la cuarta colina...

...Jeremy creyó oír el último grito de Tod y luego un claro ¡zunk! cuando se golpeó contra la pared del túnel y rebotó para caer sobre la vía, detrás del tren, aunque podría ser una figuración suya...

...el tren escalaba la quinta colina con un movimiento jactancioso que produjo en Jeremy deseos de lanzar un grito de entusiasmo...

...o Tod había quedado muerto atrás, en la oscuridad, o habrá quedado aturdido, semiinconsciente, tratando de ponerse en pie...

...durante el descenso de la quinta colina, Jeremy fue sacudido hacia atrás y hacia delante, y le faltó poco para que se le escapara la barra de las manos. Luego el tren empezó a subir de nuevo, a escalar la sexta y última colina...

...y si Tod no estaba muerto, atrás tal vez empezara a darse cuenta en aquellos instantes de que se aproximaba otro tren...

...el descenso de la sexta colina y la recta final.

En cuanto Jeremy vio que se hallaba en terreno estable, se apresuró a culebrear para introducirse detrás de la valla de seguridad, primero la pierna izquierda por debajo y luego la derecha. Se retorció frenéticamente para meter las caderas por el hueco existente entre el respaldo de su asiento y la barra, aunque no era difícil. Le resultaba más fácil volver a colocarse el agarre de la barra protectora que antes escapar de ella.

El tren golpeó las puertas oscilantes —¡bam!— y siguió avanzando a una velocidad decreciente en dirección al andén de desembarque, a unos treinta metros en el lado de las puertas por las que habían tenido acceso a la montaña rusa. Las personas se apiñaban en el pasillo de acceso y muchas se volvían a mirar la cola del tren según éste salía por la boca del túnel. Jeremy esperaba que de un momento a otro empezaran a señalarle y a gritar: "¡Asesino!"

En cuanto el tren se detuvo totalmente junto a las puertas de desembarque, por toda la caverna empezaron a parpadear las luces rojas de emergencia, mostrando el camino de salida. Una voz metálica de alarma empezó a resonar por los altavoces que había en lo alto de la falsa formación rocosa: *El Miriópodo ha hecho una parada de emergencia. Se ruega a todos los pasajeros que continúen en sus asientos...*

Cuando la barra de seguridad se soltó automáticamente al final del viaje, Jeremy se puso de pie, se agarró al pasamanos y saltó al andén de desembarque.

*...todos los pasajeros en sus asientos hasta que lleguen los servicios de socorro y les saquen de los túneles...*

Los empleados uniformados que estaban en el andén se miraban unos a otros

desorientados, preguntándose qué habría ocurrido.

*...que todos los pasajeros permanezcan en sus asientos...*

Desde el andén, Jeremy miró hacia el túnel del que había salido su tren para entrar en la caverna y vio que otro tren cruzaba las puertas oscilantes.

*...se ruega al resto del público que salga en orden por la puerta más próxima...*

El convoy que entraba ya no se movía ni deprisa ni suavemente, sino que lanzó una sacudida, como si quisiera saltar sobre la rejilla.

Con un sobresalto, Jeremy vio lo que aparecía enredado en las ruedas delanteras obligando al coche de cabeza a elevarse de los raíles. Seguramente también lo habían visto otras personas del andén, porque de pronto unas voces empezaron a gritar. No eran los gritos de regocijo por estarlo pasando estupendamente bien que podían escucharse en todo el parque de atracciones, sino unas exclamaciones de horror y repugnancia.

*...que todos los pasajeros permanezcan en sus asientos...*

El tren se balanceó y se detuvo espasmódicamente muy cerca del andén de desembarque. Algo pendía, agarrado por las irregulares fauces, ante la feroz boca de aquella cabeza de insecto que sobresalía delante del primer coche. Eran los despojos del viejo piloto de cohetes, un bocado de buen tamaño para un monstruoso bicho de la magnitud de aquél.

*...se ruega al resto del público que salga en orden por la puerta más próxima...*

—No mires, hijo —dijo compasivamente un empleado, apartando a Jeremy del macabro espectáculo—. Por amor de Dios, vete de aquí.

Los conmovidos empleados se habían recuperado ya lo bastante para empezar a dirigir a la multitud que esperaba hacia las puertas de salida marcadas con las señales rojas. Consciente de que se sentía reventar de emoción, sonriendo como un tonto y demasiado exultante de dicha para poder representar el papel del afligido amigo del muerto, Jeremy se unió al éxodo de personas que eran presas de un acceso de pánico, entre algunos empujones y atropellos.

Respiró el aire de la noche, en la que las luces navideñas seguían haciendo guiños, los rayos láser traspasaban la negrura del firmamento y los iridiscentes neones iluminaban hasta el último confín. Los miles de visitantes continuaban persiguiendo allí el placer sin tener la más remota idea de que la muerte se paseaba entre ellos. Jeremy se alejó corriendo del Miriópodo, sorteando las multitudes y esquivando las colisiones, sin saber adónde iba. Simplemente seguía moviéndose para alejarse del desmembrado cuerpo de Tod Ledderbeck.

Por último se detuvo ante el lago artificial, sobre cuyas aguas zumbaban algunos Hovercraft trayendo y llevando pasajeros a la Isla de Marte. Se sentía como si estuviera en Marte, o en algún otro planeta extraño donde la gravedad era menor que la de la Tierra. Le parecía flotar, listo para elevarse por los aires y alejarse de allí.

Tomó asiento en un banco de cemento, de espaldas al lago, mirando hacia un sendero rodeado de flores por el que desfilaba una interminable multitud y allí se rindió a la risa insistente que burbujeaba en su interior como la Pepsi agitada en una botella. La risa sofocada salió a borbotones con tal efervescencia y en chorros tan largos, que tuvo que abrazarse a sí mismo y apoyarse en el respaldo del banco para no caer al suelo. La gente le

miraba y un par de personas se detuvieron para preguntarle si se había perdido. Su risa era tan intensa que le atragantaba, y le hacía rodar las lágrimas por el rostro. La gente creía que estaba llorando y le tomaban por un bobo de doce años que había extraviado a su familia y era demasiado tonto para solucionarlo. La incomprensión de la gente no hacía más que aumentar su risa.

Cuando se le pasó la risa, se inclinó hacia delante en el banco y miró fijamente sus bambas deportivas pensando en lo que le diría a la señora Ledderbeck cuando acudiera a recogerles a él y a Tod a las diez en punto..., suponiendo que los empleados del parque no hubieran identificado para entonces el cuerpo ni se hubieran puesto en contacto con ella. Eran las ocho. "Él quiso subir al intrépido —dijo entre dientes a sus bambas—, y yo traté de convencerle de que no lo hiciera, pero no quiso escucharme y me llamó capullo cuando no quise subir con él. Lo siento señora Ledderbeck, doctor Ledderbeck, él hablaba así algunas veces para hacerse el valiente. —Hasta aquí iba bastante bien, pero era preciso que le temblara más la voz—. Como yo no quise hacer el intrépido, subió él solo al Miriópodo. Me quedé esperándole a la salida y cuando toda aquella gente vino corriendo, hablando de un cuerpo destrozado y ensangrentado, imaginé quién debía ser y..., bueno, ya sabe, no supe qué hacer. Simplemente, no supe qué hacer. —Los empleados del parque no recordarían si Tod había hecho solo el viaje o acompañado de otro muchacho. Trataban diariamente con miles de pasajeros, de forma que no iban a acordarse de quién iba solo y quién no—. Lo siento, señora Ledderbeck, debí convencerle. Debí acompañarle y evitarlo. Me siento tan... tan estúpido... tan impotente. ¿Cómo le dejaría yo subir al Miriópodo? ¿Qué clase de buen amigo soy yo?"

No estaba mal. Necesitaba un poco de ensayo y debía tener mucho cuidado de no exagerarlo. Lágrimas y la voz quebrada, pero nada de sollozos salvajes ni excesivos dramatismos.

Estaba seguro de que podía tener éxito. Se había convertido en un Maestro del Juego. Tan pronto como se sintió seguro de su historia, se percató de que tenía apetito. Estaba hambriento. Estaba literalmente temblando de hambre. Se acercó a un puesto de comida, compró un perrito caliente bien servido —cebolla, condimento, ajo, mostaza y ketchup— y se lo zampó vorazmente, acompañado de "Orange Crush". Todavía estaba temblando. Tomó un sandwich de helado hecho con galletas de chocolate y avena de pan. Entonces dejó de temblar exteriormente, pero por dentro seguía agitándose. No era miedo. Eran unos deliciosos escalofríos similares al revoloteo que experimentaba en la barriga desde el año antes cuando miraba a una chica y se imaginaba estar con ella, aunque inefablemente superior a eso. Se asemejaba un poco al sensacional estremecimiento que acariciaba su espina dorsal cuando saltaba la barandilla de seguridad y se situaba al borde mismo de un rojizo acantilado de Laguna Beach Park, contemplando cómo se estrellaban las olas contra las rocas y sintiendo que la tierra se hundía lentamente bajo las punteras de sus zapatos y se abría camino hasta cubrirle la mitad de la suela... esperando, esperando, preguntándose si el terreno traicionero cedería repentinamente y le dejaría caer contra las rocas del fondo sin darle tiempo a agarrarse a la barandilla, pero, a pesar de eso, esperando... esperando.

Sin embargo, aquel estremecimiento era mejor que todos aquellos combinados. Y además iba creciendo por minutos, más que disminuyendo. Era un calor sensual interno

que el asesinato de Tod no apagaba sino que encendía más. Su oscuro deseo se convirtió en una necesidad apremiante y empezó a vagar por el parque buscando satisfacción.

Le sorprendió un poco que el "Mundo de la Fantasía" siguiera funcionando, como si nada hubiera ocurrido en el Miriópodo. Había esperado que cerraran todo el parque de atracciones y no solamente aquélla. Ahora se daba cuenta de que el dinero era más importante que el luto por el fallecimiento de un cliente. Y si aquellos que habían visto el cuerpo desmembrado de Tod propagaban el relato entre los demás, quedaría probablemente como un refrito de la leyenda. La frivolidad no parecía haber descendido en el parque.

En un momento dado se atrevió a acercarse al Miriópodo, pero se mantuvo a distancia pensando que todavía no estaba seguro de poder ocultar la alegría por su triunfo y por el nuevo estatus que había adquirido. Maestro del Juego. Habían puesto cadenas de un pilar a otro delante del pabellón, cerrando el paso a quienes intentaran acceder a él, y sobre la puerta de entrada había un cartel que indicaba CERRADO POR REPARACIONES. No sería para reparar al viejo Tod. El piloto de cohetes ya no tenía arreglo. No había ninguna ambulancia a la vista, que ellos pudieran haber pensado que necesitarían, ni se veía ningún coche fúnebre. Ni siquiera había policías. Qué extraño.

Entonces se acordó de un reportaje que había visto en la televisión, que hablaba de un mundo existente bajo el "Mundo de la Fantasía": túneles de servicio a manera de catacumbas, cámaras de almacenaje, centros de seguridad y control regidos por computadora... exactamente igual que "Disneylandia". A fin de evitar molestias a los clientes y desviar la atención de los morbosos y curiosos, seguramente habrían empleado aquellos túneles para trasladar a los policías y los camilleros de la oficina del forense.

Los temblores aumentaron dentro de Jeremy. También el deseo. La necesidad. Era Maestro del Juego. Nadie podía tocarle. Podía dar algo más que hacer a los policías y a los camilleros, tenerlos ocupados. Siguió moviéndose, buscando, alerta a la menor oportunidad. La encontró donde menos esperaba, cuando se detuvo en un servicio de caballeros para hacer pipí.

En uno de los lavabos había un tipo de unos treinta años mirándose al espejo y peinándose su espeso cabello rubio, reluciente de "Vitalis". En el anaquel de debajo del espejo había depositado algunos objetos personales: la cartera, las llaves del coche, un pequeño inhalador "Binaca" para purificar el aliento, un paquete medio vacío de "Dentyne" (aquel tipo estaba obsesionado por la halitosis) y un encendedor.

El encendedor fue lo primero que atrajo la atención de Jeremy. No era un Bic de plástico, con carga de butano desechable, sino uno de aquellos modelos metálicos con forma de rebanada de pan en miniatura, provisto de una tapa o bisagra que se echaba hacia atrás y revelaba la rueda y la mecha. Por la manera en que el fluorescente del techo resplandecía sobre las suaves curvas del encendedor, éste daba la impresión de ser un objeto sobrenatural, lleno de su propia y misteriosa brillantez, una boya sólo para los ojos de Jeremy.

Dudó un momento y luego se acercó a uno de los urinarios. Cuando terminó y se subió la cremallera, el tipo rubio continuaba en el lavabo, acicalándose. Jeremy se lavaba

siempre las manos después de usar un wáter porque eso era lo que hacía la gente educada. Era una de las reglas seguidas por un buen jugador. Ocupó un lavabo contiguo al del acicalador. Mientras se enjabonaba las manos en el recipiente de jabón líquido, no podía quitar ojo del encendedor que había sobre el anaquel, a pocos centímetros de distancia. Se dijo a sí mismo que debía apartar la vista pues el tipo creería que pensaba quitarle aquella maldita cosa, pero los pulcros contornos de plata le tenían fascinado. Mirándolo fijamente mientras se enjuagaba el jabón de las manos, imaginó que podía oír el seco crepitar de las llamas que todo lo consumían.

Tras volver a guardarse la cartera en el bolsillo del pantalón, pero dejando los demás objetos sobre la estantería, el hombre se apartó del lavabo y se aproximó a uno de los urinarios. En el momento en que Jeremy estaba a punto de coger el encendedor, entraron un padre y su hijo adolescente. Aquella pareja podía echárselo todo a perder, pero se metieron en dos de los retretes y cerraron las puertas. Jeremy supo que aquello era una señal. Hazlo, decía la señal. Cógelo, vete, hazlo, hazlo. Jeremy miró al hombre del urinario, cogió el encendedor del anaquel, se dio media vuelta y salió de allí sin secarse las manos. Nadie corrió tras él.

Apretando el mechero con la mano derecha, se puso a recorrer el parque en busca de leña menuda e idónea. El deseo que sentía en su interior era tan intenso, que los temblores se le extendieron por la entrepierna, el abdomen y la columna vertebral, apareciendo una vez más en las manos y también en las piernas, que a veces tenían el aspecto de goma, debido a la excitación.

Necesidad.

Vassago terminó la última "Reese Piece's", enrolló limpia y apretadamente la bolsa vacía, haciendo un nudo para que ocupara el menor espacio posible y lo dejó caer en una bolsa de basura que había justamente a la izquierda de la nevera de poliestireno sin hielo. La limpieza era una de las reglas del mundo de los vivos. Disfrutaba mucho perdiéndose en el recuerdo de aquella noche especial, ocho años atrás, en que él tenía doce y había cambiado para siempre; pero ahora estaba cansado y necesitaba dormir. Tal vez soñara con aquella mujer llamada Lindsey. Quizá tuviera otra visión que le llevara hasta alguien relacionado con ella, pues, de alguna manera, ella parecía formar parte de su destino. Unas fuerzas que no comprendía del todo pero que respetaba le arrastraban hacia ella. La próxima vez no cometería el error que había cometido con Cooper. No se dejaría abrumar por la necesidad. Primero haría preguntas y, cuando hubiera recibido todas las respuestas y sólo entonces, liberaría la preciosa sangre y, con ella, otra alma que iría a unirse a las infinitas multitudes del más allá de este odioso mundo.

El martes, por la mañana, Lindsey se quedó en casa trabajando en su estudio mientras Hatch llevaba a Regina al colegio y luego se dirigía a reunirse con un albacea de fincas de North Tustin, que estaba buscando afanosamente ofertas sobre una colección de urnas y jarrones antiguos de Wedwood. Después de comer tenía una cita con el doctor Nyebern a fin de conocer el resultado de las pruebas que le habían hecho el sábado. Para cuando recogiera a Regina y estuviera de regreso en casa, a última hora de la tarde, Lindsey pensaba haber terminado el lienzo en el que llevaba ya trabajando un mes.

Aquél era el plan, pero todos los hados y duendes —y la propia psicología de Lindsey— conspiraron para que no se cumpliera. En primer lugar, se estropeó la cafetera. Lindsey tuvo que revisar la máquina durante una hora hasta que encontró la avería y la reparó. Era muy mañosa y, afortunadamente, logró preparar el café. No podía hacer frente al día sin una dosis de cafeína que pusiera en marcha su corazón. Sabía que el café era malo para ella, pero también lo era el ácido de la batería y el cianuro, y no bebía ninguna de las dos cosas, lo cual demostraba que tenía suficiente dominio de sí misma cuando de hábitos dietéticos destructivos se trataba. ¡Demonios ella era una completa roca!

Cuando llegó a su estudio del segundo piso con una taza y un termo lleno de café, la luz que entraba por las ventanas que daban al Norte era perfecta para sus propósitos. Tenía todo lo que necesitaba. Disponía de colores, pinceles y espátulas, así como de un mueble para guardarlo. Contaba con un taburete ajustable y un caballete, y también de un equipo estereofónico, con montones de compactos de Garth Brooks, Glenn Miller y Van Halen, que, de alguna manera, parecía la música de fondo idónea para un pintor cuyo estilo era una combinación de clasicismo y surrealismo. Lo único que le faltaba era interés por el trabajo que tenía entre manos y capacidad de concentración. Le distraía constantemente una lustrosa araña negra que andaba explorando el ángulo superior derecho de la ventana más próxima a ella. No le gustaban las arañas, pero también sentía repugnancia de matarla. No le quedaría más remedio que capturarla más tarde en un jarro y echarla afuera. El arácnido caminó boca arriba por el dintel de la ventana hasta el ángulo izquierdo, perdió inmediatamente interés por aquel territorio y regresó al derecho, donde se estremeció y flexionó sus largas patas, como si obtuviera cierto placer en la calidad de aquel particular nicho, sólo asequible para las arañas.

Lindsey volvió otra vez a su pintura. Casi ya completa, era una de sus mejores obras a la que sólo le faltaban unos cuantos retoques. Pero vacilaba en abrir los tubos y coger los pinceles, pues era tan aprensiva como artista. Le inquietaba la salud de Hatch, naturalmente; tanto la física como la mental. También sentía aprensión respecto a aquel hombre extraño que había matado a la rubia y sobre la misteriosa relación existente entre aquel salvaje depredador y su Hatch.

La araña descendió muy despacio por el lado del marco de la ventana hasta el ángulo derecho del alféizar. Después de valerse de sus instintos arácnidos, cualesquiera que fuesen, rechazó también aquel rincón y regresó una vez más al ángulo superior de la derecha.

Al igual que la mayoría de la gente, Lindsey consideraba a los médiums buenos individuos para las películas de terror, pero unos charlatanes en la vida real. Sin embargo, rápidamente había sugerido la clarividencia como explicación a los sucesos que estaba viviendo Hatch. Y se había aferrado más insistentemente a aquella teoría cuando él había manifestado no ser ningún médium.

Se apartó de la araña y miró fijamente con frustración el lienzo inacabado que tenía delante. Ahora comprendía por qué había defendido con tanta vehemencia la realidad de los poderes paranormales el viernes, cuando seguían en el coche la pista del asesino hasta la entrada de Laguna Canyon Road. Si Hatch se había convertido en un médium, empezaría progresivamente a captar impresiones de otro tipo de personas y su vínculo

con el asesino no sería el único. Pero si no era un médium, si el nexo que le unía a aquel monstruo era más profundo e infinitamente más extraño que la percepción clarividente obtenida al azar, como él insistía que era, entonces se encontraban hundidos en lo desconocido. Y lo desconocido resultaba mucho más espantoso que lo que uno podía describir y puntualizar.

Además, si la relación que los unía era más misteriosa e íntima que la derivada de la percepción psíquica, las consecuencias podían resultar psicológicamente desastrosas para Hatch. ¿Qué trauma mental podría derivarse de estar metido, aunque fuera de forma breve, en la mente de un desalmado asesino? ¿Era el vínculo existente entre ellos una fuente de contaminación, como podía ser algún lazo biológico íntimo? De ser esto cierto, el virus de la locura tal vez podía arrastrarse a través del éter y contaminar a Hatch. No. Era ridículo. Su marido, no. Él era de fiar, juicioso, maduro, tan cuerdo como cualquiera de los que pisaban la tierra.

La araña había tomado posesión del ángulo superior derecho de la ventana y había empezado a tejer su tela.

Lindsey recordó el estado de Hatch la noche antes a leer en el periódico la historia de Cooper. La dureza de la cólera en su rostro. La inquieta y febril mirada de sus ojos, jamás había visto a Hatch de aquella forma. A su padre sí, pero nunca a él. Sabía que a Hatch le inquietaba la idea de poder tener algún ramalazo de su padre, pero nunca había notado nada antes. Y tal vez no lo había visto tampoco la noche antes. Lo que ella había visto podía ser cierta dosis de furia del asesino filtrándose dentro de Hatch por medio del vínculo que existía entre ellos... No. Ella no tenía nada que temer de Hatch. Era un hombre bueno, el mejor que había conocido nunca. Era un pozo de bondad tan profundo, que diluiría hasta dejar sin efecto toda la locura del asesino de la muchacha rubia, que pudiera haber caído en su interior.

Del abdomen de la araña surgía un filamento brillante y sedoso a medida que el arácnido reivindicaba laboriosamente como su hogar el rincón de la ventana. Lindsey abrió un cajón del mueble en que guardaba su equipo y sacó una lupa para observar más de cerca a la hilandera. Sus delgadas patas hormigueaban moviendo centenares de hilos, que no podrían haber sido vistos sin ayuda de la lente. Sus horribles ojos de facetas múltiples miraban a todas partes al mismo tiempo y sus fauces desiguales trabajan continuamente, como anticipándose a la primera mosca voladora que quedaría atrapada en la red que estaba tejiendo. Aunque Lindsey sabía que aquel insecto formaba parte de la Naturaleza exactamente igual que ella, no podía evitar que le revolviara el estómago. Era una parte de la Naturaleza con la que prefería no convivir: la parte que tenía que ver con cazar y matar, con cosas que se alimentaban impacientemente de los vivos. Dejó la lupa sobre el alféizar de la ventana y descendió a la planta baja para buscar un jarro en la despensa de la cocina. Deseaba capturar a la araña y echarla fuera de su casa antes de que se estableciera allí definitivamente.

Al llegar al pie de la escalera miró por la ventana que había junto a la puerta principal, vio el coche del cartero y se dirigió a recoger la correspondencia del buzón de la calle. Algunas facturas, el mínimo usual de dos catálogos pedidos por correo y el último número de Arts American.

Le apetecía agarrarse a cualquier excusa para no trabajar, cosa insólita en ella, que adoraba su trabajo, de modo que olvidó por completo que había bajado a buscar un jarro para transportar a la araña, y subió el correo a su estudio, allí se sentó en el viejo sillón del rincón con una nueva taza de café y el Arts American. En cuanto miró el sumario localizó el artículo que hablaba de ella. Se quedó sorprendida. La revista había escrito anteriormente sobre su trabajo, pero ella había conocido siempre de antemano los artículos que iban a publicar. Habitualmente, el autor del artículo tenía algunas preguntas que hacerle, aunque no le efectuara una entrevista directa. Luego vio el subtítulo con el nombre del autor y frunció el ceño. S. Steven Honell. Supo que era el objetivo de un golpe cruel antes de leer la primera palabra. Honell era un buen crítico de ficción que, de vez en cuando, también escribía sobre arte. Estaba metido en los sesenta, no se había casado nunca, y era un individuo flemático que desde joven había decidido renunciar a una esposa y una familia por su trabajo de escritor. Para escribir bien, decía, hay que tener la preferencia de los monjes por la soledad. El aislamiento fuerza al hombre a enfrentarse más directa y honradamente consigo mismo que el ajetreo del poblado mundo, y a través de uno mismo también se hace frente a la naturaleza del corazón humano. Había vivido en un espléndido aislamiento, primero en el norte de California y luego en Nuevo México. Más recientemente se había afincado en el borde oriental de la zona desarrollada del condado de Orange, a un extremo de Silverado Canyon que formaba parte de una serie de colinas pobladas de arbustos y barrancos salpicados de numerosos y brillantes robles de California, así como de cabañas rústicas menos numerosas.

En setiembre del año anterior, Lindsey y Hatch habían estado en un restaurante del extremo civilizado de Silverado Canyon, donde servían bebidas fuertes y buenos filetes. Cenaron en una de las mesas de restaurante, que estaba decorado con paneles de pino nudoso y columnas de piedra caliza que sostenían el techo. Junto a la barra estaba sentado un borracho con el pelo blanco, que disertaba pomposamente sobre literatura, arte y política. Sostenía enérgicamente sus opiniones y las expresaba con un lenguaje cáustico. Por la cariñosa tolerancia con que el barman y los clientes que ocupaban los otros taburetes del mostrador trataban al cascarrabias, Lindsey coligió que se trataba de un cliente habitual.

Entonces Lindsey le reconoció. Era S. Steven Honell. Admiraba la desinteresada devoción de aquel hombre por el arte de escribir y había leído y le gustaban algunos de sus escritos. Ella no hubiera podido sacrificar amor, matrimonio e hijos por su pintura, aun cuando la exploración de su talento creativo era tan importante para ella como disponer de comida y agua suficientes. Oyendo a Honell, deseó haber ido con Hatch a comer a cualquier otro sitio, nunca más sería capaz de leer ningún trabajo suyo sin tener en cuenta algunas de las atroces declaraciones que hacía sobre los escritos y la personalidad de sus contemporáneos en las letras. A cada copa que bebía crecía su amargura y él se tornaba más mordaz, más indulgente con sus negros instintos y marcadamente más charlatán. El licor sacaba a la luz la locuacidad que escondía su leyenda de taciturno y para hacerle callar se habría necesitado una inyección de caballo de Demerol o un Magnum del calibre 357. Lindsey comió con rapidez, decidiendo prescindir del postre y abandonar lo antes posible la compañía de Honell. Entonces él la reconoció. La miró fijamente por encima del



hombro, parpadeando con sus ojos pitañosos, y finalmente se acercó a su mesa, con paso inseguro.

—Disculpe, ¿es usted Lindsey Sparling, la artista? —Lindsey sabía que a veces escribía sobre el arte americano, pero no había imaginado que conociera su trabajo o su rostro.

—Sí, soy yo —respondió, esperando que dijese que no le gustaba su pintura y que no confesara quién era él.

—Me gusta mucho su trabajo —declaró él—. No la molestaré diciendo más.

Pero en el momento justo en que Lindsey se relajaba y le daba las gracias, él dijo quién era y ella se vio obligada a manifestar que también le gustaba su trabajo, cosa que hizo, aunque ahora lo veía de forma distinta a como le había parecido anteriormente. No daba la sensación de ser un hombre que hubiera sacrificado el amor de una familia por su arte, sino más bien de ser un hombre incapaz de dar ese amor. Puede que en el aislamiento hubiera encontrado una mayor fuerza creadora, pero sin duda había encontrado también más tiempo para admirarse a sí mismo y contemplar el infinito número de hechos en que era superior a sus congéneres. Lindsey trató de no exteriorizar su desagrado y se limitó a hablar con entusiasmo de sus novelas, aunque él pareció notar su desaprobación. Puso rápidamente fin al encuentro y regresó a la barra. Durante el resto de la velada no volvió a mirarla, ni siguió disertando pomposamente ante los bebedores allí reunidos. Centró su atención principalmente en el contenido de su copa.

Ahora, sentada en el sillón de su estudio con el ejemplar de Arts American en la mano, miró fijamente la firma de Honell sintiendo que se le congelaba el estómago. Ella había visto ebrio al gran hombre, mostrando más de lo que su naturaleza le pedía revelar sobre su verdadero yo. Y lo que era peor aún, ella era una persona de cierto relieve, que se movía en círculos en que podía relacionarse con gente también conocida por Honell. Para él era una amenaza y un modo de neutralizar esa amenaza consistía en preparar un magistral, aunque injusto, artículo criticando su pintura. A partir de entonces, podría decir que las historias que Lindsey contara sobre él estaban movidas por el rencor. Sabía lo que podía esperar de él en Arts American, y Honell no la sorprendió. Jamás había leído una crítica tan acerba y a la vez tan ingeniosamente preparada para eludir acusaciones de animosidad personal.

Cuando terminó, cerró la revista y la puso con cuidado sobre la mesita que había al lado del sillón. No quiso tirarla al aire a través del estudio porque sabía que aquella reacción habría deleitado a Honell de haberla visto.

Entonces se dijo "Al infierno", agarró la revista y la tiró con todas las fuerzas que pudo reunir. La publicación se estrelló contra la pared y cayó ruidosamente al suelo.

Su pintura era importante para ella. En la pintura entraba el intelecto, la emoción, el talento y el arte, incluso en aquellas ocasiones en que la obra no resultaba tan bien como ella había esperado, pues ninguna creación se presentaba nunca fácilmente. La angustia siempre formaba parte de la obra. Y era más autorreveladora de lo que parecía aconsejable. Euforia y desesperación a partes iguales. Todo crítico tenía derecho a discrepar de un artista si su juicio se basaba en una ponderada consideración y en un entendimiento de lo que el artista trataba de conseguir. Pero aquella no era una crítica

sincera. Era una invectiva malsana. Bilis. Para ella era importante su trabajo y él lo había ensuciado.

Impulsada por una intensa cólera, se puso de pie y empezó a pasear de un lado a otro. Sabía que rendirse a la cólera significaba proclamar vencedor a Honell y que ésa era la respuesta que él esperaba arrancar de ella con los alicates dentales de su crítica, pero no podía evitarlo. Deseó que Hatch estuviera con ella para compartir con él su enfado, pues Hatch ejercía un efecto más tranquilizador en ella que una copa de whisky.

Sus coléricos paseos acabaron llevándola a la ventana, donde la oronda araña negra había construido ya una elaborada tela en el rincón superior de la derecha. Recordando entonces que había olvidado el jarro de la despensa, Lindsey cogió la lupa y examinó la sedosa filigrana de red de pescador con ocho patas, que titilaba con la iridiscencia de una madreperla hecha al pastel. La trampa era sólida, fascinante... Pero el telar viviente que la tejía constituía la esencia misma de todos los depredadores, fuertes para su tamaño, pulcros y rápidos. Su cuerpo bulboso relucía igual que una gota de sangre negra y espesa, y sus cortantes mandíbulas mordían el aire anticipándose a la carne de su presa aún no capturada.

La araña y Steven Honell pertenecían a un mismo género, enteramente extraños para ella y fuera del alcance de su comprensión por mucho que los observara. Los dos tejían su tela a solas y en silencio. Ambos habían traído sus crueldades a su casa sin ser invitados, uno por medio de palabras escritas en una revista y la otra colándose por una pequeña rendija del marco de la ventana o de la jamba de la puerta. Los dos eran venenosos y detestables.

Volvió a dejar la lupa. No podía hacer nada respecto a Honell, pero al menos podía despachar a la araña. Cogió decididamente dos "Kleenex" de una caja que había sobre la consola de material y, con un rápido movimiento, arrambló araña y tela, destruyendo ambas. Después arrojó el puñado de "Kleneex" a la papelera. Cuando capturaba una araña tenía por costumbre devolverla amablemente al exterior, pero no sintió remordimientos por la forma en que había despachado a ésta. A decir verdad, si Honell hubiera estado allí en aquel momento, con su ataque periodístico todavía fresco en la mente de Lindsey, quizá le hubiera despachado tan rápida y violentamente como había hecho con la araña.

Regresó a su banqueta, observó la tela inacabada y vio inmediatamente los retoques que precisaba. Abrió los tubos de pintura y ordenó los pinceles. Era la primera vez que se sentía motivada para pintar por un golpe injusto o por un insulto pueril, y se preguntó cuántos artistas habrían creado sus mejores obras con la determinación de pasárselas por la cara a sus detractores a los que habían pretendido desprestigiarlas o menospreciarlas.

Trabajó diez o quince minutos en su cuadro hasta que, de pronto, la asaltó un inquietante pensamiento que la devolvió al estado de inquietud que la preocupaba antes de llegar el correo y el Arts American. Honell y la araña no eran las únicas criaturas que habían invadido su casa sin ser invitadas. El desconocido asesino de gafas negras también la había invadido en cierto modo, por retroacción recíproca a través del vínculo existente entre él y Hatch. ¿Y qué pasaría si el asesino tuviera conciencia de Hatch como Hatch la tenía de él? Podría encontrar el rastro de Hatch e invadir realmente su casa, con la intención de producir mucho más daño del que podían ocasionar jamás la araña o Honell.

En sus anteriores visitas había acudido a la consulta de Jonas Nyebern en su despacho del Hospital General de Orange County, pero aquel martes se dirigió al edificio médico situado junto a Jamboree Road, donde el médico ejercía su práctica privada. La sala de espera era notable, no por su alfombra gris de pelo corto, ni por un mobiliario de tipo corriente, sino por las obras de arte que pendían de sus paredes. Hatch quedó sorprendido e impresionado por una colección de pinturas antiguas al óleo de alta calidad, con motivos religiosos de naturaleza católica: *La Pasión de San Judas*, *La Crucifixión*, *La Santa Madre*, *La Anunciación*, *La Resurrección*, y muchas más.

Lo más curioso no era que la colección valiese mucho, pues, después de todo, Nyebern era un cirujano cardiovascular de reconocidísimo éxito, descendiente además de una familia dotada de recursos superiores a los normales. Lo que resultaba extraño era que un miembro de la profesión médica que había tomado una postura pública crecientemente agnóstica en las últimas décadas, hubiera elegido el arte religioso para adornar las paredes de su despacho y, además un arte confesional susceptible de ofender a los no católicos o a los no creyentes.

La enfermera llamó a Hatch y éste descubrió entonces que la colección se extendía por todos los corredores de toda la casa. Le pareció peculiar ver un hermoso óleo de *La Pasión de Jesús en Getsemaní* colgado a la izquierda de una balanza de acero inoxidable y esmalte blanco, junto a un diagrama que señalaba el peso ideal de acuerdo con la estatura, la edad y el sexo.

La enfermera le pesó, le tomó la presión sanguínea y el pulso, y Hatch se quedó esperando a Nyebern en una pequeña sala, sentado al extremo de una mesa de reconocimiento, cubierta por un rollo continuo de papel sanitario. De una pared colgaba un diagrama del ojo y una exquisita escena de *La Ascensión*, donde el artista jugaba tan hábilmente con la luz, que el cuadro se volvía tridimensional y las figuras casi parecían estar vivas. Nyebern sólo le hizo aguardar un minuto o dos y entró con una amplia sonrisa. Mientras se estrechaban la mano, el médico dijo:

—No voy a alargar el suspense, Hatch. Todas las pruebas son negativas. He obtenido un perfecto certificado de salud.

Sus palabras no fueron tan bien acogidas como deberían haber sido. Hatch esperaba algún descubrimiento que ayudara a comprender sus pesadillas y su extraña relación con el hombre que había matado a la rubia punky. Pero el veredicto no le sorprendió en absoluto. Sospechaba que no encontrarían fácilmente las respuestas que él esperaba.

—Así que sus pesadillas no son más que eso —siguió Nyebern— y sólo eso: pesadillas.

Hatch no le había hablado de la visión que había tenido del disparo contra la rubia que más tarde había aparecido muerta de verdad en la autopista. Como le había dicho a Lindsey, no pensaba prestarse a ser otra vez noticia de primera página, al menos hasta que viera lo suficiente del asesino para identificarle ante la Policía, más de lo que había visto de él en el espejo la noche antes, en cuyo caso no tendría otra opción que ponerse ante los focos de los mass media.

—No hay presión craneal —explicó Nyebern—, ni falta de equilibrio quimicoeléctrico, ni signos de cambio en la localización de la glándula pineal... que a veces

puede conducir a graves pesadillas e incluso despertar alucinaciones... —Fue revisando las pruebas una a una, metódicamente, como siempre.

Mientras escuchaba, Hatch se dio cuenta de que siempre había recordado al médico como si fuera más viejo de lo que era realmente. Jonas Nyebern estaba envuelto por una melancolía y una gravedad que le hacía dar la impresión de ser más viejo. Alto y desmadejado, hundía los hombros y se inclinaba ligeramente para quitar énfasis a su talla, adquiriendo así una postura más propia de un anciano que de alguien de su edad, cincuenta años. A veces le rodeaba también un aire de tristeza, como si hubiera sufrido una gran tragedia.

Cuando Nyebern acabó de repasar todas las pruebas, alzó la cabeza y volvió a sonreír. Fue una sonrisa cálida que no desvaneció, sin embargo, su halo de tristeza.

—El problema no es físico, Hatch.

—¿Es posible que se le haya escapado algo?

—Posible, supongo, pero muy improbable. Nosotros...

—Una parte extremadamente pequeña del cerebro dañada, unos cientos de células, podría no aparecer en las pruebas y, sin embargo, tener efectos graves.

—Como he dicho, es muy improbable. Creo que podemos asumir con toda seguridad que se trata de un problema estrictamente emocional, una consecuencia, perfectamente comprensible, del trauma por el que usted ha pasado. Probaremos con un poco de terapia normal.

—¿Psicoterapia?

—¿Le parece mal?

—No.

«Excepto —pensó Hatch—, que no dará resultado. Esto no es un problema emocional, es un problema real.»

—Conozco a un hombre excelente, de primera categoría, que le gustará —dijo Nyebern, sacando una pluma del bolsillo superior de su bata blanca y escribiendo el nombre de un psicólogo en la primera hoja de un recetario en blanco—. Comentaré su caso con él y le diré que va a ir usted a visitarle. ¿Conforme?

—Sí. Claro, estupendo.

Le hubiera gustado poder contar a Nyebern la historia completa, pero aquello sonaría definitivamente como que necesitaba una terapia. De mala gana, se iba haciendo a la idea de que ni los médicos ni los psicólogos podían ayudarle. Su dolencia era demasiado extraña para responder a tratamientos de cualquier clase. Tal vez lo que él necesitaba fuese un hechicero. Un exorcista. Sentía casi como si el asesino del vestido negro y las gafas de sol fuera un demonio que tanteara sus defensas para determinar si podía poseerle. Conversaron un par de minutos sobre cosas de carácter general y, luego, cuando se incorporaba para marcharse, Hatch señaló al cuadro de *La Ascensión*.

—Bonita pieza.

—Gracias. Excepcional, ¿verdad?

—Italiana.

—Exacto.

—¿Principios del siglo XVIII?

—Ha vuelto a acertar —dijo Nyebern—. ¿Entiende de arte religioso?

—No mucho, pero opino que toda la colección es italiana y del mismo período.

—En efecto. Una pieza más, quizá dos, y diré que está completa.

—Qué raro verla aquí —dijo Hatch, acercándose más a la pintura que había junto al diagrama del ojo.

—Sí, le comprendo —repuso Nyebern—, pero en casa me faltan paredes para todo esto. Allí estoy reuniendo una colección de arte religioso moderno.

—¿Es que lo hay?

—No mucho. El tema religioso no está de moda estos días entre los artistas con verdadero talento y la mayor parte está hecho por mercenarios. Pero aquí y allá... alguien con talento genuino busca afanosamente ilustración por los viejos senderos, pintando con ojos de hoy sobre esos temas. Cuando termine esa colección la traeré aquí y me desharé de ella.

Hatch apartó la vista del cuadro y se volvió hacia el doctor, con interés profesional.

—¿Piensa usted venderla?

—¡Oh, no! —repuso el médico, volviendo a guardarse la pluma en el bolsillo superior. Su mano, dotada de los elegantes dedos que se espera en un cirujano, permaneció en el bolsillo como dando fe de la verdad que acababa de declarar—. La donaré. Ésta será la sexta colección de arte sacro que reúno en los últimos veinte años y de la que luego me desprendo.

Como podía calcular aproximadamente lo que valían las obras de arte que había visto en las paredes de la consulta, Hatch quedó sorprendido por la filantropía que contenía la sencilla manifestación de Nyebern.

—¿Quién es el beneficiario del legado?

—Bueno, usualmente lo es la Universidad Católica, pero en dos ocasiones lo ha sido otra institución de la Iglesia —explicó Nyebern.

El cirujano se hallaba contemplando el cuadro de *La Ascensión* con la mirada distante, como si estuvieran viendo alguna cosa al través del cuadro, al otro lado de la pared donde estaba colgado, allende el horizonte más remoto. Su mano todavía seguía sobre el bolsillo superior de la bata.

—Es muy generoso por su parte —alabó Hatch.

—No es generosidad. —La voz distante de Nyebern concordaba ahora con la expresión de sus ojos—. Es un acto de expiación.

Aquellas palabras reclamaban a su vez una pregunta, aunque Hatch sintió que hacerla era una intromisión en la intimidad del médico.

—¿Por qué una expiación?

—Jamás hablo de ello. —respondió Nyebern con la vista puesta en el cuadro.

—No pretendía entrometerme. Sólo pensé que...

—Puede que me fuera bien hablar de ello. ¿No lo cree usted así?

Hatch no respondió, en parte porque no creía que el doctor le estuviera escuchando realmente.

—Como expiación —volvió a decir Nyebern—. Al principio... como expiación por ser el hijo de mi padre. Luego... por ser el padre de mi hijo.

Hatch no veía que ninguna de las dos cosas pudiera ser un pecado, pero decidió esperar, seguro de que el médico se explicaría. Empezaba a sentirse como aquel asiduo contertulio del antiguo poema de Coleridge, abordado por el inquieto Viejo Mariner, que tenía un cuento de terror que debía contar a los otros. Pero al guardárselo para él solo, había perdido el poco juicio que todavía le quedaba. Nyebern siguió hablando mirando sin pestañear el cuadro.

—Cuando yo sólo tenía siete años, mi padre sufrió un ataque de locura. Disparó contra mi madre y mi hermano, matándolos. Nos hirió a mi hermana y a mí, dejándonos por muertos y luego se suicidó.

—Válgame Dios, lo siento —dijo Hatch, recordando el pozo sin fondo de cólera que era su propio padre—. Lo siento mucho, doctor. —Pero continuaba sin entender el fracaso o el pecado por el que Nyebern se sentía obligado a expiar.

—Ciertas psicosis pueden tener a veces una etiología genética. Cuando advertí en mi hijo signos de un comportamiento psicopático, incluso a una edad temprana, debí comprender lo que se avecinaba y prevenirlo de algún modo. Pero no supe enfrentarme a la verdad. Era demasiado penosa. Entonces hace un par de años, cuando tenía dieciocho, apuñaló y dio muerte a su hermana...

Hatch se estremeció.

—...y luego a su madre —acabó Nyebern.

Hatch iba a poner la mano sobre el brazo del doctor, pero la retiró al comprender que la angustia de Nyebern no tenía alivio y que su herida no podía ser curada con un medicamento tan simple como el consuelo. Aunque estaba refiriendo una tragedia personal, el médico no buscaba precisamente la simpatía o la relación amistosa de Hatch. De súbito, apareció casi como un hombre terriblemente autosuficiente. Hablaba de la tragedia porque había llegado el momento de sacar a la luz su íntimo secreto para examinarlo otra vez, y habría hablado de él a cualquiera que hubiese estado en aquel sitio a aquella hora en lugar de Hatch. Tal vez se lo hubiera contado al mismo aire si no hubiera habido nadie presente.

—Y cuando Jeremy vio que estaban muertos —continuó—, se fue al garaje con el cuchillo, un cuchillo de carnicero, lo inmovilizó en el torno de mi banco de trabajo, se encaramó sobre una banqueta y se dejó caer encima, atravesándose con la hoja. Murió desangrado.

La mano derecha del médico seguía pegada al bolsillo del pecho, pero ya no se asemejaba a un hombre dando fe de la verdad de lo que decía. En vez de ello, a Hatch le traía a la memoria un retrato de Cristo mostrando el Sagrado Corazón, la mano delgada de la divina gracia señalando el símbolo de sacrificio y promesa de eternidad. Finalmente, Nyebern apartó la vista de *La Ascensión* y miró a los ojos de Hatch.

—Hay quien dice que el mal no es más que una consecuencia de nuestras acciones, sólo un resultado de nuestra voluntad. Pero yo creo que es eso... y mucho más. Creo que el mal es una fuerza muy real, una energía totalmente ajena a nosotros, una presencia en el mundo. ¿Lo cree usted así, Hatch?

—Sí —respondió Hatch. En cierta forma, se sintió sorprendido.

Nyebern miró el bloc de recetas que tenía en la mano izquierda y con la derecha

arrancó la primera hoja del bloc y se la tendió a Hatch.

—Se llama Foster. Doctor Gabriel Foster. Estoy seguro de que podrá ayudarle.

—Gracias —musitó Hatch.

Nyebern abrió la puerta de la sala de reconocimiento e hizo un ademán a Hatch para que le precediera. Mientras andaban por el pasillo, el médico dijo:

—Hatch.

Hatch se detuvo y se volvió a mirarle.

—Lo siento —añadió Nyebern.

—¿Por qué?

—Por explicarle el motivo de donar los cuadros.

Hatch asintió.

—Bueno, he sido yo quien le ha preguntado, ¿no?

—Pero podía haber sido mucho más breve.

—¿Sí?

—Podía haber dicho solamente... que vagamente creo que la única manera de que yo entre en el Cielo es haciendo méritos .

Fuera, en el aparcamiento salpicado de sol, Hatch permaneció un buen rato sentado tras el volante del coche, observando a una avispa que revoloteaba sobre la capota roja como si creyera haber encontrado una rosa gigante. La conversación sostenida en el despacho de Nyebern le había parecido muy semejante a un sueño y se sentía como si se estuviera levantando de dormir. Tenía la impresión de que la macabra tragedia que planeaba sobre la vida de Jonas Nyebern guardaba una relación directa con sus propios problemas actuales, pero aunque lo intentaba no lograba encontrar el nexo.

La avispa se movió a la izquierda, a la derecha y miró fijamente el parabrisas, como si le estuviera viendo dentro del coche y fuera misteriosamente arrastrada hacia él. Entonces se lanzó repetidamente contra el cristal, rebotó en él y reanudó su revoloteo. "Toc", "brrr", "toc", "brrr", "toc-toc" "brrr". Era una avispa muy obstinada. Hatch pensó si sería una de esas especies con un solo aguijón que se rompe cuando pican y produce la muerte subsiguiente de la avispa. "Toc", "brrr", "toc", "brrr", "toc-toc-toc". Si era una de esas especies, ¿entendería plenamente la recompensa que iba a obtener con su obstinación? "Toc", "brrr", "toc-toc-toc".

Jonas Nyebern recibió al último paciente de aquel día, una visita de revisión a una atractiva mujer de treinta años a la que había practicado un injerto de aorta en el marzo anterior. Entonces se metió en el despacho privado que tenía en la parte posterior de la consulta y cerró la puerta. Dio la vuelta al escritorio, se sentó detrás y examinó su cartera buscando un trozo de papel en el que había anotado un número de teléfono que no había querido incluir en su Rolodex. Dio con él, se acercó al teléfono y marcó siete cifras.

El teléfono sonó tres veces y luego respondió una voz metálica, igual que había ocurrido en sus llamadas previas del día antes y de primeras horas de aquella mañana: *Habla Morton Redlow. En este momento no estoy en la oficina. Cuando escuche la tercera señal, deje por favor su mensaje y un número donde pueda localizarle; me pondré en contacto con usted lo antes posible.*

Jonas esperó a oír la señal y habló con voz suave.

—Señor Redlow, soy el doctor Nyebern. Sé que le he dejado otros mensajes, pero pensaba que recibiría un informe de usted el viernes pasado. O, en todo caso, que lo recibiría para el fin de semana. Le ruego que me llame en cuanto pueda. Gracias.

Colgó el teléfono. Se preguntó si tenía motivos para estar preocupado. Se preguntó si tenía motivos para no preocuparse.

Regina estaba sentada en su pupitre, en la clase de francés que impartía sor Mary Margaret, harta de olor a polvo de tiza y molesta por la dureza del asiento de plástico que tenía bajo el trasero, aprendiendo a decir *Hola, soy americana. ¿Puede usted indicarme dónde está la iglesia más próxima para asistir a la misa del domingo?*

Tres aburrido.

Seguía estudiando quinto grado en el Colegio Primario de St. Thomas pues su continuada asistencia al mismo era una condición estricta para su adopción. (Adopción en calidad de prueba. No definitiva todavía. Podía ser ampliada. Los Harrison podían decidir que preferían criar periquitos en vez de hijos, devolverla y adquirir un pájaro. Por favor, Señor, asegúrate de que ellos comprendan que Tú, en Tu divina sabiduría, diseñaste los pájaros para que se ensuciaran cuanto quisieran. Hazles ver el lío que supone mantener la jaula limpia.) Cuando acabara la primaria en St. Thomas, pasaría a su Colegio de Secundaria, porque St. Thomas tenía las manos en todas partes. Además del hogar infantil y de los dos colegios, tenía un centro de cuidados diurnos y una tienda de artículos de segunda mano. La parroquia era como una empresa y el padre Jiménez era una especie de alto ejecutivo parecido a Donald Trump, salvo que el padre Jiménez no trataba con prostitutas ni poseía casinos de juego. La sala de bingo apenas contaba. (Querido Dios, lo de que los pájaros se ensuciaran cuanto quisieran... no ha sido ninguna crítica. Estoy segura de que tuviste Tus razones para hacer que los pájaros se ensucien cuanto quieran encima de las cosas y, al igual que el misterio de la Santísima Trinidad, ésta es una de las cosas que los humanos corrientes no llegaremos nunca a entender completamente. No pretendía ofender.) De todos modos, no le importaba volver al colegio de St. Thomas, porque tanto las monjas como los profesores seculares apretaban fuerte y acababas aprendiendo mucho, y a ella le gustaba aprender.

Sin embargo, en aquella última clase de la tarde del martes ya estaba harta de tanto aprender, y si sor Mary Margaret la hubiera sacado para decir alguna cosa en francés, probablemente habría confundido la palabra "iglesia" con la de "cloaca", cosa que ya le había ocurrido una vez, para gran deleite de los otros niños y para su propia mortificación. (Querido Dios, recuerda, por favor, que me impuse yo misma rezar un rosario por aquella metedura de pata, sólo para demostrar que no pretendía nada malo con ello y que sólo fue una equivocación.) Cuando sonó el timbre de salida, fue la primera en levantarse de su asiento y cruzar la puerta de la clase, pese a que la mayoría de los niños del Colegio St. Thomas no procedían del Hogar ni eran minusválidos.

Mientras se dirigía a su taquilla y luego a la puerta principal, se preguntó si la estaría esperando fuera el señor Harrison, como había prometido. Se imaginó a sí misma de pie en la acera, rodeada de niños, incapaz de localizar el coche del señor Harrison; y el enjambre de niños disminuyendo gradualmente hasta que se quedaba allí sola, sin que el



coche diera señales de vida. Y luego se imaginó esperando allí hasta que se pusiera el sol y saliera la luna, y su reloj de pulsera marcando los segundos hacia la medianoche, y por la mañana cuando regresaran los niños para asistir a otro día de colegio ella volvería a entrar con todos sin decir a nadie que los Harrison ya no la querían.

Él estaba allí. En el coche rojo. En una fila de coches conducidos por los padres de otros niños. Se inclinó sobre el asiento de la derecha para abrirle la puerta mientras ella se acercaba. Se metió en el coche con su cartapacio de libros y cerró la puerta.

—¿Un día duro? —saludó él.

—Sí —respondió ella, súbitamente tímida, cuando la timidez no había sido nunca el mayor de sus problemas. Estaba teniendo dificultades para coger el estilo del trato familiar. Temía que no lo cogería nunca.

—Las monjas —apuntó él.

—Sí —admitió la muchacha.

—Son severas.

—Severas.

—Esas monjas son duras como clavos.

—Como clavos —repitió ella, afirmando con la cabeza y preguntándose si alguna vez sería capaz de volver a decir frases de más de una palabra.

Emprendieron la marcha y él siguió hablando.

—Apuesto a que si pusiéramos a cualquiera de esas monjas en el ring frente a cualquier campeón mundial de los pesos pesados, incluyendo a Muhammad Alí, le dejaría fuera de combate en el primer asalto —dijo él.

Regina no pudo evitar sonreírle.

—Seguro —siguió—. Solamente Supermán sobreviviría a un combate con una monja dura de verdad. ¿Batman? ¡Fuah! Cualquiera de tus monjas corrientes sería capaz de fregar el suelo con Batman como bayeta... o hacer sopa con la pandilla de las Jóvenes Tortugas Mutantes Ninja.

—Tienen buenas intenciones —dijo Regina. Había pronunciado cuatro palabras, que sonaron ridículas. Valía más que no abriera la boca, carecía de experiencia en aquella relación padre-hija.

—¿Las monjas? —exclamó él—. Bueno, por supuesto que tienen buenas intenciones. De lo contrario, no serían monjas. Serían tal vez matones de la Mafia, terroristas internacionales o congresistas de los Estados Unidos.

No efectuó el regreso a casa conduciendo a gran velocidad como un hombre atareado con muchas cosas que hacer, sino como alguien que ha salido a dar un paseo tranquilamente. Ella no había subido bastante en su coche para saber si aquella era su forma habitual de conducir, pero sospechó que iba algo más despacio que de costumbre para que pudieran estar más tiempo juntos los dos solos. Aquello era estupendo. Sintió un pequeño nudo en la garganta y se le humedecieron los ojos. ¡Oh, qué estupendo! Un montón de estiércol de vaca habría ofrecido una conversación mejor de lo que ella estaba haciendo, de modo que ahora iba a estallar en lágrimas, lo que cimentaría realmente la relación. ¿Seguro que todos los padres adoptivos deseaban recibir una chica muda, emocionalmente inestable y con problemas físicos? Todo era rabia, ya saben. Bueno si se

ponía a llorar sus traicioneros senos paranasales entrarían en funcionamiento y la vieja mocarra empezaría a destilar a moco tendido, lo que seguramente la haría todavía más espantosa de lo que ya era. Él abandonaría la idea de un paseo tranquilo y regresaría a casa tan velozmente que habría de frenar a fondo un kilómetro antes de llegar para no estrellarse directamente contra la parte trasera del garaje. (Te lo ruego, Señor, ayúdame ahora. Tú sabes que he pensado "estiércol de vaca" y no "mierda de vaca", así que me merezco un poco de piedad.)

Charlaron sobre esto y aquello, o, mejor dicho, él charló durante un rato y ella se limitó a emitir gruñidos como si fuera un humanoide del zoo sacado a dar una paseo. Pero en un momento dado se dio cuenta con sorpresa de que estaba pronunciando frases completas, de que lo llevaba haciendo algunos kilómetros y de que se encontraba a gusto con él.

Él le preguntó qué quería ser cuando fuese mayor y ella, casi pegada al pabellón de su oreja, le explicó que algunas personas se ganaban la vida escribiendo los libros que a ella le gustaba leer y que ella componía algunas historias desde hacía un año o dos. Historias de poco valor, admitió, pero las mejoraría. Era muy brillante para tener diez años, demasiado para su edad, pero no podía empezar una carrera hasta los dieciocho, tal vez hasta los dieciséis con un poco de suerte. ¿Cuándo había empezado Mr. Christopher Pike a publicar? ¿A los diecisiete? ¿A los dieciocho? Quizá tuviera veinte, aunque no más, sin duda, y eso era lo que ella se proponía: ser el próximo Mr. Christoher Pike cuando tuviera veinte años. Guardaba un cuaderno entero lleno de ideas sobre historias. Había bastantes buenas, incluso descontando aquellas que resultaban engorrosamente infantiles, como el cuento del inteligente cerdo venido del espacio que tanto la había entusiasmado durante un tiempo y que ahora consideraba desesperadamente estúpido. Cuando enfilaron el sendero de entrada a la casa de Laguna Niguel, todavía estaba hablando sobre escribir libros, y él parecía verdaderamente interesado en sus palabras.

Regina creyó que todavía podría coger el estilo de aquella familia.

Vassago soñaba con fuego. Con el golpecito metálico de la tapa del encendedor al ser abierta en la oscuridad. Con el roce seco de la rueda al raspar la piedra. Una chispa. El vestido blanco de verano de la muchacha decorado por las llamas. La Casa de las Sorpresas ardiendo. Gritos mientras la oscuridad, calculadamente fantasmal, se disolvía bajo las lamedoras lenguas de luz naranja. Tod Ledderbeck estaba muerto en la caverna del Miriópodo y la casa de armazones de plástico y de demonios de goma aparecía ahora repentinamente llena de pánico real y de muerte de olor acre. Había soñado con aquel fuego incontables veces desde la noche del duodécimo cumpleaños de Tod, pues le proporcionaba siempre la más bella de todas las quimeras y de todos los fantasmas que habían pasado por detrás de sus ojos mientras dormía. Pero en aquella ocasión aparecieron en las llamas unas imágenes y unos rostros extraños. Otra vez el coche rojo. Una niña con el pelo rojizo, de una belleza solemne con grandes ojos grises que parecían demasiado viejos para su rostro. Una mano pequeña, cruelmente torcida, con dedos de menos. Un nombre, que ya había llegado hasta él con anterioridad resonaba entre las llamas saltarinas y las sombras disolventes de la Casa de las Sorpresas. Regina... Regina...

Regina...

La visita que había hecho al doctor Nyebern había deprimido a Hatch, tanto porque las pruebas no habían revelado nada que arrojará alguna luz sobre sus extrañas experiencias, como por su breve incursión en la atormentada vida del médico. Pero Regina constituía una terapia para su melancolía si es que alguna vez había existido tal medicina. Poseía todo el entusiasmo de una niña de su edad, la vida no la había abatido ni un centímetro.

Durante el trayecto hasta la puerta principal de la casa, Regina se movió con más facilidad y presteza que cuando entró en el despacho de Salvatore Gujilio, pero el aparato ortopédico de su pierna le confería un porte medurado y solemne. Una mariposa de brillantes colores amarillos y azules acompañó todos sus pasos revoloteando alegremente a pocos centímetros de su cabeza, como si supiera que eran dos almas muy semejantes, bellas e ilusionadas.

—Gracias por ir a recogerme, señor Harrison —dijo ella con solemnidad.

Tenían que solucionar en seguida aquello de "señor Harrison". Sospechaba que aquella formalidad obedecía en parte al miedo de intimar demasiado... y luego ser rechazada, como había sucedido durante la fase de prueba de su primera adopción, pero también al temor de decir o hacer algo mal, de destruir involuntariamente sus perspectivas de felicidad.

—Lindsey o yo iremos cada día a recogerte al colegio... —le dijo al llegar a la puerta —, salvo que te saques el permiso de conducir y prefieras ir y volver por tus propios medios.

Ella le miró. La mariposa describía unos círculos en el aire por encima de su cabeza, como si fuese una coronación o un halo viviente.

—¿Está usted bromeando, verdad? —respondió ella.

—Bueno, sí. Me temo que sí.

La niña se ruborizó y miró hacia otra parte, como si no estuviera segura de si era bueno o malo que bromeara con ella. Él casi parecía oír sus pensamientos: ¿Bromea conmigo porque piensa que soy lista, o porque me considera una estúpida irremediable?, o algo muy parecido.

Durante el trayecto del colegio a casa, Hatch había notado que Regina sufría de cierta desconfianza en sí misma que ella creía ocultar a los demás, pero que, cuando estaba afectada por algo, evidenciaba en su rostro adorable y maravillosamente expresivo. Cada vez que percibía una fisura en la confianza en sí misma de la muchacha, sentía ganas de abrazarla fuertemente contra su pecho y tranquilizarla. Sin embargo, ello habría sido un error, pues a ella seguramente la aterrorizaba saber que sus momentos de nerviosismo interior eran tan evidentes a sus ojos. Presumía para sí misma de ser dura, resistente y autosuficiente y hacía resaltar aquella imagen suya como una coraza contra el mundo.

—Espero que no te importe que te gaste algunas bromas —dijo él insertando la llave en la cerradura de la puerta—. Es mi manera de ser. Podría inscribirme en un programa de Guasones Anónimos para quitarme la costumbre, pero es un grupo muy severo. Te mortifican con mangueras de goma y te obligan a comer frijoles.

Cuando transcurriera el tiempo suficiente, cuando se sintiera querida y parte de la

familia, su confianza en sí misma sería tan inquebrantable como ella deseaba que fuese ahora. Mientras tanto, lo mejor que Hatch podía hacer por ella era pretender que la veía exactamente como ella deseaba ser vista; y ayudarla tranquila y pacientemente a que acabara de convertirse en la persona serena y segura que ella esperaba ser. Él abrió la puerta y los dos entraron en la casa.

—Yo odiaba los frijoles y toda clase de judías, pero he hecho un trato con Dios. Si Él me concede... algo que quiero de manera muy especial, comeré sin rechistar todas las judías existentes en el mundo durante el resto de mi vida —explicó Regina.

Estaban de pie en el recibidor y acababan de cerrar la puerta.

—Ésa es una buena promesa —dijo Hatch—. Dios debe haber quedado impresionado.

—Así lo espero —asintió ella.

Y en el sueño de Vassago, Regina se movía a la luz del sol con una abrazadera metálica en una pierna y una mariposa alrededor de la cabeza, como si fuera una flor. Una casa flanqueada por palmeras. Una puerta. Ella levantó la vista hasta Vassago y sus ojos revelaron un alma de tremenda vitalidad y un corazón tan vulnerable, que aceleró los latidos del de Vassago, pese a que estaba durmiendo.

Encontraron a Lindsey arriba, en el cuarto que usaba como estudio en su casa. El caballete estaba en ángulo respecto a la puerta, de manera que Hatch no podía ver lo que estaba pintando. Lindsey llevaba la blusa medio fuera de los tejanos y tenía el cabello en desorden. Un refregón de color rojizo oscuro marcaba su mejilla izquierda y su rostro mostraba una expresión cuyo significado conocía muy bien Hatch. Sabía por experiencia que se hallaba en la fiebre final del trabajo, en una obra que le estaba saliendo exactamente como había esperado.

—Hola, querida —saludó Lindsey a Regina—. ¿Cómo ha ido el colegio?

Regina estaba aturdida, como parecía estar siempre que le dirigían cualquier término cariñoso.

—Bueno, el colegio es el colegio, ya sabe usted.

—Debe de gustarte. Sé que obtienes muy buenas notas.

Regina se encogió de hombros ante el cumplido y la miró con azoramiento. Hatch se dirigió a Lindsey reprimiendo su impulso de abrazar a la muchacha.

—Cuando se haga mayor va a ser escritora.

—¿De veras? —exclamó Lindsey—. ¡Qué interesante! Sabía que te gustaban los libros, pero no que querías escribirlos.

—Ni yo tampoco —dijo la muchacha. De repente, su azoramiento con Lindsey pasó y se abrió el grifo de las palabras, que le salieron a borbotones mientras cruzaba la habitación y se ponía delante del caballete para ver los progresos del cuadro—, hasta las pasadas Navidades cuando mi regalo en el árbol del hogar fueron seis libros de rústica. No eran libros para una chica de diez años, pero fue un regalo adecuado porque yo leía a un nivel de grado décimo, que es el de los que tienen quince. Soy lo que llaman una niña precoz. De todos modos, esos libros fueron el mejor regalo de mi vida y pensé que sería

estupendo que algún día una chica del hogar como yo se encontrara en el árbol con mis libros y sintiera lo que sentí yo, aunque no llegue a ser tan buena escritora como Mr. Daniel Pinkwater o Mr. Christopher Pike. ¡Jesús!, quiero decir que ellos casi están a la altura de Shakespeare y Judy Blume. Pero yo tengo buenas historias que contar, y no son como esa basura del cerdo inteligente del espacio. Perdonen. Quiero decir de mala calidad. Desechos. Quiero decir que el cerdo inteligente del espacio es una chatarra. No todas son así.

Lindsey nunca mostraba a Hatch —ni a nadie más— un lienzo sin terminar, ni permitía que echaran un solo vistazo hasta después de haber aplicado la última pincelada. Aunque era evidente que estaba acabando su actual cuadro, todavía continuaba trabajando en él y a Hatch le sorprendió que su mujer ni siquiera se crispara cuando Regina rodeó el caballete y se puso delante a mirarlo. Decidió entonces que ninguna mocosa, sólo porque tuviera la nariz respingona y algunas pecas, iba a disfrutar de un privilegio que a él se le negaba, de modo que también se atrevió a rodear el caballete y echar una fugaz mirada.

Era una maravillosa obra de arte. El fondo era un campo de estrellas y, superpuesto a él, aparecía transparentándose el rostro de un muchacho de etérea belleza. No se trataba solamente de un muchacho. Era su Jimmy. Cuando vivía le había pintado algunas veces, pero nunca después de muerto... hasta ahora. Era un Jimmy idealizado por tal perfección que su rostro podía confundirse con el de un ángel. Sus adorables ojos miraban hacia arriba, hacia una luz cálida que se derramaba sobre él desde más allá del cenit de la tela y su rostro mostraba una expresión más profunda que el gozo, una expresión de arrobamiento. En primer término, como foco de la obra, flotaba una rosa negra, no transparente como el rostro pero dotada de tan sensuales detalles que Hatch casi podía sentir la aterciopelada textura de sus pétalos afelpados. La verde piel del tallo aparecía humedecida por un fresco rocío y las espinas estaban pintadas con unas puntas tan penetrantemente agudas que casi creyó que pincharían como las espinas verdaderas al menor contacto. Sobre uno de los pétalos negros relucía una sola gota de sangre. Lindsey se las había arreglado para conferir a la rosa flotante un halo místico de fuerza preternatural capaz de atraer la vista y llamar la atención por su efecto casi hipnótico. Sin embargo, el muchacho no miraba hacia la rosa; sólo elevaba la vista hacia el único objeto radiante que podía ver. Por poderosa que fuera la trascendencia de la rosa, carecía de todo interés si era comparada con la fuente de luz que emanaba de lo alto.

Desde el día de la muerte de Jimmy hasta la resurrección de Hatch, Lindsey había rehusado buscar consuelo en cualquier dios creador de un mundo donde estuviera presente la muerte. Recordó a un sacerdote que le sugería el rezo como camino de aceptación y curación psicológica, y la fría y recusadora contestación de Lindsey: Los rezos no sirven. No hay que esperar milagros, padre. Los muertos permanecen muertos y a los vivos sólo les espera unirse a ellos. Pero algo había cambiado en ella ahora. La rosa negra del cuadro representaba la muerte, pero no tenía poder sobre Jimmy. Jimmy había ido más allá de la muerte y ésta no significaba nada para él. Se elevaba por encima de ella. Y Lindsey, al ser capaz de concebir aquel cuadro y pintarlo tan impecablemente, había encontrado al fin la forma de decir adiós a su hijo, un adiós sin dolor, un adiós sin

amargura, un adiós con amor y con una nueva y asombrosa aceptación de la necesidad de creer en algo más que en que la vida termina siempre en un hoyo negro y frío de la tierra.

—Es muy bonito —dijo Regina con auténtico respeto—. En cierto modo infunde miedo, no sé por qué..., temor..., pero es muy bonito.

Hatch levantó la vista del cuadro y miró a los ojos de Lindsey tratando de decir algo, pero no le salieron las palabras. Desde su resucitación el corazón de Lindsey y el suyo propio, habían renacido y se habían enfrentado a la equivocación de haber pasado cinco años entregados al dolor. Pero no habían acabado de aceptar que la vida no pudiera ser ya tan dulce como lo había sido antes de aquella pequeña muerte, a decir verdad, no se habían desprendido de Jimmy. Ahora, mirando a los ojos de Lindsey, comprendió que ella había vuelto a recuperar la esperanza sin ninguna reserva. El peso de la muerte de su pequeño hijo caía ahora sobre Hatch más que nunca, porque si Lindsey podía ponerse a bien con Dios también él debía hacerlo. Quiso hablar de nuevo y no lo consiguió. Volvió a mirar el cuadro y, dándose cuenta de que estaba a punto de llorar, abandonó el cuarto.

No sabía ni adónde iba. Sin recordar después haber dado un solo paso durante su recorrido, bajó la escalera, entró en el cuarto que habían ofrecido a Regina como dormitorio, abrió las puertaventanas y salió al jardín de rosas que había al lado de la casa. Al cálido sol del atardecer, las rosas eran rojas, blancas, amarillas, escarlata y con la tonalidad de la piel de melocotón. Unas todavía estaban en pimpollo y otras eran tan grandes como platillos, pero ninguna era negra. El aire estaba saturado de su hechicera fragancia.

Con un regusto a sal en las comisuras de la boca, extendió los brazos hacia el arbusto más próximo cargado de rosas queriendo tocar las flores, pero sus manos se detuvieron antes de rozarlas. Así, con los brazos formando cuna, sintió de repente un peso sobre ellos. No tenía nada entre los brazos, pero la carga que sentía encima no era ningún misterio. Como si hubiera sucedido una hora antes, recordó cómo había sentido el peso del cuerpo de su hijo, asolado por el cáncer.

En los momentos previos a la visita de la odiosa muerte, arrancó de Jimmy los cables y tubos, le levantó de la cama del hospital, empapada en sudor, y fue a sentarse en una silla junto a la ventana. Allí le sostuvo entre sus brazos contra su pecho y le habló en voz baja, hasta que sus labios pálidos y abiertos dejaron de respirar. Hatch recordaría con exactitud hasta su muerte, el exiguo peso del niño en sus brazos y la desnudez de sus huesos faltos de carne. No podría olvidar nunca la espantosa calentura que despedía su piel, translúcida a causa del mal, y la fragilidad de su débil corazón.

Sentía todo eso ahora, entre sus brazos vacíos, en aquel jardín de rosas. Alzó la vista al cielo estival y preguntó: «¿Por qué?», como si hubiera alguien allí para responderle. «Era tan pequeño —añadió Hatch—. Era tan condenadamente pequeño.»

A medida que hablaba, la carga se le hacía más pesada de lo que había sido en la sala del hospital, se convertía en una tonelada en sus brazos vacíos, tal vez porque todavía no deseaba librarse de ella tanto como había llegado a creer. Pero entonces aconteció una cosa extraña: el peso en sus brazos disminuyó paulatinamente y el cuerpo invisible de su hijo pareció escapar flotando de su abrazo, como si la carne, tras largo tiempo de frustraciones, se hubiera transmutado totalmente en espíritu, como si Jimmy no necesitara ya alivio y

consuelo.

Hatch bajó los brazos. Posiblemente a partir de entonces el recuerdo agridulce de un hijo perdido no fuera más que el recuerdo dulce de un hijo amado. Y posiblemente a partir de aquel momento no fuera un recuerdo tan pesado que aplastaba el corazón. Se quedó de pie entre las rosas. El día era cálido. La luz del atardecer parecía de oro. El cielo estaba perfectamente claro... y todo lleno de misterio.

Regina preguntó si podía tener en su habitación algunas pinturas de Lindsey con palabras que parecían sinceras. Escogieron tres cuadros y entre las dos clavaron unos ganchos en las paredes y los colgaron donde ella quiso, cerca de un crucifijo de treinta centímetros de alto que había traído de su habitación en el orfanato.

—¿Te gustaría cenar en un buen restaurante de pizzas que conozco? —le preguntó Lindsey mientras colgaban los cuadros.

—¡Sí! —respondió entusiasmada la muchacha—. Adoro la pizza.

—Las hacen con mucha costra y abundante queso.

—¿Pepperoni?

—Cortado muy fino, pero en abundancia.

—¿Y salsa?

—Claro, por qué no. Aunque, ¿estás segura de que no será una preciosa pizza repulsiva para una vegetariana como tú?

Regina se ruborizó.

—¡Oh, aquello! Aquel día fui una capulla. ¡Oh, Jesús!, lo siento. Quiero decir, una listilla, una tonta.

—No tiene importancia —dijo Lindsey—. Todos hacemos el listillo de vez en cuando.

—Usted no lo hace, ni el señor Harrison lo hace.

—Oh, espera. —Subida de pie sobre un taburete, delante de la pared del otro lado de la cama, Lindsey machacaba un clavo para colgar un cuadro mientras Regina le sujetaba el cuadro. Al recibirlo de manos de la muchacha para colgarlo, Lindsey le dijo—: ¿Oye, querrás hacerme un favor en la cena de esta noche?

—¿Un favor? ¿Cuál?

—Sé que esta nueva situación todavía te resulta embarazosa. No te sientes verdaderamente como en casa y es probable que te cueste mucho tiempo...

—¡Oh, aquí se está muy bien! —protestó la niña.

Lindsey deslizó la argolla del cuadro por el clavo y lo fue ajustando hasta que estuvo bien derecho. Luego se sentó en el taburete, quedando delante de la muchacha. La cogió por las dos manos, la normal y la otra.

—Tienes razón..., aquí se está muy bien. Pero tú y yo vemos que no es lo mismo que estar en casa. No pensaba presionarte sobre esto. Quería que te tomaras el tiempo necesario, pero... aunque te parezca algo prematuro, ¿no crees que esta noche podrías empezar a dejar de llamarnos señor y señora Harrison? Especialmente a Hatch. Para él sería muy importante que empezaras a llamarle Hatch.

La muchacha bajó la vista hacia sus manos entrelazadas.

—Bueno, supongo, sí..., eso estaría bien.

—¿Y sabes una cosa? Comprendo que es pedirte demasiado porque todavía no le

conoces bien, pero ¿sabes lo que sería la cosa más importante del mundo para él en estos momentos?

La muchacha seguía mirándose las manos.

—¿Qué?

—Que de alguna forma te saliera del corazón llamarle papá. No me respondas ahora y piénsatelo. Sería algo maravilloso que podrías hacer por él, por razones que no puedo explicarte ahora. Y te aseguro una cosa, Regina, es un hombre bueno. Hará cualquier cosa por ti, arriesgando su vida por ti si llegara el caso y sin pedir nunca nada a cambio. Se enfadaría mucho si supiera que te estoy pidiendo esto, pero lo único que te pido realmente es que lo pienses con detenimiento.

Al cabo de un largo silencio, la muchacha levantó la vista de sus manos y asintió con la cabeza.

—Está bien. Lo pensaré.

—Gracias, Regina. —Se levantó del taburete—. Ahora colguemos el último cuadro.

Lindsey tomó las medidas, señaló un punto en la pared y clavó un gancho para el cuadro.

—Es que en toda mi vida... nunca he tenido a nadie a quien llamar mamá y papá. Es una cosa muy buena —dijo Regina mientras le pasaba el cuadro.

—Lo comprendo, querida —sonrió Lindsey—. Lo comprendo muy bien. Y Hatch también lo entenderá con el tiempo.

En la Casa de las Sorpresas en llamas, entre los llantos de socorro y los lamentos de agonía que arreciaban apareció un objeto extraño a la luz del fuego. Una sola rosa. Una rosa negra, que flotaba como si un mago invisible la hiciera levitar. Vassago no habría encontrado nunca cosa alguna más bella en el mundo de los vivos, en el mundo de los muertos o en el reino de los sueños. Resplandecía delante de él, con unos pétalos tan frescos y suaves que semejaban haber sido extraídos de una muestra del cielo nocturno no mancillado por las estrellas. Sus espinas eran exquisitamente afiladas, como agujas de cristal. Su tallo verde tenía el brillo aceitoso de la piel de una serpiente y uno de sus pétalos tenía una sola gota de sangre. La rosa se desvaneció de su sueño, pero retornó más tarde y, con ella, la mujer llamada Lindsey y la muchacha de cabello cobrizo y suaves ojos grises. Vassago ansió poseer a las tres: la rosa negra, la mujer y la muchacha de ojos grises.

Hatch se arregló para cenar y, mientras Lindsey terminaba de retocarse en el cuarto de baño, se sentó al borde de la cama de matrimonio y leyó el artículo de S. Steven Honell en *Arts American*. Podía encogerse de hombros ante cualquier insulto dirigido a él, pero si alguien vapuleaba a Lindsey montaba siempre en cólera. Incluso le costaba soportar las críticas al trabajo de su esposa que ella consideraba constructivas. Por ello le enfureció leer la maliciosa, sarcástica y rematadamente estúpida diatriba que lanzaba Honell contra la carrera entera de Lindsey que calificaba de "despilfarro de energía". Esta frase le enfureció todavía más.

Igual que había ocurrido la noche antes, su enojo se tornó en una cólera tan violenta como una erupción volcánica. Apretó los músculos de las mandíbulas con tanta fuerza que



le dolieron los dientes. La revista empezó a agitarse porque las manos le temblaban de furia y se le emborronó ligeramente la vista, como si estuviera viendo las cosas a través de oleadas de calor. Tuvo que parpadear y cerrar los ojos para que las palabras de contornos nebulosos de la página adquiriesen una impresión legible.

Como la noche antes mientras yacía en la cama, sintió como si la cólera abriera una puerta y algo, un horrendo espíritu que sólo conocía la rabia y el odio, le hiciera entrar por ella. O tal vez era algo que había estado dentro de él todo el tiempo menos cuando dormía y su cólera lo había despertado. Pero no estaba él solo dentro de su propia cabeza. Percibía claramente otra presencia, igual que una araña caminando muy lentamente por el angosto espacio existente entre la pared interior de su cráneo y la superficie de su cerebro.

Trató de dejar a un lado la revista y de tranquilizarse, pero siguió leyendo porque no estaba en plena posesión de sí mismo.

Vassago se movía sin dificultades por la Casa de las Sorpresas, pasto del voraz incendio, porque había planeado una vía de escape. Unas veces tenía la edad de doce años y otras la de veinte, pero su sendero siempre estaba iluminado por antorchas humanas, algunas de las cuales se hallaban derrumbadas en silenciosos montones derretidos sobre el suelo humeante, mientras otras estallaban en llamas cuando pasaba por delante de ellas.

Durante su sueño portaba una revista abierta por un artículo que alimentaba su cólera y que parecía imperativo que leyera. Los márgenes de las páginas se retorcían por el calor y amenazaban con arder. Los nombres saltaban hasta él de página a página. Lindsey. Lindsey Sparling. Por fin sabía cómo se llamaba. Sintió la apremiante necesidad de arrojar la revista, aminorar la respiración y calmarse, pero en vez de ello alimentó más su cólera, dejó que una dulce oleada de rabia se posesionara de él y se dijo a sí mismo que debía averiguar más cosas. Los márgenes de la revista se retorcían con el fuego. Honell. Otro nombre. Steven S. Honell. No la S delante. S. Steven Honell. El papel se incendió. Honell. Un escritor. Un establecimiento de bebidas, Silverado Canyon. La revista se puso a arder en sus manos, arrojando destellos contra su rostro...

Lanzó el sueño fuera de sí, lo mismo que es arrojado el casquillo de una bala disparada, y se incorporó en su negro escondite. Estaba totalmente despierto y excitado. Sabía lo suficiente para encontrar a la mujer.

Un momento de furia se extendió por Hatch como el fuego, pero inmediatamente fue extinguida. Sus mandíbulas se relajaron, la tensión de sus hombros cedió y sus manos desecharon tan repentinamente la crispación, que soltó la revista y ésta cayó al suelo, entre sus pies. Durante un rato continuó sentado al borde de la cama, aturdido y confuso. Miró hacia la puerta del cuarto de baño, aliviado de que Lindsey no hubiera vuelto mientras había estado... ¿Estado, qué? ¿En trance? ¿Poseído? Percibía un olor peculiar, algo fuera de lo corriente. Humo. Miró la revista Arts American que tenía entre los pies y, dudando, la cogió. Todavía estaba abierta por el artículo que hablaba de Lindsey. Aunque no despedía vapores visibles, el papel exudaba un fuerte olor a quemado. Eran los olores de la madera ardiendo, papel, brea, plástico..., y algo peor. Los márgenes de la revista estaban oscurecidos y chamuscados, como si hubieran sido expuestos al calor necesario para empezar a arder espontáneamente.

Honell estaba sentado en una mecedora delante del fuego, bebiendo Chivas Regal, cuando llamaron a la puerta y leía una de sus propias novelas, *Miss Culvert*, escrita veinte años antes, cuando sólo tenía treinta. Cada año releía los nueve libros que había escrito en su vida, pues estaba en perpetua competencia consigo mismo y se esforzaba por perfeccionarse a medida que envejecía, en vez de refugiarse en la senectud, como hacen la mayoría de los escritores. Su constante afán de superación constituía por otra parte un formidable reto, toda vez que de joven había sido tremendamente bueno. Cada vez que volvía a leer sus obras le sorprendía descubrir que su capacidad de trabajo había sido bastante más impresionante de lo que él recordaba.

*Miss Culvert* era un tratamiento novelesco de la figura de su madre y de su vida, anclada en la respetable sociedad de clase media alta de una población meridional del Estado de Illinois. Era una severa crítica contra la engreída y opresivamente insípida "cultura" del Medio Oeste. Había captado exactamente la esencia de aquella despreciable mujer. ¡Oh, cómo la había retratado! Al leer *Miss Culvert* acudían a su recuerdo los prejuicios y el horror con que su madre había recibido la primera edición de la novela, y el momento en que decidió que en cuanto terminase el libro publicaría su continuación, *Mrs. Towers*, que se refería al matrimonio con su padre, su viudedad y sus segundas nupcias. Honell seguía convencido de que este segundo libro había matado a su madre. Oficialmente, había sido un ataque al corazón. Pero el infarto necesitaba un factor desencadenante y el hecho había coincidido sospechosamente con la salida a la luz de *Mrs. Towers* y con la atención que le dispensaron los media.

Cuando el inesperado visitante llamó, Honell sintió una punzada de disgusto y torció el gesto con cierta acritud. Prefería la compañía de sus propios personajes a la de quienquiera que pudiese acudir a visitarle sin haber sido invitado. O con invitación, si a eso vamos. Los personajes de sus libros eran todos esmeradamente refinados e inteligibles, mientras que los de la vida real eran injustamente..., bueno, tortuosos y absurdamente complejos. Miró el reloj de encima de la chimenea. Las nueve y diez.

Volvieron a llamar, ahora con más insistencia. Probablemente sería algún vecino, lo que le fastidiaba, pues todos sus vecinos eran unos necios. Sintió ganas de no contestar, pero los residentes en aquellos valles agrestes se creían muy "buenos vecinos", sin pensar en lo latosos que eran, y si no respondía a las llamadas rodearían la casa y espiarían por las ventanas, preocupados por su bienestar como es habitual entre las gentes del campo. ¡Dios, cómo los odiaba! Los toleraba sólo porque aún odiaba más a los habitantes de las ciudades y porque aborrecía a los que vivían en los suburbios.

Dejó el Chivas y el libro, se levantó de la mecedora y se dirigió hacia la puerta con el propósito de echar un rapapolvo a quien estuviese en el porche. Con su dominio del lenguaje, podía mortificar a cualquiera en menos de un minuto y ponerle en fuga en menos de dos. El placer de humillar al intruso casi le compensaría de la interrupción.

Apartó la cortina de los cristales de la puerta principal y se sorprendió al ver que su visitante no era ningún vecino. De hecho, no le reconocía. Era un muchacho de no más de veinte años, pálido como las alas, semejantes a copos de nieve, de las mariposas que revoloteaban en la luz del porche. Iba enteramente vestido de negro y llevaba unas gafas

de sol. A Honell no le inquietaban las intenciones que podía traer el visitante. El cañón se hallaba a menos de una hora de los sitios más densamente poblados de Orange County, aunque quedaba apartado a causa de su inaccesible topografía y de las malas condiciones de sus carreteras. La delincuencia no constituía ningún problema porque, por lo general, los delincuentes se sentían atraídos por las áreas más pobladas en que el botín era más sustancioso. Además, la mayoría de quienes habitaban las cabañas de aquellos contornos no tenían nada que mereciera la pena robar. Encontró curioso al descolorido joven.

—¿Qué desea? —preguntó, sin abrir la puerta.

—¿El señor Honell?

—Exacto.

—¿S. Steven Honell?

—¿Va usted a hacer de esto una tortura?

—Disculpe, señor, ¿pero es usted el escritor?

Un estudiante. Seguro que lo era. Una década antes... bueno, casi dos, Honell había sufrido el asedio de los estudiantes de literatura inglesa que deseaban aprender de él o simplemente postrarse a sus pies. A pesar de ello, formaban una multitud, inconstante, a la búsqueda de las tendencias más recientes, sin auténtico aprecio por el elevado arte literario. Al diablo aquellos tiempos. La mayor parte de ellos ni siquiera sabía leer. Eran estudiantes universitarios sólo de nombre. Las instituciones donde se matriculaban eran poco más que centros escolares con programas de un día para los rematadamente inmaduros, y ellos tenían las mismas probabilidades de estudiar que de volar a Marte aleteando con los brazos.

—Sí, soy el escritor. ¿Qué desea?

—Señor, soy un gran admirador de sus libros.

—Los ha escuchado en cinta magnetofónica, ¿verdad?

—¿Señor? No, los he leído todos.

Las grabaciones, hechas y vendidas sin consentimiento suyo, estaban reducidas a dos tercios. Parodias.

—¡Ah! Los ha leído en formato de libro-cómic, ¿no? —supuso Honell con acrimonia, ignorando que la sacrílega adaptación del libro-cómic se había producido.

—Señor, lamento esta intromisión. Me ha costado mucho tiempo reunir el coraje para venir a verle. Por último, esta noche tuve valor y comprendí que si seguía demorándolo jamás me atrevería a hacerlo. Siento mucho respeto por lo que usted escribe, señor, y si pudiera usted concederme un rato y responder a unas pocas preguntas, le estaría muy agradecido.

Un poco de conversación con un joven inteligente podía resultar más atractivo que releer *Miss Culvert*. Había pasado bastante tiempo desde que un visitante así se presentó en el nido de águilas en que Honell vivía entonces, encima de Santa Fe. Tras una breve vacilación, abrió la puerta.

—Entre, pues, y veremos si realmente entiende las complejidades de lo que ha leído.

El joven cruzó el umbral y Honell le dio la espalda para dirigirse nuevamente hacia la mecedora y el Chivas.

—Es usted muy amable, señor —dijo el visitante cerrando la puerta.

—Joven, la amabilidad es un atributo de los débiles y de los tontos. Tengo otros motivos. —Al llegar a la mecedora se volvió y dijo—: Quítese esas gafas negras. Las gafas negras por la noche son el peor amaneramiento de Hollywood, no la señal de una persona seria.

—Lo siento señor, pero en mi caso no es ningún amaneramiento. Es sólo que la luz de este mundo es dolorosamente mucho más brillante que la del Infierno; como estoy seguro de que descubrirá usted algún día.

Hatch no tenía apetito para cenar. Sólo deseaba sentarse a solas con el ejemplar de *Arts American*, inexplicablemente chamuscado por el fuego, y seguir mirándolo hasta que, ¡por Dios!, comprendiera de verdad lo que le estaba pasando. Él era un hombre racional. No podía abrazar fácilmente las explicaciones sobrenaturales. No era anticuario por casualidad; necesitaba rodearse de cosas que contribuyeran a crear una atmósfera de estabilidad y orden.

Pero los niños también ansiaban estabilidad y ello incluía un horario regular de comidas. Así que se fueron a cenar a una pizzería y después entraron a ver una película en un complejo de cines que había al lado. Se trataba de una comedia y aunque el filme no logró hacer olvidar a Hatch los extraños problemas que le acosaban, la frecuente risa musical de Regina tranquilizó en parte sus atormentados nervios.

Después, en casa, acostó a la niña en la cama, besó su frente, le deseó dulces sueños y apagó la luz,

—Buenas noches... papá —le dijo la niña entonces.

Estaba cruzando la puerta del pasillo y se detuvo al oír la palabra "papá". Se dio media vuelta y la miró

—Buenas noches —respondió, decidiendo recibir aquel obsequio con tanta naturalidad como ella se lo había dado. Temía que si le concedía excesiva importancia ella volviera a llamarle señor Harrison durante el resto de su vida. Pero su corazón saltó de gozo. Entró en su dormitorio, donde Lindsey se estaba desnudando.

—Me ha llamado papá —le dijo.

—¿Quién?

—Déjate de bromas. ¿Quién va a ser?

—¿Cuánto le has pagado?

—Lo que pasa es que tienes celos de que todavía no te haya llamado mamá.

—Lo hará. Ya no tiene miedo.

—¿De ti?

—De sufrir un desengaño.

Antes de ponerse el pijama, Hatch bajó a comprobar el contestador automático del teléfono de la cocina. Era curioso; después de todo lo que había sucedido y con los problemas que aún le quedaban por sortear, el mero hecho de que la niña le hubiera llamado papá bastaba para aligerar sus pasos y elevar su espíritu. Bajó los peldaños de la escalera de dos en dos.

El contestador automático estaba sobre el mostrador, a la izquierda del frigorífico, debajo de un bloc de notas de corcho. Esperaba hallar alguna respuesta del albacea

testamentario a quien había hecho una oferta por la colección de Wedgwood aquella mañana. En la pantalla aparecían tres mensajes. El primero era de Glenda Dockridge, su mano derecha en la tienda de antigüedades. El segundo de Simpson Smith, un amigo y tratante de antigüedades de Melrose Place, Los Angeles. El tercero era de Janice Dimes, una amiga de Lindsey. Los tres se referían a las mismas noticias y les preguntaban: *Hatch, Lindsey, Hatch, Lindsey ¿habéis visto el periódico? ¿habéis leído el periódico? ¿habéis oído las noticias sobre Cooper, el individuo que os hizo saliros de la carretera? Bill Cooper, está muerto. Le han asesinado, le han asesinado esta noche.*

Hatch sintió que por sus venas corría líquido refrigerante en lugar de sangre.

La noche anterior había montado en cólera contra Cooper porque iba a quedar impune y había deseado verle muerto. No, espera. Había dicho que deseaba herirle, hacerle pagar, meterle en un río helado, pero no quería realmente ver muerto a Cooper. Y, además, ¿qué importaba que hubiera querido verle muerto? Él no le había matado. No tenía la culpa de lo que hubiera sucedido. Pulsó el botón para borrar los mensajes y pensó: Los policías querrán hablar conmigo antes o después. Entonces se preguntó por qué le preocupaba la Policía. Tal vez hubieran detenido ya al asesino, en cuyo caso no recaería ninguna sospecha sobre él. De cualquier modo, ¿por qué iba a resultar él sospechoso? Él no había hecho nada. Nada. ¿Por qué la culpa se cernía sobre él lo mismo que el miriópodo se arrastraba paulatinamente subiendo un largo túnel? ¿El miriópodo? La enigmática naturaleza de aquella imagen le dejó helado. Era incapaz de encontrar su origen, como si no fuera un pensamiento suyo, sino recibido... del exterior.

Corrió escaleras arriba. El periódico se hallaba sobre la mesilla de él, donde ella lo dejaba siempre. Hatch se apresuro a cogerlo y examinó la primera página.

—¡Hatch! —dijo ella—. ¿Pasa algo?

—Cooper ha muerto.

—¿Qué?

—El tipo que conducía el camión de cerveza. William Cooper. Le han asesinado.

Ella apartó las sábanas y se sentó al borde de la cama. Hatch encontró la noticia en la página tres. Se sentó al lado de ella y leyeron juntos el artículo. Según decía el periódico, la Policía estaba interesada en interrogar a un joven de poco más de veinte años, de piel pálida y cabello oscuro. Había sido visto fugazmente por un vecino cuando huía por un callejón trasero de los apartamentos de Palm Court. Era posible que llevara gafas negras. De noche.

—Es el mismo hombre que mató a la rubia —repuso Hatch temeroso—. Las mismas gafas negras en el espejo retrovisor. Y ahora se está apoderando de mis pensamientos. Está suplantando mi cólera, asesinando a las personas que yo quisiera ver castigadas.

—Eso carece de sentido. No puede ser.

—Sí que lo es. —Se sentía enfermo. Se miró las manos, como si realmente pudiera ver en ellas la sangre del camionero—. Dios mío, y le envié detrás de Cooper.

Estaba tan espantado, tan psicológicamente oprimido por una sensación de culpabilidad por lo que había pasado, que deseaba desesperadamente lavarse las manos, frotárselas hasta verlas en carne viva. Pero cuando trató de levantarse, sus piernas estaban demasiado débiles para sostenerle y tuvo que sentarse de nuevo. Lindsey estaba

confundida y horrorizada pero no reaccionaba a la noticia tan intensamente como Hatch.

Entonces él le explicó que la noche antes había visto a un joven vestido de negro y con gafas de sol, reflejado en el espejo de la puerta del gabinete, en vez de ver su propia imagen, mientras despotricaba sobre Cooper. También le contó que cuando ella ya estaba dormida, había seguido meditando en torno a Cooper y que su enfado se convirtió repentinamente en una explosión de cólera capaz de reventar las arterias. Refirió la sensación que había sentido de ser invadido y aplastado, y cómo había quedado luego sumido en la amnesia. Y por si fuera poco, dijo, su enfado había sido irracionalmente intenso la noche antes, al leer el artículo de *Arts American*; y, cogiendo la revista de su mesilla de noche, le mostró a Lindsey sus páginas, inexplicablemente chamuscadas.

Cuando Hatch terminó su relato, la ansiedad que experimentaba Lindsey corría pareja con la de él, aunque lo que más le dolía a ella era que no se lo hubiese confesado todo antes.

—¿Por qué me has ocultado todo esto?

—No quería preocuparte —respondió él, sabiendo cuán flojo era su argumento.

—Jamás nos hemos ocultado nada. Siempre lo hemos compartido todo. Todo.

—Lo siento, Lindsey. Yo... es sólo que... estos dos últimos meses..., las pesadillas sobre cuerpos pudriéndose, violencia, fuego... Y los últimos días, todo este misterio...

—A partir de ahora —dijo ella— no habrá más secretos.

—Sólo quería evitarte...

—Nada de secretos —insistió ella.

—Está bien. Nada de secretos.

—Y tú no eres responsable de lo que le ha ocurrido a Cooper. Aunque haya algún vínculo entre tú y ese asesino, y aun cuando fuera ésa la causa de que Cooper se convirtiera en su blanco, no es culpa tuya. Tú no sabías que enfadarte con Cooper equivalía a una sentencia de muerte. Tú no podías hacer nada para evitarlo.

Hatch miró otra vez la chamuscada revista que Lindsey tenía entre las manos y un escalofrío de temor se apoderó de él.

—Pero sí será culpa mía si no intento salvar a Honell.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió ella, frunciendo el rostro.

—Si mi cólera dirigió a ese individuo contra Cooper, ¿por qué no puede dirigirle también contra Honell?

Honell se despertó en un mundo de dolor. La diferencia consistía en que esta vez él era la víctima y en que se trataba de un dolor físico más que emocional. Le dolía la entrepierna por la patada que le habían propinado. Un golpe en la garganta le había dejado el esófago como si fuera de cristal roto. Su dolor de cabeza era agudísimo y le ardían las muñecas y los tobillos. Al principio, no entendió el motivo, pero luego se percató de que estaba atado a cuatro postes de algo probablemente de su cama, y de que las cuerdas le exorciaban la piel.

No podía ver gran cosa, en parte porque tenía la vista borrosa por las lágrimas, pero también porque durante la agresión se le habían caído las lentillas de contacto. Sabía que le habían asaltado, pero momentáneamente no podía recordar la identidad de su atacante.

Luego acudió a él la cara del joven, borrosa al principio, como la superficie de la luna vista por un telescopio desenfocado. El muchacho aquel se fue aproximando cada vez más y su rostro quedó al fin enfocado, hermoso y pálido enmarcado por un cabello espeso y negro. No sonreía igual que los locos del cine tradicional, como Honell había esperado que hiciera. Tampoco fruncía el ceño ni ponía cara de pocos amigos. Era inexpresivo, exceptuando quizás aquella sutil insinuación de solemne curiosidad con que un entomólogo puede examinar a la nueva variedad mutante de una conocida especie de insectos.

—Señor, lamento este descortés trato después de que usted fue tan amable de admitirme en su casa, pero tenía prisas y no disponía de tiempo para averiguar por medio de una conversación ordinaria lo que necesito saber.

—Lo que usted quiera —dijo Honell, apaciguadoramente. Se extrañó de oír lo drásticamente que había cambiado su voz meliflua, que siempre había sido una herramienta segura para la seducción y un expresivo instrumento de altivez. Ahora era una voz rasposa, marcada por un húmedo gorjeo, totalmente repulsivo.

—Quisiera saber quién es Lindsey Sparling —dijo el joven desapasionadamente— y dónde puedo encontrarla.

Hatch se sorprendió de hallar el número de Honell en el listín telefónico. Por supuesto, el nombre del escritor no era ahora tan familiar para el ciudadano corriente como lo había sido durante sus breves años de gloria, cuando publicó *Miss Culvert* y *Mrs. Towers*. Honell no necesitaba preocuparse por el aislamiento de aquellos años; evidentemente, el público le había dado más de lo que él deseaba.

Hatch marcó el número de teléfono, mientras Lindsey paseaba de un lado a otro por el dormitorio. Creía que Honell interpretaría el aviso de Hatch sólo como una amenaza gratuita. Hatch también opinaba lo mismo, pero creía que tenía que intentarlo. Sin embargo, se evitó la humillación y el fracaso de escuchar la reacción de Honell, pues nadie respondió al teléfono en los apartados cañones de la noche desértica, aunque lo dejó sonar veinte veces. Cuando estaba a punto de colgar, una serie de imágenes con sonido idéntico al de los cables eléctricos en un cortocircuito resbaló por su mente: una cama revuelta; la muñeca de un brazo sangrando y atada con cuerdas; un par de ojos miopes, despavoridos e inyectados en sangre.... y, en ambos ojos, las imágenes gemelas de un rostro oscuro que se iba acercando, distinguido solamente por unas gafas negras. Colgó de golpe el teléfono y se apartó como si el auricular que empuñaba se hubiera transformado en una serpiente de cascabel.

—Está ocurriendo ahora.

El timbre del teléfono enmudeció. Vassago se quedó mirándolo fijamente, pero el aparato no volvió a sonar. Dedicó nuevamente su atención al hombre que estaba atado a los postes de bronce de la cama, con los cuatro miembros extendidos.

—De modo que Lindsey Harrison es su nombre de casada, ¿eh?

—Sí —graznó el tipo viejo.

—Señor, ahora lo que necesito con más urgencia es su dirección.

El teléfono público estaba fuera de una especie de drugstore, en un centro comercial

situado a unos tres kilómetros de la casa de Harrison. Se hallaba protegido de la intemperie por una capota de plexiglás y rodeado de una cubierta redonda sonorizante. Hatch hubiera preferido el aislamiento de una cabina de verdad, pero resultaba difícil encontrar una aquellos días, era un lujo en unos tiempos con más conciencia del ahorro. Aparcó en un extremo del centro comercial, a gran distancia de cualquiera que pudiera mirar por los cristales de la tienda —y tal vez recordar— la matrícula de su coche.

Echó a andar hacia el teléfono, mientras le azotaba un viento gélido y bravío. Los laureles indios del centro comercial estaban infestado de insectos nocivos y montones de hojas secas y retorcidas eran arrastradas por el viento y a los pies de Hatch, formando un sonido seco y fugitivo. Al resplandor amarillento de las luces del parking, casi parecían hordas de insectos, tal vez extrañas langostas mutantes que acudían en enjambres a su nido subterráneo. Había escaso movimiento en el complejo comercial y todo lo demás estaba cerrado. Hatch arqueó los hombros e inclinó la cabeza dentro del cubículo sonorizante, convencido de que nadie le oiría.

No había querido llamar a la Policía desde su casa porque sabía que contaban con el equipo técnico necesario para registrar todos los números telefónicos desde los que le llamaban. Y no quería convertirse en el primer sospechoso si encontraban muerto a Honell. Y si su alarma respecto a la seguridad de Honell resultaba infundada, no deseaba figurar en los archivos de la Policía como una especie de chiflado o histérico.

Marcó los números con el nudillo del dedo, sujetando el auricular con un Kleneex para no dejar huellas dactilares sin saber muy bien lo que iba a decir. Sabía que no quería decir lo siguiente: *Hola; estuve muerto ochenta minutos, luego resucité, y ahora sostengo esta rudimentaria pero a veces efectiva conexión telepática con un loco asesino. Creo que debo avisarles de que está a punto de cometer otro crimen.* Suponía que las autoridades le tomarían tan en serio como a un tipo que llevara un sombrero piramidal hecho con láminas de aluminio para protegerse el cerebro contra las siniestras radiaciones y que se quejara de los malignos vecinos extraterrestres que distorsionaban su mente.

Había decidido telefonar al Departamento del sheriff del Condado de Orange antes que a alguna comisaría de una ciudad en concreto, puesto que los crímenes del hombre de las gafas negras habían sido perpetrados en varias jurisdicciones. Cuando la telefonista del sheriff respondió, Hatch habló deprisa, sin dejarla hablar a ella cuando empezó a interrumpirle, pues sabía que si le daba tiempo podrían localizar el teléfono público desde donde llamaba.

—El hombre que mató a la rubia y la dejó en la carretera la semana pasada es el mismo tipo que anoche asesinó a William Cooper, y esta noche va a asesinar a Steven Honell, el escritor, si no le dan ustedes protección rápidamente, ahora mismo. Honell vive en Silverado Canyon, no sé exactamente sus señas, pero probablemente pertenecen a su jurisdicción, y es hombre muerto si no se mueven ustedes ahora mismo.

Colgó el aparato y se dirigió hacia su coche, guardándose el Kleneex en el bolsillo de los pantalones. Se sintió menos aliviado de lo que había esperado y más ridículo de lo que parecía razonable. Caminaba contra el viento al volver al coche. Las hojas de laurel, comidas por los insectos nocivos, le golpeaban ahora de frente en vez de ir a su favor. Siseaban al ser arrastradas sobre el asfalto y crujían bajo sus pies. Estaba seguro de que su



viaje había sido en vano y de que su esfuerzo por ayudar a Honell resultaría baldío. La oficina del sheriff daría a aquella llamada el mismo tratamiento que a la de cualquier chiflado. Aparcó en el sendero de entrada, temeroso de que el ruido de la puerta del garaje despertara a Regina. Al salir del coche sintió un hormigueo en el cuero cabelludo. Durante un minuto examinó las sombras que había a lo largo de la casa, alrededor de los arbustos y debajo de los árboles. Nada. Entró entonces en la cocina y vio que Lindsey le estaba sirviendo una taza de café.

Sorbió con delectación el brebaje caliente y pronto sintió más frío del que había experimentado mientras había permanecido a la intemperie en la noche helada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella, con inquietud—. ¿Te han creído?

—Como si meara contra el viento —respondió él.

Vassago continuaba conduciendo el coche gris perla Honda perteneciente a Renata Desseux, la mujer que había secuestrado el sábado por la noche en el parking del centro comercial y había añadido luego a su colección. Era un coche excelente que se conducía bien por las tortuosas carreteras que descendían del cañón donde vivía Honell, camino de áreas más pobladas de Orange County. Cuando tomaba una curva excesivamente cerrada, se cruzó velozmente con un coche del Departamento del sheriff que se dirigía hacia el cañón. No llevaba la sirena puesta, pero sus luces de emergencia salpicaban de rojo y azul los terraplenes de pizarra y las nudosas ramas colgantes de los árboles.

Dividió su atención entre la sinuosa carretera que tenía al frente y las menguantes luces traseras del coche patrulla reflejadas en el retrovisor, hasta que el automóvil dobló otra curva en lo alto y se perdió de vista. Estaba seguro de que el policía se dirigía a casa de Honell. El insistente sonar del teléfono, que le había interrumpido cuando interrogaba al escritor y el hecho de que nadie respondiera debía haber puesto en movimiento al Departamento del sheriff, aunque Vassago no podía imaginar cómo ni por qué. No por eso aceleró su marcha. Al final de Silverado Canyon, Vassago enfiló hacia el Sur por la carretera de Santiago Canyon manteniendo el límite de velocidad reglamentaria, como se esperaba que hiciera un buen ciudadano.

Tendido en la cama a oscuras, Hatch sentía que el mundo se derrumbaba a su alrededor, que iba a quedar reducido a polvo. Tenía la felicidad con Lindsey y Regina al alcance de la mano. ¿O esto era sólo una ilusión? ¿Las habría perdido definitivamente? Deseaba tener una visión que le ofreciera una nueva perspectiva sobre aquellos hechos aparentemente sobrenaturales. Hasta que conociera la naturaleza del mal que había entrado en su vida, no podría combatirlo. La voz del doctor Nyebern susurraba en su mente: *Creo que el mal es una fuerza muy real, una energía totalmente ajena a nosotros, una presencia en el mundo.*

Tuvo la sensación de que le llegaba el tufo a quemado de las páginas chamuscadas de Arts American. Había dejado abajo la revista, en un cajón de la mesa del gabinete cerrado con llave. Y había metido la llave en el llavero que llevaba encima. Jamás había cerrado con llave nada dentro del escritorio y no estaba seguro de por qué lo había hecho ahora así. Para proteger una prueba, se dijo a sí mismo. Pero una prueba ¿de qué? Las

páginas chamuscadas de una revista no probaban nada ante nadie. No. Eso no era exactamente cierto. La existencia de la revista le demostraba, aunque sólo fuera a él, que no se estaba imaginando y engañando por lo que ocurría. Lo que había guardado bajo llave, para su propia tranquilidad, era realmente una prueba. Una prueba de cordura.

Lindsey, a su lado, también estaba despierta, ya porque no deseara dormir, ya porque no fuera capaz de conciliar el sueño.

—¿Y si ese asesino...? —empezó ella.

Hatch aguardó. No necesitaba pedirle que terminara la frase, pues sabía lo que iba a decir. Al cabo de un instante, dijo exactamente lo que él esperaba.

—¿Y si ese asesino tiene conciencia de ti como tú la tienes de él? ¿Y si viniera a buscarte..., a buscarnos..., en busca de Regina?

—Mañana empezaremos a tomar precauciones.

—¿Qué precauciones?

—Armas, entre otras.

—No sé si esto será algo que podamos resolver nosotros solos.

—No tenemos otra alternativa.

—Quizá necesitamos protección de la Policía.

—No creo que dispongan de hombres suficientes para proteger a un individuo sólo porque éste diga que está paranormalmente ligado a un loco asesino.

El viento que había arrastrado las hojas de laurel por el aparcamiento del centro comercial había encontrado una abrazadera suelta en la cañería y la agitaba con fuerza, haciendo chirriar suavemente el metal sobre el metal.

—Cuando fallecí, debí ir a parar a alguna parte, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Purgatorio, Cielo, Infierno; ésas son las posibilidades que tiene un católico, si resultan ser ciertas nuestras creencias.

—Bueno... tú siempre has dicho que no tuviste ninguna experiencia post-mortem.

—En efecto. No recuerdo nada del... del Más Allá. Pero eso no quiere decir que no haya estado allí.

—¿Y qué opinas?

—Tal vez ese asesino no sea un hombre corriente.

—Estás desviando mi atención, Hatch.

—Tal vez traje algo conmigo.

—¿De dónde?

—De dondequiera que estuviese mientras estuve muerto.

—¿Algo?

La oscuridad tenía sus ventajas. Permitía hablar de supersticiones primitivas que en un lugar profusamente iluminado hubieran parecido demasiado necias.

—Algún espíritu —respondió él—. Algún ente.

Ella no dijo nada.

—Mi entrada y salida de la muerte pudo de alguna forma abrir una puerta —dijo él— y dejar que entrara algo.

—Algo —repitió ella, ahora sin el acento inquisitivo que antes tenía. Hatch captó que

ella había comprendido lo que quería decir y que no le gustaba la teoría.

—Y ahora anda suelto por el mundo. Lo cual explica su vínculo conmigo... y por qué puede matar a la gente que me irrita.

Ella guardó silencio un instante.

—Si has traído algo contigo —dijo luego—, evidentemente no es nada bueno. ¿Estás diciendo que después de morir fuiste a parar al Infierno y te trajiste de allí a cuentas a ese asesino?

—Tal vez. Yo no soy ningún santo, aunque tú pienses otra cosa. Después de todo, al menos tengo la sangre de Cooper en mis manos.

—Eso ha ocurrido después de que murieras y te resucitaran. Además, tú no tienes la culpa de eso.

—Es mi ira lo que le convirtió en su blanco, mi cólera...

—Bobadas —le atajó Lindsey—. Tú eres el hombre más bueno que he conocido. Si después de la muerte hemos de alojarnos en el Cielo o en el Infierno, tú te has ganado un apartamento con muy buenas vistas.

Sus pensamientos eran muy oscuros y por ello le sorprendió poder sonreír. Buscó a tientas por debajo de las sábanas, cogió la mano de Lindsey y se la apretó lleno de gratitud.

—Te quiero.

—Piensa en otra teoría si quieres mantenerme despierta.

—Hagamos un pequeño retoque a la teoría que ya tenemos. Imagínate que existe otra vida, pero que no se parece en nada a como la han descrito siempre los teólogos. Yo no tengo por qué haber vuelto del Cielo o del Infierno, sino de otro lugar extraño, diferente a este nuestro, con peligros desconocidos.

—Eso tampoco me gusta mucho.

—Si he de tratar con esa cosa, debo encontrar el modo de conocerla. No puedo contraatacar si ni siquiera sé dónde dar los puñetazos.

—Tiene que haber una explicación más lógica —arguyó ella.

—Eso es lo que me digo yo mismo. Pero cuando trato de descubrirlo, vuelvo a lo ilógico.

El canalón del desagüe rechinaba. El viento rugía debajo del alero y resonaba en la chimenea del dormitorio. Él se preguntó si Honell, podría oír el viento dondequiera que estuviese..., y si sería el viento de este mundo o el del mundo futuro.

Vassago aparcó directamente delante de "Antigüedades Harrison", en el extremo sur de Laguna Beach. La tienda ocupaba un edificio entero con decoración muy artística. Sus amplios escaparates habían sido apagados al llegar la medianoche del martes. Steven Honell no había sabido decirle dónde vivían los Harrison y no había encontrado su número mirando rápidamente en la guía telefónica. El escritor sólo conocía el nombre de la tienda y su ubicación, cerca de la autopista de la Costa del Pacífico.

Seguramente la dirección de su domicilio constaría en algún sitio en el despacho del establecimiento. Pero la entrada resultaría difícil. Una pegatina sobre los grandes escaparates de plexiglás y otra en la puerta principal advertían de que los edificios estaban

provistos de alarma antirrobo y protegidos por una empresa de seguridad.

Vassago había vuelto del Infierno con la facultad de ver a oscuras, con los rápidos reflejos del animal, con una falta de inhibiciones que le capacitaban para cometer cualquier atrocidad y con una ausencia de miedo que le convertía en un adversario tan formidable como pudiera ser un robot. Pero no podía filtrarse por las paredes, ni transformar su carne en vapor para materializarse de nuevo, ni volar, ni ejecutar cualquiera de las demás proezas que configuraban los poderes de un verdadero demonio. Hasta que se ganara el billete de vuelta al Infierno, ya fuese consiguiendo una perfecta colección en su museo de la muerte, ya matando a todos aquellos a quienes, cumpliendo una orden, había venido a destruir, Vassago sólo tenía los poderes menores de un semidemonio. Éstos resultaban insuficientes para superar cualquier alarma antirrobo. Se alejó de la tienda con el coche. En el corazón de la ciudad encontró una cabina telefónica junto a una gasolinera. A pesar de la hora que era, la estación de servicio seguía despachando gasolina y las luces exteriores eran tan fuertes que le hicieron cerrar los ojos incluso detrás de las gafas negras.

Las polillas revoloteaban alrededor de las lámparas, proyectando en el suelo sombras tan grandes como cuervos con sus alas de más de dos centímetros de largo. El suelo de la cabina telefónica estaba literalmente cubierto de colillas y un equipo de hormigas se afanaba sobre el cadáver de un escarabajo.

Alguien había escrito a mano junto a la ranura para las monedas el aviso NO FUNCIONA, pero a Vassago no le importaba eso porque no pensaba llamar a nadie. Lo que le interesaba únicamente era el listín telefónico, que estaba sujeto a la estructura de la cabina mediante una recia cadena. Buscó "Antigüedades" en las páginas amarillas. En Laguna Beach había varios establecimientos bajo aquel epígrafe; era un paraíso para los compradores habituales. Repasó los nombres con detenimiento. Algunos tenían denominaciones comerciales, como "International Antiques", pero otras llevaban el nombre de sus propietarios, como "Antigüedades Harrison". Muy pocos usaban los dos apellidos y algunos ponían el nombre completo, pues en aquel negocio la reputación personal del propietario podía atraer al cliente. "Antigüedades Robert O. Loffman", en las páginas amarillas, se correspondía exactamente con un tal Robert O. Loffman de las páginas blancas, proporcionando a Vassago el nombre de una calle, que retuvo de memoria.

Al regresar al Honda vio que un murciélago descendía en picado en la oscuridad. Describió un arco en el resplandor blanquiazul de las luces de la gasolinera, atrapó al vuelo una carnosa polilla y desapareció remontándose hacia las tinieblas de donde había salido. Ni el depredador ni la presa emitieron el menor sonido.

Loffman tenía setenta años, pero en sus mejores sueños volvía a tener dieciocho y era ágil, flexible, fuerte y feliz. Nunca tenía sueños sexuales, ni imaginaba mujeres pechugonas que le acogieran afectuosamente entre sus suaves muslos separados. Tampoco soñaba con ser poderoso, ni con entregarse a salvajes aventuras corriendo, saltando y lanzándose al agua desde los acantilados. Su deseo era siempre vulgar: un tranquilo paseo por la playa en el crepúsculo, descalzo y sintiendo la arena húmeda entre los dedos. Deseaba ver la espuma de las olas rompiendo salpicando con deslumbradores reflejos de color rojo y púrpura bajo el sol moribundo; o simplemente sentarse en la hierba

a la sombra de una palmera de dátiles en una tarde de verano, viendo cómo un colibrí libaba néctar en los encendidos pétalos de un macizo de flores. El mero hecho de volver a ser joven parecía un milagro suficiente para que el sueño le atrajera. En aquel momento tenía dieciocho años y estaba tendido en el gran columpio que había en el porche de la entrada de la casa de Santa Ana, donde había nacido y se había criado. Lo único que hacía era columpiarse suavemente y pelar una manzana que iba a comerse, nada más. Pero era un sueño maravilloso, rico en esencias y texturas, más erótico que si hubiera imaginado estar en un harén de bellezas desnudas.

—Despierte, señor Loffman.

Trató de ignorar la voz, porque quería estar a solas en aquel porche y mantuvo los ojos en la tira curva de piel que iba quitando a la manzana.

—Vamos, viejo dormilón.

Intentaba mondar la manzana sacando una tira continua de piel.

—¿Ha tomado algún somnífero o qué?

Para decepción de Loffman, el porche de la entrada, el columpio, la manzana y el cuchillo de mondar se desvanecieron en las oscuridad. Se encontraba en su dormitorio. Se esforzó por despertarse, al darse cuenta de que había un intruso. De pie junto a la cama estaba una figura espectral, escasamente visible.

Aunque nunca había sido víctima de ningún delito y habitaba en una zona vecinal muy tranquila, la avanzada edad de Loffman le producía una sensación de vulnerabilidad por lo que se había acostumbrado a dejar siempre una pistola cargada junto a la lámpara de la cabecera. Quiso ahora echar mano de ella, con el corazón latándole fuertemente, y tanteó por la fría superficie de mármol de una cómoda francesa de bronce dorado, del siglo XVIII, que le servía de mesilla de noche. El arma no estaba allí.

—Lo siento, señor —dijo el intruso—, no pretendía asustarle. Le ruego que se tranquilice. Si lo que está buscando es la pistola, la he visto nada más entrar y ahora la tengo yo.

El intruso no podía haber visto el arma sin encender la luz y ésta en seguida hubiera despertado a Loffman. Estaba seguro de ello, así que continuó buscando el arma. Entonces, en medio de la oscuridad, un objeto frío y romo se hundió en su garganta. Loffman lo esquivó, pero la frialdad le siguió, presionándole insistentemente, como si el incorpóreo atormentador pudiera ver claramente en las tinieblas. Cuando notó que el objeto frío era la boca de la pistola apoyada en su nuez se quedó petrificado. Lentamente, el arma resbaló hacia arriba, por debajo del mentón.

—Si oprimo el gatillo, señor, sus sesos se estamparán contra la cabecera de la cama. Pero no necesito hacerle daño, señor. El dolor es totalmente innecesario mientras usted coopere. Sólo quiero que me responda a una pregunta muy importante para mí.

Si Robert Loffman hubiese tenido realmente dieciocho años, como en el mejor de sus sueños, habría valorado más el tiempo que le quedaba en este mundo de lo que lo valoró con setenta, a pesar de que ahora le quedaba mucho menos que perder. Estaba dispuesto a aferrarse a la vida con la tenacidad de una garrapata. Respondería a cualquier pregunta, haría cualquier cosa para salvar la vida, por mucho que le costase en orgullo y dignidad. Trató de comunicarle aquello al fantasma que sujetaba la pistola debajo de su barbilla,

pero al otro le pareció que su torrente de palabras y sonidos carecía de significado.

—Sí, señor —atajó el intruso—, lo comprendo y aprecio su actitud. Y, ahora, corrija me si me equivoco, pero supongo que el negocio de las antigüedades, pequeño si se compara con otros, es aquí en Laguna Beach una comunidad cerrada. Todos ustedes se conocen entre sí, se tratan unos a otros y son amigos.

¿El negocio de las antigüedades? Loffman estuvo tentado de creer que seguía durmiendo y que su sueño se había convertido en una absurda pesadilla. ¿Por qué iba a irrumpir nadie en su casa a media noche para charlar sobre el negocio de las antigüedades a punta de pistola?

—Nos conocemos entre nosotros y algunos somos buenos amigos, naturalmente, aunque muchos bastardos de este negocio son unos ladrones —asintió Loffman de corrido, sin poder detenerse, con la esperanza de que su obvio temor diera fe de su verdad, fuese o no aquello una pesadilla—. Sólo son unos estafadores provistos de cajas registradoras, y nadie que se tenga por respetable puede ser amigo de esa calaña.

—¿Conoce usted al señor Harrison, de "Antigüedades Harrison"?

—¡Oh, sí, muy bien! Le conozco perfectamente. Es un reputado anticuario, digno de toda confianza, un hombre excelente.

—¿Ha estado usted en su casa?

—¿En su casa? Sí, ciertamente, en dos o tres ocasiones. Y él ha estado aquí, en la mía.

—Entonces debe responder a esa importante pregunta que le he mencionado. ¿Puede facilitarme las señas del señor Harrison y decirme por dónde se va?

Loffman se relajó al saber que podía facilitar al intruso la información que deseaba. Sólo de manera muy fugaz consideró que tal vez pusiera a Harrison en un grave peligro. Después de todo, quizá se tratara de un mal sueño y nada importaría que le revelara aquella información. A requerimiento del intruso, repitió varias veces la dirección de la casa y el camino que conducía a ella.

—Gracias, señor. Me ha prestado usted una valiosísima ayuda. Como le he dicho, causarle dolor me resulta enteramente innecesario. Pero, de todos modos, voy a hacerlo porque disfruto mucho con ello.

Así que, al fin y al cabo, fue una pesadilla.

Vassago pasó con el coche ante la casa de Harrison, en Laguna Niguel. Luego dio la vuelta a la manzana y volvió a pasar por delante.

La casa era muy bonita, de un estilo similar al de todas las de la calle, pero muy diferente a ellas en algo tan indescriptible y fundamental, que también podía haber sido una estructura aislada alzándose en medio de un monótono llano. Sus ventanas aparecían oscuras y las farolas de la calle habían sido sin duda desconectadas por algún temporizador, pero Vassago la hubiese localizado con la misma facilidad si la luz hubiera salido a raudales por todas sus ventanas. Cuando pasó por delante de la casa conduciendo lentamente por segunda vez, se sintió poderosamente atraído hacia ella. El inmutable destino de Vassago estaba unido a aquella casa y a la mujer llena de vida que moraba en ella.

Nada de lo que veía le sugería una trampa. Había un coche rojo aparcado en el paseo de entrada en vez de estar en el garaje, pero no vio en ello ningún mal presagio. Sin

embargo, decidió dar la vuelta por tercera vez para examinar la casa más concienzudamente. Cuando doblaba la esquina una polilla plateada cruzó velozmente por delante de los haces luminosos de sus faros, refractando y resplandeciendo brevemente como un ascua de un gran fuego. Se acordó del murciélago que había descendido en picado sobre las luces de la gasolinera y había cazado en el aire a la indefensa polilla, tragándosela viva.

Hatch acabó adormeciéndose mucho después de la medianoche. Su sueño era una mina profunda, donde las vetas oníricas fluían como brillantes chorros de mineral entre unas paredes oscuras. Ninguno de aquellos sueños era agradable, pero tampoco era lo bastante grotesco como para despertarle.

Ahora se veía a sí mismo de pie en el fondo de un barranco, rodeado por unos terraplenes tan abruptos que no podían ser escalados. Aun cuando su ángulo de elevación hubiera permitido el ascenso, no habrían podido ser escalados porque estaban compuestos por un curioso material de esquistos, blanco y movedizo, que se desmenuzaba y se desplazaba traicioneramente. El esquisto despedía un ligero resplandor lechoso, que era la única luz existente, porque la bóveda celeste estaba negra y sin luna, profunda pero sin estrellas. Hatch corría agitadamente de un extremo a otro de aquel largo y angosto barranco, y luego volvía a hacerlo otra vez, lleno de recelos pero sin estar seguro de su origen.

Entonces descubrió dos cosas que le erizaron los cabellos de la nuca. El esquisto blanco no estaba compuesto por rocas y conchas de millones de ancestrales criaturas marinas, sino que estaba hecho de esqueletos humanos, rotos y aplastados pero reconocibles aquí y allá, donde los huesos articulados de dos dedos habían sobrevivido al aplastamiento, o donde lo que parecía una madriguera de un animalillo resultaba la cuenca sin ojo de un cráneo. También se percató de que no era que el cielo estuviera vacío, sino que estaba rodeado por algo tan negro que se confundía con el firmamento, y cuyas correosas alas batían silenciosamente el aire. No podía verlo, pero notaba su intensa mirada y su hambre insaciable. En su atormentado sueño, Hatch se revolvió y murmuró unos angustiosos sonidos sin palabras contra el almohadón.

Vassago consultó el reloj del coche. Aunque no se lo confirmaran sus cifras, sabía instintivamente que faltaba menos de una hora para el alba.

No estaba seguro de que le diera tiempo a entrar en la casa, matar al marido y llevarse consigo a la mujer hasta su escondite antes de que amaneciera. No podía correr el riesgo de que le atraparan al aire libre, a la luz del día. Aunque no fuera a marchitarse y convertirse en polvo como los muertos vivientes de las películas, ni le ocurriera nada tan dramático como eso, sus ojos eran tan sensibles que las gafas no le proporcionarían la protección adecuada a la plena luz del sol. El amanecer le volvería casi ciego, afectaría gravemente a su capacidad para conducir y atraería la atención de algún policía que observase su marcha zigzagueante e insegura. En aquel estado deplorable podría tener dificultades con el policía.

Y lo más importante era que podía perder a la mujer, que después de aparecer tan a

menudo en sus sueños se había convertido en un objetivo hartamente deseado. Con anterioridad había visto adquisiciones de tanta calidad, que le convencían de que completarían su colección y le granjearían su readmisión inmediata en el salvaje mundo de eternas tinieblas y odio al que pertenecía; y se había equivocado. Pero ninguna de aquellas había aparecido en sus sueños. Aquella mujer era la verdadera joya para la corona que había estado buscando denodadamente. Tenía que evitar tomar posesión de ella prematuramente para no perderla antes de arrancarle la vida junto a la peana del Lucifer gigante y retorcerle el cuerpo, cuando aún estuviera tibio, para darle la configuración simbólica en consonancia con sus pecados y debilidades.

Al pasar la tercera vez por delante de la casa, pensó en dirigirse en el acto a su escondite y volver allí en cuanto se hubiera puesto el sol la tarde siguiente. Pero aquel plan carecía de atractivo. Su proximidad le excitaba y no quería separarse de ella otra vez. Sentía en su sangre una marea que tiraba hacia ella. Necesitaba un sitio próximo donde esconderse. Tal vez un rincón secreto dentro de la misma casa. Un escondrijo donde ella no mirase durante las largas, luminosas y hostiles horas del día.

Aparcó el Honda a dos manzanas de la casa de los Harrison y volvió andando por la acera, flanqueada de árboles. Las elevadas farolas callejeras, pintadas de verde, poseían en lo alto unos brazos angulados que dirigían sus focos hacia la calzada, dejando sólo un fantasmagórico resplandor para los céspedes delanteros de las silenciosas casas. Confiando en que los vecinos todavía disfrutarían del sueño y no era probable que le vieran merodear por entre los arbustos sumidos en las sombras que rodeaban el chalet, buscó silenciosamente una puerta o ventana sin cerrar con llave o cerrojo. No tuvo suerte hasta llegar a la ventana de la pared posterior del garaje.

A Regina la despertó un ruido de rasguños, un seco zampzamp y un chirrido suave y prolongado. No se había acostumbrado todavía a su nuevo hogar y se despertaba siempre confusa, sin saber dónde estaba, segura tan sólo de que no era su habitación del orfanato. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche, la encendió y parpadeó deslumbrada durante un segundo, antes de orientarse y comprender que los ruidos que la habían despertado eran sonidos sospechosos. Cesaron en cuanto encendió la luz, lo que le pareció todavía más sospechoso. Apagó la lámpara y escuchó en la oscuridad llena de aureolas cromáticas, pues la luz había actuado en sus ojos como un flash fotográfico, robándole temporalmente su visión nocturna. Aunque los sonidos no se reanudaron, creía que habían venido del patio trasero.

Su cama era cómoda. La habitación casi parecía estar impregnada por el perfume de las rosas pintadas. Rodeada de rosas, se sentía más segura que nunca.

No deseaba levantarse, pero al propio tiempo sabía que los Harrison tenían problemas y se preguntó si aquellos sonidos sospechosos a media noche tendrían algo que ver con ello. El día antes, en el camino de regreso del colegio, así como también durante la cena y luego después del cine, había notado una tensión que intentaban disimular delante de ella. Aunque no ignoraba que era un incordio para quienes andaban a su lado, estaba segura de no ser la causa del nerviosismo de los Harrison. Antes de dormirse había rezado para que sus problemas, si es que tenían alguno, resultaran pequeños y pudieran solucionarlos pronto, y había recordado a Dios su desinteresada promesa de comer toda



clase de judías. De existir alguna posibilidad de que aquellos ruidos sospechosos tuvieran alguna relación con el estado de inquietud mental de los Harrison, Regina se creía en el deber de averiguarlo. Alzó la vista y volvió a mirar al crucifijo que tenía en la cabecera de la cama, suspirando. No siempre había que confiar las cosas a Jesús y María. Ellos estaban muy ocupados. Tenían todo un universo que gobernar. Dios ayudaba a quienes se ayudaban a sí mismos.

Se deslizó fuera de las sábanas, bajó del lecho y se encaminó hacia la ventana, apoyándose en los muebles y luego en la pared. No llevaba puesto el aparato ortopédico y necesitaba apoyo. La ventana daba al pequeño patio posterior que había detrás del garaje, la parte de donde parecían proceder los ruidos sospechosos. Las sombras nocturnas proyectadas por la casa, los árboles y los arbustos eran reforzadas por la luna. Cuanto más miraba menos veía, como si la oscuridad fuera una esponja que absorbiera su capacidad de ver. Resultaba fácil creer que cada rincón oscuro estaba vivo y vigilante.

La ventana del garaje no tenía el pestillo puesto pero era difícil de abrir. Las bisagras de arriba estaban oxidadas y en algunos sitios la pintura había formado un cuerpo entre la hoja y el marco. Vassago hizo más ruido del que pretendía hacer, pero no creía que atrajera la atención de quienes estuvieran en la casa. Entonces, cuando la pintura cedió y las bisagras giraron lo suficiente para permitirle entrar, se encendió una luz en una ventana de la planta superior. Se apartó instantáneamente del garaje, aun cuando la luz se apagó otra vez en el momento en que se retiraba, y se escondió en unos macizos de eugenias de casi dos metros de altura que había junto a la valla de la finca.

Desde allí la vio aparecer a ella en la ventana de piedra granítica, quizá con más nitidez que si se hubiera dejado encendida la lámpara. Era la muchacha que había visto en sueños un par de veces muy recientemente con Lindsey Harrison. Las dos se habían mirado cara a cara a través de una rosa negra flotante, con una luminosa gota de sangre en un pétalo de terciopelo.

Regina.

Se quedó mirándola primero con incredulidad y luego con creciente excitación. Aquella misma noche había preguntado a Steven Honell si los Harrison tenían alguna hija, pero el escritor había respondido que sólo habían tenido un hijo que había muerto años atrás.

Separada de él sólo por el aire nocturno y un cristal, la muchacha se mantuvo suspendida en lo alto como una visión. En realidad, lo era y, si acaso, aparecía más bella que en sus sueños. Poseía una vitalidad excepcional y estaba tan llena de vida que no le sorprendería que fuese capaz de andar de noche con tanta seguridad como él, aunque por razones muy distintas. Ella parecía llevar dentro toda la luz que necesitaba para alumbrar su camino a través de cualquier sombra. Vassago se ocultó aún más entre las eugenias, convencido de que estaba dotada del poder suficiente para verle a él con tanta claridad como él la veía a ella.

La parte de la pared inferior a la ventana estaba cubierta por una espaldera. En la resistente celosía que descansaba sobre el alféizar crecían unas exuberantes enredaderas con flores de campanillas que trepaban por un lado, casi hasta el alero. Parecía una

princesa encerrada en una torre suspirando por un príncipe que viniera a rescatarla encaramándose por las enredaderas. La torre que le servía de prisión era la propia vida, el príncipe por el que estaba suspirando era la Muerte y aquello de lo que quería ser rescatada era la odiosa existencia. Vassago dijo en voz baja: «He venido a por ti», pero no se movió de donde estaba escondido.

Al cabo de un par de minutos, se retiró de la ventana. Se esfumó, dejando un vacío tras el cristal donde había estado. Hubiera dado lo que fuese por su retorno, por mirarla, aunque fuera brevemente, una vez más. Regina.

Esperó cinco minutos y luego otros cinco, pero ella ya no volvió a aparecer en la ventana. Por último, consciente de que la aurora estaba más cerca que nunca, reptó nuevamente por detrás del garaje. Como ya había dejado expedita la ventana, ésta se abrió ahora silenciosamente. La abertura era pequeña, pero se coló por ella como una anguila, con sólo un leve roce de sus ropas contra la madera.

Lindsey dormitó de manera intermitente y dando cabezadas durante horas a lo largo de la noche, pero su sueño no fue reparador. Cada vez que se despertaba se encontraba bañada en sudor, pese a que la casa estaba fría. Junto a ella, Hatch, en su sueño, emitía murmullos de protesta. Hacia el amanecer oyó un ruido en el pasillo y se incorporó en las almohadas para escuchar. Al cabo de un rato identificó el ruido como el fluir del agua en el inodoro del cuarto de baño de los invitados. Regina.

Volvió a reclinar la cabeza en la almohada, inexplicablemente tranquila al oír desvanecerse el ruido del inodoro. Parecía una cosa harto trivial —por no decir ridícula— con la que consolarse. Pero había pasado mucho tiempo sin tener un niño bajo su techo y le parecía bueno que la muchacha se ocupara en las funciones domésticas ordinarias. Hacía que la noche pareciera menos hostil. A pesar de sus actuales problemas, la promesa de felicidad que tenía ahora podía ser más real de lo que había sido durante años.

Ya en la cama, Regina se preguntó por qué Dios habría dado a la gente intestinos y vejigas. ¿Se trataba realmente del mejor proyecto posible, o era Él un poco comediante? Recordaba haberse levantado a orinar a las tres de la mañana en el orfanato, y haberse encontrado con la buena monja en el pasillo que conducía al cuarto de baño. Le hizo aquella misma pregunta. La monja, sor Serafina, no se alarmó lo más mínimo. Regina era entonces demasiado joven para saber cómo alarmar a una monja; eso necesitaría años de pensamiento y de práctica. Sor Serafina había respondido en seguida, sugiriendo que tal vez Dios deseara dar a las personas un motivo para levantarse a media noche y tener otra oportunidad de pensar en Él y agradecerle el don de la vida que les había otorgado. Regina había asentido con una sonrisa, pero imaginó que sor Serafina estaba demasiado cansada para pensar o era de pocas luces. Dios tenía demasiada clase para querer que sus hijos estuvieran acordándose de Él hasta cuando se hallaran sentados en el inodoro. Satisfecha de su visita al cuarto de baño, se acurrucó entre las sábanas de su ornamental cama de caoba y trató de pensar en una explicación mejor que la que le había dado la monja años antes. No se oyeron más ruidos extraños en el patio trasero y, a pesar de que la luz difusa del alba acariciaba los cristales de la ventana, volvió a quedarse dormida.

Las altas y decorativas ventanas que había sobre las grandes puertas en secciones, permitían que se colara la suficiente luz de las farolas callejeras de la entrada para que

Vassago, sin sus gafas de sol, pudiera ver el único coche, un Chevy negro, que estaba aparcado en el garaje de tres plazas. Una rápida inspección del lugar no le reveló ningún escondite donde ocultarse de los Harrison y quedar fuera del alcance de la luz diurna hasta el anochecer siguiente. Entonces descubrió la cuerda que pendía del techo sobre una de las plazas de párking vacías. Agarró la empuñadura y tiró suavemente hacia abajo, menos suavemente y luego aún menos suavemente, pero siempre con firmeza y sin brusquedades, hasta que se abrió la trampilla. Estaba bien engrasada y no hizo ruido. Cuando estuvo abierta del todo, Vassago desplegó las tres partes de la escala de madera que estaba adosada a la trampilla sin prisas, más preocupado por el silencio que por la rapidez. Se encaramó hasta el desván del garaje. Seguramente en el alero había respiraderos, pero por el momento aquello parecía bien sellado.

Sus sensibles ojos le mostraron un suelo rematado, varias cajas de cartón y algunos pequeños objetos de mobiliario almacenados y cubiertos con paños de tela. No había ventanas. Sobre su cabeza se destacaban entre las separaciones de las vigas los bastos tablones que formaban el tejado por dentro. De dos puntos del largo y empinado techo del desván rectangular pendían unas luces fijas, que no encendió.

Despacio y cautelosamente, como el actor de una película lenta, se tendió de bruces en el suelo del desván, metió las manos por el agujero y fue recuperando la escalera plegable, una sección tras otra. Lenta y silenciosamente, la aseguró al dorso de la trampilla. Volvió a cerrar la trampilla, sin hacer más ruido que el suave clic del potente muelle de su pestillo y quedó aislado del garaje de tres plazas que había abajo. Con algunos paños de los muebles, relativamente libres de polvo, formó un cobijo entre las cajas y se acurrucó a esperar que transcurriera el día.

Regina, Lindsey, estoy con vosotras.

## CAPITULO 6

El miércoles por la mañana Lindsey llevó a Regina al colegio en el coche. Al regresar a la casa de Laguna Niguel se encontró a Hatch en la mesa de la cocina limpiando y engrasando dos pistolas Browning de nueve milímetros que había adquirido para seguridad de su hogar.

Había comprado las armas hacía cinco años, poco después de que diagnosticaran el cáncer de Jimmy como terminal. De súbito empezó a sentir gran preocupación por el alza de la criminalidad, pese a que ésta nunca había sido —ni lo era entonces— particularmente alta en aquella parte del condado de Orange. Lindsey sabía muy bien, aunque no lo dijo nunca, que su marido no tenía miedo a los ladrones sino a la enfermedad que le estaba robando a su hijo y, que como era impotente para luchar contra el cáncer, ansiaba secretamente un enemigo que pudiera ser despachado con una pistola. Jamás habían usado las Browning salvo en una galería de tiro, cuando él insistió en que Lindsey aprendiera a disparar junto a él. Pero ninguno de los dos había hecho prácticas desde hacía un año o dos.

—¿Crees de verdad que eso es prudente? —preguntó ella señalando las pistolas.

—Sí —respondió él con los labios apretados.

—Quizá debiéramos avisar a la Policía.

—Ya hemos discutido por qué no podemos hacerlo.

—Sin embargo, a lo mejor vale la pena intentarlo.

—La Policía no nos ayudará. No puede.

Sabía que su esposo tenía razón. No tenían pruebas de que estuvieran en peligro.

—Además —siguió él, sin dejar de mirar la pistola mientras metía y sacaba por el cañón una escobilla tubular—, tan pronto como empecé a limpiarlas, encendí el televisor para oír algo. Las noticias de la mañana.

El pequeño receptor que había sobre un estante giratorio en una esquina de la cocina estaba ahora apagado. Lindsey no le preguntó qué habían dicho las noticias. Tenía miedo de arrepentirse de oírlo. Y Lindsey estaba convencida de lo que dijera él. Finalmente, Hatch levantó la vista de la pistola.

—Anoche encontraron a Steven Honell. Estaba atado a los cuatro postes de la cama, muerto a golpes con un atizador del fuego.

Al principio, Lindsey se sintió demasiado asustada para moverse y luego, demasiado débil para continuar de pie. Sacó una silla, colocada junto a la mesa y se sentó. El día antes, había odiado a Steven Honell durante un rato, más de lo que había odiado a nadie en toda su vida. Más. Pero ahora no sentía ninguna animosidad contra él. Sólo compasión. Honell había sido un hombre inseguro, que se ocultaba a sí mismo su inseguridad tras una pretendida superioridad desdeñosa. Era mezquino y perverso, tal vez peor; pero ahora estaba muerto y la muerte era un castigo demasiado riguroso para sus culpas.

Lindsey dobló los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos. No podía llorar por Honell, pues nunca le había gustado nada de él, excepto su talento. Si la desaparición

de su talento no bastaba para arrancarle las lágrimas, sí echó sobre ella al menos un manto de desesperación.

—Antes o después —dijo Hatch—, ese hijo de puta vendrá en busca de mí.

Ella levantó la cabeza, aunque parecía pesarle quinientos kilos.

—¿Pero por qué?

—Lo ignoro. Tal vez no lleguemos nunca a saberlo ni a comprenderlo. Pero él y yo estamos muy unidos de algún modo y acabará viniendo.

—Deja que los policías se encarguen de él —sugirió ella, reconociendo con dolor que no podían recibir ayuda de los agentes, pero resistiéndose con obstinación a dejar escapar aquella esperanza.

—Los policías no pueden encontrarlo —contradijo Hatch sombríamente—. Es como el humo.

—No vendrá —añadió ella, deseando que fuera cierto.

—Quiza venga mañana. Tal vez la semana próxima, o incluso el mes próximo. Pero vendrá, tan cierto como que el sol sale cada día. Y estaremos preparados para recibirle.

—¿De veras? —Ella lo dudaba.

—Muy preparados.

—Acuérdate de lo que dijiste anoche.

Levantó nuevamente la vista de la pistola y cruzó la mirada con ella.

—¿Qué?

—Que no se trata de un hombre corriente, que podía haberse venido agarrado a ti de... dondequiera que estuvieses.

—Creí que había descartado esa teoría.

—En efecto. No puedo creerlo. Pero y tú, ¿lo crees realmente?

En lugar de responder, él siguió limpiando la pistola.

—Si crees en ello —dijo Lindsey—, aunque sólo sea a medias, si de verdad crees en ello, ¿de qué sirve entonces un arma?

Él no respondió.

—¿Cómo pueden detener las balas a un espíritu del mal? —siguió presionando ella, sintiendo que su recuerdo de llevar a Regina al colegio formaba parte de un sueño auténtico que no estaba sumida en un dilema sino en una pesadilla—. ¿Cómo una cosa de ultratumba puede ser detenida solamente con un arma?

—Es lo único que tengo —repuso él.

Como la mayoría de los médicos, Jonas Nyebern no tenía horas de consulta ni practicaba operaciones quirúrgicas los miércoles. Sin embargo, nunca pasaba la tarde practicando el golf, navegando o jugando a las cartas en el club de campo. Empleaba los miércoles en poner al día su correspondencia o escribir sobre temas de investigación y estudios de casos relacionados con el Proyecto de Medicina de Reanimación del Hospital General de Orange County.

Aquel primer miércoles de mayo, tenía planeado pasar ocho o diez atareadas horas en el estudio de su casa de Spyglass Hill, donde había vivido casi dos años desde que había perdido a su familia. Esperaba terminar de escribir un documento que iba a enviar a

la Conferencia de San Francisco del ocho de mayo.

Las amplias ventanas de la habitación, recubiertas de paneles de teca, daban a Corona del Mar y a Newport Beach. Los oscuros farallones de la isla de Santa Catalina, que se alzaban hacia el cielo a lo largo de veintiséis millas de aguas grises veteadas de azul y verde, no lograban hacer que el vasto océano Pacífico pareciera menos grande o menos humillante que si no hubieran estado allí. No se molestó en correr las cortinas porque el paisaje no distraía nunca su atención. Había comprado aquella finca con la esperanza de que los lujos de la casa y sus magníficas vistas hiciesen la vida hermosa y digna de ser vivida a pesar de la gran tragedia. Pero sólo su trabajo había conseguido realizar aquel milagro y de ahí que siempre se pusiera a trabajar directamente sin echar más que un vistazo por las ventanas.

Aquella mañana no lograba concentrarse en las palabras blancas que se dibujaban en el fondo de la pantalla de su ordenador. Sus pensamientos, empero, no eran arrastrados hacia las vistas del Pacífico, sino hacia su hijo Jeremy.

Recordó aquel encapotado día de primavera, dos años antes, en que llegó a casa y encontró a Marion y a Stephanie repetida y brutalmente apuñaladas, sin posibilidades de salvación. Luego vio a Jeremy inconsciente, traspasado por el cuchillo sujeto al torno del garaje, desangrándose copiosamente hasta morir, y Jonas no culpó a ningún loco ni a ladrones desconocidos pillados por sorpresa. En aquel mismo instante supo que el asesino era el adolescente que yacía encima del banco de trabajo, cuya vida se vertía por el suelo de cemento. Algo había ido mal en la vida de Jeremy —algo le había faltado—, un elemento que se había ido haciendo más patente y preocupante a medida que transcurrían los años, pese a que Jonas trató de convencerse durante todo aquel tiempo de que las actitudes y el comportamiento del muchacho sólo eran manifestaciones de normal rebeldía. Pero la locura del padre de Jonas se había saltado una generación y había aparecido de nuevo en los tarados genes de Jeremy.

El muchacho sobrevivió a la extracción del cuchillo y a su vertiginoso traslado en ambulancia al Hospital General de Orange County, que sólo estaba a cinco minutos de allí. Pero murió cuando le transportaban en la camilla por el pasillo del hospital.

Jonas había convencido hacía poco a la dirección del hospital de establecer un equipo especial de reanimación. Entonces, en vez de usar la máquina de by-pass para calentar la sangre del muchacho muerto, la emplearon para introducir en su cuerpo sangre enfriada, apresurándose a bajar drásticamente la temperatura corporal para retardar el deterioro de las células y el daño encefálico hasta que el cirujano pudiera actuar. La temperatura ambiente se mantuvo constantemente a diez grados centígrados, se pusieron bolsas de hielo a los costados del paciente y el mismo Jonas abrió la herida hecha por el cuchillo, para poder buscar y reparar los daños que hubieran frustrado la reanimación. Puede que entonces supiera los motivos por los que intentó tan denonadamente salvar a Jeremy, pero después no fue capaz de entender, plena y claramente, sus motivaciones.

«Porque se trataba de mi hijo —pensaba a veces— y, por tanto, era mi responsabilidad.»

¿Pero qué responsabilidad paterna debía al asesino de su hija y de su esposa?

«Le salvé para preguntarle el porqué, para obtener una explicación», se decía Jonas

otras veces.

Pero sabía que no había respuesta que tuviera sentido. Tampoco los filósofos ni los psicólogos —ni siquiera los propios asesinos— habían sido capaces jamás en toda la historia de aportar una explicación adecuada a un solo acto de monstruosa violencia psicopática. La única respuesta lógica radicaba en que la especie humana era imperfecta, poluta, y llevaba en sí misma las semillas de su propia destrucción. La Iglesia lo llamaría el Legado de la Serpiente, que databa del Paraíso y la Caída. Los científicos se refirían a ello como los misterios de la genética, de la bioquímica, de las acciones fundamentales de los nucleótidos. Tal vez los dos estuvieran hablando de la misma mancha, describiéndola sólo en términos distintos. A Jonas le parecía que esta respuesta, ya la dada por los científicos, ya la de los teólogos, era siempre insatisfactoria exactamente en el mismo modo y grado, puesto que no sugería ninguna solución ni prescribía ningún remedio preventivo. Salvo la fe en Dios o en el poder de la ciencia.

Sin pararse a considerar sus razones para actuar de aquel modo Jonas salvó a Jeremy. El muchacho permaneció muerto durante treinta y un minutos, tiempo que no era un récord en aquellos días porque una joven de Utah ya había sido reanimada después de llevar sesenta y seis minutos en brazos de la Muerte. Pero ella había sufrido una hipotermia grave, mientras que Jeremy había muerto caliente, lo que, de alguna forma, convertía la proeza en un récord en su clase. A decir verdad, resucitar a los veinte minutos de una muerte caliente resultaba tan milagroso como volver a la vida después de ochenta minutos de muerte fría. Su propio hijo y Hatch Harrison eran hasta la fecha los éxitos más asombrosos de Jonas... si es que al primero podía calificársele de éxito.

Jeremy permaneció en estado de coma diez meses, alimentado por vía intravenosa, pero respirando por sí mismo y sin necesidad de ninguna máquina para mantenerle vivo. Al comienzo de aquel período fue trasladado del hospital a una clínica privada muy lujosa.

Durante aquellos meses, Jonas pudo solicitar de un tribunal que retirasen a su hijo la alimentación intravenosa, pero Jeremy hubiera muerto de inanición y deshidratación, e incluso en estado comatoso se podía a veces experimentar dolores con una muerte tan cruel, dependiendo de lo profundo que fuera el coma. Jonas no estaba preparado para provocarle aquel dolor. Más secretamente, a un nivel tan profundo que ni siquiera él lo comprendió hasta bastante después, le dominaba la noción egoísta de que aún podía obtener de su hijo —suponiendo que el muchacho despertase— una explicación sobre su conducta psicópata, explicación que les había sido negada a los otros investigadores en la historia de la Humanidad. Tal vez pensara que poseía más intuición por la singular experiencia que había vivido con la locura de su padre primero y con la de su hijo después, quedando huérfano y traumatizado por el primero y viudo por el segundo. De cualquier manera, pagaba las facturas de la clínica privada y cada tarde del domingo se sentaba junto a la cama de su hijo para mirar fijamente aquel rostro pálido y plácido en el que podía ver tanto de sí mismo.

Diez meses después, Jeremy recuperó la conciencia. El daño cerebral le había dejado afásico, sin capacidad para hablar o leer. No recordaba su nombre ni sabía por qué le habían llevado allí. Al mirarse al espejo reaccionaba como si viera la cara de un extraño y

no reconocía a su padre. Cuando la Policía acudió a interrogarle, no dio muestras de culpa ni de comprensión. Había despertado como un estólido, con la capacidad intelectual severamente reducida, la atención fácilmente desviada y confundida.

Mediante gestos, se quejaba vigorosamente de un grave dolor en los ojos y de sensibilidad a la luz intensa. Un reconocimiento oftalmológico reveló una curiosa y en verdad inexplicable degeneración de los iris. La membrana contráctil parecía haber sido parcialmente destruida y el esfínter pupilar —el músculo que produce la contracción del iris para que se cierre la pupila y entre menos luz en el ojo— estaba casi atrofiado. Además, el dilatador pupilar se había encogido, dejando el iris totalmente abierto. Y la conexión entre el músculo dilatador y el nervio motor ocular era nula y dejaba al ojo prácticamente sin capacidad para reducir la entrada de luz. Aquel estado carecía de precedentes y era degenerativo por naturaleza, lo que hacía imposible una corrección quirúrgica. El muchacho fue provisto de unas gafas negras totalmente herméticas, pero aun así, prefería pasar las horas diurnas en habitaciones cerradas, con persianas metálicas y recias cortinas que impidieran el paso de la luz por las ventanas.

Sorprendentemente, Jeremy se convirtió en el favorito del personal de rehabilitación del hospital donde fue trasladado a los pocos días de despertar en la clínica privada. Todos se sentían inclinados a sentir pena por él a causa de su dolencia en los ojos y por ser un muchacho muy guapo que había caído en aquella situación lamentable. Además, ahora tenía el dulce temperamento de un niño tímido a consecuencia de su bajo CI, y no daba ninguna muestra de su anterior arrogancia, frío egoísmo y provocadora hostilidad.

Durante más de cuatro meses estuvo paseando por los pasillos, ayudaba a las enfermeras en tareas simples y se esforzaba, con escasos resultados, en los ejercicios de terapia vocal. Por la noche, miraba fijamente las ventanas durante horas seguidas, comía lo suficientemente bien para cubrir de carne sus huesos y se ejercitaba en el gimnasio al atardecer, con casi todas las luces apagadas. Su devastado cuerpo empezó a recuperarse y su cabello seco y pajizo recobró el brillo.

Hacía ya casi diez meses, cuando Jonas empezaba a preguntarse dónde podría llevar a Jeremy cuando ya no fuera capaz de sacar provecho de la terapia física y ocupacional, el muchacho desapareció. Aunque nunca había mostrado inclinación a vagar más allá de los terrenos del hospital de rehabilitación, una noche salió de paseo y no volvió más.

Jonas dio por sentado que la Policía le localizaría pronto, pero a ellos sólo les interesaba como persona desaparecida, no como presunto asesino. Si hubiera recuperado todas sus facultades, le habrían considerado una amenaza y un fugitivo de la justicia; pero su continua y al parecer permanente incapacidad mental le confería una especie de inmunidad. Jeremy ya no era la misma persona que había sido cuando se cometieron los crímenes. Ningún jurado le hubiera declarado culpable con la capacidad intelectual disminuida, su dislalia y su personalidad, seductoramente simple.

Una investigación sobre personas desaparecidas no era una investigación en serio. La Policía tenía que dirigir los medios humanos de que disponía contra los delitos graves e inmediatos. Los policías opinaron que el muchacho probablemente se había extraviado paseando y había caído en manos de gente mala que lo había explotado hasta su muerte, pero Jonas sabía que su hijo estaba vivo. Y en su corazón sabía que lo que andaba suelto



por el mundo no era un imbécil sonriente sino un joven astuto, peligroso y gravemente enfermo. Todos habían sido engañados.

No podía probar que Jeremy estuviera simulando su retardo mental, pero en lo más profundo de su ser sabía que se había dejado engañar a sí mismo. Había aceptado al nuevo Jeremy porque sabía que, cuando llegara el momento, no iba a poder soportar la angustia de enfrentarse a un Jeremy que había matado a Marion y a Stephanie. La prueba más contundente de su complicidad en el fraude de Jeremy era el hecho de no haber requerido un CAT scanner para establecer la naturaleza del daño cerebral. En aquel tiempo se dijo a sí mismo que el hecho del daño era lo único que importaba y no su exacta etiología. Era una reacción incomprensible en un médico, pero no en un padre que no deseaba enfrentarse con el monstruo que su hijo llevaba dentro. Y ahora el monstruo estaba en libertad. No tenía pruebas de ello pero lo sabía. Jeremy andaba suelto por cualquier parte. El viejo Jeremy.

Durante diez meses, había buscado a su hijo, por medio de tres agencias de detectives, pues compartía la responsabilidad moral, aunque no legal, de los crímenes que el muchacho cometiera. Las dos primeras agencias no habían sacado nada en limpio, y habían llegado a la conclusión de que su incapacidad para encontrar una pista significaba que no existía pista alguna. Le informaron de que el muchacho probablemente habría muerto. La tercera agencia era de un hombre sólo: Morton Redlow. Aunque no era tan pretenciosa como las agencias de postín, Redlow poseía la determinación de un perro rastreador, lo cual hizo creer a Jonas que obtendría algún progreso. Y la semana antes, Redlow le había dado a entender que tenía una pista y que le daría cuenta de ello hacia el fin de semana. Desde entonces no había vuelto a saber más del detective, que tampoco respondía a los mensajes telefónicos que le dejaba en el contestador automático.

Jonas dejó a un lado el ordenador y el escrito de la conferencia que no lograba sacar adelante, y descolgó el teléfono para volver a llamar al detective. Respondió el contestador automático, pero no pudo dejar su nombre y número porque la cinta grabadora de Redlow ya estaba saturada de mensajes y la línea se cortó.

Jonas tuvo un mal presentimiento en relación con el detective. Colgó el auricular, se levantó de la mesa y se acercó a la ventana. Tenía la moral tan baja que dudaba poder animarse con algo tan simple como contemplar unas magníficas vistas, pero quería intentarlo. Cada nuevo día sentía más miedo que el anterior y necesitaba toda la ayuda que podía obtener sólo para poder dormir y levantarse por las mañanas. Los reflejos del sol de la mañana se rizaban en filamentos de plata sobre las olas rompientes, como si el mar fuera una gigantesca pieza de tela arrugada, azul y gris, entretejida con fibras metálicas.

Quiso pensar que Redlow sólo se había retrasado unos días en darle su informe, menos de una semana, y que no había motivos para inquietarse. El hecho de que el contestador automático no devolviera los mensajes grabados, sólo podía significar que el detective estaba enfermo o atravesaba alguna crisis personal. Pero lo sabía. Redlow había encontrado a Jeremy y, a pesar de las advertencias de Jonas, había subestimado al muchacho. Un yate con velas blancas navegaba hacia el Sur en paralelo a la costa. Unas grandes aves marinas albas planeaban en el cielo como cometas, siguiendo al barco, y se

tiraban al mar en picado, sin duda atrapando un pez en cada zambullida. Las aves, gráciles y libres, ofrecían una imagen hermosa, aunque, naturalmente, no para su presa. No para el pez.

Lindsey entró en su estudio, situado entre el dormitorio del matrimonio y la habitación contigua a la de Regina. Cogió la banqueta, que estaba junto al caballete, la puso ante el tablero de dibujo, abrió su libreta de bocetos y empezó a trazar el próximo cuadro. Sabía lo importante que era la concentración en su trabajo, no sólo porque la creación artística podía tranquilizar su alma, igual que su contemplación, sino porque entregarse a una rutina diaria constituía la única forma de intentar olvidar las irracionales fuerzas que parecían estar arrollando sus vidas como una marea creciente. Realmente nada había de malo —¿o sí?— en que ella siguiera pintando, tomando su habitual café solo, haciendo tres comidas al día, lavando los platos cuando había que lavarlos, cepillándose los dientes por la noche, duchándose y aplicándose el desodorante por la mañana. ¿Cómo era posible que una criatura homicida del Más Allá se posesionara de una vida metódica? A buen seguro que los demonios, los espectros, los duendes y los monstruos carecían de poder sobre quienes vivían debidamente arreglados, desodorizados, fluorizados, vestidos alimentados, ocupados y motivados. Eso era lo que quería creer ella. Pero cuando trató de dibujar le fue imposible reprimir el temblor de sus manos.

Honell estaba muerto. Cooper estaba muerto.

Se quedó mirando la ventana, esperando ver que la araña había vuelto. Pero allí no se afanaba ninguna forma negra ni la blonda de una telaraña nueva. Sólo el cristal y, más allá, las copas de los árboles y el cielo. Al cabo de un rato entró Hatch. La abrazó por detrás y la besó en la mejilla. Pero venía de un talante más solemne que romántico. Traía una de las Browning en la mano y la puso encima del mueble auxiliar.

—Si sales de la habitación, lleva esto contigo. No vendrá por aquí durante el día, lo sé. Lo presiento. ¡Por Dios!, como si fuera un vampiro o algo así. Pero no estorba tomar precauciones, especialmente cuando estés sola.

Ella vaciló un momento:

—De acuerdo —acabó diciendo.

—Voy a salir un rato. A comprar algo.

—¿El qué? —Se revolvió en la banqueta para mirarle más directamente.

—No tenemos bastante munición para las armas.

—Las dos tienen los cargadores llenos.

—Además, quiero comprar una escopeta.

—¡Hatch! Aunque venga, y probablemente no vendrá, esto no va a ser una guerra. Si un hombre irrumpe en la casa, bastará con un tiro o dos, no será una batalla campal.

De pie junto a ella, él habló con el rostro pétreo e inflexible.

—Una escopeta adecuada es la mejor arma defensiva de una casa. No se necesita ser un buen tirador. Los perdigones dan siempre en el blanco. Sé la clase de escopeta que necesito. De cañón corto, con empuñadura de pistola...

Ella le puso la mano en el pecho, en un gesto de "alto".

—Me estás metiendo el miedo en el cuerpo.

—Bueno, si estás asustada, razón de más para que estemos alerta y sin confiarnos.

—Si verdaderamente piensas que hay algún peligro, no deberíamos tener aquí a Regina.

—No podemos devolverla a St. Thomas —replicó él en el acto, como si ya hubiera pensado en ello.

—Sólo hasta que esto se resuelva.

—No. —Negó con la cabeza—. Regina es muy sensible, ya lo sabes, demasiado frágil, demasiado inteligente, e interpretaría todo esto como un rechazo. Puede que no fuéramos capaces de hacérselo entender... y quizá después no nos concediera una segunda oportunidad.

—Estoy segura de que ella...

—Además, tendríamos que dar alguna explicación en el orfanato. Si urdiéramos algún embuste..., no sé cuál, se darían cuenta de que les estábamos engañando. Y se preguntarían por qué. No tardarían en empezar a arrepentirse de habernos dado su aprobación. Y si les dijéramos la verdad y les habláramos de visiones y de lazos telepáticos con locos asesinos, nos descartarían como a un par de chiflados y no nos la devolverían más.

Él lo había pensado a conciencia y Lindsey sabía que lo que decía era cierto.

—Estaré de regreso dentro de una hora. Dos como máximo —dijo, besándola ligeramente.

Miró un rato el arma cuando Hatch se marchó. Luego, se volvió airadamente, cogió el lápiz y arrancó una hoja del bloc de dibujo. La nueva página era blanca. Blanca y sin estrenar. Así la dejó. Mordiéndose nerviosamente el labio, miró la ventana. No había ninguna telaraña. Ni araña. Sólo estaba el cristal. Y las copas de los árboles y el cielo azul como trasfondo. Hasta ahora no se había dado cuenta de que un prístino cielo azul podía ser ominoso.

Los dos tragaluces ocultos del desván del garaje servían de ventilación. El techo voladizo y las recias cortinas no permitían mucha penetración solar, pero con las vagas corrientes de aire fresco matutino entraba algo de luz. A Vassago no le molestaba aquella luz, porque su lecho estaba formado con pilas de cajas y muebles que le impedían ver directamente los tragaluces. El aire olía a madera seca, a tablero añoso. Le costaba conciliar el sueño y trató de relajarse imaginando qué buen fuego podría hacer con el contenido del desván del garaje. Su rica imaginación le hacía fácil visionar las flamígeras lenguas, las espirales de color naranja y amarillo, y las secas detonaciones de las burbujas de savia que explotaban en las vigas ardiendo. Los tableros, el papel de embalaje y los escritos guardados allí de recuerdo desaparecían en medio de silenciosas cortinas de humo que se elevaban al cielo, entre un crepitar de papeles semejante a los fanáticos aplausos de millones de espectadores en un teatro oscuro y distante. Aunque la conflagración sólo existía en su mente, se vio forzado a cerrar los ojos por la luz fantasmal.

Sin embargo, la fantasía del fuego no le satisfacía; tal vez porque el desván sólo contenía cosas combustibles, simples objetos sin vida. ¿Qué había en eso de divertido? Dieciocho personas habían perecido quemadas —o pisoteadas— en la Casa de las

Sorpresas la noche que murió Tod Ledderbeck en la caverna del Miriópodo. Aquello sí que había sido un incendio. Había escapado a toda sospecha sobre la muerte del piloto de cohetes y el desastre de la Casa de las Sorpresas, pero las repercusiones que tuvo su noche de juegos le asombraron. Las muertes del "Mundo de la Fantasía" ocuparon la cabecera de las noticias al menos durante dos semanas y fueron el principal tópico de conversación en toda la escuela quizás a lo largo de un mes. El parque de atracciones cerró temporalmente, volvió a abrir con poco éxito, cerró de nuevo por obras de restauración, abrió otra vez para continuar con escasa clientela y, dos años más tarde, acabó sucumbiendo a causa de la mala publicidad y de un enredo de litigios judiciales. Miles de personas se quedaron sin trabajo. Y la señora Ledderbeck padeció una crisis nerviosa, que Jeremy sospechó que era fingida, simulando haber querido realmente a Tod, con la misma asquerosa hipocresía que él detectaba en todo el mundo.

Pero lo que asombró a Jeremy fueron otras repercusiones personales. En el amanecer de la larga noche de vigilia que siguió a sus aventuras en el "Mundo de la Fantasía", se dio cuenta de que había estado fuera de sí mismo. No cuando había matado a Tod. Sabía que aquello lo había hecho justamente bien, como un Maestro del Juego que demostraba su habilidad. Pero desde que empujó a Tod fuera del Miriópodo, se había emborrachado de poder y había vagado por el parque en un estado anímico similar al de después de beberse una docena o dos de botellas. Se sintió trompa, ajumado, borracho, totalmente exhausto, sucio, ebrio de poder, debido a que se había arrogado el papel de la Muerte y era temido por todos los hombres. La experiencia no era sólo embriagadora, era como una drogadicción. Deseaba repetirla al día siguiente, y al otro, y todos los días restantes de su vida. Quería quemar a alguien otra vez y saber qué se sentía quitando una vida con una hoja afilada, con una pistola, con un martillo, con las propias manos. Aquella noche vivió una prematura pubertad, tuvo una erección con la fantasía de la muerte y un orgasmo con la contemplación de los asesinatos aún no cometidos. Asombrado por el primer espasmo sexual que salió de él, acabó finalmente comprendiendo, hacia el alba, que un Maestro del Juego no sólo debía ser capaz de matar sin sentir miedo, sino que debía controlar el poderoso deseo de seguir matando que se genera cuando se mata una vez.

Salir impune de un asesinato demostraba su superioridad sobre los otros jugadores, pero no seguiría escapando impune si perdía el control, si perdía los estribos, como uno de aquellos tipos que se veían en las noticias abriendo fuego con un arma semiautomática contra una multitud de gente en un centro comercial. Ése no era un Maestro, era un necio y un perdedor. Un Maestro debe tardar en decidir, escoger sus objetivos con gran cuidado y eliminarlos con estilo.

Ahora, tumbado en el desván del garaje sobre un montón de paños de tela doblados, pensó que un Maestro debía ser como una araña. Elige su territorio de caza. Teje su tela. Se instala, dobla sus largas patas y se limita a hacer algo insignificante: esperar. Muchas arañas compartían el desván con él. A pesar de las tinieblas, las arañas eran visibles a sus ojos, extremadamente sensitivos. Algunas eran admirablemente industriosas. Otras estaban vivas pero tan astutamente inmóviles como si estuvieran muertas. Vassago tenía una afinidad con ellas, sus pequeñas hermanas.

La armería era como una fortaleza. Junto a la puerta principal había un cartel que anunciaba que el edificio estaba protegido por silenciosas alarmas multisistema y, también, durante la noche, por perros amaestrados contra la delincuencia. En las ventanas había barrotes de acero. Hatch se percató de que la puerta tenía por lo menos siete centímetros de espesor. Era de madera pero probablemente por dentro era de acero y sus tres bisagras interiores parecían haber sido diseñadas para una batisfera capaz de resistir miles de toneladas de presión en las profundidades marinas. Aunque muchos artículos relacionados con las armas estaban depositados en las estanterías, los rifles, escopetas y armas cortas aparecían dentro de unas vitrinas cerradas o sujetos con cadenas a sus soportes de la pared. Cerca del techo, en los cuatro rincones de la larga habitación principal de la armería, había instaladas unas cámaras de vídeo, protegidas por unas recias láminas de cristal blindado. La tienda contaba con mejores medidas de seguridad que un Banco y Hatch se preguntó si vivirían tiempos en que las armas tenían más atractivo para los ladrones que el mismo dinero.

Los cuatro dependientes eran hombres afables que se trataban cordialmente entre ellos y atendían también con amabilidad a los clientes. Llevaban unas camisas con el dobladillo recto y con el faldón fuera de los pantalones. Tal vez lo hicieran por comodidad, o tal vez llevaran debajo de la camisa una pistola metida en su funda y pegada a la cintura. Hatch compró una escopeta automática Mossberg, de cañón corto, con empuñadura tipo pistola, del calibre 12.

—Es el arma perfecta para la defensa del hogar —le explicó el dependiente—. Con esto no necesita usted ya nada más.

Hatch supuso que debía estar agradecido por vivir en unos tiempos en que el Gobierno prometía proteger y defender a sus ciudadanos de amenazas tan pequeñas incluso como el radón en el sótano y las consecuencias ambientales de la extinción del mosquito de un solo ojo y cola azul. En una era menos civilizada —digamos a principios de siglo—, hubiera necesitado sin duda un arsenal de cientos de armas, una tonelada de explosivos, y salir a abrir la puerta con un chaleco antibalas. Llegó a la conclusión de que la ironía era una amarga forma de humor no de su gusto. Al menos con el talante que tenía. Cumplió los requisitos federales y rellenó los impresos locales, pagó con una tarjeta de crédito y salió de allí con la Mossberg, un equipo de limpieza y cajas de munición para las Browning y para la escopeta. La puerta de la tienda se cerró tras él, cayendo desde arriba con un golpe seco, como si saliera de una cámara acorazada.

Introdujo sus compras en el maletero del Mitsubishi, se puso al volante, encendió el motor... y su mano se paralizó empuñando el cambio de marchas. Por el parabrisas vio que el suelo del aparcamiento se había esfumado y la armería había desaparecido de allí. Como si un poderoso brujo hubiese lanzado un hechizo, el soleado día se había desvanecido y se encontraba en un largo y extraño túnel iluminado. Miró por las ventanillas y se volvió para observar lo que había detrás, pero estaba envuelto por aquella ilusión, alucinación, o como diablos se llamase, con la misma realidad con que antes le rodeaba el aparcamiento.

Miró al frente y se vio ante un largo terraplén en cuyo centro se dibujaba una angosta vía férrea de carril estrecho. El coche empezó de repente a moverse como si fuera un tren

escalando aquella colina. Hatch pisó a fondo el pedal del freno sin resultado. Cerró los ojos y contó hasta diez, oyendo aporrear cada vez más fuerte a su corazón y tratando en vano de relajarse. Cuando volvió a abrirlos, el túnel continuaba allí. Cerró la llave de contacto y oyó que el motor se paraba pero el coche siguió moviéndose.

El silencio que sobrevino al cesar el ruido del motor en seguida fue sustituido por otro: cláqueti-clac, cláqueti-clac, cláqueti-clac, cláqueti-clac.

A la izquierda oyó un grito inhumano y, con el rabillo del ojo, vislumbró un movimiento amenazador. Alargó la cabeza hacia allí y descubrió con asombro una figura muy extraña la de un gasterópodo blanco del tamaño de un hombre. Se erguía delante de él y le gritaba con una boca redonda llena de dientes, que rechinaban como las afiladas palas de una trituradora de desperdicios. A la derecha, desde un nicho en la pared, gritaban otras bestias idénticas precedidas de otras muchas y más allá de ellas había otras formas monstruosas que farfullaban, ululaban, gruñían y proferían alaridos cuando pasaba por delante de ellas. A pesar de su desorientación y su terror, comprendía que los grotescos seres que había en las paredes del túnel eran criaturas mecánicas, no reales. Y cuando se convenció de ello, acabó reconociendo el familiar sonido. Cláqueti-clac, cláqueti-clac. Estaba en una montaña rusa interior que era su coche, que aminoraba la velocidad mientras se dirigía al punto más alto, con un pronunciado descenso después.

No trató de convencerse a sí mismo de que aquello era imposible, ni intentó despertar del sueño y volver a la realidad. Le daba lo mismo. Comprendía que no necesitaba creer en aquella experiencia para impedir que continuara. Creyera en ella o no, iba a proseguir, así que lo mejor sería apretar los dientes y pasar por ella. Que le diera lo mismo no quería decir, sin embargo, que no le aterrorizase. Estaba muerto de miedo. Por un instante, pensó en abrir la puerta del coche y apearse, considerando que tal vez aquello rompiera el hechizo. Pero no lo intentó por miedo a que cuando bajara del coche no se hallase en el aparcamiento de delante de la armería, sino dentro del túnel, y a que el coche continuase subiendo la colina sin él. Perder contacto con el pequeño Mitsubishi rojo podía ser como dar un portazo a la realidad, entregarse para siempre a aquella visión, sin camino de ida ni de retorno.

El coche pasó por delante del último monstruo y alcanzó la cresta de la vía inclinada. Cruzó un par de puertas oscilantes y se sumió en la oscuridad. Las puertas se cerraron cayendo tras él. El coche avanzó lentamente. Adelante. Adelante. De repente, descendió como si cayera en un pozo sin fondo. Hatch lanzó un grito y con el grito se desvanecieron las tinieblas. El radiante día de primavera hizo su gratificante reaparición. El aparcamiento, la armería.

Le dolían las manos de asir con tanta fuerza el volante.

Vassago pasó aquella mañana más tiempo despierto que dormido, pero cuando dormitaba se veía de nuevo en el Miriópodo, en aquella noche de gloria. Durante los días y semanas que siguieron a las muertes del "Mundo de la Fantasía", se demostró a sí mismo ser, sin ninguna duda, un Maestro en controlar férreamente sus compulsivos deseos de matar. El mero recuerdo de haber matado bastaba para liberarle de la presión periódica que surgía en su interior. Había rememorado cientos de veces los apasionados detalles de

cada muerte, sofocando así temporalmente su sed de matar. Y la convicción de que mataría otra vez, en cuanto pudiera hacerlo sin levantar sospechas, aquietaba también sus deseos.

Había estado dos años sin matar a nadie más. Luego, cuando tenía catorce años, ahogó a un muchacho en un campamento de verano. El muchacho era más pequeño y débil que él, pero le ofreció una buena resistencia. Le encontraron flotando boca abajo en el estanque y su muerte acaparó los comentarios del campamento en lo que restaba de mes. El agua podía ser tan emocionante como el fuego.

Cuando cumplió los dieciséis años y obtuvo el permiso de conducir, se cargó a dos autostopistas, uno en octubre y el otro un par de días antes de la fiesta de Acción de Gracias. El tipo que había liquidado en noviembre era un estudiante que volvía a casa de vacaciones. Pero el otro era muy distinto; era un depredador convencido de que había topado con un escolar necio e ingenuo capaz de proporcionarle la emoción que buscaba. Jeremy se valió del cuchillo en los dos casos.

A los diecisiete años, descubrió el satanismo y le sorprendió descubrir que su filosofía secreta había sido codificada y aceptada por otros cultos clandestinos. ¡Oh!, existían formas relativamente benignas, que propagaban tipejos sin entrañas sólo como pretexto para jugar a la maldad, como excusa para el hedonismo. Pero también existían los creyentes auténticos, que se entregaban a la verdad de que Dios había fracasado al crear al hombre a imagen y semejanza Suya. Creían que el grueso de la Humanidad era igual que un rebaño, que el egoísmo era admirable, que el placer era la única meta que merecía la pena y que el mayor de los placeres era el brutal ejercicio del poder sobre los demás.

Según aseguraba un libro publicado clandestinamente, la mayor expresión del poder consistía en destruir a quienes nos habían engendrado, rompiendo con ello los lazos del "amor" de la familia. Decía el libro que se debía rechazar, tan violentamente como fuera posible, la hipocresía de las reglas, las leyes y los sentimientos nobles con que los otros hombres aparentaban vivir. Convencerse de aquel consejo fue lo que le proporcionó un lugar en el Infierno, de donde su padre le sacó por la fuerza. Pero pronto volvería a encontrarse allí. Unas pocas muertes más, dos en particular, le granjearían la repatriación al mundo de las tinieblas y los condenados.

El desván se iba calentando a medida que avanzaba el día. Algunas moscas robustas zumbaban de un lado a otro por el sombrío escondite y no faltaban las que quedaban atrapadas para siempre en las seductoras pero pegajosas telarañas que cubrían los huecos entre las vigas. Entonces actuaban las añaras. Dentro de aquel espacio caliente y cerrado, el duermevela de Vassago se transformó en un sueño más profundo, de ensoñaciones más intensas. Fuego y agua, cuchillo y bala.

En cuclillas delante de una esquina del garaje, Hatch introdujo la mano entre dos azulejos y abrió la tapa de la caja que regulaba el alumbrado exterior. Ajustó el temporizador con la intención de evitar que las luces que alumbraban el sendero y los arbustos se apagaran a media noche. Ahora permanecerían encendidas constantemente hasta que saliera el sol.

Cerró la tapa, se incorporó y extendió la vista por la calle tranquila y cuidada. Todo

era armonía. Cada casa tenía un tejado de sombreadas tejas de color alquitrán, arena y melocotón, no tan severas como las tejas de color rojo anaranjado de muchas casas más antiguas de California. Las paredes estucadas eran de color crema o de un color de la gama de los tonos pasteles coordinados que especificaban los "Convenios, Convenciones y Restricciones" que se adjuntaban con la concesión de las escrituras e hipotecas. El césped de los jardines estaba verde y recién cortado, los macizos de flores, bien atendidos y las calles, primorosamente cuidadas. Resultaba difícil creer que una incomprensible violencia pudiera llegar alguna vez del mundo exterior a aquella ordenada y próspera comunidad, e inconcebible para que algún ser sobrenatural anduviera al acecho por aquellas calles. Era tan sólida la normalidad del barrio, que parecía rodeada de murallas de piedra coronadas con almenas.

Pensó, no por primera vez, que Lindsey y Regina podrían vivir perfectamente seguras allí, de no haber sido por él. Si la locura había invadido aquella fortaleza de normalidad, había sido él quien había abierto las puertas para que entrase. Tal vez estuviera loco él; tal vez sus extrañas experiencias no fueran más que visiones de psicópata, meras alucinaciones de una mente insana. Él apostaría todo lo que poseía a que estaba cuerdo, aunque no desechaba la endeble posibilidad de perder la apuesta. En cualquier caso, estuviera loco o no él había sido el hilo conductor de la violencia que podía caer sobre ellas. Tal vez fuese mejor que se alejaran de allí mientras aquello durase, que pusieran alguna distancia entre ellas y él hasta que aquel disparatado asunto se aclarase. Enviarlas lejos parecía lo más prudente y responsable, pero una débil voz, muy dentro de él, se oponía a aquella solución. Tenía el terrible presentimiento —¿o era más que eso?— de que el asesino no vendría a por él, sino en busca de Lindsey y Regina. Si ellas se fueran solas a alguna otra parte, aquel monstruo homicida las seguiría, mientras Hatch esperaba un enfrentamiento que no se produciría nunca. De acuerdo, tendrían que permanecer juntos. Igual que una familia. O triunfaban o se hundían todos.

Antes de ir a recoger a Regina al colegio, rodeó lentamente la casa buscando algún fallo en sus defensas. Lo único que encontró fue una ventana sin cerrar con llave en la parte posterior del garaje. El pestillo llevaba bastante tiempo suelto y quería arreglarlo desde hacía tiempo. Sacó algunas herramientas del armario del garaje y trabajó en el mecanismo hasta que la lengüeta encajó perfectamente. Como había dicho a Lindsey, no creía que el hombre de sus visiones viniera aquella noche, probablemente ni aquella semana, tal vez ni durante un mes o más, pero acabaría viniendo. Aunque el indeseado visitante se retrasara días o semanas, no sería malo encontrarse preparados.

Vassago se despertó. Sin necesidad de abrir los ojos, sabía que la noche se aproximaba. Notaba cómo el sol opresivo rodeaba el mundo y descendía por los confines del horizonte. Cuando abrió completamente los ojos, los últimos resplandores difusos que entraban por los tragaluces del desván confirmaban que las aguas de la noche estaban subiendo.

Hatch descubrió que no resultaba fácil ordenar una vida doméstica normal mientras se esperaba ser atacado por una terrible y tal vez sangrienta visión tan poderosa que sería



capaz de anular la realidad. Era duro sentarse en el confortable comedor, sonreír, gozar de la pasta y del queso parmesano, y hacer bromas sobre la luz y sobre las risitas de la muchacha de los solemnes ojos grises... mientras pensaba en la escopeta cargada que tenía escondida en el rincón, tras el biombo de Coromandel, o en la pistola que había puesto sobre el frigorífico de la cocina, fuera de la vista de la niña.

Se preguntaba cómo entraría en la casa el hombre de negro. Seguro que lo haría por la noche. Sólo actuaba de noche. No tenían que preocuparse de que fuera al colegio en busca de Regina. ¿Pero tendría la osadía de tocar el timbre o llamar astutamente a la puerta antes de que se hubieran acostado, con la esperanza de cogerlos por sorpresa, a una hora temprana en que pudieran suponer que se trataba de algún vecino? ¿O esperaría a que estuvieran durmiendo, con las luces apagadas, y trataría de colarse por algún hueco para pillarles desprevenidos?

A Hatch le hubiera gustado tener un sistema de alarma, como tenían en la tienda. Cuando vendieron la casa anterior y se mudaron a la nueva tras la muerte de Jimmy, debieron avisar en el acto a la empresa de seguridad, pues todas las habitaciones estaban adornadas con valiosas piezas antiguas. Pero, durante el largo tiempo transcurrido desde que perdieron a Jimmy, les había importado muy poco que les quitaran algo o todo lo que les quedaba.

Durante la cena, Lindsey derrochó energías. Se comió un montón de pasta rigatoni, simulando tener apetito, cosa que Hatch no podía hacer, y llenó los frecuentes silencios con comentarios que sonaban naturales, haciendo cuando podía mantener la sensación de una hogareña noche normal.

Sin embargo, Regina era muy observadora y se dio cuenta de que algo iba mal. Aunque estaba bastante acostumbrada a soportarlo casi todo, se sintió también contagiada por una desconfianza, aparentemente crónica, que podía conducirla a interpretar aquello como descontento de ella por parte de los Harrison.

Hatch y Lindsey habían hablado con anterioridad de lo que podían contarle o no a la muchacha, para no alarmarla más de lo necesario. La decisión resultó: no decirle nada. La niña sólo llevaba dos días con ellos y no los conocía lo suficiente para agobiarla con aquel disparatado asunto. Si se enteraba de las pesadillas de Hatch, de sus alucinaciones estando despierto, de la revista chamuscada por el fuego, de los asesinatos, de todo absolutamente, acabaría creyendo que la habían puesto en manos de un par de lunáticos. Además, tampoco había ninguna necesidad de advertir a la niña en aquellos momentos. Ellos cuidarían de ella como habían jurado hacer.

Hatch encontraba difícil creer que, sólo tres días antes el problema de sus reiteradas pesadillas no le había parecido bastante importante para demorar la adopción en su fase de prueba. Pero tres días antes no habían muerto Honell y Cooper, y las fuerzas sobrenaturales parecían más bien un material apropiado para las películas sensacionalistas e historias del National Enquirer.

A mitad de la cena, oyó un ruido en la cocina. Algo parecido a un golpecito seco y unos arañazos. Lindsey y Regina estaban enzarzadas en una intensa conversación acerca de si Nancy Drew, la mujer detective de numerosas novelas, era una vieja estúpida — como sostenía Regina—, o se trataba de una astuta e inteligente mujer para su época, que

había pasado de moda bajo el punto de vista actual. O estaban demasiado enfrascadas en su discusión para oír el ruido de la cocina..., o no había habido tal ruido y todo eran figuraciones de Hatch.

—Disculpadme —dijo, levantándose de la mesa—, en seguida vuelvo.

Empujó la puerta oscilante de la cocina y miró con suspicacia la habitación. El único movimiento que se veía en la enorme y solitaria cocina era una tenue cinta humeante, todavía sin desenredar, que se escapaba por la rendija de la tapadera inclinada y una olla de salsa de espaguetis calientes puesta sobre una placa de cerámica en el mostrador de al lado del fogón.

Algo golpeó de manera suave en el cuarto de plancha en forma de L que daba a la cocina. Hatch podía ver parte de la habitación desde donde estaba, pero no toda entera. Cruzó en silencio la cocina y la arcada, cogiendo al pasar la Browning de 9 mm que estaba sobre el frigorífico.

El pequeño cuartito también se hallaba desierto, pero se sintió seguro de no haber imaginado aquel segundo ruido. Permaneció de pie un momento, mirando con aturdimiento a su alrededor y sintiendo un hormigueo en la piel. Giró hacia el corto pasillo que conducía al vestíbulo de la puerta principal. Nada. Estaba solo. Entonces, ¿por qué le parecía sentir que alguien le estaba aplicando un cubito de hielo en la nuca?

Echó a andar cautelosamente por el pasillo y se acercó al ropero. La puerta estaba cerrada. Justo al otro lado del vestíbulo se encontraba el lavabo de señoras, cuya puerta también estaba cerrada. Se sintió atraído hacia el vestíbulo y su intuición le dijo que debía confiar en su corazonada y seguir adelante, pero no deseaba dejar puertas cerradas a su espalda. Abrió de golpe la puerta del lavabo de señoras y vio en el acto que allí no había nadie. Se sintió como un estúpido cuando entró con la pistola preparada delante de él, y apuntó únicamente a un par de prendas colgadas de sus perchas, como si fuera el protagonista de una película policíaca o algo así. Abrigaba la esperanza de que no fuera la secuencia final. A veces, cuando el argumento lo requería, acababan liquidando al bueno. Registró el lavabo de señoras, hallándolo también vacío, y continuó hacia el vestíbulo. Seguía experimentando aquel extraño presentimiento, aunque ahora no de modo tan intenso como antes. El vestíbulo estaba desierto. Miró hacia las escaleras, pero no había nadie en ellas. Inspeccionó el salón. Nadie. A través, de la arcada podía ver un pico de la mesa del comedor, desde un extremo del salón. Oía a Lindsey y Regina, que seguían hablando sobre Nancy Drew, pero no podía verlas. Pasó revista a la salita de estar, que también se encontraba al lado del vestíbulo, y al armario que había allí. Y al hueco vacío de debajo del escritorio.

Cuando regresó al vestíbulo, comprobó la puerta principal. Estaba cerrada con llave, como debía estar. Malos augurios. Si a aquellas alturas estaba ya tan nervioso, en nombre de Dios, ¿cómo estaría dentro de un día o una semana más? Lindsey iba a tener que descolgarle del techo diariamente para darle el café de la mañana.

Sin embargo, al desandar el camino que acababa de hacer por la casa, se detuvo en el lavabo de señoras para revisar las puertas correderas de cristal que daban al patio y al corral de atrás. Estaban cerradas con llave y tenían debidamente introducida la barra antirrobo en la guía del suelo. Examinó una vez más la cocina y comprobó ahora la puerta

que daba al garaje, que no estaba cerrada con llave. Sintió otra vez como si las arañas caminaran por su cuero cabelludo.

Abrió con cuidado la puerta. El garaje estaba a oscuras. Palpó en busca del interruptor y encendió las luces. Varios tubos fluorescentes arrojaron raudales implacables de luz a lo largo y lo ancho de la habitación, eliminando prácticamente todas las sombras y sin descubrir nada fuera de lo normal. Traspasó el umbral y cerró con cuidado la puerta tras él. Echó a andar cautelosamente por el garaje, dejando las grandes puertas enrollables a su derecha y la zaga de los dos coches a su izquierda. La plaza del garaje que había en medio de los dos estaba vacía.

Las suelas de goma de sus Rockports no hacían ruido. Esperaba sorprender a alguien en cucullas al otro lado de uno de los coches, pero nadie se escondía detrás de ellos. Llegó al extremo del garaje y, después de rebasar el Chevy, se tiró bruscamente al suelo y miró bajo el coche. Desde el suelo, por debajo del Mitsubishi, también podía ver toda la habitación. No se ocultaba nadie detrás de ningún vehículo y, por lo que él podía ver, considerando que las ruedas creaban ángulos muertos, nadie rodeaba los coches para ocultarse de él.

Se puso en pie y se dirigió hacia una pequeña puerta que había al final de la pared, que daba al patio de al lado y tenía un pestillo manual. Estaba echado, nadie podía haber entrado por allí. Se quedó parado en la parte trasera del garaje, mirando la puerta de la cocina. Registró solamente los dos armarios de guardar objetos, que tenían puertas altas y eran bastante grandes para ocultar a un hombre acurrucado. No había nadie en ninguno de ellos.

Revisó la cerradura de la ventana que había reparado aquel mismo día. Estaba segura y la lengüeta encajaba perfectamente en la caja, puesta en sentido vertical. De nuevo, se sintió ridículo, como un grandullón que imagina ser el héroe de una película y se entrega a un juego infantil. ¿Con qué rapidez habría reaccionado si hubiera habido alguien oculto en alguno de aquellos grandes armarios y se hubiera lanzado contra él al abrir la puerta? ¿O qué hubiera pasado si cuando se había echado al suelo para mirar por debajo del Chevy hubiera estado allí mismo el hombre de negro, frente a él, a pocos centímetros de distancia?

Se alegró de que nadie le diera la respuesta a aquellas enervantes preguntas. Pero, se sintió menos tonto al hacérselas, pues el hombre de negro podía haber estado allí.

Antes o después, aquel bastardo estaría allí. Hatch nunca se había sentido tan convencido de la inevitabilidad del enfrentamiento con él. Se llamara corazonada, premonición o si se prefiere, pavo de Navidad. Sabía perfectamente que podía fiarse de la vocecita que le advertía en su interior.

Cuando pasaba por delante del Mitsubishi, detectó lo que parecía una abolladura encima del capó y se detuvo, pensando que debía ser un truco de la luz sobre la sombra del cordel que pendía de la trampilla del desván, directamente encima del coche. Dio un manotazo al cordel pero la abolladura que se veía sobre el capó no se movió, como habría ocurrido de ser una sombra de la cuerda.

Apoyándose en la parrilla, superficial pero grande como la palma de su mano. Suspiró profundamente. Un coche todavía nuevo y ya tenía que llevarlo a reparar la

carrocería. Enamórate de un coche nuevo de marca y, a la hora de sacarlo de la tienda viene un maldito imbécil, aparca al lado y lo abolla al abrir la puerta de golpe. No fallaba nunca. No se había fijado en la abolladura al volver de la armería por la tarde, ni cuando había ido al colegio a por Regina. Tal vez no fuera visible desde dentro del coche, desde detrás del volante; quizás hubiera que mirarla desde fuera y por el ángulo apropiado. Sin embargo, era lo bastante grande como para poder ser vista desde cualquier sitio.

Estaba tratando de imaginar cómo podía haberse producido —quizás alguien que pasaba por allí había dejado caer algo sobre el coche—, cuando vio que se trataba de la huella de un pie. Formaba una fina capa de polvo oscuro sobre la pintura roja y correspondía a la suela y el tacón de un zapato, probablemente no muy distinto a los que llevaba él. Alguien había estado de pie o había pasado por encima del capó del Mitsubishi.

Debió ocurrir delante del Colegio de St. Thomas, y debió ser algún niño que quería exhibirse delante de sus amigos. Adelantándose por temor al intenso tráfico, Hatch había llegado al colegio veinte minutos antes de que terminaran las clases y, en vez de esperar dentro del coche, había salido a dar un paseo para quemar sus energías nerviosas. Probablemente, algún desvergonzado mozalbete y sus compañeros del instituto adyacente —la huella era demasiado grande para pertenecer a un niño— habían salido a escondidas un poco antes de que sonara el timbre y habían hecho el mico mientras se alejaban corriendo del colegio, tal vez saltando encima de los coches, como si fueran fugitivos de una prisión con los perros pisándoles los talones...

—¿Hatch?

Roto el hilo de sus pensamientos, precisamente cuando parecía que le llevaban a alguna parte, se volvió hacia el lugar de donde venía la voz, como si no fuese un sonido familiar. Lindsey se encontraba de pie a la entrada, entre el garaje y la cocina. Primero se fijó en la pistola que sujetaba en la mano y luego le miró a los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Creí oír algo.

—¿Y qué era?

—Nada. —Le había sobresaltado tanto, que se olvidó de la huella y de la abolladura del capó. La siguió hacia la cocina.

—Esta puerta estaba abierta y yo la había cerrado antes con llave.

—¡Oh! Regina se dejó olvidado en el coche uno de sus libros cuando vino del colegio y antes de cenar vino a buscarlo.

—Debiste asegurarte de que echara la llave.

—Es sólo la puerta del garaje —dijo Lindsey, encaminándose al comedor.

Él le puso una mano encima del hombro y la obligó a volverse.

—Es una posible entrada —objetó, tal vez con más nerviosismo del que justificaba un descuido tan leve.

—¿No están ya cerradas con llave las puertas del garaje?

—Sí, pero también debería estarlo ésta.

—Pero como entramos y salimos tantas veces de la cocina por esta puerta —tenían un segundo frigorífico en el garaje—, vale más no cerrarla con llave. Nunca la hemos cerrado.

—Pues a partir de ahora lo haremos —decidió él con firmeza.

Se miraron fijamente y ella le estudió con inquietud. Hatch comprendió que para ella él oscilaba por una línea entre las precauciones prudentes y una especie de silenciosa histeria, y que pisaba aquella línea algunas veces. Por otra parte, ella no tenía la disculpa que tenía Hatch con sus pesadillas y visiones. Quizás ese pensamiento cruzara la mente de Lindsey, porque asintió.

—Está bien, lo siento —dijo—. Tienes razón.

Él volvió a entrar en el garaje y apagó las luces. Cerró la puerta y echó la llave... aunque, realmente, no se sentía más seguro. Ella ya había empezado a andar otra vez hacia el comedor y volvió la cabeza para ver si la seguía, señalando la pistola que Hatch llevaba en la mano.

—¿Vas a presentarte con eso en la mesa?

Pensando que había sido un poco brusco con ella, sacudió la cabeza y la miró desorbitando los ojos y tratando de poner cara de Christopher Lloyd, y alegrar el momento:

—Creo que algunos de mis rigatoni están todavía vivos. No me gusta comerlos hasta después de muertos.

—Bueno, para éstos ya tienes escondida la escopeta tras el biombo de Coromandel —le recordó ella.

—¡Es cierto! —Hatch volvió a depositar la pistola sobre el frigorífico—. ¡Y si no basta con eso, los sacaré al paseo y los atropellaré con el coche!

Lindsey empujó la puerta batiente del comedor y Hatch entró tras ella.

—Se te está enfriando la cena —le dijo Regina.

Hatch le contestó con la cara de Christopher Lloyd.

—¡Entonces le pondremos jerseys y mitones!

Regina rió entre dientes. Hatch adoraba el modo que tenía de reírse entre dientes.

Cuando acabaron de recoger los platos de la cena, Regina se fue a su habitación a estudiar.

—Mañana tengo un examen de Historia muy difícil —dijo.

Lindsey subió a su estudio para intentar trabajar un poco. Al sentarse tras su mesa de dibujo, vio la otra Browning de 9 mm. Todavía estaba sobre el tablero del pequeño armario en que guardaba los útiles de pintar, donde Hatch la había dejado aquel mismo día. La miró torciendo el entrecejo. No es que desaprobaba las armas en sí, sino que aquélla era más que una simple pistola. Era el símbolo de su impotencia ante el rostro de la amenaza amorfa que pendía sobre ellos. Mantener constantemente a mano un arma parecía la admisión de su desesperación y de la pérdida del dominio de su propio destino. La visión de una serpiente enroscada en el armario de sus utensilios le habría producido menos arrugas en el entrecejo. No quería que entrara Regina y viera aquello.

Tiró del primer cajón del armario y apartó algunas gomas de borrar y lápices para hacer un hueco al arma. La Browning apenas cabía en aquel reducido espacio. Cuando cerró el cajón, se sintió mejor. Durante la larga mañana y por la tarde, no había conseguido hacer nada. Había iniciado infructuosamente varios bocetos que no iban a ninguna parte y ni siquiera había podido preparar un lienzo.

Masonita, en realidad. Empleaba la Masonita como soporte, igual que la mayoría de los artistas, pero seguía considerando cada soporte como una tela, como si fuese la reencarnación de un artista venido de otra época que no pudiera pensar de otra forma. También empleaba pinturas acrílicas con preferencia a óleos. La Masonita no se deterioraba con el paso del tiempo como la tela y las pinturas acrílicas retenían los verdaderos colores mucho mejor que las que tenían por base el aceite.

Por supuesto, si hacía algo pronto, lo mismo daba que empleara acrílicos o excrementos de gato. En primer lugar, no podía llamarse artista si no se le ocurría una idea que la entusiasmara y una composición que hiciera justicia a esa idea. Cogió un grueso lápiz de carbón y se inclinó sobre el cuaderno de bocetos que estaba abierto sobre el tablero de dibujo, delante de ellas, tratando de encomendar la inspiración al lápiz para que volara nuevamente su punta perezosa.

Pero no había pasado un minuto, cuando su mirada se puso a flotar fuera del papel, cada vez más arriba, hasta clavarse en la ventana. Aquella noche no había nada interesante que la distrajera, no se movían grácilmente las copas de los árboles con la brisa, ni tampoco variaban los retazos de firmamento ceréleo. La noche al otro lado de los cristales carecía de rasgos distintivos. El negro telón de fondo transformaba en espejo el cristal de la ventana, en el que se estaba mirando por encima del tablero de dibujo. Como no era un verdadero espejo, las reflexiones de su rostro eran transparentes, fantasmales, como si estuviese muerta y hubiera venido a visitar el último sitio que había conocido en la tierra. Era un pensamiento perturbador, así que volvió su atención a la blanca hoja de bocetos que tenía delante, sobre la mesa de dibujo.

Cuando Lindsey y Regina subieron, Hatch recorrió la planta baja, de habitación en habitación, cerciorándose de que las puertas y ventanas hubiesen quedado bien cerradas. Ya había inspeccionado antes las cerraduras y hacerlo otra vez carecía de objeto. De todos modos, lo hizo.

Cuando llegó a las puertas batientes de cristal del cuarto trastero, encendió las luces del patio para reforzar la baja iluminación de las otras luces exteriores. El patio trasero quedó entonces iluminado en prácticamente toda su extensión aunque alguien podría haberse escondido entre los arbustos de la valla posterior. Observó desde la puerta, a la espera de que se agitasen las sombras del perímetro que rodeaba la finca.

Tal vez estuviera equivocado. A lo mejor el individuo no iba tras ellos. En tal caso, dentro de uno, dos o tres meses, Hatch estaría seguramente completamente loco por la tensión de tanta espera. Casi llegó a pensar que sería mejor que viniera ya y todo acabara de una vez. Se dirigió al rincón donde desayunaban e inspeccionó las ventanas. Seguían cerradas con pestillo.

Regina entró en su cuarto y se dispuso a hacer los deberes en la mesa rinconera. Depositó los libros a un lado del papel secante, las plumas y los rotuladores "Hi-Liter" al otro, y el cuaderno en el centro, todo dispuesto en forma ordenada.

Cuando lo tuvo todo preparado, empezó a preocuparse por los Harrison. Notaba que les pasaba algo. Bueno, que les pasara algo no quería decir que fueran ladrones, espías, enemigos, falsificadores, asesinos o caníbales comedores de niños. Durante un rato pensó como argumento para una novela el que esta niña, una neurótica total, era adoptada por

un matrimonio caníbal devorador de niños, y en el sótano descubría un montón de huesos infantiles y un archivo de recetas culinarias en términos tales como LITTLE GIRL KABOR y SOPA DE NIÑA, con instrucciones como "INGREDIENTES: una niña tierna, sin salar; una cebolla picada; 450 gramos de zanahoria cortada en dados... ". En la novela, la muchacha acudía a las autoridades, pero no la creerían porque todo el mundo sabía que era una fantasiosa que andaba siempre contando historias. Bueno, aquello era una ficción y esto era la vida real, y los Harrison parecían absolutamente felices comiendo pizza, pasta y hamburguesas.

Encendió la lámpara fluorescente del escritorio. Aunque ella no tenía problemas con los Harrison, era evidente que ellos sí los tenían, pues estaban en tensión y se esforzaban por ocultarlo. Quizá no pudieran hacer efectivos los pagos de la hipoteca y entonces el Banco les quitara la casa; tendrían que ir a vivir los tres a su habitación del orfanato. Tal vez hubieran descubierto que la señora Harrison tenía una hermana de la que no había oído hablar nunca, una perversa hermana gemela, como se descubre siempre en las películas. O a lo mejor debían dinero a la Mafia y no podían pagarlo y les iban a romper las piernas.

Regina sacó un diccionario de la estantería y lo puso sobre la mesa. Esperaba que si tenían algún problema grave fuera cosa de la Mafia, porque ella podría manejarlo bastante bien. Las piernas de los Harrison acabarían sanando y aprenderían una buena lección respecto a pedir cuartos prestados a los usureros. Mientras tanto, ella les cuidaría, asegurándose de que tomaban su medicina, tomándoles de vez en cuando la temperatura, llevándoles platos de helado con una galleta representando un animalito encima de cada plato e incluso vaciar sus orinales (¡qué vulgaridad!), llegado el caso. Ella sabía mucho de cuidar enfermos, pues lo había hecho varias veces a lo largo de los años. «Dios mío, si su gran problema soy yo, ¿podrías hacer el milagro de que el problema fuera cosa de la Mafia, para que ellos me conserven a su lado y seamos felices? A cambio del milagro, estaré dispuesta a que también a mí me rompan las piernas. Por lo menos a hablar con los tipos de la Mafia a ver qué dicen.»

Cuando tuvo el escritorio totalmente preparado para hacer los deberes, Regina pensó que necesitaba ponerse una ropa más cómoda para estudiar. Al llegar a casa se había quitado el uniforme escolar-parroquial y se había puesto unos pantalones de pana grises y un suéter de algodón verde limón de manga larga. Pero se estudiaba mucho mejor con el pijama y el batín. Además, el aparato de la pierna le picaba en un par de sitios y quería quitárselo ya.

Cuando abrió la puerta corredera de espejo del armario, vio frente a ella a un hombre en cuclillas, vestido totalmente de negro y con unas gafas de sol puestas.

Según hacía todavía una ronda más por la planta baja, Hatch decidió ir apagando a su paso todas las lámparas y luces. Conservando encendidas las luces de fuera de la casa y apagadas las de dentro, sería lo más adecuado para detectar la presencia de un merodeador sin que éste le viera a él.

Terminó su ronda en el despacho, que estaba a oscuras y se había convertido en su puesto de guardia principal. Sentado tras el gran escritorio con las luces apagadas, podía ver el recibidor a través de las puertas dobles y vigilar el pie de la escalera de acceso a la

planta de arriba. Si alguien intentaba entrar por una ventana del gabinete o por las puertaventanas que daban al jardín, le vería en el acto y si el intruso irrumpía en la casa por otra habitación, Hatch le cazaría cuando intentara subir las escaleras, ligeramente iluminadas por la luz del vestíbulo de arriba. No podía estar en todos los sitios al mismo tiempo y el gabinete parecía ser el punto más estratégico.

Depositó la escopeta y la pistola sobre el escritorio, bien a mano. Con las luces apagadas no podía verlas, pero podía cogerlas en un instante si sucediera algo. Practicó unas cuantas veces, mientras estaba sentado en su mecedora de cara al recibidor, volviéndose de pronto y echando alternativamente mano a la Browning, luego a la Mossberg del 12, a la Browning, a la Mossberg, y así sucesivamente. Debido quizás a que la adrenalina impulsaba las reacciones, su mano derecha, a ciegas, llegaba cada vez con más precisión a la empuñadura de la Browning o a la caja de la Mossberg, según sus deseos.

No se sentía satisfecho de cómo lo había preparado, pues sabía que no podría estar vigilando veinticuatro horas diarias los siete días de la semana. Necesitaba comer y dormir. Hoy no había ido a la tienda y podía pasar sin ir algunos días más, pero no podía dejarlo todo en manos de Glenda y Lew indefinidamente; antes o después tendría que ponerse el frente de su negocio.

Mirándolo con realismo, incluso comiendo y durmiendo a ratos, dejaría de ser un guardián eficiente mucho antes de que tuviera que volver al trabajo. Mantener un estado de alerta mental y física intenso era una empresa agotadora. Con el tiempo, tendría que contratar a uno o dos vigilantes de alguna firma de seguridad y no sabía cuánto le costaría aquello. Y lo que era más importante; no sabía hasta qué punto era de confianza un vigilante contratado.

Dudaba, sin embargo, de verse obligado a tomar tal decisión, pues aquel bastardo iba a presentarse pronto, quizás aquella misma noche. Hasta Hatch llegaba, a un nivel rudimentario, una vaga impresión sobre las intenciones de aquel hombre, cualquiera que fuese el vínculo místico que compartían. Era como las palabras de un niño pronunciadas dentro de un bote de hojalata y transmitidas por un cable hasta otro bote igual, en el que se reproducían como sonidos débiles y borrosos, perdiendo casi toda su coherencia por la mala calidad del material conductor, pero con su tono esencial todavía perceptible. El presente mensaje, transmitido a través de un cable psíquico, no dejaba oír los detalles, pero su significado esencial era claro: *Voy ... ya voy... ya voy... Probablemente, después de la medianoche*. Hatch tenía la sensación de que su encuentro tendría lugar entre esa hora muerta y el alba. Ahora eran exactamente por su reloj las 7.46.

Sacó del bolsillo el llavero del coche, en el que estaban también las llaves de la casa, entresacó la del escritorio, que había añadido hacía poco tiempo, abrió el cajón y sacó de él la revista *Arts American*, chamuscada y oliendo a humo. Dejó las llaves colgando de la cerradura. Sostuvo la revista con las dos manos, en la oscuridad, esperando que el contacto con ella, igual que un talismán, ampliara su visión mágica y le permitiera ver con exactitud cuándo, dónde y cómo se presentaría el asesino. De las páginas chamuscadas se elevó una mezcla de olores de fuego y destrucción; algunos tan amargamente acerbos que resultaban nauseabundos; otros, solamente de cenizas.



Vassago apagó la lámpara fluorescente del escritorio. Cruzó el cuarto de la muchacha, llegó a la puerta y apagó también la luz del techo. Agarró entonces el pomo de la puerta, pero vaciló, reacio a dejar allí a la chica. Era tan exquisita, tan llena de vida. Desde el momento en que la había cogido en sus brazos había sabido que la calidad de la adquisición completaría su museo y le otorgaría la recompensa eterna que anhelaba.

Ahogando sus gritos y tapándole la boca con una mano enguantada, la había arrastrado hasta el armario reteniéndola allí entre sus fuertes brazos. La sujetaba con tanta fiereza que casi no la dejaba revolverse ni patear para atraer la atención sobre el peligro que la amenazaba. Luego, la niña se desmayó entre sus brazos y él estuvo a punto de sufrir un arrebató y dejarse llevar por el impulso de matarla allí mismo, en su armario ropero, entre los blandos montones de prendas caídas de sus perchas. Olía a algodón lavado y a almidón de spray. A la cálida fragancia de la lana. A mujer. Le dieron ganas de retorcerle el cuello y sentir el paso de la energía de su vida por sus manos poderosas hasta él y, por medio de él, al mundo de los muertos. Le costó tanto tiempo librarse de aquel abrumador deseo que casi llegó a matarla. Ella se quedó silenciosa e inmóvil. Cuando apartó la mano de su nariz y su boca, pensó que la había ahogado. Pero aplicó el oído a sus labios entornados y escuchó y sintió unas débiles exhalaciones. Le colocó la mano contra el pecho y le recompensó el firme golpe seco de los latidos de su lento y fuerte corazón.

Ahora, volviéndose a mirarla, Vassago reprimió su necesidad de matar, prometiéndose a sí mismo que estaría satisfecho mucho antes del alba. Mientras tanto, debía portarse como un Maestro. Ejercitar el control. Dominarse.

Abrió la puerta y observó el pasillo que se extendía ante la habitación de la muchacha, en la planta superior. Estaba desierto. En un extremo, junto a la escalera, brillaba una lámpara de excesiva intensidad para él si no hubiera llevado puestas sus gafas negras. Aun así tuvo que bizquear.

Era preciso que no acuchillara a la niña ni a la madre hasta que tuviera a las dos en el museo de la muerte, donde había matado a las otras personas que conformaban su colección. Ahora sabía por qué había sido atraído hasta Lindsey y Regina. Madre e hija. Perra y perrita. Para ganarse el puesto en el Infierno, se esperaba de él la comisión del mismo acto que le había otorgado la condenación por primera vez: el asesinato de una madre y su hija. Como no estaban disponibles para ser asesinadas otra vez su propia madre y su hermana, había seleccionado a Lindsey y Regina.

Delante de la puerta abierta, escuchó la casa. Estaba en silencio. Sabía que la pintora no era la madre de la muchacha. No mucho antes, cuando los Harrison estaban en el comedor y se había colado en la casa por el garaje, había tenido tiempo para fisgar en la habitación de Regina. Había encontrado allí recuerdos que llevaban el nombre del orfanato, en su mayoría programas de obras teatrales de impresión barata, representadas los días festivos, en que la muchacha interpretaba pequeños papeles. Sin embargo, había sido arrastrado hacia ella y Lindsey, y su propio maestro, al parecer, consideraba buenos ambos sacrificios.

Había tanto silencio en la casa, que tenía que moverse sigilosamente, como un gato.

Podía manejar la situación. Se volvió a mirarla, tendida sobre la cama, viéndola mejor a ella en la oscuridad que los objetos del pasillo, demasiado iluminado. Estaba todavía inconsciente. Uno de sus propios pañueños le taponaba la boca y otro estaba liado alrededor de la cabeza para sostener en su sitio la mordaza. Tenía fuertemente atados los brazos y los tobillos con unos trozos de cuerda que había quitado de las cajas del desván.

Dominarse.

Dejó abierta la puerta del cuarto de Regina y empezó a caminar a lo largo del pasillo, manteniéndose pegado a la pared, donde resultaba menos probable que crujiere el entarimado que había bajo la recia alfombra. Conocía la distribución de la casa. Mientras los Harrison terminaban de cenar, había recorrido cautelosamente la planta de arriba. Junto a la habitación de la muchacha había un cuarto de invitados. Ahora estaba a oscuras. Avanzó a hurtadillas hacia el estudio de Lindsey. Como la lámpara del pasillo principal pendía directamente sobre su cabeza, su sombra quedaba debajo de él, lo cual era una suerte. De lo contrario, si la mujer le hubiera dado por mirar hacia el pasillo, habría advertido que se aproximaba.

Avanzó un poco hacia la puerta del estudio y se detuvo. Con la espalda pegada a la pared y los ojos dirigidos al frente, podía ver el vestíbulo de abajo por entre los barrotes de la barandilla del hueco de la escalera. Por lo que veía, en la planta baja no había ninguna luz encendida. Se preguntó dónde estaría el marido. Las puertas del dormitorio del matrimonio estaban abiertas, pero no había luz dentro. Oyó unos ligeros ruidos procedentes del estudio de la mujer e imaginó que estaría pintando. Si el marido hubiera estado con ella, seguramente habrían cambiado algunas palabras, al menos durante el tiempo en que Vassago había estado acercándose por el pasillo. Abrigaba la esperanza de que el marido hubiera salido a hacer algún recado. No tenía ninguna necesidad particular de matar al hombre. Y un enfrentamiento entre los dos sería peligroso.

Sacó del bolsillo de la chaqueta una porra flexible de cuero, llena de perdigones, que había quitado hacía una semana a Morton Redlow, el detective. Era un arma contundente, de aspecto extremadamente eficaz, y se sentía a gusto con ella en la mano. En el Honda gris perla, aparcado a dos manzanas de allí, llevaba una pistola escondida bajo el asiento del conductor y casi deseaba haberla traído con él. Se la había quitado al anticuario Robert Loffman, en Laguna Beach, un par de horas antes de amanecer aquel día.

Pero no deseaba disparar contra ninguna de ellas. Aunque no hiciera más que herirlas y dejarlas indefensas, podían morir desangradas antes de llevarlas a su escondite y al museo de la muerte, al altar donde eran preparadas sus ofrendas. Y si usaba una pistola para eliminar al marido, sólo podía arriesgarse a hacer un disparo, tal vez dos. Varios tiros alarmarían al vecindario que localizaría en seguida su origen, y aquella tranquila comunidad estaría rodeada de policías a los dos minutos.

La porra era más efectiva. La sopesó en la mano derecha, sintiendo su tacto. Entonces, se apoyó en la jamba de la puerta con sumo cuidado. Ladeó la cabeza y espío dentro del estudio.

La mujer estaba sentada en la banqueta, de espaldas a la puerta. La reconoció, incluso por detrás, y el corazón le aporreó casi tan rápidamente como cuando luchaba para reducir a la muchacha y ésta se desmayó en sus brazos. Lindsey estaba ante el tablero

de dibujo, con un lápiz de carbón en la mano derecha. Ocupada, muy ocupada. El lápiz producía un suave siseo tortuoso al deslizarse sobre el papel.

Por muy resuelta que estuviera a centrar firmemente su atención sobre el problema de la hoja de dibujo en blanco, Lindsey no paraba de mirar la ventana. Su creativo cuaderno dejó de perder hojas cuando de repente tomó una decisión y empezó a dibujar la ventana: el marco sin cortina, la oscuridad del otro lado del cristal, su propio rostro, semejante a una aparición espectral y poseído por una idea fija; el momento en que añadió la araña del ángulo superior derecho, el instante en que concibió la idea y se sintió excitada. Pensó que podía titularlo *La telaraña de la Vida y de la Muerte*, y se valió de una serie surrealista de objetos simbólicos para plasmar el tema en los cuatro rincones del lienzo. No era lienzo, sino Masonita. De hecho, todavía no era más que papel, sólo un boceto, aunque digno de ser continuado.

Puso más arriba el cuaderno de dibujo sobre el tablero, de modo que le bastaba alzar un poco la vista del papel para ver la ventana por encima, sin necesidad de subir y bajar la cabeza. Pero para dar profundidad e interés al cuadro, se necesitaban más elementos que su simple rostro, la ventana y la araña. A medida que trabajaba, Lindsey fue desechando una veintena de sugerentes imágenes. Luego, apareció en el cristal, casi mágicamente, sobre su propia reflexión, otra imagen: la descripción que había hecho Hatch sobre el rostro de sus pesadillas. Pálido. Melena oscura. Gafas de sol.

Durante un instante creyó que era un fenómeno sobrenatural, una aparición en el cristal de la ventana. Sin embargo, aunque el resuello le ahogaba la garganta, comprendió que estaba viendo en el cristal un reflejo igual que el suyo y que el asesino de las pesadillas de Hatch se hallaba dentro de la casa, apoyado en la jamba de la puerta, mirándola. Reprimió el impulso de gritar. En cuanto el hombre supiera que le había descubierto, perdería la poca ventaja que tenía y él se abalanzaría sobre ella matándola, a puñaladas o a golpes, antes siquiera de que Hatch tuviera tiempo de subir las escaleras. En vez de gritar, suspiró ruidosamente y meneó la cabeza como si estuviera insatisfecha de lo que dibujaba en el papel. Hatch podría estar ya muerto.

Dejó el lápiz de carbón sin soltarlo, como si pudiera levantarlo otra vez y seguir dibujando. Si Hatch no estaba muerto, ¿cómo podía haber subido aquel bastardo al piso de arriba? No. No podía creer que Hatch hubiera muerto, sin pensar que después moriría ella y a continuación Regina. ¡Dios mío, Regina!

Alargó la mano hacia el cajón superior del mueble de pinturas que tenía al lado. Un estremecimiento cruzó su cuerpo al frío contacto con el cromo del asa. La ventana ya no mostraba al asesino escondido detrás de la jamba, sino entrando con decisión por la puerta abierta. Se detuvo para mirarla arrogantemente, sin duda saboreando el momento. Era misteriosamente silencioso, de no haberle visto reflejado en el cristal, no se habría percatado nunca de su presencia. Abrió más el cajón y empuñó el arma. El hombre traspasó el umbral, a sus espaldas.

Lindsey sacó la pistola del cajón y se volvió de golpe sobre la banqueta al mismo tiempo que levantaba la pesada arma con las dos manos y le apuntaba. No le hubiera sorprendido no haberle visto al volverse y que sólo fuera una imagen espectral lo que había visto reflejado en la ventana, pero él estaba allí, en efecto, un paso dentro de la

habitación, cuando se volvió apuntándole con la Browning.

—¡No te muevas, hijo de puta! —exclamó.

Ya fuese porque advertía en ella debilidad ya, simplemente, porque no le importaba en absoluto que le disparase, el hombre cruzó la puerta y salió al pasillo en el mismo instante en que ella se volvía y le mandaba detenerse.

—¡Alto, maldita sea!

Había desaparecido. Lindsey le hubiera disparado sin dudarlo, sin remordimiento alguno, pero él se movió como un gato en peligro tan increíblemente rápido, que sólo hubiera conseguido arrancar alguna astilla de la jamba. En cuanto desapareció tras el marco el último rastro del asesino —un zapato negro, su pie izquierdo—, ella se bajó de la banqueta y corrió hacia la puerta, llamando a Hatch a gritos. Pero se detuvo en seco, consciente de que podía no haber huido sino acechar junto a la puerta esperando a que ella saliera, asustada para golpearla en la nuca o empujarla por la barandilla de la escalera hasta el suelo del recibidor. ¡Regina! No podía perder tiempo. Tal vez fuera en busca de Regina. Dudó un instante y luego cruzó la puerta abierta llamando a Hatch a gritos.

Miró a la derecha del pasillo y vio al individuo dirigiéndose hacia la puerta del cuarto de Regina, también abierta, final del corredor. La habitación estaba a oscuras cuando debía haber estado encendida porque Regina estaba estudiando. No tenía tiempo de pararse a apuntar, sólo de apretar el gatillo. Deseaba abrir fuego, con la esperanza de que alguna de las balas alcanzara al bastardo, pero el cuarto de Regina estaba a oscuras y la niña podía hallarse en cualquier sitio. Lindsey temía que las balas entraran por la puerta abierta y alcanzaran a la muchacha. De modo que se abstuvo de disparar y siguió en persecución del individuo, gritando ahora el nombre de Regina en vez de el de Hatch. El hombre se metió en la habitación de la niña y cerró tras él, con un portazo tan estrepitoso que conmovió la casa. Lindsey salvó la distancia en un segundo y golpeó la puerta. Cerrada con llave. Entonces oyó que Hatch la llamaba —¡gracias a Dios que se encontraba vivo, dondequiera que estuviese—, pero no se detuvo ni se volvió a ver dónde estaba. Retrocedió un poco y dio una fuerte patada a la puerta, y luego otra. Sólo tenía un débil pestillo, debería ceder fácilmente, pero no lo hizo.

Cuando se disponía a asestar una nueva patada, el asesino le habló a través de la puerta. Su voz era fuerte pero sin gritar, amenazadora pero fría, sin pánico ni temor, sólo metódica y un poco alta, aterradoramente suave y calmada.

—Retírese de la puerta, o mataré a esta zorrilla.

Minutos antes de que Lindsey empezara a llamarle a gritos Hatch se encontraba sentado a oscuras en el escritorio del gabinete, con el Arts American en las manos. De repente acudió a él con fuerza una visión con sonido eléctrico, como el chisporroteo de una corriente al formar un arco voltaico igual que si la revista fuese un potente cable eléctrico y lo cogiera con las manos desnudas. Veía a Lindsey por detrás sentada en la alta banqueta de su estudio ante la mesa de dibujo, haciendo un boceto. Luego dejó de ser Lindsey y se transformó de repente en otra mujer, más alta, vista también por detrás pero no en la banqueta sino sobre una silla de brazos de una habitación distinta, en una casa extraña. Estaba haciendo punto. Una lustrosa madeja de hilo se iba desenredando lentamente en el interior de un cuenco situado sobre una pequeña mesa que había a su

lado. Hatch pensó que era su "madre", aunque no se parecía en nada a ella. Bajó la vista hacia su mano derecha, que sostenía un inmenso cuchillo, mojado ya de sangre. Se acercó a la silla de la mujer, que no se había percatado de su presencia. Como Hatch, deseaba gritar para avisarla, pero como el usuario del cuchillo, a través de cuyos ojos estaba viéndolo todo, sentía la necesidad de atacarla ferozmente, de arrancarle la vida y culminar así la misión que le liberaría. Se detuvo detrás del sillón. Ella no le había oído aún. Levantó el cuchillo. Golpeó. Ella profirió un grito. El golpeó. Ella trató de escapar de la silla. Él se puso delante y, desde aquella posición de la escena semejaba una toma cinematográfica, rápida y descendente para dirigir mejor la trayectoria, o el suave planeo de un pájaro o un murciélago. La obligó a sentarse otra vez y golpeó. Ella levantó las manos para protestar. La golpeó dos veces. Y, ahora, como si estuviera viendo en el cine un rizo acrobático aéreo, se encontró nuevamente detrás de ella, de pie en la puerta. Pero ya no era su "madre", sino Lindsey otra vez, sentada ante el tablero de dibujo de su estudio en la planta superior, echando mano al cajón del armario de sus pinturas y abriéndolo. La miró a ella y luego miró la ventana. Se vio a sí mismo —la cara pálida, el pelo oscuro, las gafas negras— y supo que ella le había visto. Lindsey giró sobre su banqueta con una pistola en la mano, apuntándole directamente al tórax...

—¡Hatch!

Su nombre resonó por toda la casa rompiendo el contacto. Se levantó bruscamente de la silla del escritorio y la revista se le cayó de las manos.

—¡Hatch!

Extendió la mano en la oscuridad, para agarrar la empuñadura de la Browning y salió corriendo del gabinete. Mientras cruzaba el vestíbulo y subía la escalera de dos en dos, mirando hacia arriba para ver lo que sucedía, oyó que Lindsey dejaba de pronunciar su nombre y empezaba a gritar: "¡Regina!". La niña no, por favor, dios mío, la niña no. Al llegar a lo alto de la escalera, pensó por un instante que la patada sobre la puerta era un disparo. Pero el estruendo era demasiado característico para ser confundido con un tiro y cuando extendió la vista por el pasillo vio que Lindsey golpeaba por segunda vez la puerta del cuarto de Regina. Corrió en su ayuda mientras Lindsey continuaba asestando patadas a la puerta, y cuando estuvo a su lado la vio apartarse con un traspies.

—Déjame probar a mí —dijo él, apartándola a un lado.

—¡No! Ha dicho que nos marchemos o la matará.

Durante un par de segundos, Hatch clavó la vista en la puerta, temblando literalmente de frustración. Luego agarró el pomo y trató de hacerlo girar con lentitud, pero la puerta estaba cerrada con llave. En vista de ello, apoyó el cañón de la pistola contra la base de la placa del plomo.

—Hatch —susurró Lindsey, suplicantemente—, la matará.

Hatch se acordó de la joven rubia con dos balazos en el pecho, arrojada del coche en la carretera, rodando incesantemente por el asfalto entre la niebla. Y de la madre, amenazada por la descomunal hoja de cuchillo de carnicero, dejando caer su labor de punto y luchando desesperadamente por su vida.

—La va a matar de todos modos. Vuelve la cara —y apretó el gatillo.

La madera y el metal se transformaron en astillas. Hatch arrancó el pomo de latón de

la puerta y lo tiró a un lado. Empujó y la puerta dejó escapar un crujido, pero no cedió más de dos dedos. La endeble cerradura estaba rota, pero el vástago donde se había alojado el pomo seguía sobresaliendo de la madera y alguna cosa debía estar atrancada por dentro formando cuña por debajo del pomo. Hizo fuerza con la palma de la mano sobre el vástago, pero no logró moverlo; lo que hacía cuña al otro lado de la puerta — probablemente la silla del escritorio de la muchacha— presionaba hacia arriba manteniendo el vástago en su sitio.

Agarró la Browning por el cañón, empleando la culata como martillo y, soltando maldiciones, se puso a golpear el vástago hasta hacerlo ceder, centímetro a centímetro, de la puerta. En el instante en que cedió y cayó ruidosamente en el suelo de la habitación, una serie de imágenes inundaron el cerebro de Hatch borrando momentáneamente el pasillo. Todas eran imágenes vistas con los ojos del asesino, tomadas desde un ángulo fantástico, dando vistas al lado de la casa, de aquella casa, correspondiente a la fachada externa del dormitorio de Regina. La ventana estaba abierta. Bajo el alféizar, una maraña de tallos de enredaderas de campanillas. Una flor semejante a un cuerno delante de su cara. Una celosía junto a sus manos, astillas que se le clavaban en la piel. Se sostenía con una mano mientras alargaba la otra hacia algún punto donde agarrarse, con un pie colgando en el aire y un peso agobiante encima del hombro. Luego, un crujido y el ruido de madera que se astillaba. La súbita sensación de peligrosa laxitud en la geométrica telaraña donde estaba agarrado...

Un breve y fuerte ruido al otro lado de la puerta trajo a Hatch a la realidad: una madera rota y astillada, unos clavos que saltaban lanzando chirridos de tortura, rasguños, un estrépito. Luego le invadió una nueva oleada de imágenes y sensaciones: una caída en medio de la noche, no lejos, golpeando el suelo con una breve ráfaga de dolor. Rodó una vez sobre la hierba. A su lado, una pequeña forma acurrucada yacía inmóvil. Corría hacia ella y veía su cara. Regina. Tenía los ojos cerrados. Un pañuelo le tapaba la boca...

—¡Regina! —gritó Lindsey.

Cuando la realidad volvió a cobrar cuerpo, Hatch estaba embistiendo con el hombro la puerta del dormitorio. La tranca que había al otro lado saltó y la puerta se abrió violentamente. Se precipitó dentro, palpando la pared con la mano hasta encontrar el interruptor de la luz. Nada más encenderse, saltó por encima de la silla del escritorio caída y dirigió el cañón de la Browning a la derecha y a la izquierda. La habitación estaba desierta, como ya sabía por la visión que había tenido.

Desde la ventana abierta vio la celosía y las enredaderas caídas en el césped de abajo, sin rastro del hombre de las gafas negras ni de Regina.

—¡Mierda! —Hatch se volvió apresuradamente, agarró a Lindsey, obligándola a volverse, y la empujó hacia el pasillo y la escalera—. Tú encárgate de la entrada, yo iré por detrás. Ciérrale el paso, corre, corre. —Ella captó inmediatamente el significado de sus palabras y echó a correr escalera abajo con él pisándole los talones—. ¡Dispárale, deténle, tírale a las piernas, sin miedo de herir a Regina! ¡Que no escape!

Lindsey cruzó el vestíbulo y llegó a la puerta principal en el momento en que Hatch terminaba de bajar la escalera y enfilaba el corto pasillo. Por él irrumpió en el cuarto trastero y luego en la cocina, asomándose por las ventanas traseras de la casa según

pasaba corriendo por delante de ellas. El césped y los patios estaban iluminados, pero allí no se veía a nadie. Abrió violentamente la puerta de la cocina que daba al garaje y pulsó la llave de las luces. Miró precipitadamente las tres plazas de garaje, detrás de los coches y la puerta exterior del fondo, incluso antes de que los tubos fluorescentes dejaran de parpadear y se encendieran del todo. Desechó la llave, salió al reducido patio lateral y miró hacia la derecha. No estaba el asesino. Ni Regina. La entrada de la casa caía en aquella dirección, así como la calle y las otras casas que daban a la suya desde el otro lado. Lindsey ya estaba cubriendo aquella parte del terreno.

El corazón le golpeaba con tanta fuerza, que parecía expulsar el aire de los pulmones antes de que se llenaran.

Sólo tiene diez años, sólo diez.

Dobló hacia la izquierda, avanzó por el lado de la casa, rodeando la esquina del garaje, y se metió en el patio, donde yacían en un montón la celosía y las enredaderas.

Tan pequeña, tan poca cosa. Por favor, Señor.

Temiendo pisar algún clavo y lesionarse, rodeó el montón de desechos y corrió frenéticamente por el perímetro de la finca, lanzándose sin miramientos entre los arbustos para observar detrás de las altas eugenias. En el patio posterior no había nadie.

Cuando llegó al lado más extremo de la finca, más allá del garaje, dio un resbalón y estuvo a punto de caer, pero conservó el equilibrio. Dirigió la Browning hacia el frente, sujetándola con las dos manos, para cubrir el paso existente entre la casa y la valla. Pero tampoco allí había nadie.

Desde la entrada de la casa no le llegaba ningún sonido, sobre todo ningún disparo, lo que significaba que Lindsey no había tenido más suerte que él. Si el asesino hubiera huido por allí, habría escalado la valla por un sitio u otro, escapando hacia cualquier otra propiedad.

Dejando aparte la entrada de la casa, Hatch examinó la valla de dos metros de altura que rodeaba el patio de atrás y lo separaba de los patios contiguos de las casas que daban al Este, al Oeste y al Sur. Los promotores y corredores de fincas lo llamaban la "defensa" del Sur de California, aunque en realidad no era más que una pared hecha con bloques de hormigón reforzados de acero, enlucidos con estuco y acabados de ladrillo y pintura para hacer juego con las casas. Muchas vecindades contaban con ellas, como garantes de la intimidad de sus piscinas y barbacoas. Las buenas vallas hacían buenos vecinos, hacían vecinos de extraños... y daban tremendas facilidades para que un intruso saltara una barrera y se perdiese en aquel laberinto.

Hatch se hallaba al borde de un abismo de desesperación y mantenía el equilibrio únicamente por la esperanza de que el asesino no pudiera moverse muy aprisa con Regina en brazos o sobre el hombro. Paralizado por la indecisión, miró al Este, al Oeste y al Sur.

Finalmente, echó a andar hacia la pared de atrás, que ocupaba el flanco sur. De pronto se detuvo, jadeando y doblándose hacia el frente, pues había quedado restablecida la misteriosa conexión entre él y el hombre de las gafas negras. De nuevo veía por los ojos del otro hombre y, a pesar de las gafas negras, la noche parecía más bien el final de un crepúsculo. Estaba detrás del volante de un coche, inclinado sobre la consola de la derecha para colocar a la inconsciente muchacha en el asiento del pasajero, como si fuera un

maniquí. Tenía las muñecas atadas juntas sobre el regazo y se mantenía en su sitio sujeta por el cinturón de seguridad. Le arregló el cabello, pardorrojizo, para disimular el pañuelo que le tapaba el occipucio y la apoyó contra la puerta apartándole la cara de la ventanilla. De ese modo, los pasajeros de los otros coches no verían que estaba amordazada. Daba la sensación de estar durmiendo. Se hallaba tan pálida e inmóvil, que de pronto se preguntó si estaría muerta. De ser así, ya no tendría objeto llevarla a su escondite. Le quedaba el recurso de abrir la puerta y arrojar fuera del coche allí mismo, de un empujón, a la pequeña zorra. Le tocó la mejilla. Su epidermis era maravillosamente suave pero parecía fría. Presionó su garganta con las yemas de los dedos y detectó los latidos de su corazón golpeando con fuerza, con mucha fuerza, en una arteria carótida. Estaba muy viva, incluso con más vitalidad de lo que parecía en la visión de la mariposa revoloteando alrededor de su cabeza. Jamás había hecho una adquisición de tanto valor y sentía gratitud hacia todos los poderes del Infierno por habérsela otorgado. Se emocionó ante la perspectiva de seguir profundizando y oprimiendo aquel joven y fuerte corazón mientras se contorsionaba y emitía el sordo ruido de su inmovilidad final, sin dejar de mirar fijamente sus bellos ojos grises para presenciar cómo la vida la abandonaba para entrar en el reino de los muertos...

El grito de rabia, angustia y terror que profirió Hatch rompió el enlace psíquico. Se hallaba otra vez en el patio de atrás, mirándose fijamente con horror la mano derecha, levantada a la altura del rostro, como si sus dedos temblorosos estuvieran ya manchados con la sangre de Regina. Abandonó la parte trasera y echó a correr velozmente a lo largo del lado este de la casa, en dirección a la entrada.

Pero, salvo su jadeante respiración, todo estaba tranquilo. Era evidente que algunos vecinos no estaban en casa y otros no habían oído nada, o no lo suficiente para obligarlos a salir. La tranquilidad del barrio le llenó de frustración y le produjo deseos de gritar. Aunque su mundo se estaba derrumbando, comprendió empero que las apariencias de normalidad no eran más que eso: meras apariencias, no realidad. Sólo Dios sabía qué podía estar aconteciendo tras las paredes de algunas de aquellas casas, horrores semejantes a los recaídos sobre él, Lindsey y Regina, perpetrados no por un intruso sino por algún miembro de la familia contra otro. La especie humana poseía destreza para crear monstruos y las bestias estaban a menudo dotadas de talento para esconderse tras convincentes máscaras de cordura.

Cuando llegó al césped de la entrada, no vio a Lindsey por ninguna parte. Corrió precipitadamente por el paseo, cruzó la puerta abierta... y la encontró en el gabinete, junto al escritorio, haciendo una llamada telefónica.

— ¿La has encontrado? —preguntó ella.

— ¡No! ¿Qué estás haciendo?

— Llamando a la Policía.

Hatch le arrebató el auricular de la mano, y lo devolvió a su sitio.

— Cuando quieran llegar aquí, escuchar nuestro relato y empezar a hacer algo, ese tipo estará tan lejos con Regina que no volverán a verla... hasta que tropiecen con su cadáver algún día.

— ¡Pero necesitamos ayuda...!

Él cogió apresuradamente la escopeta de encima del escritorio y la puso en manos de



ella.

—¡Vamos tras ese bastardo! La ha metido dentro de un coche. Creo que un Honda.

—¿Tienes el número de la matrícula? ¿Has visto si...?

—¡No he visto nada! —repuso él y, tirando del cajón del escritorio, sacó la caja de cartuchos del 12 y se la tendió también a ella, desesperado de saber que los segundos transcurrían—. Estoy conectando con él; siento unas vibraciones oscilantes, pero creo que lo bastante buenas y fuertes. —Tiró del manajo de llaves que había dejado puesto en la cerradura del escritorio cuando había sacado la revista del cajón—. ¡Si no dejamos que nos tome demasiada delantera, podremos alcanzarle! —Salió precipitadamente hacia el vestíbulo— ¡Pero tenemos que movernos!

—¡Hatch, espera!

Se detuvo y volvió la cabeza para ver cómo ella abandonaba el gabinete y le seguía.

—Si te parece, persíguele tú mientras yo me quedo esperando para hablar con los agentes y orientarlos...

—No. —Negó él con la cabeza—. Te necesito para que conduzcas. Estas... visiones me dejan ido, como ciego, desorientado, mientras duran. Podría salirme de la maldita carretera Pon la escopeta y los cartuchos en el Mitsubishi. —Mientras corría escaleras arriba de dos en dos peldaños, gritó—: ¡Y coge linternas!

—¿Para qué?

—No sé, pero las necesitaremos.

Hach estaba mintiendo. Se había sorprendido a sí mismo al oírse pedir las linternas, pero sabía que en aquel momento le guiaba su subconsciente y había tenido un pálpito de por qué las linternas iban a ser esenciales. En las pesadillas de los dos últimos meses, se había movido a menudo por unas estancias cavernosas y un laberinto de corredores de cemento donde de algún modo podía ver aunque carecían de ventanas o iluminación artificial. Particularmente un túnel que conducía hasta una total oscuridad, un lugar ignoto, le producía un pavor tan grande que dilataba su corazón y le hacía latir con tanta fuerza como si fuera a estallar. Ésa era la razón de que necesitaran linternas..., porque iban a adentrarse en un mundo donde él no había estado nunca antes más que en sueños o visiones, en el corazón de la pesadilla.

Subió las escaleras y entró en el cuarto de Regina sin saber por qué había ido allí. Se detuvo en el umbral y bajó la vista hacia el destrozado pomo de la puerta y hacia la caída silla del escritorio. Luego miró el armario, donde yacían amontonadas en el suelo las ropas descolgadas de las perchas; luego la ventana abierta, cuya cortina había empezado a agitar la brisa nocturna.

Algo... algo importante. Aquí, justamente ahora, en esta habitación, había algo que iba a necesitar.

—Pero... ¿qué?

Se cambió la Browning a la mano izquierda y se secó la palma de la derecha en los tejanos. Aquel hijo de puta con gafas negras ya había puesto en marcha el coche y abandonaba la urbanización, llevándose a Regina; probablemente ya estaría en la avenida de Crown Valley. Los segundos contaban. Hatch empezó a preguntarse si se habría lanzado escaleras arriba más por miedo que en busca de algo realmente necesario, pero

decidió fiarse un poco más de lo segundo. Se situó junto al escritorio del rincón y dejó vagar la vista sobre los libros, los lápices y el cuaderno. Luego miró la librería que había al lado del escritorio y los cuadros de Lindsey, colgados de la pared contigua.

Adelante, adelante. Había algo que necesitaba... Lo necesitaba tan imperiosamente como las linternas, tan urgentemente como la escopeta y la caja de cartuchos. Algo. Al volver la cabeza vio el crucifijo y fue derecho a él. Saltó apresuradamente sobre la cama de Regina y lo descolgó de la pared. Cuando abandonó la habitación y echó a correr por el pasillo hacia la escalera, portaba la imagen fuertemente apretada en su mano derecha. Se daba cuenta de que lo que llevaba no era un objeto de simbolismo religioso y veneración, sino un arma, un hacha o una cuchilla de carnicero.

Llegó al garaje cuando la enorme puerta estaba ya subiendo lentamente. Lindsey arrancó el motor. Nada más sentarse Hatch en el asiento del pasajero, ella miró el crucifijo.

—¿Para qué traes eso?

—Vamos a necesitarlo.

Empezó a dar marcha atrás para salir del garaje.

—¿Para qué vamos a necesitarlo? —volvió a preguntar.

—No estoy seguro, pero tal vez nos sea útil. Durante nuestro vínculo mental, él estaba... sentía agradecimiento hacia todos los poderes del Infierno; eso es lo que pasaba por su mente, agradecimiento hacia todos los poderes del Infierno por haberle dado a Regina. —Señaló hacia la izquierda—. Por allí.

El miedo de los últimos diez minutos había avejentado a Lindsey unos cuantos años. Ahora, cuando cambió de marcha y dobló a la izquierda, las arrugas de su rostro se hicieron aún más profundas.

—Hatch, ¿con quién nos las estamos viendo, con uno de esos satanistas o miembros de sectas de los que hablan en el periódico, que cuando le cogen le encuentran en el frigorífico varias cabezas seccionadas y huesos enterrados en el porche de entrada a su casa?

—Sí, tal vez, algo parecido a eso. —Al llegar al cruce ordenó—: Dobla a la izquierda. Tal vez sea algo así... pero peor, supongo.

—Nosotros no podemos solucionar esto, Hatch.

—¡Al diablo con que no podemos! —exclamó él bruscamente—. No hay tiempo para que lo solucione nadie más. Si no lo hacemos nosotros, Regina morirá.

Llegaron a una intersección con la avenida Crown Valley un bulevar de cuatro y seis carriles de amplitud con una franja de jardines y árboles en el centro. Todavía no era una hora punta y la avenida estaba concurrida, pero no atascada.

—¿Por dónde? —preguntó Lindsey.

Hatch dejó la pistola en el suelo del coche, sin desprenderse del crucifijo, que agarraba con las dos manos. Miró un par de veces a la derecha y a la izquierda, esperando recibir una sensación, una señal, algo. Los faros de los otros coches les bañaban con sus luces, pero no descubrían ninguna revelación.

—¿Hatch? —exclamó Lindsey con inquietud.

Miró repentinamente a derecha e izquierda. Nada. ¡Dios! Hatch pensaba en Regina. En su cabello rojo y pardo. En sus ojos grises. En su mano derecha lisiada y retorcida como

una garra, un don de Dios. No, no era un don de Dios. Esta vez, no. A Dios no se le podía culpar de todo. Podía ser que ella tuviera razón: un regalo de sus padres, el legado de unos drogadictos.

Un coche se detuvo detrás de ellos, esperando para salir a la calle principal. Se acordó de su forma de andar, resuelta a minimizar su cojera. De que no escondía nunca su mano deforme, sin avergonzarse ni enorgullecerse de ello, aceptándolo simplemente. Quería ser escritora. Cerdos espaciales inteligentes.

El conductor que esperaba detrás hizo sonar la bocina.

—¿Hatch?

Regina, tan pequeña bajo el peso del mundo y, sin embargo, siempre tan erguida, sin doblar nunca la cabeza. Había hecho un trato con Dios. A cambio de algo precioso para ella, había prometido comer judías. Y aunque ella no lo había dicho nunca, Hatch sabía en qué consistía aquello tanpreciado; tener una familia, la oportunidad de escapar del orfanato.

El otro conductor volvió a tocar la bocina. Lindsey estaba temblando y se puso a llorar. Una oportunidad. Sólo una. Era cuanto deseaba la niña. No seguir estando sola. La oportunidad de dormir en una cama pintada con flores. Una oportunidad de amar, de ser amada, de crecer. La pequeña mano deforme. La ligera y dulce sonrisa. *Buenas noches... papá.*

—¡A la derecha! —exclamó repentinamente—. Dobla a la derecha.

Con un sollozo de alivio, Lindsey se incorporó a la avenida. Conducía más deprisa que de costumbre, cambiando de carril cuando lo requería el tráfico, cruzando las tierras llanas del sur del condado en dirección a las distantes colinas y a las montañas del este, envueltas por el sudario de la noche.

Al principio, Hatch dudó de que lo que había hecho no hubiera sido solamente tomar una dirección al azar. Pero pronto se sintió seguro. El bulevar conducía hacia el Este cruzando unas interminables extensiones de casas que salpicaban las colinas, cuyas luces semejabán llamas conmemorativas sobre hileras de inmensas gradas de velas funerarias. A cada kilómetro que andaban sentía con más fuerza la sensación de que él y Lindsey se hallaban tras el rastro de la bestia.

Como había convenido que no habría más secretos entre ellos, como pensaban que ella debía tener —y podía hacer frente— una completa información sobre la extrema gravedad de la situación en que se hallaba Regina, Hatch dijo:

—Lo que quiere hacer ese tipo es sostener entre sus manos el corazón palpitante de Regina durante los últimos latidos, sentir cómo le abandona la vida.

—¡Oh, Señor!

—Todavía está con vida. Regina tiene una oportunidad. Hay esperanzas.

Hatch creía que lo que estaba diciendo era cierto, necesitaba creer en ello si no quería volverse loco. Pero le atormentaba el recuerdo de haber pronunciado muy a menudo aquellas mismas palabras durante las semanas anteriores al cáncer que finalmente acabó con la vida de Jimmy.

Tercera parte  
ENTRE LOS MUERTOS

*La Muerte no es un espantoso misterio.  
Es bien conocida por ti y por mi.  
No puede guardar secretos  
que turben el sueño del hombre justo.*

*No te asuste mirar a la Muerte,  
No te importe que se lleve nuestra vida.  
No la temas, no es tu dueña,  
que se acerque a ti a pasos agigantados.  
No es tu dueña, sino la sierva de tu Creador,  
Quien la creó a ella igual que a ti  
...es el único misterio.*

*EL LIBRO DE LAS LAMENTACIONES*

## CAPITULO 7

Jonas Nyebern y Kari Dovell estaban acomodados en sendos sillones ante las grandes ventanas del salón, casi a oscuras de la casa de Spyglas Ridge, donde vivía él contemplando las miríadas de luces trémulas que parpadeaban a través de los condados de Orange y Los Angeles. La noche era relativamente clara y les permitía ver hasta el puerto de Long Beach, hacia el Norte. La civilización se extendía igual que hongos luminiscentes, devorándolo todo.

En el suelo, entre los dos asientos, había una cubeta de hielo con una botella de vino blanco californiano "Robert Mondavi". Era la segunda botella. Jonas Nyebern estaba hablando mucho y todavía no habían cenado.

Hacía más de un mes que los dos se estaban viendo en público. No habían hecho el amor, y él pensaba que no llegarían a hacerlo nunca. Ella seguía siendo deseable, con esa rara combinación de gracia y terquedad que a veces le recordaba una exótica grulla de piernas largas, aun cuando su aspecto de doctora seria y motivada le impidiera tomar plenamente las riendas. Sin embargo, Jonas dudaba de que ella esperase siquiera la intimidad física. En cualquier caso, él no se consideraba capaz de ello. Era un hombre obsesionado, con demasiados fantasmas al acecho para privarle de la felicidad. Lo que obtenían ambos con sus encuentros era una amigable atención, estabilidad y verdadera simpatía, sin excesos sensibleros.

Aquella noche hablaba de Jeremy, conversación no apta para llegar al romance si hubiera alguna perspectiva de llegar a él. Lo que más inquietaba a Jonas era no haber sido capaz de reconocer signos congénitos de locura en Jeremy.

Jeremy había sido callado, prefiriendo siempre incluso de niño estar solo. Esto se atribuía a la timidez. Desde su más temprana edad no mostraba interés por los juguetes debido a su gran inteligencia y seriedad. Ahora en cambio, todos aquellos aeromodelos intactos, juegos, pelotas y "Construcciones Erector" eran inquietantes muestras de que su vida de fantasía interior encerraba más riqueza de la que podían proporcionar Tonka, Mattel o Lionel.

—No podía soportar que le dieran un beso sin hacer una mueca de rechazo — recordaba Jonas—. Cuando tenía que devolver el beso, siempre besaba el aire, sin arrimar los labios a la mejilla del otro.

—Hay muchos niños con dificultades para demostrar cosas —insistió Kari. Sacó la botella de vino de la cubeta, se inclinó hacia delante y volvió a llenar el vaso que él sostenía—. Eso no parece sino otro aspecto de la timidez. La timidez y la humildad no son defectos, y nadie podía esperar que tú lo vieras de otra forma.

—Pero aquello no era humildad —apuntó él, tristemente—. Era incapacidad para sentir, para amar.

—Jonas, no puedes seguir atormentándote de esta forma.

—¿Y si Marion y Stephanie no hubieran sido sus primeras víctimas?

—Tienen que haberlo sido.

—Pero, ¿y si no lo fueran?

—Un muchacho adolescente puede cometer un crimen, pero no puede tener la astucia necesaria para escapar a la justicia durante mucho tiempo.

—¿Y si hubiera vuelto a matar desde que se fugó del hospital de rehabilitación?

—Probablemente se haya convertido en una víctima, Jonas.

—No. Él no es de ese tipo de personas.

—Seguramente estará muerto.

—Por mi culpa está por ahí, en alguna parte.

Jonas extendió la mirada sobre el vasto panorama de luces. La civilización yacía en toda su rutilante maravilla, en toda su deslumbrante gloria, en todo su luminoso terror.

Se acercaban a la autopista de San Diego, la Interestatal.

—Al Sur. Se ha ido hacia el Sur —dijo Hatch.

Lindsey puso el intermitente y cogió el carril de entrada en el momento preciso. Al principio volvía la vista hacia Hatch siempre que le era posible apartarla de la carretera, esperando que le dijese qué veía o recibía del hombre a quien perseguían. Pero al cabo de un rato, como él prescindía de ella, optó por centrar su atención en la autopista. Sospechaba que su mutismo obedecía simplemente a que estaba viendo muy poco, a que la comunicación entre él y el asesino, o era muy débil o estaba a punto de romperse. No quería presionarle para que se lo contara, pues temía que al distraerle se perdiera totalmente la comunicación... y perdiera a Regina.

Hatch seguía sujetando el crucifijo. Lindsey podía ver con el rabillo del ojo cómo las puntas de los dedos de su mano izquierda seguían sin cesar los contornos de la figura moldeada en bronce que extendía los brazos sobre la cruz, imitación de madera de cornejo. Tenía la mirada ausente, como si para él no existiera la noche ni tuviera conciencia del automóvil en que viajaba.

Lindsey sabía que su vida se había convertido en algo tan surrealista como cualquiera de los cuadros que pintaba y sus experiencias sobrenaturales se yuxtaponían al consabido mundo vulgar. Los elementos dispares llenaban la composición: crucifijos, armas, visiones psíquicas y linternas. En sus cuadros se valía del surrealismo para esclarecer el tema, para dar más profundidad; en cambio en la vida real, cada intrusión en lo irreal servía sólo para confundirla y desorientarla más.

Hatch se estremeció y se inclinó hacia delante todo lo que le permitía el cinturón de seguridad, como si hubiera visto algo fantástico y aterrador cruzando la carretera, aunque ella sabía que no miraba realmente el asfalto.

—Está tomando la salida de la autopista. Al Este, en dirección a Ortega, a unos tres kilómetros.

Los faros de los coches que circulaban en sentido contrario obligaban a Vassago a cerrar los ojos a pesar de la protección que le prestaban las gafas negras. Mientras conducía miraba de vez en cuando a la inconsciente muchacha, sentada en el asiento de al lado, con la cabeza vuelta hacia él y la barbilla apoyada en el pecho. Aunque inclinaba la cabeza al frente y su cabello rojizo oscuro le caía a un lado del rostro, podía ver sus labios,

sujetos por el pañuelo que sostenía la mordaza, el lado de su naricita, un párpado cerrado y el otro a medio abrir —de largas pestañas— y parte de su lisa frente. Imaginó las posibles maneras en que podía desfigurarla y conseguir la ofrenda más eficaz. Ella encajaba perfectamente en sus propósitos. Su belleza estaba en entredicho por la deformidad de su pierna y su mano, por lo que constituía un símbolo de la falibilidad de Dios. Era un auténtico trofeo para su colección.

Se sentía frustrado de no haber logrado raptar a la madre, pero no renunciaba a la esperanza de conseguirla. Le cruzó la cabeza la idea de no matar aquella noche a la niña. Si lograba mantenerla con vida aunque sólo fuera unos días, podía intentar nuevamente capturar a Lindsey. Con las dos en sus manos al mismo tiempo, podría presentar sus cuerpos como una versión burlona de la Pieta de Miguel Angel, o descuartizarlas y coserlas juntas en una obscena mezcolanza altamente imaginativa. Antes de decidir lo que iba a hacer, esperaba a recibir orientaciones o sugerencias.

Cuando tomaba la rampa de la autopista de Ortega y giraba hacia el Este, pensó en lo mucho que Lindsey, mientras dibujaba en el tablero del estudio, le había recordado a su madre haciendo punto la tarde en que la mató. Cuando asesinó a su hermana y a su madre con el mismo cuchillo y a la misma hora, su corazón le aseguró que se había ganado la entrada en el Infierno. Tan convencido estaba de ello, que dio el paso final clavándose el cuchillo a sí mismo.

Había leído un libro publicado clandestinamente que le describía la ruta de la condenación. Se titulaba *Escondido* y estaba escrito por un condenado, un asesino llamado Thomas Nicene, que había dado muerte a su propia madre y a su hermano, y luego se había suicidado. Sus planes cuidadosamente urdidos para descender a los Infiernos fueron malogrados por un equipo de socorristas con demasiada vocación y un poco de suerte. Nicene fue resucitado, curado, detenido, juzgado por asesinato y condenado a muerte. Las reglas de la sociedad dejaban bien claro que el individuo nunca debía poseer el poder para matar, ni siquiera el derecho a elegir su propia muerte.

Mientras esperaba el día de su ejecución, Thomas Nicene había descrito las visiones del Infierno que había experimentado durante el tiempo que había estado al borde de la vida, antes de que los socorristas le negaran la eternidad. Sus manuscritos fueron sacados clandestinamente de la prisión y puestos en manos de seguidores creyentes que los imprimieron y distribuyeron. El libro de Nicene estaba lleno de poderosas y convincentes imágenes de las tinieblas y el frío, no del clásico fuego de los infiernos, sino de visiones de vastos espacios y desiertos helados. Atisbando por la puerta de la Muerte y la del Infierno que había más allá, Thomas había visto titánicos poderes trabajando en misteriosas estructuras. Demonios de colosal tamaño y resistencia andaban a grandes zancadas por entre la niebla de la noche sobre continentes sin luz, en misiones desconocidas, todos vestidos de negro, con una esclavina colgante y un casco negro en la cabeza provisto de un aro encendido. Había visto mares tenebrosos que golpeaban unas costas negras bajo cielos sin luna ni estrellas, dando la sensación de ser un mundo subterráneo. Barcos enormes, sin ventanas, herméticos, impulsados a través de unas olas tétricas por potentes máquinas que producían un ruido semejante a los gritos angustiados de las multitudes.

Cuando Jeremy leyó las palabras de Nicene supo que eran más ciertas que todas las



impresas hasta entonces sobre el papel y resolvió seguir el ejemplo de aquel gran hombre. Marion y Stephanie se convirtieron así en su pasaje hacia el exótico e inmensamente atractivo inframundo al que él pertenecía. Picó el billete con un cuchillo de carnicero y emprendió el viaje por sí solo a aquel oscuro reino, donde encontró precisamente lo que había prometido Nicene. Jamás imaginó que su fuga del odioso mundo de los vivos fuera frustrada, no por los socorristas, sino por su propio padre. Pero pronto se ganaría la repatriación al Infierno.

Vassago volvió a mirar a la muchacha y recordó lo que ella había sentido al estremecerse y caer inerte entre sus brazos. Un escalofrío de deliciosa anticipación le cruzó silenciosamente.

Durante un tiempo decidió matar a su padre, para saber si aquel acto le devolvía la ciudadanía del Hades. Estaba harto del viejo. Jonas Nyebern era un donante de vidas y parecía brillar con una luz interior que Vassago aborrecía. Sus primeros recuerdos de su padre aparecían rodeados de imágenes de Cristo, de los ángeles, de la Virgen María y de milagros; de motivos pictóricos coleccionados por Jonas con los que decoraba la casa. Y sólo dos años antes, su padre le había resucitado a él como Jesús había resucitado a Lázaro. Por consiguiente, no sólo consideraba a Jonas un enemigo, sino también una figura con poder, una encarnación de las fuerzas luminosas que se oponían a la voluntad del Infierno. Su padre, a no dudarlo, era un protegido, un intocable que vivía en la odiosa gracia de aquella otra deidad. Sus esperanzas pendían entonces de la mujer y de la muchacha. Ya se había hecho con una y tenía a la otra pendiente.

Pasó con el coche por las interminables calles en las que se alzaban las casas que habían surgido en los últimos seis años, desde que el "Mundo de la Fantasía" había sido abandonado. Y se alegró de que las multitudes de hipócritas amantes de la vida no se hubieran extendido hasta los límites de su especial escondite, que aún seguía aislado a kilómetros de distancia de las últimas urbanizaciones. A medida que las pobladas colinas iban pasando, a medida que las tierras se hacían gradualmente menos hospitalarias aunque todavía estuvieran pobladas, Vassago conducía más lentamente de lo que tenía por costumbre. Esperaba recibir una visión que le indicara si debía matar a la niña cuando llegase al parque, o si debía esperar a tener también a su madre.

Volvió la cabeza hacia ella y vio que le estaba observando. Los ojos de la muchacha brillaban a la luz reflejada del tablero de instrumentos. Se percató de que estaba muy asustada.

—Pobre niña —dijo—. No temas. ¿De acuerdo? No temas. Nos dirigimos a un parque de atracciones, eso es todo. Ya sabes, igual que "Disneylandia" o la "Montaña Mágica".

Si no lograra conseguir a su madre, tal vez buscara hacerse con otra niña, de la misma edad que Regina, que fuera particularmente bonita y tuviera cuatro miembros fuertes y las dos manos. Entonces podría reconstruir a aquella niña con el brazo, la mano y la pierna de la otra, como dando a entender que él, un simple expatriado del Infierno de veinte años, podía hacer un trabajo mejor que el del creador. Esto aportaría una buena pieza a su colección, una singular obra de arte. Se quedó escuchando el ruido contenido del motor, el murmullo de las ruedas en la carretera y el leve silbido del viento en las

ventanillas.

Estaba esperando la llegada de la Epifanía, que le dieran una orientación, que le dijeran lo que debía hacer. Esperando... esperando, una visión que contemplar.

Antes de llegar a la rampa de la autopista de Ortega, Hatch recibió una ráfaga de imágenes, más extrañas que las percibidas hasta entonces. Ninguna duraba más de unos segundos, como si estuviera viendo un filme sin estructura narrativa. Veía mares tenebrosos que golpeaban unas costas negras bajo cielos sin luna ni estrellas. Barcos enormes, sin ventanas y herméticos, impulsados a través de las olas tétricas por potentes máquinas que producían un ruido semejante a los gritos angustiados de las multitudes. Colosales figuras demoníacas de treinta metros de altura, andando a grandes zancadas por extraños paisajes, con unas esclavinas negras flotando tras ellos y sus cabezas cubiertas por negros cascos tan brillantes como el cristal. Titánicas máquinas semiocultas, trabajando sobre estructuras monumentales por cuyo diseño resultaba imposible conjeturar cuáles eran sus funciones y propósitos.

Aquel horrible paisaje se le pintaba a veces con vivos y sobrecogedores detalles, pero otras sólo veía sus descripciones a través de las palabras impresas en las páginas del libro. Si existía, debía ser en algún mundo lejano porque aquello no era de esta tierra. Pero no estaba seguro de que lo que estaba recibiendo fueran imágenes de un mundo real o incluso imaginario. A veces le parecía el vivo retrato de alguna calle de Laguna, mientras que otras semejaba un fino papel de seda.

Jonas regresó al salón con una caja de objetos que había cogido de la habitación de Jeremy y la puso junto a su sillón. Sacó de la caja un pequeño libro, muy mal impreso, que llevaba por título *Escondido*, y se lo tendió a Kari, que se quedó mirándolo como si hubiera recibido un objeto manchado de porquería.

—Ya puedes arrugar la nariz al olerlo —dijo él, cogiendo su copa de vino y acercándose a la ventana—. No son más que disparates. Extravagantes, pero disparates. Su autor era un asesino convicto que decía haber visto el Infierno. Permíteme que te diga que no se parece en nada a la descripción hecha por Dante. ¡Oh!, es pintoresco y posee una fuerza innegable. En realidad, para cualquier joven psicópata con delirios de grandeza y cierta inclinación a la violencia, con los niveles de testosterona anormalmente altos que suelen acompañar a una mentalidad así, el Infierno que el autor describe constituiría su definitivo orgasmo de poder. Lo devoraría y sería incapaz de quitárselo de la cabeza. Lo anhelaría, haría lo que fuera para participar de ello, para conseguir la condenación.

Kari dejó el libro a un lado y se limpió las yemas de los dedos sobre la manga de la blusa.

—Este autor, Thomas Nicene..., ¿dices que mató a su madre?

—Sí. A su madre y a su hermano. Empezó dando ejemplo. —Jonas sabía que estaba bebiendo demasiado, pero tomó otro largo trago de su copa. Apartó la vista de la ventana y dijo—: ¿Y sabes qué es lo que hace todo eso tan seguro, tan patéticamente absurdo? Si lees ese maldito libro tratando de entenderlo, como hice yo, y no eres un loco dispuesto a creerlo te darás cuenta en seguida de que Nicene no está relatando lo que vio en el Infierno. Se ha inspirado en una fuente tan estúpidamente absurda como ridícula. Kari, su

Infierno no es otra cosa que el Imperio del Mal de las películas de *La guerra de las galaxias*, con algunos cambios, ampliada y filmada a través de la lente de la mitología religiosa, pero sigue siendo *La guerra de las galaxias*. —Se le escapó una risa amarga, que ahogó con más vino—. Por amor de Dios, si sus demonios no son más que versiones de Darth Vader con treinta metros de altura. Lee su descripción de Satán y luego vete a ver cualquier película donde participe Jabba el Hut. Si crees a ese lunático, Jabba el Hut es el sustituto de Satán. —Una copa más de vino blanco, y otra—. Marion y Stephanie murieron... —Un sorbo. Un sorbo demasiado largo, casi media copa—, murieron para que Jeremy pudiese entrar en el Infierno y experimentar grandes aventuras, negras y antiheroicas, al maldito estilo de Darth Vader.

La había ofendido o intranquilizado; probablemente las dos cosas. No era su intención y lo lamentó. No estaba seguro de por qué lo había hecho. Tal vez para desahogarse. No lo había hecho nunca, y no sabía por qué había elegido aquella noche para hacerlo... Sólo sabía que la desaparición de Morton Redlow le había asustado más que ninguna otra cosa desde que había encontrado los cuerpos de su mujer y su hija. Kari, en vez de servirse más vino, se levantó de su asiento.

—Creo que deberíamos de preparar algo para cenar.

—No tengo apetito —repuso él con un timbre de embriaguez en la voz—. Bueno, tal vez debiéramos comer algo.

—Podríamos ir a algún sitio —propuso ella, cogiéndole la copa de vino de la mano y depositándola en la mesita más próxima. Su cara aparecía muy bella, iluminada por el resplandor dorado de la luz exterior que entraba por las ventanas, procedente de la telaraña de ciudades que había a sus pies—. O encargar una pizza.

—¿Qué te parece un poco de carne? Tengo unos filetes en el congelador.

—Tardaremos mucho.

—¡Qué va! Lo justo de descongelarlos en el microondas y ponerlos en la parrilla. En la cocina hay una gran parrilla Gaggenau.

—Bueno, si lo prefieres así.

Se miraron. La mirada de ella era tan clara, penetrante y directa como siempre, pero Jonas advertía en sus ojos más ternura que nunca. Imaginó que ello obedecía a la misma preocupación que mostraba por sus jóvenes pacientes, lo cual había hecho de ella una pediatra de primera fila. A lo mejor también había mostrado aquella misma ternura por él antes y no se había percatado hasta ahora. O tal vez ella se diera cuenta ahora por primera vez de lo mucho que él necesitaba que le cuidaran.

—Gracias, Kari.

—¿Por qué?

—Por ser como eres —respondió él. Le rodeó el hombro y se dirigió con ella hacia la cocina.

Entremezcladas con visiones de máquinas gigantescas, mares oscuros y colosales figuras demoníacas, Hatch percibía un conjunto de imágenes de otro tipo: la Virgen María en oración. Cristo con los apóstoles en la Última Cena. Cristo en Getsemaní. Cristo agonizando en la cruz. La ascensión de Cristo. Reconoció en ellas los cuadros que Jonas

Nyebern podía haber coleccionado en un tiempo u otro. Pertenecían a épocas y estilos diferentes a los que él había visto en su consulta particular, pero tenían la misma espiritualidad. En su subconsciente se había establecido una conexión, un enlace de cables, cuyo significado todavía desconocía.

Y más visiones: la autopista de Ortega. Vislumbres de paisajes nocturnos desenrollándose a los lados de un coche que avanza hacia el Este. Un panel de instrumentos. Unos faros que vienen de frente y le obligan a veces a parpadear. Y, de repente, Regina. Regina vista a la luz que arroja el mismo tablero de instrumentos. Tiene los ojos cerrados, la cabeza hacia delante y la boca llena de algo sujeto por un pañuelo. Ella abre los ojos. Al ver los aterrados ojos de Regina, Hatch emerge de sus visiones igual que un nadador que sale de debajo del agua en busca de aire.

— ¡Está viva!

Mira a Lindsey y ésta aparta la vista de la carretera y le mira a él.

— Pero tú no habías dicho que no lo estuviera.

Hasta aquel momento él no había reparado en la poca fe que había tenido respecto a que la niña continuara viva. Antes de que tuviera valor para apartar la vista de aquellos ojos grises que resplandecían a la luz amarilla de los instrumentos del coche del asesino, Hatch se vio asaltado por nuevas visiones de clarividencia que le aporrearón con tanta fuerza como una serie de puñetazos reales. Por entre las lóbregas sombras asomaban unas figuras contrahechas. Formas humanas en posturas inverosímiles. Vio a una mujer tan marchita y seca como un amaranto, a otra en un repugnante estado de putrefacción, una cara momificada de sexo indeterminado, una mano tumefacta de color negro verdoso alzada en horrible súplica. La colección. Su colección. Volvió a ver el rostro de Regina, con los ojos abiertos, revelada a la luz del tablero de instrumentos. ¡Cuántas formas de desfigurar, mutilar, mofarse de la obra de Dios! Regina. *Pobre niña. No temas. ¿De acuerdo? No temas. Nos dirigimos a un parque de atracciones, eso es todo. Ya sabes, igual que "Disneylandia" o la "Montaña Mágica"*. ¡Qué bien encajará en mi colección! Cadáveres, como fusión de las artes, sostenidos mediante cables, varillas de hierro, bloques de madera. Vio gritos congelados, silenciados para siempre. Esqueléticas fauces, mantenidas abiertas en un eterno aullido de misericordia. La preciosa colección. Regina, dulce niña, preciosa niña, ¡qué exquisita adquisición!

Hatch salió de su trance y empezó a tirar salvajemente del cinturón de seguridad, sintiendo que le oprimía como si fueran cables, correas y cordeles constrictores. Quería arrancarse las ataduras, como se afanaría por rasgar las ropas de su mortaja la víctima de un entierro prematuro. Se dio cuenta de que también él estaba gritando y queriendo aspirar aire, como si temiera asfixiarse, y que luego lo expulsaba de golpe con grandes exhalaciones explosivas. Oyó que Lindsey pronunciaba su nombre y comprendió que la estaba aterrorizando, pero no pudo cesar de agitarse ni de gritar durante largos segundos, hasta que dio con el botón del cinturón de seguridad y logró soltarlo.

Después, se encontró totalmente de vuelta en el Mitsubishi, roto por el momento su contacto con aquel loco. Los horrores de la colección habían disminuido pero en modo alguno los había olvidado. Se volvió hacia Lindsey y recordó la entereza que había tenido en las aguas heladas de aquel río de montaña, la noche en que le salvó la vida. Iba a

necesitar aquella noche toda aquella fortaleza y más.

—Se dirige al "Mundo de la Fantasía" —explicó, apremiantemente—, donde se produjo el incendio hace años, abandonado en la actualidad. ¡Por Dios, Lindsey, corre más velozmente que en toda tu vida, pisa a fondo el acelerador, que ese hijo de puta, ese maldito loco se la lleva entre los muertos!

Y corrieron como si volaran. Aunque ella no había entendido nada de lo que acababa de oír, de repente volaron en dirección Este más rápidamente de lo que resultaba seguro en aquella carretera. Dejaron atrás los últimos núcleos de luces estrechamente agrupadas y abandonaron la civilización para internarse en unas regiones cada vez más oscuras.

Kari fue a buscar en el frigorífico algo para preparar una ensalada y Jonas se dirigió mientras al garaje para sacar un par de trozos de carne del congelador, de dos puertas. Los tragaluces del garaje dejaban entrar el aire fresco de la noche y eso le resultó gratificante. Permaneció un rato junto al interior de la puerta de la casa, aspirando lentamente unas profundas bocanadas de aire para aclararse un poco la cabeza. Lo que verdaderamente le apetecía era beber más vino, pero no deseaba que Kari le viera borracho. Además, aunque no tenía en la agenda ninguna intervención quirúrgica para el día siguiente, nunca se podía asegurar que una emergencia no iba a requerir los servicios especiales del equipo de reanimación. Y él se sentía responsable de aquellos posibles pacientes.

Durante sus horas más sombrías, pensaba a veces si no debería abandonar el campo de la medicina de reanimación para dedicarse de lleno a la cirugía cardiovascular. Cuando veía que un paciente reanimado se reintegraba a una vida útil de trabajo, familia y servicio, sentía la recompensa más dulce que el hombre podía conocer nunca. Pero en los momentos críticos, cuando el candidato para la resurrección estaba tendido sobre la mesa, Jonas raramente sabía nada de él, lo que significaba que podía traer de nuevo el mal al mundo después de que el mundo le hubiera arrojado de su seno. Esto era para él más que un dilema moral; era un peso que aplastaba su conciencia. Como creyente que era —aunque no exento de dudas— había depositado hasta entonces su confianza en que Dios le guiaría, llegando a la conclusión de que Dios le había otorgado la inteligencia y la habilidad que poseía para que hiciera uso de ellas, y de que no era incumbencia suya anticiparse a Dios y negar sus servicios a ningún paciente.

Jeremy, por supuesto, había constituido un nuevo e inquietante factor en la ecuación. Si él había resucitado a Jeremy y éste había matado a personas inocentes... ¡Qué espantosa reflexión! El aire fresco dejó de ser gratificante y le penetró por los intersticios de la espina dorsal.

De acuerdo, la cena. Dos bistecs. Filet mignon. Poco asados, con algo de salsa Worcestershire. Ensalada sin aderezo salvo un chorrito de limón y una pizca de pimienta negra. A lo mejor tenía algo de apetito. No comía mucha carne roja, era un gusto raro en él. Después de todo, era un cirujano cardiovascular y conocía mejor que nadie los horribles efectos de una dieta rica en grasas.

Jonas se acercó al rincón donde estaba el congelador. Pulsó el pestillo y levantó la tapa. Dentro yacía Morton Redlow, el que fuera detective de la "Agencia Redlow", pálido y gris como una estatua esculpida en mármol, pero no oscurecido todavía gracias a una capa

de hielo. Su cara tenía un refregón de sangre helada convertida en una frágil costra y en el lugar de la nariz había una horrenda oquedad. Tenía los ojos abiertos. Para siempre.

Jonas no retrocedió. Como cirujano, estaba tan familiarizado con los horrores como con las maravillas de la biología, y no era fácil que sintiera repugnancia ante nada. Pero algo se marchitó dentro de él cuando vio a Redlow. Algo murió en su interior. Su corazón se quedó tan frío como el del detective que tenía delante. De alguna manera, supo que era un hombre acabado. Ya no iba a confiar en Dios. Jamás. ¿Qué Dios? Pero no sintió náuseas ni se vio forzado a volver la cabeza de asco.

Se fijó en que Redlow tenía una nota doblada en la rígida mano derecha. El muerto se la dejó quitar fácilmente, pues sus dedos se habían contraído durante el proceso de congelación y, al encogerse, se había retirado del papel, metido por la fuerza entre ellos. Aturdido, desplegó el papel y reconoció inmediatamente la clara caligrafía de su hijo. Su afasia posterior al estado de coma había sido simulada. Su retardo había sido una estratagema hábilmente urdida.

La nota decía: *Querido papá: Para que el entierro sea completo necesitaréis saber dónde está la nariz. Mirale en la nuca. Él se inmiscuyó en mis asuntos, así que yo me he inmiscuido en los suyos. Si hubiera empleado otros modales, le habría tratado mejor. Siento, señor, que le moleste mi comportamiento.*

Lindsey conducía con la mayor urgencia, poniendo el Mitsubishi al límite de su rendimiento y descubriendo todos los defectos de planificación de una carretera no siempre diseñada para la velocidad. El tráfico, disminuía a medida que avanzaban hacia el Este lo que fue una suerte cuando traspasaron la línea divisoria en la mitad de una curva demasiado cerrada. Cuando se hubo abrochado de nuevo el cinturón de seguridad, Hatch se valió del teléfono del coche para obtener el servicio de información el número del despacho de Jonas Nyebern. Marcó el número y le respondió en el acto una operadora del servicio médico, que se quedó atónita al recibir el mensaje. Aunque la operadora parecía sincera en su promesa de pasar el recado al doctor, Hatch desconfió de que su definición de "inmediatamente" y la de ella coincidieran.

Veía ahora con perfecta claridad las connotaciones del caso pero sabía que no podía haberlas visto antes. La pregunta que le había hecho Jonas en su despacho el lunes adquiriría ahora un significado nuevo: "*¿Cree usted —le había preguntado— que el mal es sólo el resultado de los actos del hombre, o una fuerza auténtica, una presencia que anda sobre la tierra?*" El relato que le había hecho Jonas de la pérdida de su esposa e hija a manos de un hijo homicida y psicópata, y el propio suicidio de este hijo, enlazaban ahora con la visión de la mujer haciendo punto. La colección del padre. La colección del hijo. El aspecto satánico de sus visiones era lo que se podía esperar de un mal hijo en loca rebelión contra un padre para quien la religión era lo más importante después de la vida. Y por último... Hatch y Jeremy Nyebern compartían un innegable vínculo: la milagrosa resurrección a manos del mismo hombre.

—¿Y eso qué explica? —demandó Lindsey, cuando él le contó algo más de lo que le había dicho a la operadora del servicio médico.

—No lo sé.

No se le ocurría nada, salvo lo que había captado en aquellas últimas visiones, menos de la mitad de lo que entendía la parte que había comprendido —la naturaleza de la colección de Jeremy— le llenaba de pánico por Regina. Lindsey al no haber visto como Hatch la colección, centraba más su empeño en el misterioso vínculo, pensando que en cierto modo se explicaría —aunque no del todo— si conocieran la identidad del asesino de las gafas negras.

—¿Qué hay de esas visiones? ¿De qué manera encajan en el asunto? —insistía ella, tratando de encontrar algún sentido en lo sobrenatural, quizá de una forma similar al que hallaba en el mundo reduciéndolo a ordenadas imágenes de Masonita.

—No lo sé —respondió él.

—Ese vínculo que te está permitiendo seguirle...

—No lo sé.

Dobló una curva sin girar mucho el volante y el coche se salió de la carretera e invadió el arcén de grava. Derrapó la zaga del coche y la grava saltó de entre las ruedas, mandando una granizada contra los bajos. La valla de la carretera destelló cerca, muy cerca, y el coche rebotó sucesivamente sobre la dura plancha de la valla metálica. Lindsey recuperó el control del automóvil mediante un descomunal alarde de voluntad, mordiéndose con tanta fuerza el labio inferior que pareció hacerse sangre.

Aunque Hatch era consciente de que Lindsey conducía el coche a una velocidad impensable en una carretera que a veces presentaba curvas peligrosas, le resultaba imposible apartar su mente de la atrocidad que había captado su mente. Cuanto más pensaba en que Regina podía engrosar aquella colección, más aumentaba su temor y su ira. Era la misma rabia furiosa e incontenible que había visto tan a menudo en su padre, pero dirigida ahora contra algo merecedor de ella, contra un objetivo digno de tan intenso furor.

Vassago se acercaba ya al camino de entrada al abandonado parque y dejó de mirar la ahora solitaria carretera para volverse hacia la niña, atada y amordazada en el asiento contiguo. Aunque la luz era escasa, se dio cuenta de que había estado haciendo esfuerzos para desatarse. Tenía las muñecas erosionadas y empezando a sangrar. La pequeña Regina esperaba poder liberarse, abrirse paso y escapar, pese a que la situación no le brindaba muchas esperanzas. ¡Qué vitalidad! Eso le emocionó.

Era una niña tan especial, que podría prescindir totalmente de la madre en cuanto encontrase la forma de colocarla en su colección, a manera de obra maestra, con toda la fuerza de los cuadros vivos madre-hija que ya había concebido.

No le había inquietado conducir despacio. Ahora, tras abandonar la carretera y tomar el largo camino de aproximación al parque, aceleró la marcha, deseoso de volver al museo de la muerte, esperando que aquella atmósfera le inspirase.

Años atrás, la entrada de cuatro carriles había estado bordeada por exuberantes flores, arbustos y palmerales. Los árboles y los arbustos más grandes habían sido arrancados, plantados en macetas y llevados de allí hacía siglos por los agentes de los acreedores. Las flores se habían muerto y convertido en polvo cuando cortaron el sistema de riego artificial.

El sur de California era un desierto transformado por la mano del hombre y, cuando faltaba ésta, el desierto reivindicaba su legítimo territorio. ¡Cuán propio era eso del genio de la Humanidad, de las imperfectas criaturas de Dios! El pavimento se había agrietado y ondulado por los años de abandono y en algunos puntos empezaba a desaparecer bajo los bancos de un suelo arenoso. Las luces de los faros revelaron amarantos y otros restos de malezas del desierto, ya denegrido sólo seis semanas después de que acabara la estación lluviosa, bajo el impulso de un viento nocturno procedente de las sedientas colinas.

Al llegar a las cabinas de peaje aflojó la marcha. Estas cabinas cubrían los cuatro carriles existentes y continuaban allí como una barrera frente a la exploración fácil del parque, cerrado y protegido por una valla de cadenas tan gruesas que no podían ser cortadas con simples cizallas. Las taquillas, en otro tiempo vigiladas por los guardianes, aparecían ahora invadidas por la hojarasca que arrastraba el viento o por las basuras que arrojaban los gamberros. Rodeó las cabinas, saltando a trompicones por un pequeño bordillo. Atravesó un terreno de macizos de plantas cuarteado por el sol, donde el exuberante paisaje tropical había bloqueado el paso tiempo atrás, y volvió a incorporarse al camino después de rodear la barrera. Al final del sendero de acceso apagó los faros del coche. No los necesitaba y ya no corría el peligro de que le detuviese algún patrullero de carretera por conducir sin luces. Sus ojos se sintieron inmediatamente más cómodos. Si sus perseguidores se aproximaban a él ahora, no podrían seguirle con las luces apagadas.

Cruzó en diagonal el inmenso aparcamiento, aterradoramente vacío, y se dirigió hacia una carretera de servicio que había en el extremo sudeste de la valla interior que rodeaba los terrenos del parque propiamente dicho.

Mientras el Honda traqueteaba sobre los baches del asfalto, Vassago apuraba su imaginación, un atareado picadero de laboriosidad psicópata, buscando soluciones a los problemas artísticos que presentaba la niña. Concebía y rechazaba un concepto tras otro. La imagen debía conmocionarle, excitarle. Si resultara arte auténtico, él lo sabría y se sentiría impresionado.

Mientras Vassago imaginaba deleitosas imágenes de torturas para Regina, captaba otra extraña presencia devorada por una rabia singular en medio de la noche. De repente, se zambulló en otra visión psicópata, una ráfaga de elementos que le eran conocidos, con un nuevo aditamento crucial: captó un vislumbre de Lindsey al volante de un coche... el teléfono de un coche en la mano temblorosa de un hombre... y luego un objeto que resolvió en el acto su dilema artístico... un crucifijo. El cuerpo clavado y torturado de Cristo en su famosa postura de noble inmolación. Desechó aquella imagen, miró a la petrificada niña que iba con él en el coche, la descartó también y entonces mentalmente una combinación de las dos: niña y cruz. Usaría a Regina como mofa de la Crucifixión. Sí, estupendo, perfecto. Pero no la clavaría en la cruz de madera. Debía ser ejecutada sobre el segmentado vientre de la Serpiente, bajo el seno del monumental Lucifer, en las regiones más profundas de la Casa de las Sorpresas. La crucificaría y exhibiría su sacrificado corazón, como trasfondo de toda su colección. Un uso tan despiadado y maravilloso que ella le eximía de la necesidad de incluir a su madre, pues ella sola, colocada en una postura así, bastaría para culminar su obra.



Hatch trataba desesperadamente de ponerse en contacto telefónico con el coche patrulla del Departamento del sheriff del condado de Orange. "Veía" imágenes de Regina desfigurada en multitud de formas y empezó a temblar de rabia. Luego le golpeó la visión de una crucifixión; era tan contundente, tan viva y tan monstruosa, que casi le hizo perder la conciencia, igual que si le hubieran propinado un violento mazazo en el cráneo.

Urgió a Lindsey a que acelerase la marcha, sin contarle lo que había visto. No podía hablar de ello. El terror de Hatch fue en aumento al comprender perfectamente la acción que intentaba llevar a cabo Jeremy perpetrando aquella atrocidad. ¿Se había equivocado Dios al haber hecho hombre a Su Unigénito Hijo? ¿Debía Jesucristo haber sido mujer? ¿No era la mujer la que más había sufrido y, por ende, servido como el símbolo más grande de la abnegación, la gracia y la trascendencia? Dios había otorgado a la mujer una sensibilidad especial, un talento para la comprensión y la ternura, para el amor y los cuidados... Y luego la había arrojado a un mundo de salvaje violencia en el que sus singulares cualidades la convertían en blanco fácil de la crueldad y la depravación. Esa verdad ya entrañaba suficiente horror en sí misma pero, para Hatch, el horror aumentaba todavía más al descubrir que esa compleja idea podía tenerla cualquier persona tan perturbada como Jeremy Nyebern. Si un loco homicida podía percibir tal verdad y calar en sus implicaciones teológicas, entonces la misma creación tendría que ser un manicomio. Porque si el universo fuese un espacio racional, los locos no serían capaces de entender ningún pedazo del mismo.

Lindsey llegó a la carretera que conducía al "Mundo de la Fantasía" y tomó una curva cerrada a tal velocidad que la trasera del Mitsubishi derrapó, y, durante un momento, dio la sensación de ir a volcar. Pero se mantuvo sobre las cuatro ruedas. Lindsey se agarró bien al volante, recuperó la estabilidad y pisó a fondo el acelerador.

¡A Regina no! ¡Jeremy no llevaría a cabo su loca idea con aquella criatura inocente! Hatch estaba dispuesto a morir para impedirlo. El pánico y la rabia fluían a él por igual, a torrentes. La carcasa de plástico del radioteléfono crujía en su mano derecha, como si la presión del puño fuera a destruirla con la facilidad de un cascarón de huevo.

Al frente aparecieron las cabinas de peaje. Lindsey, indecisa, pisó el freno, pero luego pareció percatarse, al mismo tiempo que Hatch, de las huellas de neumáticos que se desviaban sobre el terreno arenoso. Dobló el volante hacia la derecha y saltó rebotando sobre el bordillo de hormigón de lo que en otros tiempos había sido un macizo de flores.

Hatch reprimió su cólera para no ser víctima de ella, como lo había sido siempre su padre, pues si no se dominaba Regina moriría inevitablemente. Trató otra vez de hacer una llamada de emergencia al teléfono 911, procurando conservar la sensatez. No debía rebajarse al nivel de la inmundicia andante por cuyos ojos había visto las muñecas atadas y el rostro de terror de la niña.

La corriente de rabia que fluía hacia Vassago por el hilo telepático le excitaba y multiplicaba su odio, convenciéndole de que no debía esperar a poseer a la mujer y a la niña. La perspectiva de una sola crucifixión le proporcionaba ya tal riqueza de odio y provocación, que pensó que su concepción artística encerraba de por sí fuerza suficiente. Una vez ejecutada su idea en los ojos grises de la niña, su arte le volvería a abrir las

puertas del Infierno.

Se vio obligado a detener el Honda al llegar a la entrada de la carretera de servicios, cuya cancela parecía cerrada con un candado. Hacía tiempo que él mismo había roto el voluminoso candado y ahora pendía de su pasador únicamente para dar la sensación de que estaba intacto. Se apeó del coche, abrió la cancela, la cruzó con el automóvil y volvió a apearse para cerrarla. Decidió no dejar el Honda en el garaje subterráneo ni seguir a pie por las catacumbas hasta el museo de la muerte. No tenía tiempo. Los lentos pero tozudos paladines de Dios iban pisándole los talones y tenía mucho que hacer en los pocos minutos de que disponía. No era miedo, sino que necesitaba tiempo. Todos los artistas necesitaban tiempo. Para ganar unos minutos, tendría que bajar conduciendo por los anchos pasadizos peatonales, por entre los decadentes y desiertos pabellones para aparcar delante de la Casa de las Sorpresas. Seguiría después con la niña por la desecada laguna, pasaría por las puertas de las góndolas, recorrería el túnel, aún con la cadena de arrastre en el piso de hormigón, y llegaría al Infierno por el camino más directo.

Lindsey entró en el aparcamiento mientras Hatch hablaba por el teléfono con el Departamento del sheriff. Las altas farolas del alumbrado no tenían luz. La vista se perdía en todas direcciones sobre el asfalto solitario. Cien metros al frente se alzaba, oscuro y en ruinas, el otrora luminoso castillo donde el público compraba los billetes de acceso al "Mundo de la Fantasía". Lindsey no detectó ningún rastro del coche de Jeremy Nyebern, ni había polvo suficiente en el asfalto, abandonado y barrido por el viento, para seguir las huellas de sus neumáticos. Continuó avanzando hasta aproximarle cuanto pudo al castillo y se detuvo ante la larga barrera de cabinas de tickets y postes de hormigón dispuestos para el control de las multitudes. Parecían masivas barricadas erigidas en una playa, fuertemente guardada, para impedir el desembarco de los tanques enemigos.

Hatch colgó violentamente el teléfono y Lindsey no supo cuál había sido el resultado de la conversación, que al final había fluctuado entre las súplicas y una enojada insistencia. No estaba segura de si los policías vendrían o no, pero su ansiedad era tan intensa que no quería perder el tiempo en preguntárselo. Sólo deseaba seguir adelante, adelante. Nada más entrar en el parque detuvo el coche, sin molestarse en parar el motor ni apagar las luces. Necesitaba los faros encendidos, un poco de luz en medio de la noche cerrada. Abrió enérgicamente la puerta, dispuesta a continuar a pie, pero él negó con la cabeza mientras cogía la Browning de al lado de sus pies.

— ¿Por qué?

— Ha entrado en coche por alguna parte. Creo que localizaré antes sus movimientos si seguimos su rastro y entramos por donde él ha entrado, estableciendo el vínculo entre los dos. Además, este sitio es condenadamente grande e iremos más rápidos en coche.

Ella se situó de nuevo tras el volante y embragó el Mitsubishi.

— ¿Por dónde? —inquirió.

Él dudó un segundo, tal vez una fracción de segundo, pero le pareció que en ese intervalo podían haber sido degolladas varias niñas indefensas.

— A la izquierda, tira hacia la izquierda, siguiendo la valla.

Vassago aparcó el coche junto a la laguna, paró el motor echó pie en tierra y se dirigió a abrir la puerta de la muchacha.

—Ya hemos llegado, ángel. Es un parque de atracciones como te he prometido. ¿No estás contenta?

La hizo girar sobre el asiento para bajar las piernas del coche. Sacó su navaja automática del bolsillo de la chaqueta, pulsó el resorte haciendo saltar su afilada hoja y se la puso delante de la cara. Aunque había una delgada luna creciente y sus ojos no eran tan sensibles como los de él, Regina vio la cuchilla. El creciente terror que observó en la cara y los ojos de la niña ilusionó a Vassago.

—Voy a desatarte las piernas para que puedas andar —le dijo, cambiando de posición la hoja muy lentamente de manera que el filo cortante reflejó un trémulo brillo, semejante a un chorro de mercurio—. Si eres lo bastante estúpida para darme una patada o crees que puedes golpearme la cabeza y dejarme fuera de combate para escapar, eres tonta, ángel. No te dará resultado y tendré que hacerte un corte para que aprendas. ¿Me has oído, preciosa? ¿Entiendes?

Regina emitió un sonido ahogado a través del pañuelo que sujetaba su mordaza, como reconociendo el poder de Vassago.

—Buena chica —dijo él—. Muy lista. Vas a hacer un buen Niño Jesús, ¿verdad? Realmente, un buen Niñito Jesús.

Le cortó las ligaduras de los tobillos y la ayudó a salir del coche. A la niña le costaba trabajo mantenerse firme en pie, probablemente porque se le habían entumecido los músculos durante el viaje, pero él no la permitió caminar despacio. La agarró del brazo, con las muñecas atadas delante y la mordaza puesta, tiró de ella y se la llevó por delante del coche hacia la pared de contención que rodeaba la laguna de la Casa de las Sorpresas.

La pared de la laguna tenía sesenta centímetros de altura por fuera y el doble por dentro, donde una vez había contenido agua. La ayudó a saltar la pared y a bajar al suelo de cemento seco de la extensa laguna. Regina no soportaba que la tocara, aunque llevase puestos los guantes, pues sentía su frialdad a través de los guantes —o imaginaba sentirla—, y su fría y húmeda piel, y le daban ganas de gritar. Pero sabía perfectamente que no podía gritar con la mordaza tapándole la boca. Si intentaba chillar, sólo conseguiría ahogarse y tener problemas para respirar, así que dejó que la ayudara a saltar la pared. Aunque la cogía del brazo por encima del suéter, su contacto le producía unas náuseas tan intensas que pensó que iba a vomitar. Luchó para evitarlo al pensar que con la boca amordazada se ahogaría con su propia regurgitación.

A lo largo de diez años de adversidad, Regina había desarrollado numerosos trucos para sobrellevar los malos ratos. Conocía la táctica de pensar que "había cosas peores", imaginando que podían acaecerle cosas más terribles que las que estaban ocurriendo, lograba superarlo. Como pensar que estaba comiendo ratones mojados en chocolate, cuando se compadecía de sí misma por tener que comer jalea de lima con melocotones. Como pensar que además de sus otras incapacidades, era ciega. Después del tremendo golpe sufrido cuando los Dotterfield la rechazaron durante su primera adopción a prueba, a menudo había pasado varias horas con los ojos cerrados para demostrarse a sí misma lo que podía haber sufrido si sus ojos hubieran sido tan imperfectos como su brazo derecho.

Pero el truco de pensar que "había cosas peores" no le daba resultado ahora, porque no se le ocurría pensar en nada peor que lo que le estaba sucediendo con aquel extraño individuo vestido de negro, tocado con unas gafas de sol por la noche, que la llamaba "pequeña" y "preciosa". Tampoco le daba resultado ninguno de sus otros trucos.

El hombre la llevaba a remolque impacientemente por la laguna, mientras ella arrastraba la pierna derecha como si no pudiera andar deprisa. Necesitaba hacerle ir despacio para tener tiempo de pensar en algún nuevo truco.

Pero no era más que una niña y los trucos no surgían con tanta facilidad, aunque fuera una niña inteligente, ni siquiera en una niña que había pasado diez años ideando ingeniosos trucos para hacer creer a la gente que sabía cuidar de sí misma, que era dura, que no lloraba nunca. Finalmente, su bolsa de trucos estaba vacía y ella se sentía más asustada que en toda su vida.

Tirando de ella el hombre, pasaron por delante de unas enormes barcas, parecidas a las góndolas venecianas que ella había visto en las estampas. Pero éstas tenían una proa con dragones, semejantes a las embarcaciones vikingas. Con el desconocido tirando impacientemente de su brazo, cojeando pasó ante una pavorosa serpiente enroscada cuya cabeza era más grande que ella. El suelo de la laguna vacía estaba sembrado de hojas secas y papeles viejos. Los desechos se arremolinaban a su alrededor movidos por la brisa nocturna que soplab a veces impetuosamente con el sibilante chapoteo de un mar fantasma.

—Vamos, preciosa —dijo él con su voz suave como la miel, pero ruda—. Quiero que alcances tu Gólgota, como hizo Él. ¿No te parece justo? ¿Es pedirte demasiado? ¿Eh? No voy a insistir en que lleves también la cruz, ¿sabes? ¿Qué me dices, preciosa, quieres mover tu trasero?

Estaba aterrada. Ya no le quedaban trucos para superar aquello, ni tampoco para contener las lágrimas. Empezó a temblar y a llorar, y su pierna derecha le flaqueaba tanto ahora, de verdad, que no le permitía sostenerse en pie y mucho menos moverse tan aprisa como él demandaba. En el pasado, recurría a Dios en momentos como aquél, hablaba con Él, hablaba y hablaba con Él, porque nadie había hablado con Dios tan a menudo y tan sinceramente como había hecho ella desde que era pequeñita. Pero en el coche había estado hablando con Dios y no había notado que Él la escuchara. Durante años, todas las conversaciones que habían tenido habían sido en una sola dirección, era cierto, pero siempre había oído cómo Él la escuchaba; al menos barruntaba levemente Su lenta y firme respiración. Pero ahora sabía que Él no podía estar escuchándola, porque si estuviera allí, oyendo cuán desesperada estaba, no habría fallado en responderla. Él debía haberse ido a algún lugar desconocido y estaba más sola que nunca.

Cuando se sintió vencida por las lágrimas y la debilidad, y le fue imposible seguir adelante, el desconocido quiso levantarla. Era muy fuerte y no podía oponerle resistencia, pero tampoco se agarró a él. Se cruzó de brazos, apretó los puños y se apartó bruscamente.

—Déjame llevarte, Jesusito mío —dijo él—, mi dulce corderita; será un privilegio mío llevarte.

No había calor en su voz a pesar de la manera de hablar. Sólo odio y escarnio. Ella conocía aquel tono, lo había oído antes. Por mucho que intentes adaptarte y hacerte amigo

de la gente, algunos niños te odian y se apartan de ti al verte diferente y en sus voces se aprecia ese matiz. La transportó a través de las puertas abiertas, rotas y carcomidas, y penetró en una oscuridad ante la que se sintió totalmente indefensa.

Lindsey no se molestó siquiera en apearse del coche para ver si podía abrir la cancela. En cuanto Hatch le señaló el camino, pisó a fondo el acelerador y el coche embistió impetuosamente la cancela irrumpiendo en el recinto del parque, y acumulando nuevos daños, como la rotura de un faro. Por indicación de Hatch, avanzó por un camino destinado al servicio dando la vuelta a medio parque. A la izquierda había una alta valla cubierta por los nudosos y quebradizos restos de una parra que en otros tiempos había ocultado enteramente la reja metálica, pero que había acabado secándose por falta de riego. A la derecha se veían los esqueletos de unas construcciones demasiado sólidas que se resistían al desmantelamiento. También había fantásticas fachadas de edificios sostenidas por unos ángulos de soporte que podían verse desde atrás.

Abandonaron la carretera de servicio, se colaron por entre dos estructuras y tomaron lo que en otro tiempo había sido una zigzagueante avenida por la que las multitudes se movían por el parque. En medio de la noche se alzaba la noria más grande que jamás había visto, como si fueran los huesos de un leviatán roídos por extraños carroñeros. Delante de la inmensa estructura, junto a lo que parecía ser una laguna desecada, había un coche aparcado.

—La Casa de las Sorpresas —dijo Hatch. La había visto antes a través de otros ojos.

Tenía un tejado de varias cúpulas, como la carpa de un circo de tres pistas, y las paredes de estuco se estaban desintegrando. Lindsey sólo alcanzaba a ver la estrecha franja de la estructura por donde enfocaban los faros, pero no le agradaba nada de lo que veía. No era por naturaleza una mujer supersticiosa —aunque empezaba a serlo rápidamente a causa de las últimas experiencias—, pero percibía un aura de muerte en torno a la casa, igual que habría sentido el aire gélido que rodea a un bloque de hielo.

Aparcó detrás del otro coche, un Honda. Sus ocupantes lo habían abandonado tan apresuradamente que habían dejado abiertas las dos puertas delanteras y encendida la luz interior. Cogió la Browning y la linterna, se apeó del Mitsubishi y corrió a inspeccionar el interior del Honda. No había rastros de Regina.

Había descubierto que en un punto dado el miedo ya no podía crecer más. Cada nervio estaba a tope. Como el cerebro no podía procesar más entradas, se limitaba a sostener la cresta de terror que había alcanzado. Cada nuevo sobresalto, cada nuevo y terrible pensamiento no podía sumarse al terror ya existente porque el cerebro se desprendía de los datos anteriores para abrir sitio a los nuevos. Apenas podía recordar nada de lo acontecido en su casa, ni del alucinante viaje hasta el parque; casi todo ello se había borrado ya de su memoria, quedándole tan sólo algunos retazos. Ello la obligaba a centrar su atención ahora en el momento inminente.

Sobre el suelo, a sus pies, visible a la escasa luz que salía por la puerta abierta del coche había un trozo de recia cuerda de poco más de un metro de longitud, que enfocó con la linterna. Lo recogió y vio que había formado un lazo y después le habían cortado el nudo. Se lo tendió a Hatch.

—¡Con esta cuerda ha atado los tobillos de Regina! Luego la ha hecho caminar.

—¿Dónde están ahora?

El señaló con la linterna por encima de la laguna sin agua, más allá de las tres enormes góndolas grises, con unas prodigiosas puntas de mástiles, hacia un par de puertas de madera situadas en la base de la Casa de las Sorpresas. Una se pandeaba sobre sus rotas bisagras y la otra estaba totalmente abierta. La linterna, de cuatro pilas, podía proyectar un débil haz de luz sobre aquellas puertas, pero no lograba penetrar en la horrenda lóbreguez que había al otro lado.

Lindsey rodeó el coche y corrió hacia la pared de la laguna, aunque Hatch le gritó que esperase. No podía esperar ni un sólo instante más, imaginándose a Regina en manos del resucitado y psicópata hijo de Nyebern.

Cruzó la laguna y el temor que sentía por Regina era tan fuerte que la hacía olvidar su propia seguridad. Sin embargo, consciente de que también ella debía sobrevivir para que la muchacha tuviera una posibilidad de salvarse, dirigió su linterna a un lado y otro, temerosa de que la atacaran desde alguna de las gigantescas góndolas. Las hojas caídas y los papeles viejos danzaban al viento, valsando por el suelo de la laguna seca, pero a veces se levantaban en vertiginosos remolinos. Nada más se movía.

Hatch la alcanzó cuando llegaba a la entrada de la Casa de las Sorpresas. Se había retrasado un poco para atar la linterna al dorso del crucifijo con la cuerda. Ahora podía llevar las dos cosas en una sola mano, apuntando con la cabeza de Cristo hacia donde dirigiera la luz. Esto le dejaba libre la mano derecha para empuñar la Browning de 9 mm. La Mossberg la había dejado en el coche. Si hubiera atado la linterna al cañón de la escopeta, podría haber traído con él las dos armas, pero, evidentemente, consideraba el crucifijo un arma más poderosa que la Mossberg.

Lindsey no se explicaba por qué Hatch había traído aquella imagen del cuarto de Regina, ni creía tampoco que él mismo lo supiera. Vadeaban hasta la cintura el caudaloso y sucio río de lo desconocido y, además de la cruz, ella hubiera llevado de buena gana un collar de dientes de ajo, un frasquito de agua sagrada, unos cuantos perdigones de plata y cualquier cosa que pudiera servir de ayuda. Como artista que era, siempre había sabido que el mundo de los cinco sentidos, sólido y seguro, no era el todo de la existencia, y había incorporado aquella idea a su trabajo. Ahora lo estaba incorporando también al resto de su vida y se sorprendía de no haberlo hecho mucho tiempo antes. Escudriñando con ambas linternas la oscuridad que se abría ante de ellos, penetraron en la Casa de las Sorpresas.

Regina todavía no había agotado todos los trucos para defenderse en la vida, e inventó uno más. En las profundidades de su mente halló un hueco donde poder refugiarse, cerrar la puerta y quedar a salvo, un sitio que sólo ella conocía y en el que nunca podría ser encontrada. Era una pequeña habitación con las paredes de color melocotón, una suave iluminación y una cama pintada de flores. Una vez en su interior, la puerta sólo podía abrirse desde dentro. No tenía ventanas. Sumergida en el más hondo secreto de su intimidad, no importaba lo que le hicieran a su otro yo, ni lo que le hicieran a la Regina de carne y hueso en el odioso mundo exterior. La verdadera Regina estaría a salvo en su escondite libre de miedos y dolores, de lágrimas, dudas y tristezas. No llegaría

hasta ella ningún sonido de fuera de la habitación y mucho menos la voz inicuamente meliflua del hombre de negro. No podría ver nada del otro lado de la habitación, sólo vería las paredes de color melocotón, su cama pintada de rosas y la luz tenue, nunca la oscuridad. Nada del exterior de la habitación podría llegar hasta ella, y con seguridad no las manos rápidas y pálidas de aquel hombre, que se había despojado ahora de los guantes.

Y, lo más importante, el único olor de su santuario iba a ser la esencia de rosas, como las que había pintadas en su cama, de limpia y dulce fragancia. No percibía el hedor de las cosas muertas, ni el olor sofocante de la descomposición, capaz de inundar el fondo de la garganta de copiosos borbotones ácidos que amenazan con estrangular cuando la boca está llena de un trapo empapado en saliva. No, nada parecido a eso ocurría jamás en su habitación secreta, en su bendito aposento, en su refugio profundo y sagrado, seguro y solitario.

Algo le había sucedido a la muchacha. Aquella vitalidad que hasta entonces la hacía tan atrayente había desaparecido. Al depositarla en el suelo del Infierno, de espaldas a la base del ciclópeo Lucifer, pensó que se había desmayado. Pero no era cierto. Le tocó la frente, apoyó la mano contra su pecho, y notó que su corazón saltaba como un conejo con los cuartos traseros ya en las fauces del zorro. Nadie podía estar inconsciente con el corazón latiendo en aquella forma.

Además, tenía los ojos abiertos. Pero su mirada estaba inmóvil y perdida, como si no hubiera nada donde fijarla. Por descontado, ella no podía verle en la oscuridad como él podía verla a ella, ni, por la misma causa, podía ver nada más pero ésa no era la razón de que mirase a través de él. Le agitó las pestañas con la punta de los dedos y la chica no hizo ningún movimiento reflejo, ni siquiera parpadeó. Las lágrimas se secaban en sus mejillas y no brotaba ninguna más.

Estaba catatónica. La pequeña perra había cortado toda comunicación, había cerrado su mente, se había convertido en un vegetal. Esta actitud malograba todos sus propósitos. El valor de la ofrenda radicaba en la vitalidad de la víctima. Energía, vibración, dolor y pánico eran los fundamentos del arte. ¿Qué clase de ofrenda podía hacer él con su pequeño Cristo de ojos grises, si ella no estaba en condiciones de sufrir y expresar su agonía? Se sintió tan enojado, que no quiso seguir jugando con ella. Manteniendo la mano pegada contra su pecho, contra aquel corazón de conejo, sacó del bolsillo de la chaqueta la navaja automática y la abrió de golpe.

Dominarse.

Podía rajar su pecho ahora y gozar del intenso placer de sentir que el corazón dejaba de palpar en su mano. Pero él era un Maestro del Juego que conocía el significado y la trascendencia del control. Podía negarse a sí mismo aquellas transitorias emociones en favor de una recompensa más significativa y duradera. Dudó un instante y retiró la navaja.

El estaba por encima de aquello. Le sorprendió su propio desliz. Quizás ella saliera de su trance cuando ya estuviera preparado para incorporarla a su colección. De no ser así, estaba seguro de que con el primer clavo recobraría el sentido y se transformaría en la maravillosa obra de arte que sin duda llevaba dentro.

Se volvió hacia las herramientas que tenía apiladas en el extremo del arco de su actual colección. Allí había martillos y destornilladores, llaves inglesas y alicates, sierras y una caja de ingletes, una taladradora a pilas con un juego de brocas, tornillos y clavos, cuerdas y alambre, abrazaderas diversas y cuanto podría necesitar un artesano, todo comprado en "Sears" al darse cuenta de que, para distribuir y colocar cada pieza de su colección en la postura adecuada, era preciso construir mañosos soportes y, en un par de casos, telones de fondo temáticos. El material elegido no era tan fácil de trabajar como la pintura al óleo, la acuarela, la arcilla o el granito de escultor, pues la gravedad tendía a distorsionar rápidamente cada efecto conseguido. Sabía que andaba escaso de tiempo que le pisaban los talones aquellos que no entendían su arte y que, a la mañana siguiente, convertirían el parque de atracciones en un lugar imposible para él. Pero eso no importaba. Si conseguía sumar una pieza más a su colección, completándola y otorgándole la aprobación que ansiaba.

Había que apresurarse, pues. Lo primero que debía hacer, antes de poner en pie a la muchacha y asegurar su posición erguida, era ver si el material que componía el cuerpo segmentado de la serpiente de Lucifer admitía los clavos. Parecía que se trataba de goma dura, quizá de un plástico suave. Dependiendo del espesor, fragilidad o resistencia del material, el clavo se abriría paso a través de él con la misma facilidad que si fuese madera, o bien rebotaría y se doblaría. Si la falsa piel del diablo resultaba demasiado resistente, se vería obligado a usar la taladradora eléctrica en vez del martillo y brocas de cinco centímetros en lugar de clavos, pero ello no desvirtuaría la integridad artística de la pieza para darle un toque moderno a fin de reconstruir su antiguo ritual.

Levantó el martillo y apuntó con el clavo. Al primer martillazo lo hundió una cuarta parte de su longitud en el abdomen del Lucifer. Al segundo lo clavó hasta la mitad. Eso quería decir que los clavos darían resultado. Bajó la vista hacia la muchacha, que seguía sentada en el suelo apoyando la espalda contra la base de la estatua. Tampoco había mostrado ninguna reacción ante los golpes del martillo. Estaba decepcionado pero aún no desesperaba.

Antes de levantarla para ponerla en su lugar, Cogió sin pérdida de tiempo todo lo que iba a necesitar. Un par de unidades de dos por cuatro servirían de abrazaderas hasta que su adquisición estuviese firmemente sujeta en su sitio. Dos clavos, aparte de otro más largo y puntiagudo, que más bien podía llamarse escarpia. El martillo, por supuesto. Darse prisa. Unos clavos más pequeños, apenas poco más que tachuelas, algunas de las cuales podían hundirlas alrededor de la frente representando la corona de espinas. La navaja automática, con la que reproducir la herida de la lanza atribuida al insultante centurión. ¿Qué más? Pensar. Pensar, rápidamente ahora. No tenía vinagre ni esponja que empapar y, por consiguiente, no podía ofrecer aquel tradicional brebaje para humedecerle los labios resecaos, pero no creía que la ausencia de dicho detalle desvirtuara la composición.

Estaba dispuesto.

Hatch y Lindsey se habían internado en el túnel de las góndolas, avanzando lo más rápidamente que podían. Les frenaba sin embargo, la necesidad de escudriñar con las



linternas hasta donde alcanzaban sus focos el interior de los nichos y huecos de exhibición, del tamaño de habitaciones, que se presentaban a lo largo de las paredes. Los haces en movimiento de las linternas arrancaban sombras danzantes de las estalactitas, estalagmitas y demás formaciones rocosas artificiales, pero todos aquellos peligrosos espacios estaban vacíos.

Hasta ellos llegó entonces el eco de dos golpes amortiguados, igual que martillazos, provenientes de mucho más adentro, uno inmediatamente detrás del otro. Luego se reanudó el silencio.

—Está en alguna parte por ahí delante —susurró Lindsey— parece que lejos. Debemos ir más de prisa.

El asintió. Continuaron avanzando por el túnel sin examinar ya todas sus profundas oquedades, que cobijaron monstruos mecánicos en otros tiempos. Durante el recorrido volvió a establecerse otra vez el vínculo entre Hatch y Jeremy Nyebern. Percibía la excitación del loco, una necesidad obscena y palpitante, y captaba unas imágenes inconexas: clavos, una escarpia, un martillo, dos unidades de dos por cuatro, tachuelas diseminadas, la fina hoja de acero de una navaja automática que saltaba de dentro de su empuñadura impulsada por el resorte... Con una cólera que superaba el miedo resuelto a que sus visiones desorientadas no le impidieran seguir avanzando, Hatch llegó al final del túnel horizontal. Dio algunos traspiés por el declive antes de percatarse de que el nivel del suelo había cambiado radicalmente bajo sus pies. De repente, le abofeteó un penetrante hedor que arrastraba hacia arriba una corriente natural de aire. Dio algunas arcadas, oyendo a Lindsey hacer lo mismo, y luego apretó la garganta y se esforzó por tragar saliva.

Sabía lo que había abajo. Al menos en parte. Entre las visiones que le habían machacado cuando iba en el coche por la carretera, había algunas relativas a la colección. Si no se armaba de un valor férreo y vencía su repugnancia, no podría nunca entrar en las profundidades de aquel agujero inmundo para salvar a Regina. Al parecer, Lindsey lo había comprendido, pues, sacando fuerzas de flaqueza, logró vencer su repugnancia y echó a andar tras él por el túnel descendente.

Lo primero que atrajo a atención de Vassago fue el resplandor de luz que descendía hacia el fondo de la caverna desde bien atrás del túnel que conducía al aliviadero. La rapidez con que el resplandor aumentaba le convenció de que no iba a disponer de tiempo suficiente para añadir a la muchacha a su colección antes de que los intrusos le alcanzaran. Sabía quiénes eran. Los había visto en sueños y ellos, evidentemente, le habían visto a él. Lindsey y su marido le venían persiguiendo todo el camino desde Laguna Niguel. Empezaba a darse cuenta de que, en aquel asunto, había implicadas más fuerzas de lo que había creído en un principio.

Consideró la posibilidad de permitirles bajar por el aliviadero hasta el Infierno. Los atacaría por detrás, mataría al hombre, dejaría a la mujer fuera de combate y luego procedería a una doble crucifixión. Pero el marido llevaba algo encima que le inquietaba. Era algo que no podía tocar.

Sin embargo, se dio cuenta entonces de que, a pesar de sus bravuconadas, había

estado evitando tener un enfrentamiento con el marido. A primeras horas de la noche, cuando se adentró en casa de ellos y el elemento sorpresa jugaba a su favor, debía haber atacado por detrás al esposo, liquidándolo primero, y luego dedicarse a Regina o a Lindsey. Si lo hubiera hecho así, habría podido adquirir al mismo tiempo a las dos mujeres y a esas alturas estaría felizmente absorto contemplando la mutilación de las dos.

A lo lejos, el resplandor de la luz nacarada se había transformado en un par de focos de linterna a la entrada del aliviadero. Tras un instante de duda, las linternas empezaron a bajar. Vassago se había guardado las gafas negras en el bolsillo de la camisa y fulminantes espadas de luz le obligaron a bizquear. Al igual que antes, decidió primero no presentar batalla al hombre y batirse en retirada con la muchacha. Pero luego dudó de la prudencia de tal acción.

«Un Maestro de Juego —pensó— debe exhibir un control férreo y escoger los momentos oportunos para demostrar su poder y su superioridad.» Era cierto. Pero le asaltó la idea de que era una flaca justificación para eludir el enfrentamiento. Tonterías. Él no temía a nada en este mundo.

Las linternas estaban todavía a una distancia considerable, enfocando el suelo del aliviadero, sin llegar aún al punto medio del largo declive. Oía los pasos, que eran cada vez más sonoros y levantaban eco a medida que la pareja avanzaba hacia la gigantesca cámara. Agarró a la catatónica muchacha, la alzó como si no pesara más que una almohada, se la echó al hombro y empezó a moverse silenciosamente por el pavimento del Infierno hacia las formaciones rocosas, donde sabía que una puerta oculta daba a una habitación de servicio.

—¡Oh, Dios mío!

—No mires —dijo Hatch a Lindsey, recorriendo con la luz de la linterna la macabra colección—. No mires, por Dios. Cubre mi espalda para estar seguros de que no nos ataca por detrás.

Agradecida, ella hizo lo que le decía, apartando la vista de aquel despliegue de cadáveres que se hallaban en diversos grados de descomposición. Estaba persuadida de que aunque viviera cien años sus sueños nocturnos estarían siempre presididos por aquellas formas y rostros. Pero, bromas aparte ella no sería centenaria. Empezaba a creer que ni siquiera sobreviviría a aquella noche. Sólo saber que estaba respirando por la boca aquel aire maloliente e impuro bastaba casi para ponerla gravemente enferma. Sin embargo, respiraba por la boca porque así advertía menos el hedor.

La oscuridad era muy intensa y la linterna parecía casi incapaz de traspasarla. Era como un jarabe retirándose por el estrecho canal que abría el haz luminoso. Oyó a Hatch moviéndose junto a la colección de cuerpos y supo lo que estaba haciendo: echaba un rápido vistazo a cada uno de los cadáveres, con el fin de asegurarse de que Jeremy Nyebern no se había colocado como uno más de ellos, como una monstruosidad viviente entre aquella carroña consumida por la podredumbre, esperando para lanzarse contra ellos cuando pasaran ante él.

¿Dónde estaba Regina? Lindsey barría incesantemente con el haz de su linterna atrás y al frente en un amplio abanico para impedir que el bastardo asesino tuviera ocasión de sorprenderlos. Pero, ¡oh!, era un tipo muy rápido. Ya lo había comprobado. Había volado

por el pasillo hasta el cuarto de Regina dando un portazo tras él, velozmente, como si tuviera alas, alas de murciélago. Y ágil. Había bajado por la espaldera de begonias de la ventana con la muchacha al hombro, sin importarle la caída, y se había perdido con ella en la noche.

¿Dónde estaba Regina? Oyó que Hatch se apartaba y adivinó adónde se dirigía. No seguía la línea de cadáveres sino que rodeó la gigantesca estatua de Satán, a fin de asegurarse de que Jeremy Nyebern no se encontraba al otro lado. Estaba haciendo exactamente lo que debía hacer. Ella lo sabía pero a pesar de eso, no le gustaba lo más mínimo quedarse allí sola con todos aquellos muertos a su espalda. Algunos estaban secos y crujirían como el papel si de alguna forma cobrasen vida y avanzaran hacia ella, mientras que otros se encontraban en un grado más horrendo de descomposición y revelarían seguramente su proximidad con viscosos y húmedos sonidos... ¿Pero qué locos pensamientos eran éstos? Aquellos cuerpos estaban todos muertos. No había nada que temer de ellos. Los muertos seguirían muertos. Aunque no siempre, ¿verdad? No, por su propia experiencia personal, no. Pero siguió barriendo atrás y adelante con el haz de la linterna, sofocando el impulso de volverse y enfocarla hacia los cadáveres en descomposición que tenía detrás. Sabía que debía llorarlos en vez de temerlos, enojarse contra el escarnio y la pérdida de dignidad que habían sufrido, pero, de momento, sólo le quedaba espacio para el miedo. Y en aquel instante oyó a Hatch acercarse a ella desde el otro lado de la estatua, completando, ¡a Dios gracias!, su vuelta. Pero en la siguiente exhalación de aire, horriblemente metálica cuando penetró en su boca, se preguntó que si el que se acercaba sería Hatch o alguno de los cadáveres andantes. O Jeremy. Giró vertiginosamente sobre sus talones, mirando en seguida a la fila de cadáveres más que a ellos mismos, y la luz de su linterna le mostró que era Hatch quien volvía junto a ella.

¿DONDE ESTABA REGINA? Como respuesta a ello, un claro chirrido cortó la densa atmósfera. Era el mismo lamento que emitían las puertas del mundo de los vivos cuando sus bisagras estaban corroídas y sin engrasar. Volvieron sus linternas en aquella dirección y los extremos de sus focos coincidieron, revelando, cómo ambos habían pensado, que el origen del sonido procedía de una formación rocosa situada en la lejana orilla de lo que habría sido, de tener agua, un lago más grande que la laguna exterior.

Ella echó a andar sin saber lo que hacía. Hatch, susurrando, la llamó por su nombre en un tono apremiante, que quería decir *apártate, déjame a mí, yo iré primero*. Pero ella, aunque se hubiera vuelto una cobarde, ya no podía contenerse y dejar de avanzar por el aliviadero. Su Regina había estado entre los muertos, tal vez privada de su visión por la ftofobia que padecía su extraño secuestrador; pero entre ellos y, a buen seguro, consciente en tan horrenda presencia. Lindsey no podía soportar un minuto más la idea de que aquella criatura inocente estuviera secuestrada en aquel matadero. No importaba su seguridad, sino la de Regina.

Llegó a las rocas y se introdujo entre ellas, apuntando aquí y allá con la linterna, saltando las sombras. Escuchó entonces el gemido de unas sirenas lejanas. Los hombres del sheriff. Habían tomado en serio la llamada telefónica de Hatch. Pero Regina continuaba en las manos de la Muerte. Si estaba aún con vida, no viviría lo suficiente para que los guardias tuvieran tiempo de encontrar la Casa de las Sorpresas y bajar hasta la

guarida de Lucifer. Por ello siguió introduciéndose entre las rocas, con la pistola en una mano y la linterna en la otra, doblando las esquinas temerariamente, arriesgándose, con Hatch pegado a sus talones. De pronto se halló ante una puerta metálica, vetada de herrumbre, que se accionaba por una barra de presión en vez de un pomo. Estaba entreabierta.

La abrió de un empujón y cruzó el umbral, sin emplear siquiera la astucia que debía haber aprendido de ver películas policíacas y telefilmes. Entró como podría hacerlo una leona madre persiguiendo a un depredador que hubiera osado rastrear su cubil. Estúpida, sabía que aquello era una estupidez, que podrían haberla matado; pero las leonas con febril instinto de protección maternal no son criaturas señaladamente razonables. Se movía por instinto, y el instinto le decía que habían puesto en fuga al bastardo, que debían seguir persiguiéndole para impedirle hacer con la muchacha lo que pretendía y que era necesario presionarle, cada vez con más intensidad, hasta tenerle acorralado.

Al otro lado de la puerta de las rocas, tras los muros del Infierno, había una zona de sesenta metros de ancho que en un tiempo había estado ocupada por maquinaria y que ahora se hallaba sembrada literalmente de los tornillos y planchas metálicas que habían servido de base a aquellas máquinas. Unos complicados andamiajes de hierro, cubiertos de guirnalda de telarañas, se alzaban hasta doce o catorce metros de altura. Proporcionaban acceso a otras puertas, pasadizos y paneles para atender el mantenimiento del complejo luminoso y del equipamiento de efectos, como generadores de vapor frío y rayos láser. Este material ya no estaba allí; había sido desmontado y transportado a otro sitio.

¿Cuánto tiempo necesitaba Vassago para abrir el pecho de la muchacha, agarrar su corazón palpitante y recrearse en su muerte? ¿Un minuto? ¿Dos? Tal vez no más de eso. Para salvarla, tenían que estrangular el maldito pescuezo de Vassago. Lindsey recorrió con el haz de su linterna las tuberías metálicas, plagadas de telarañas, los codos y las planchas de los pasadizos, y llegó a la conclusión de que su presa no estaría escondida allí arriba.

Hatch estaba a su lado, ligeramente detrás, pero muy cerca de ella. Ambos respiraban agitadamente, no porque hubieran hecho un fuerte ejercicio físico sino porque la tensión de sus músculos torácicos les constreñían los pulmones. Lindsey se volvió hacia la izquierda y echó a andar directamente hacia la oscura oquedad que se divisaba en la pared, hecha con bloques de cemento, en el fondo de la cámara de sesenta metros de ancho. Le atrajo la abertura porque parecía haber sido tapada tiempo atrás, no sólidamente pero sí con algunos paneles, como para impedir que nadie entrara fácilmente al recinto prohibido. A ambos lados de la abertura quedaban todavía algunos clavos, pero los paneles habían sido arrancados de allí y aparecían caídos a un lado del suelo.

Hatch la llamó en voz baja advirtiéndola de que no siguiera adelante, pero ella avanzó derecha hacia el extremo de la habitación. Enfocó con su linterna, y descubrió que no se trataba en absoluto de otra cámara, sino del hueco de un ascensor. Las puertas, cabina, cables y mecanismos habían desaparecido de allí, dejando un hueco en el edificio igual que el que deja en la boca la extracción de un diente. Enfocó hacia arriba con la linterna. El hueco ascendía hasta tres plantas y, en otros tiempos, había servido para transportar a los mecánicos y demás operarios hasta lo alto de la Casa de las Sorpresas. Al

alumbrar lentamente de arriba abajo la pared de hormigón, puso al descubierto los peldaños de hierro de la escalera de servicio.

Jeremy Nyebern estaba acurrucado sobre el colchón en un rincón del hueco. Tenía a Regina en su regazo, pegada al pecho, a manera de escudo contra las balas. Empuñaba una pistola y efectuó dos disparos en cuanto Lindsey le enfocó con la linterna.

La primera bala no alcanzó a ninguno de los dos, pero la segunda hirió a Lindsey en el hombro y la lanzó contra el marco de la puerta. Rebotó allí, se dobló involuntariamente hacia delante, perdió el equilibrio y cayó al foso, detrás de la linterna, que ya se le había escapado de la mano. Mientras caía no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Incluso cuando se golpeó contra el fondo, cayendo de costado, todo le parecía una cosa irreal, quizá porque todavía estaba demasiado aturdida por el impacto de la bala para sentir el daño que le había hecho. Tal vez también porque cayó sobre el colchón, al extremo opuesto a Nyebern amortiguando los efectos, cualesquiera que fuesen, de la trayectoria del proyectil, que no le había roto ningún hueso. La linterna había caído intacta sobre el colchón y alumbraba una pared gris.

Como si estuviera soñando, todavía jadeando, Lindsey extendió la mano lentamente a su alrededor, apuntando al hombre con su pistola. Pero no tenía pistola, la Browning se le había escapado de la mano durante la caída. Nyebern seguramente le había apuntado con su arma a Lindsey mientras ésta caía por el hueco del ascensor, pues ella se vio delante del punto de mira. La pistola tenía un canon increíblemente largo, parecía medir una eternidad entre la recámara y la boca de fuego.

Detrás del arma vio el rostro de Regina, tan muerto como vacíos estaban sus ojos grises, y tras aquel amado semblante se escondía el rostro de Jeremy Nyebern, odioso y blanco como la leche. Sus ojos, sin la protección de las gafas negras, eran feroces y extraños. Podía verlos, aunque la luz de la linterna le obligaba a parpadear. Al cruzar la mirada con él, tuvo la sensación de hallarse frente a frente con una cosa extraña que se hacía pasar por humana, sin conseguirlo del todo.

«¡Oh, qué cosa tan alucinante!», pensó, y consciente de que iba a desmayarse. Esperaba desmayarse antes de que él apretara el gatillo, aunque en realidad no importaba. Estaba tan cerca del cañón, que no oiría ni el disparo que iba a volarle la cabeza.

El horror que experimentó Hatch al ver caer a Lindsey por el hueco del ascensor fue superado por su sorpresa ante lo que hizo a continuación. Cuando vio que Jeremy la apuntaba con su pistola en su caída hasta el colchón, encañonándola allí a menos de un metro de su rostro, Hatch arrojó su propia Browning contra los paneles que en otro tiempo taparon el hueco. Suponía que no sería capaz de dispararle estando Regina en medio de la trayectoria y estaba persuadido de que ningún arma podría acabar debidamente con aquella cosa en que se había convertido Jeremy. Pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre aquel curioso pensamiento, pues, tan pronto como se desprendió de la pistola, se cambió la linterna-crucifijo de la mano izquierda a la derecha y se arrojó espontáneamente por el hueco del ascensor sin pensar en lo que se proponía hacer.

Después, todo resultó raro. Se le antojó que no caía con la velocidad normal, sino en un lento descenso de planeo, como si fuera un cuerpo sólo ligeramente más pesado que el aire, tardando hasta medio minuto en llegar abajo. Tal vez su sentido del tiempo estuviera

distorsionado por la intensidad del pánico.

Jeremy le vio descender, dejó de apuntar a Lindsey y disparó contra él las ocho balas que le quedaban. Hatch estaba convencido de que le había alcanzado al menos tres o cuatro veces, aunque no se notaba herido. Parecía imposible que el asesino errara el tiro tantas veces en un espacio tan corto. Tan calamitoso resultado de puntería quizá fuera atribuible al pánico del tirador y al hecho de que Hatch era un blanco móvil.

Cuando todavía estaba flotando en el aire como una pelusa de diente de león, experimentó que el peculiar vínculo entre él y Nyebern se reanudaba y por un instante, se vio a sí mismo descendiendo a través del punto de mira del joven asesino. Aquella visión, empero, no sólo era de sí mismo, sino de la imagen de alguien —o de algo— superpuesta a la suya, como si compartiera su cuerpo con otro ser. Creyó ver unas alas blancas plegadas junto a sus costados y bajo su propia cara, la de un extraño..., el semblante de un guerrero, con un rostro que no atemorizaba.

Quizás en aquel momento Nyebern alucinaba, y lo que Hatch percibía a través de él no era realmente lo que veía, sino tan sólo lo que imaginaba que veía. Quizá.

Luego, todavía durante aquel lento descenso, Hatch volvió a mirar otra vez por sus propios ojos, y estuvo seguro de que también veía una cosa sobrepuesta a Jeremy Nyebern, algo cuya forma y cara tenían parte de reptil y parte de insecto. Tal vez obedeciera a un truco de la luz, a la confusión de las sombras y al cruce de los focos de las linternas. No se explicaba, sin embargo, esta última intercomunicación entre los dos y, en los días que siguieron, meditó a menudo acerca de ello.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Nyebern cuando Hatch se posó en el colchón como un gato, a pesar de haber caído desde diez metros de altura.

—Uriel —respondió Hatch, sin saber por qué, pues aquél era un nombre que no había oído nunca.

—Yo soy Vassago —dijo Nyebern.

—Lo sé —repuso Hatch, a pesar de que tampoco había oído nunca aquel nombre.

—Sólo tú puedes devolverme.

—Y cuando tú retornes por mediación mía —habló Hatch preguntándose de dónde estaría sacando aquellas palabras— no lo harás como príncipe. Serás un vil esclavo, exactamente igual que el muchacho desalmado y estúpido con quien te viniste.

Nyebern sintió miedo. Era la primera vez que mostraba alguna capacidad para temer.

—Y yo que me creía la araña.

Con una fortaleza, agilidad y economía de movimientos que Hatch desconocía poseer, agarró con la mano izquierda el cinturón de Regina, arrebatándosela a Jeremy Nyebern. La puso a salvo a un lado y golpeó entonces con el crucifijo a manera de maza la cabeza del vesánico. La lente de la linterna se hizo añicos, la carcasa se reventó y las pilas se desparrramaron. Golpeó fuertemente con el crucifijo por segunda vez el cráneo del asesino y al tercer golpe envió a Nyebern a una tumba que se había ganado ya dos veces.

La cólera que sentía Hatch era una cólera justa. Cuando dejó de golpear con el crucifijo, cuando todo hubo concluido, no se sintió culpable ni avergonzado. En modo alguno se parecía a su padre. Tuvo la rara conciencia de que le estaba abandonando una

fuerza, una presencia que hasta entonces no había sabido que se hallaba allí, le invadió la sensación de una misión cumplida, de haber restablecido un equilibrio roto. Todas las cosas estaban ahora en su legítimo lugar.

Regina no respondió al hablarla, aunque físicamente parecía ilesa. Hatch no estaba preocupado por ella, pues, en cierto modo, sabía que ninguno de ellos iba a sufrir excesivamente por haberse visto atrapados en... lo que quiera que fuese aquello. Lindsey estaba inconsciente y sangraba. Examinó su herida y le pareció que no era demasiado grave. Dos plantas más arriba sonaron unas voces. Le llamaban por su nombre. Había llegado la Policía. Tarde, como siempre. Bueno, no siempre. A veces... había un policía cuando le necesitabas.

La leyenda apócrifa de tres ciegos que examinaban un elefante es sobradamente conocida. El primer ciego toca sólo la trompa del elefante y, a partir de eso, afirma que el animal es una enorme criatura parecida a una serpiente, similar a una pitón. El segundo ciego toca sólo las orejas del elefante y anuncia que es un pájaro capaz de remontarse a grandes alturas. El tercer ciego palpa únicamente la cola del paquidermo, cerdosa y espantamoscas y "ve" en él un animal curiosamente parecido a una escobilla de limpiar botellas.

Así, pues, cada ser humano comparte con los otros su propia experiencia. Cada participante la percibe de forma distinta y saca de ella una lección diferente a la de sus semejantes.

Durante los años siguientes a los acontecimientos que transcurrieron en el abandonado parque de atracciones, Jonas Nyebern perdió su interés por la medicina de reanimación. Otros hombres ocuparon su puesto y lo hicieron bien. Vendió en subasta todas las piezas de arte religioso de sus dos colecciones, aún sin completar, e invirtió el dinero en cuentas de ahorro que le produjeran el tipo de interés más alto posible. Aunque continuó ejerciendo algún tiempo la cirugía cardiovascular, ya no encontraba ninguna satisfacción en ella. Acabó retirándose en edad temprana y buscó una nueva actividad donde terminar las últimas décadas de su vida.

Dejó de asistir a misa. Ya no creía que el mal fuese una fuerza en sí, una presencia auténtica que caminaba por el mundo. Había aprendido que la Humanidad era en sí misma una fuente de maldades que bastaba para explicar todo lo perverso que ocurría en el mundo. Por el contrario, llegó a la conclusión de que la Humanidad tenía en su mano su propia —y única— salvación. Se hizo veterinario. Todos los pacientes eran allí merecedores de la salvación. No volvió a casarse. No se sentía ni feliz ni desgraciado, cosa que le cuadraba bien.

Regina permaneció en su habitación un par de días y cuando salió ya no fue nunca exactamente la misma. Pero nadie sigue siendo el mismo durante mucho tiempo. El cambio es lo único constante. Se le ha llamado crecimiento. Empezó a dirigirse a ellos llamándoles papá y mamá; lo hacía voluntariamente y porque le salía de dentro. Día a día les fue dando tanta felicidad como recibía de ellos. Jamás llegó a desatar una destrucción en cadena de sus antigüedades. Nunca les creó situaciones embarazosas poniéndose inoportunamente sentimental, estallando en lágrimas y abriendo el grifo de los mocos. Derramó lágrimas y mocos inevitablemente, pero sólo cuando era oportuno. Nunca los

mortificó lanzando al aire de manera accidental un plato lleno de comida en un restaurante, para que aterrizase en la cabeza del presidente de los Estados Unidos sentado en la mesa contigua. Jamás prendió fuego a la casa accidentalmente, ni expelió ventosidades en presencia de gente civilizada, y nunca espantó con juramento a los niños más pequeños de la vecindad, enseñándoles la abrazadera de su pierna y su extraña mano derecha. Mejor aún, abandonó la idea de hacer todas aquellas cosas (y más) y, con el tiempo, llegó a no recordar las tremendas energías que una vez había gastado en tan absurdas inquietudes. Siguió escribiendo y mejoró la calidad de su escritura. Cuando apenas tenía catorce años, ganó un concurso nacional de redacción para adolescentes, cuyo premio fue un reloj bastante bonito y un cheque de quinientos dólares. Parte de ese dinero lo empleó suscribiéndose a Publishers Weekly adquiriendo una colección completa de novelas de William Makepeace Thackeray. Regina perdió interés por escribir acerca de cerdos espaciales inteligentes, principalmente porque se dio cuenta de que, en torno a ella, podía encontrar curiosos personajes, muchos de ellos nativos de California. Ya no hablaba con Dios. Le parecía pueril charlar con Él y, además, ya no necesitaba que Dios estuviera alendiéndola constantemente. Llegó a pensar fugazmente que Dios se había marchado o que no había existido nunca, pero concluyó que eso era una bobada. Era consciente de Él en cada momento: Dios la miraba parpadeando desde las flores, la serenaba con el canto de los pájaros, la sonreía desde la cara peluda de un gatito, la acariciaba soplándola con una suave brisa de verano. En un libro de Dave Tyson Gentry encontró una frase que juzgó apropiada: *«La verdadera amistad de dos personas llega cuando el silencio entre ellas es cómodo.»* Bueno, ¿quién era tu mejor amigo sino Dios y qué necesitabas realmente decirle a Él o Él decirte a ti si los dos sabíais ya lo más importante -y lo único-, es decir, que el uno estaría allí siempre para el otro?

Lindsey salió de los acontecimientos de aquellos días menos cambiada de lo que había esperado. Sus cuadros mejoraron bastante, aunque no mucho. No había estado nunca insatisfecha de su trabajo. Amaba a Hatch igual que antes y posiblemente no podía amarle más. Sólo la hacía acobardarse alguna vez el oír decir a alguien «Lo peor ya ha pasado.» Sabía que lo peor no había pasado nunca. Lo peor venía al final. Lo peor era el fin, el acto final. Nada podía ser peor que eso. Pero había aprendido a vivir con la idea de que lo peor aún estaba por llegar y así lograba hallar gozo en el presente. En cuanto a Dios, no cuestionaba su existencia. Educaba a Regina en la religión católica, asistiendo a misa con ella cada semana pues ésa era una parte de la promesa que había hecho a St. Thomas cuando tramitaron la adopción. Pero no lo hacía únicamente como si fuera un deber. Pensaba que la Iglesia era buena para Regina y que Regina también podía ser buena para con la Iglesia. Cualquier institución que tuviera a Regina entre sus miembros descubriría que había sido cambiada por Regina tanto o más de lo que ésta había cambiado... y para eterno beneficio de la primera. Una vez había dicho que los rezos no eran nunca atendidos, que los mortales sólo vivían para morir, pero ya había superado aquella actitud. Esperaría para ver.

Hatch continuó progresando en su negocio de antigüedades. Día tras día, su vida volvió a ser muy parecida a lo que él esperaba que fuera. Como antes, siguió siendo un hombre de buen carácter. No se enfadaba nunca. Pero la diferencia consistía en que no



quedaba en él ningún enfado que reprimir. Su ternura era ahora auténtica. De tiempo en tiempo, cuando las circunstancias de la vida parecían tener un alto significado, y se encontraba en vena filosófica, acudía a su gabinete y sacaba tres objetos que guardaba bajo llave en el cajón. Uno era el ejemplar chamuscado de *Arts American*. Los otros eran dos recortes de periódico que había traído un día de la biblioteca, después de efectuar una pequeña investigación. En ellos había escritos dos nombres con las correspondientes explicaciones a continuación de cada uno.

«Vassago: según la mitología, era uno de los nueve príncipes coronados del Infierno.»

«Uriel: según la mitología, era uno de los arcángeles que servían como asistentes personales de Dios.»

Miraba fijamente aquellas cosas y reflexionaba detenidamente sobre ellas, sin llegar nunca sin embargo, a conclusiones firmes. No obstante, llegó a una determinación: el que se regresara a la vida tras ochenta minutos de muerte sin ningún recuerdo del Otro Lado, tal vez se debiera a que ochenta minutos eran sólo un simple vislumbre del túnel con luz al final y, por lo tanto, poco para que uno lo asimilara. Y si había que traer algo contigo del Más Allá y llevarlo en tu interior hasta que cumpliera su misión a este lado de la frontera, un arcángel no estaba mal.